

vooces

en el Fénix

LAS IMÁGENES MÁS FRECUENTES QUE NOS LLEGAN DE ÁFRICA SE VINCULAN A CONFLICTOS ARMADOS. PERO ÁFRICA ES MUCHO MÁS QUE ESO, ES UN CONTINENTE LLENO DE DIVERSIDAD CULTURAL, DE ETNIAS Y RELIGIONES QUE CONVIVEN CON LA MODERNIDAD Y LA TRADICIÓN. TAMBIÉN ES LA REGIÓN CON LA TASA DE CRECIMIENTO MÁS ALTA DEL MUNDO, AUNQUE ESTE CRECIMIENTO NO SE REFLEJA EN UN PROCESO DE DESARROLLO. EN ESTE NÚMERO, UN RECORRIDO QUE NOS PERMITE DERRIBAR EL MITO Y ACERCARNOS A SU COMPLEJA REALIDAD.

ÁFRICA MÍA

sumario

n°57

agosto 2016

editorial

DIAMANTE DE SANGRE

Martin Fernandez Nandín

GLADYS LECHINI y CARLA MORASSO África Mía 6 **GLADYS LECHINI** Argentina y los impulsos africanos 14 **MARTA MAFFIA y GABRIEL MORALES** Africa y los migrantes africanos en el imaginario y el territorio argentino 22 **JOSÉ FLAVIO SOMBRA SARAIVA** El lugar de Africa en el siglo XXI 28 **MBUYI KABUNDA BADI** Africa: crecimiento sin desarrollo 36 **LYAL WHITE y VALENTINA NARDI** África: ¿remontando o en descenso? 46 **FRANK MATTHEIS** Integración y regionalismos africanos 56 **RUBEN PAREDES** Auge y caída del Islam político en Egipto 64 **NOEMÍ RABBIA** Libia: el estado fallido que Occidente ayudo a construir 72 **JUAN JOSÉ VAGNI** Marruecos, reajustes internos y externos ante un contexto regional conflictivo 80 **LUZ MARINA MATEO** Sahara Occidental, la descolonización pendiente y la lucha por la autodeterminación 88 **AGUSTINA MARCHETTI** Angola: resurgiendo de las cenizas de la guerra 98 **CARLA MORASSO** Nigeria y Mozambique: potencialidades y desafíos emergentes 106 **JONUÉL GONÇALVES** De Economía Emergente a la emergencia de la economía: los casos de Sudáfrica y Brasil 114 **DIEGO BUFFA** Representaciones y dinámicas de los conflictos subsaharianos de posguerra fría 122 **PILAR BUENO** El grupo africano en las negociaciones de la COP21 130 **MARÍA JOSÉ BECERRA** La situación de la mujer en Africa: entre el activismo y la desigualdad 138 **MAGUEMATTI WABGOU** Mujeres Angoleñas y construcción de paz: Experiencias de lucha contra la violencia doméstica en Angola 146 **PABLO CÉSAR** El cine en África. La importancia de la Cooperación Sur-Sur 154 **CIPDH y PIERRE SANÉ** Por una cooperación sur-sur enriquecedora e inclusiva 164

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Decano

Dr. César Humberto Albornoz

Vicedecano

José Luis Franza

Secretario General

Walter Guillermo Berardo

Secretaria Académica

Dra. María Teresa Casparri

Secretario de Hacienda y Administración

Contadora Carolina Alessandro

Secretario de Investigación y Doctorado

Prof. Adrián Ramos

Secretario de Extensión Universitaria

Carlos Eduardo Jara

Secretario de Bienestar Estudiantil

Federico Saravia

Secretario de Graduados y Relaciones Institucionales

Catalino Nuñez

Secretario de Relaciones Académicas Internacionales

Humberto Luis Pérez Van Morlegan

Director Gral. de la Escuela de Estudios de Posgrado

Catalino Nuñez

Director Académico de la Escuela de Estudios de Posgrado

Ricardo José María Pahlen

Secretario de Innovación Tecnológica

Juan Daniel Piorun

Secretario de Transferencia de Gestión de Tecnologías

Omar Quiroga

CONSEJO DIRECTIVO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Claustro de Profesores

TITULARES

José Luis Franza
Juan Carlos Valentín Briano
Walter Fabián Carnota
Gerardo Fernando Beltramo
Luis Alberto Beccaria
Héctor Chyrikins
Andrés Ernesto Di Pelino
Pablo Cristóbal Rota

SUPLENTES

Domingo Macrini
Heriberto Horacio Fernández
Juan Carlos Aldo Propatto
Javier Ignacio García Fronti
Roberto Emilio Pasqualino
Sandra Alicia Barrios

Claustro de Graduados

TITULARES

Luis Alberto Cowes
Rubén Arena
Fernando Franchi
Daniel Roberto González

SUPLENTES

Juan Carlos Jaite
Álvaro Javier Iriarte

Claustro de Alumnos

TITULARES

Mariela Coletta
Juan Gabriel Leone
María Laura Fernández
Schwanek
Florencia Hadida

SUPLENTES

Jonathan Barros
Belén Cutulle
César Agüero
Guido Lapajufker

Voces en el Fénix es una publicación del Plan Fénix

ISSN 1853-8819
Registro de la propiedad intelectual en trámite.



Los artículos firmados expresan las opiniones de los autores y no reflejan necesariamente la opinión del Plan Fénix ni de la Universidad de Buenos Aires.

staff

DIRECTOR

Abraham L. Gak

COMITE EDITORIAL

Eduardo Basualdo
Aldo Ferrer
Oscar Oszlak
Fernando Porta
Alejandro Rofman
Federico Schuster

COORDINACIÓN TEMÁTICA

Gladys Lechini
Carla Morasso

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Martín Fernández Nandín

PRODUCCIÓN

Paola Severino
Erica Sermukslis
Gaspar Herrero

DESARROLLO Y DISEÑO DEL SITIO

Leandro M. Rossotti
Carlos Pissaco

DISEÑO EDITORIAL

Mariana Martínez

CORRECCIÓN

Claudio M. Díaz

FOTOS

Las fotos en las que figura al pie la leyenda "ONU" pertenecen al archivo fotográfico de la Organización de las Naciones Unidas.

Córdoba 2122, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Teléfono 4370-6135. www.vocesenelfenix.com / voces@vocesenelfenix.com

DIAMANTE DE SANGRE

El número 57 de Voces en el Fénix viene a completar la tarea iniciada en el número anterior: acercarnos a la fascinante realidad de los dos continentes más distantes de la cosmovisión occidental.

En este caso le toca el turno a África, un continente prácticamente desconocido para la mayoría de nosotros. Un territorio mítico, atravesado por distintos conflictos e impregnado de un halo misterioso que se sostiene a pesar del tiempo.

A partir de los artículos que forman parte de este volumen, el lector podrá ver que, lejos del imaginario que supimos construir, este continente viene creciendo a pasos agigantados. Tras las guerras de independencia desarrolladas durante la segunda mitad del siglo XX y luego de superar en décadas recientes la mayoría de las guerras fratricidas –producto muchas veces de las fronteras heredadas de la época colonial, trazadas con la única finalidad de repartir pedazos de tierra sin tener en cuenta a la población que la habitaba–, la primera década del presente siglo mostró un continente con tasas de crecimiento muy por encima de la media mundial.

Lamentablemente, como suele suceder a los países dependientes en el concierto internacional, este crecimiento no fue acompañado de un proceso de desarrollo; básicamente porque el incremento en los niveles de ingreso obedeció, casi de manera exclusiva, al auge de la exportación de productos primarios, energéticos y agrícolas, hacia China, generando una nueva relación de subordinación en la que solo cambió el país receptor de las materias primas pero se mantuvo inalterable la relación de dependencia y la primarización de la economía.

Más allá del mencionado crecimiento, el continente lejos está todavía de ser considerado un territorio estable. Numerosos conflictos se mantienen vigentes, la mayoría de los cuales obedece a intereses extranjeros vinculados a la explotación de los recursos energéticos, incluyendo en algunos casos la actividad de organizaciones terroristas. Así, se han vuelto frecuentes y permanentes en algunas regiones las hambrunas, epidemias, y los desplazamientos de personas.

Pese a todo esto, en un mundo que todavía no logra salir de la crisis iniciada en 2008, países emergentes, como el nuestro, se han visto obligados a construir nuevas alianzas estratégicas con naciones de otras regiones del planeta hasta ahora poco exploradas. Allí reside la importancia de acercarnos a la realidad de este continente, que se asoma como una oportunidad para ampliar nuestros horizontes comerciales y culturales. Claro que para ello necesitamos construir una relación de colaboración y cooperación que nos permita insertarnos de la mejor manera en el mundo que se avecina.

Como decíamos al inicio de este editorial, con el presente volumen concluimos una parte de la tarea que nos propusimos cuando imaginamos ambos números: acercarnos al conocimiento de dos continentes, Asia y África, que hasta hace muy pocos años aparecían casi absolutamente ajenos a los intereses de nuestra región. Queda mucho por conocer y aprender, un puñado de excelentes artículos no alcanzan para tomar real dimensión del universo que contemplan estos territorios, un mosaico de culturas, religiones, etnias y paisajes tan disímiles como deslumbrantes. Queda la puerta abierta, y el compromiso de pensar nuevas ediciones que sirvan para ampliar los conocimientos.

MARTIN FERNANDEZ NANDÍN (SECRETARIO DE REDACCION)

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Lo hecho hasta aquí nos deja muy satisfechos, pero hubiera sido imposible sin el trabajo realizado por un equipo de excelentes expertos que dedicaron su tiempo, sus saberes y pasión para elaborar estos materiales. Las doctoras Gladys Lechini, Clarisa Giaccaglia y Carla Morasso han coordinado estos dos números y, además de contribuir con sus respectivas ponencias, tomaron a su cargo la elección del contenido y de los especialistas que forman parte de ambos volúmenes. Ellas dirigen y coordinan el Programa de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (PRECSUR) de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario y su equipo de investigadoras/es, que cuentan con un amplio conocimiento, no solo académico sino también vivencial, de los temas que estudian. Hacia ellas nuestro especial agradecimiento y un merecido reconocimiento a la labor de excelencia realizada, que da cuenta de la calidad de los conocimientos que se producen en las universidades públicas de nuestro país, más allá de la frontera de la Ciudad de Buenos Aires.

ABRAHAM LEONARDO GAK (DIRECTOR)





ÁFRICA MÍA

A CONTINUACIÓN, UN RECORRIDO POR LOS ARTÍCULOS QUE FORMAN PARTE DE ESTE NÚMERO DE VOCES QUE NOS AYUDARÁN A ESCLARECER EL LUGAR QUE OCUPA HOY EN DÍA ÁFRICA EN EL SISTEMA INTERNACIONAL. LA CRECIENTE IMPORTANCIA POLÍTICA Y ACADÉMICA A NIVEL MUNDIAL QUE HA ADQUIRIDO EL CONTINENTE MUESTRA SU RELEVANCIA GEOESTRATÉGICA EN EL TABLERO MUNDIAL. UN PASO FUNDAMENTAL PARA QUE LAS REALIDADES AFRICANAS DEJEN DE SER PERIFÉRICAS EN LAS AGENDAS MEDIÁTICAS, POLÍTICAS Y CIENTÍFICAS DE NUESTRO PAÍS.

por GLADYS LECHINI. *Doctora en Sociología (Universidade de São Paulo, Brasil). Magister en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Licenciada en Ciencia Política y Licenciada en Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesora Titular de Relaciones Internacionales y Directora del Doctorado en Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR. Directora del Programa de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (PRECSUR). Directora de Proyectos del Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario (CERIR). Directora del Departamento África del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de La Plata*

por CARLA MORASSO. *Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Docente e Investigadora de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR). Coordinadora del Programa de Estudios América Latina-África (PEALA) /Programa de Estudios de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (UNR). Analista del Centro de Estudios Políticos Internacionales de la Fundación para la Integración Federal de Rosario*





E

l lugar de África en el sistema internacional del siglo XXI es un tema de creciente importancia política y académica a nivel mundial. El remozado interés en el continente por parte de los BRICS, en particular de China, y de las potencias occidentales, en especial Estados Unidos y Francia, ha renovado su relevancia geoestratégica. No obstante, las realidades africanas continúan siendo periféricas en las agendas mediáticas, políticas y científicas argentinas. De allí la relevancia de contar con un conjunto de análisis que abordan desde diferentes disciplinas las variadas aristas y problemáticas que atraviesan a este multifacético continente.

Son numerosas las voces que observan que el afro-pesimismo imperante en los noventa –cuando la región era estigmatizada como el continente perdido– ha sido reemplazado por el afro-optimismo, basado en el crecimiento de las economías subsaharianas y el avance de los procesos de democracia formal. En efecto, como señala Sombra Saraiva en “Un África renovada”, en la Unión Africana se discute sobre los horizontes del renacimiento africano, basado en la memoria histórica y la riqueza cultural de sus pueblos, tras décadas de dominación colonial y neocolonial. Sin embargo, aún son numerosos los desafíos que enfrenta el panafricanismo como eje articulador del continente, tal cual lo analiza Mattheis en “Integración y regionalismos africanos”.

Debe tenerse en cuenta que “el despertar de África” no impregna por igual todas las dimensiones de la realidad africana y que el desarrollo continúa siendo una de las principales deudas del continente, como claramente expone Kabunda Badi en “África:

Son numerosas las voces que observan que el afro-pesimismo imperante en los noventa –cuando la región era estigmatizada como el continente perdido– ha sido reemplazado por el afro-optimismo, basado en el crecimiento de las economías subsaharianas y el avance de los procesos de democracia formal.



crecimiento sin desarrollo”. El crecimiento económico no alcanza por sí solo para impulsar mejoras en la calidad de vida de las poblaciones y menos aún si no se basa en transformaciones estructurales. La mayor fragilidad del impulso económico en el caso africano reside en su alta dependencia de las materias primas. Así, en el análisis expuesto en “África: ¿remontando o en descenso? Reforzar las instituciones para impulsar un cambio gradual”, de White y Nardi, es posible observar cómo a partir de la caída de los precios de los *commodities* en 2014 se ha mitigado el entusiasmo sobre las perspectivas económicas del continente. El mosaico étnico, lingüístico y religioso que atraviesa a los cincuenta y cuatro Estados resultantes del artificial trazado colonial de las fronteras complejiza la partición del continente en unidades de análisis regionales. No obstante, es de utilidad aplicar la clásica línea divisoria de la escuela francesa entre los países emplazados en el norte –con poblaciones mayoritariamente árabes y musulmanas y con dinámicas socio-políticas muy ligadas a los países de Medio Oriente– y los ubicados en el sur del Sahara –poblados principalmente por etnias negras cristianas o animistas– para dar cuenta de recientes procesos políticos y económicos con alcance subregional.

El norte africano estuvo signado en los últimos años por los resultados de la denominada “Primavera Árabe”. Paredes Rodríguez señala en “Egipto: ¿auge y caída del Islam Político?” cómo tal proceso dio lugar a la visibilidad de un actor silenciado durante años, el Islam político, el cual no es monolítico y presenta variadas aristas. En Egipto, a través de la Hermandad Musulmana, presentó su cara moderada. No obstante, su gobierno fue

derrocado por un golpe de Estado, mostrando cómo la instrumentalización de la religión en una estrategia de reislamización como salida a los profundos problemas egipcios generó grandes temores en actores domésticos y externos, lo cual fue un factor determinante para poner fin a la experiencia del Islam político en este país. En el caso de Marruecos, tal como analiza Vagni en “Marruecos, reajustes internos y externos ante un contexto regional conflictivo”, tras la Primavera Árabe tuvieron lugar una serie de tensiones y transformaciones profundas que dan cuenta de un régimen político híbrido, donde la naturaleza autoritaria convive con la puesta en juego de dispositivos democráticos y de un escenario de nuevos desafíos y oportunidades que pueden marcar la senda política e internacional de los próximos tiempos.

En “Libia: el Estado fallido que Occidente ayudó a construir”, Rabbia analiza la situación del país a cinco años de la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La atomización de los actores domésticos y los fallidos intentos por alcanzar un gobierno de unidad que suceda en el poder central al desaparecido régimen de Muamar Gadafi mantienen a Libia en una frágil situación. La incapacidad estatal de brindar seguridad a sus ciudadanos ha llevado a que el país sea considerado como un “Estado fallido”, donde la puja de intereses extranjeros y la presencia de ISIS han sido factores centrales en la dilatación y agudización del agónico productor petrolero.

Por otra parte, en “Sahara Occidental, la descolonización pendiente y la lucha por la autodeterminación”, Mateo aborda los principales hitos de un proceso de descolonización aún abierto

El crecimiento económico no alcanza por sí solo para impulsar mejoras en la calidad de vida de las poblaciones y menos aún si no se basa en transformaciones estructurales. La mayor fragilidad del impulso económico en el caso africano reside en su alta dependencia de las materias primas.

en el siglo XXI. A través de los años, las disposiciones de Naciones Unidas han sido infructuosas para la resolución de este conflicto que tiene como actores centrales al Frente Polisario, que proclamó la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) en 1976 y pretende la autodeterminación del pueblo saharauí, y al reino de Marruecos, que niega la posibilidad de autodeterminación.

En lo que respecta a África Subsahariana, las dinámicas de estabilización democrática y auge económico que hicieron lucir a la región se reflejan claramente en Angola, Mozambique, Nigeria y Sudáfrica. En el primer caso, tras una extensa y cruenta guerra civil, el país retomó el camino de la paz y la reconstrucción. La estabilización de la situación interna, los altos precios del crudo y la presencia activa de China como financista y cooperante fueron factores que contribuyeron a un acelerado crecimiento del PBI. Sin embargo, tal como se indica en “Angola: ¿resurgiendo de las cenizas de la guerra?”, de Marchetti, al igual que en el

resto de los países fundamentalmente exportadores de materias primas, en una coyuntura internacional de constricciones, de cara al futuro entre los principales desafíos del país sobresale la necesidad de profundizar las reformas políticas y económicas. Es preciso que los ingresos provenientes de la exportación de petróleo se conviertan en una fuente de recursos para la modernización y diversificación de la economía nacional.

En “Nigeria y Mozambique: desafíos emergentes”, Morasso da cuenta de las problemáticas políticas y económicas de estos dos países tan distintos y tan similares a la vez, que se enfrentan a importantes retos vinculados al desarrollo y la gobernabilidad, los cuales no pudieron ser resueltos a pesar del crecimiento del PBI en los pasados años. Por otra parte, Gonçalves analiza críticamente la evolución de dos poderes emergentes mundiales en “De economía emergente a la emergencia de la economía: los casos de Sudáfrica y Brasil. Crecimiento incierto y desigualdades en África del Sur y Brasil”, sentando las bases para cuestionar la

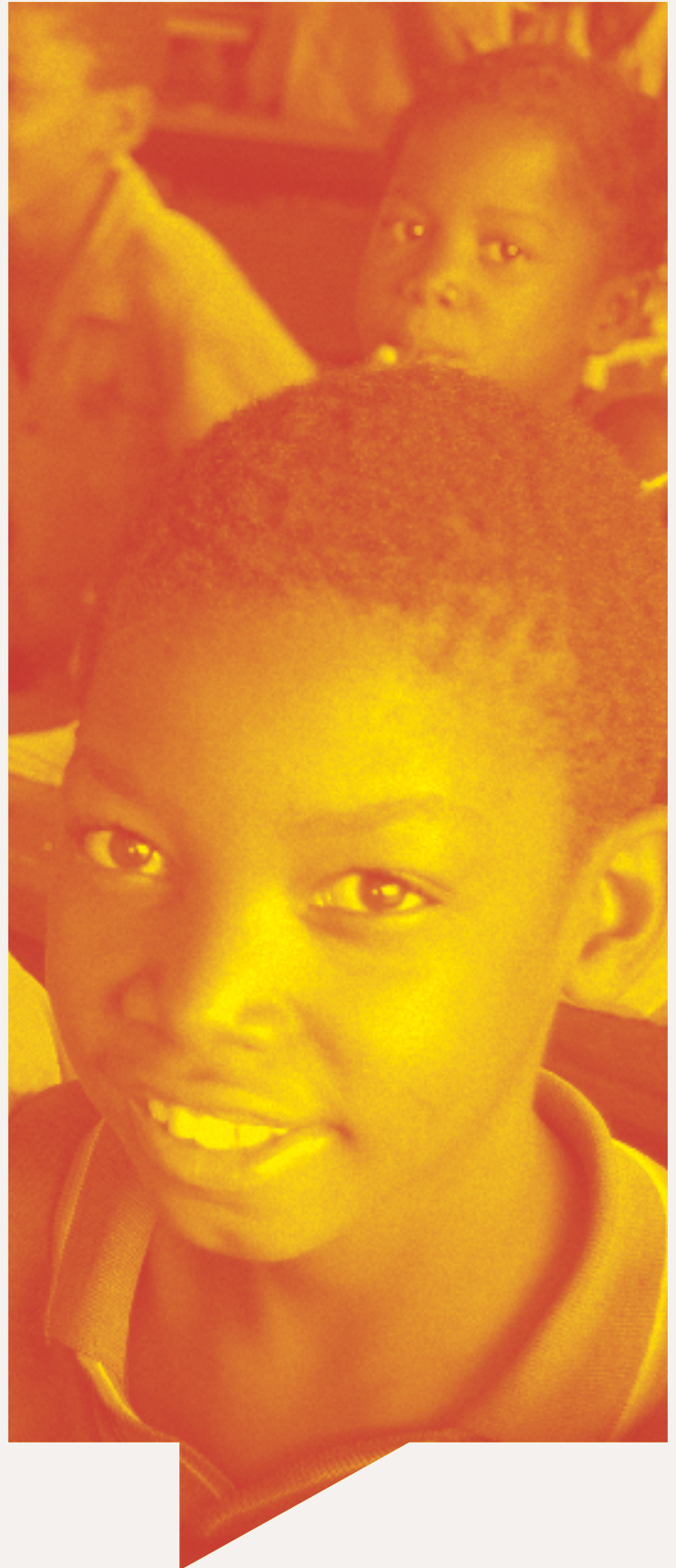
sostenibilidad de los resultados alcanzados en la última década. Junto a las cuestiones económicas se revelan también importantes temáticas que históricamente estuvieron presentes en la región pero que son miradas a través de nuevas lentes. Tal es el caso de la violencia, que como señala Buffa en “La necesidad de abandonar la máscara de la simplificación. Representaciones y dinámicas de los conflictos subsaharianos de Posguerra Fría”, requiere repensar las teorías abocadas a explicar el origen y perpetuación de los conflictos intraestatales.

Con relación al medio ambiente, en “El grupo africano en las negociaciones multilaterales climáticas recientes (2009-2016)”, Bueno aborda las complejidades de hallar posiciones conjuntas en foros internacionales y expone los resultados alcanzados por la diplomacia africana. Por otra parte, Becerra, en “La situación de la mujer en África: entre el activismo y la desigualdad”, y Wabgou en “Mujeres angoleñas y construcción de paz” reparan en la cuestión de género considerando las particularidades devenidas de las culturas y las historias africanas y resaltando la centralidad de la figura femenina como motor del desarrollo y la paz.

Sobre los vínculos entre la Argentina y África encontramos un panorama que se extiende entre los años sesenta y la actualidad en el trabajo de Lechini titulado “La Argentina y los impulsos africanos”, el cual da cuenta de los altibajos que las relaciones han mantenido en los márgenes de la agenda externa argentina y de las posibilidades que se abren a futuro. En tanto, Maffia y Morales abordan la cuestión de los afrodescendientes y los negros en la sociedad argentina contemporánea en una coyuntura de visibilidad social y mediática de los migrantes africanos, en “África y los migrantes africanos en el imaginario y el territorio argentino”.

Por último, la construcción de la cooperación Sur-Sur es expuesta a través de experiencias culturales e institucionales. En “El cine en África. La importancia de la cooperación Sur-Sur”, César relata la riqueza que se encuentra en la realización de coproducciones filmicas argentino-africanas, en tanto Sané indaga sobre las contribuciones y potencialidades de una cooperación horizontal birregional en “Por una cooperación Sur-Sur enriquecedora e inclusiva”.

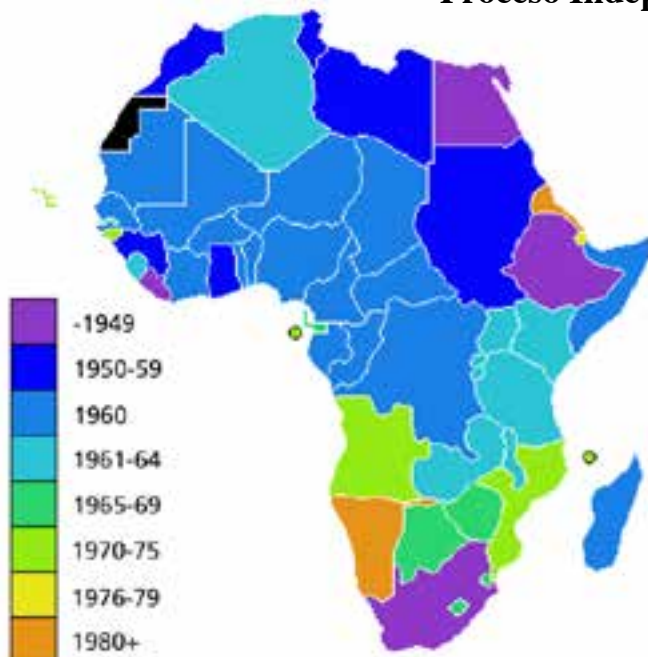
Creemos que a partir del conjunto de análisis y reflexiones presentados en “África mía” es posible proyectar una imagen realista de este heterogéneo continente lejanamente conocido y contribuir a la generación de una nueva mirada, endógena y descolonizada, que nos permita repensar las vinculaciones entre América del Sur y África y vislumbrar caminos conjuntos que partan desde el Sur.



CONGRESO DE BERLIN – 1884-1885



Proceso Independentista

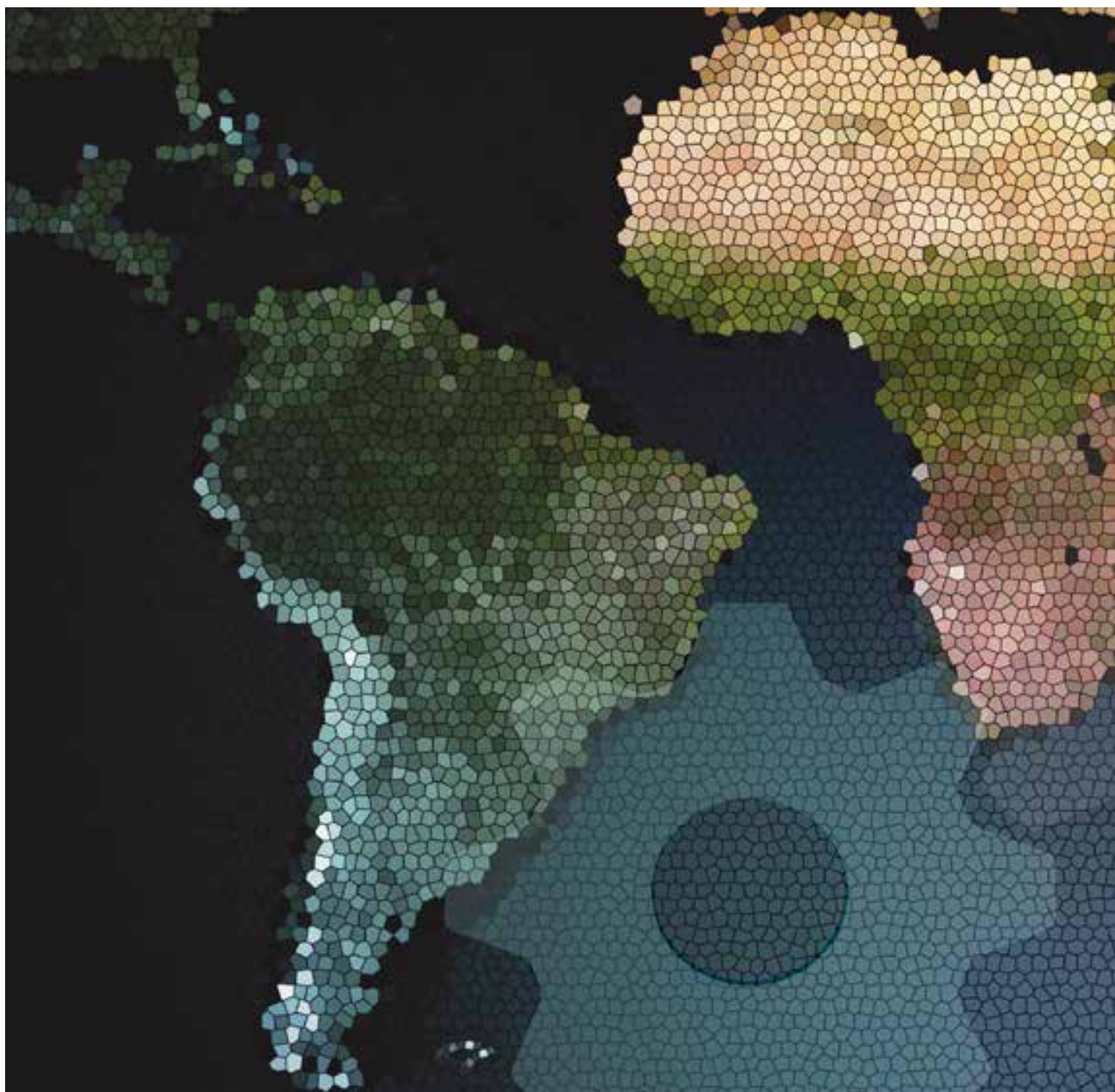


África Hoy



África Colonial (1914)





LA ARGENTINA Y LOS IMPULSOS AFRICANOS

por GLADYS LECHINI. *Investigadora del CONICET y
Directora del PRECSUR*



A LO LARGO DE LA HISTORIA NUESTRO PAÍS HA TENIDO UNA POLÍTICA EXTERIOR AMBIVALENTE RESPECTO DE LOS PAÍSES AFRICANOS. AL TRATARSE DE UN CONTINENTE TAN HETEROGÉNEO Y MÚLTIPLE, ES IMPORTANTE AVANZAR CON INICIATIVAS DE COOPERACIÓN SUR-SUR QUE NOS PERMITAN COMPLEMENTARNOS Y ENRIQUECERNOS MUTUAMENTE, BENEFICIÁNDONOS DE TODA LA DIVERSIDAD DISPONIBLE.



La política exterior argentina hacia los Estados del continente africano muestra un patrón de relaciones marcado por la dinámica de los impulsos, generando una relación espasmódica, con altos (los impulsos) y bajos (la inercia y la no política).

Durante los impulsos se abrieron embajadas, se enviaron y recibieron misiones diplomáticas y comerciales y se incrementó el comercio. Sin embargo este conjunto de acciones no generó una masa crítica que promoviera el diseño de estrategias para los Estados de África, porque los impulsos respondieron a iniciativas puntuales, que luego se desvanecieron.

Los modos en que los diferentes y sucesivos gobiernos diseñaron la política exterior, y la poca y variable relevancia otorgada a las relaciones Sur-Sur, moldearon el bajo perfil de las relaciones argentino-africanas tanto a nivel del discurso como de las acciones. Factores propios de la inestabilidad política argentina, de la consiguiente orientación de su política exterior, las mudanzas en el sistema internacional y la particular situación de los países africanos actuaron como elementos condicionantes de la baja y errática vinculación externa de la Argentina con estos Estados. Los cambios entre gobiernos civiles y militares contribuyeron a las fluctuaciones de la política exterior argentina y promovieron la política por impulsos. Pero la orientación del régimen no incidió fuertemente en su contenido, predominantemente comercial, salvo el primer impulso con la presidencia de Arturo Frondizi y durante el gobierno de Alfonsín, en que se combinaron con objetivos políticos.

La baja prioridad de la relación con los Estados africanos en las políticas implementadas por los sucesivos gobiernos llevó a que las decisiones fueran tomadas a nivel del funcionamiento de "rutina" del Palacio San Martín. Generalmente las iniciativas de aproximación bilateral o multilateral (en el marco de los No Alineados y de las Naciones Unidas) se debieron a la buena voluntad e imaginación de los funcionarios a cargo del área, quienes lograban un espacio de maniobra para promocionar una acción u organizar una misión. Sin embargo, en el marco de una estructura desagregada, no necesariamente actuaron en forma coordinada y menos aún como parte de un diseño organizado sobre la base de elementos racionales y oportunidades a largo plazo. Solo la ruptura (1986) y el restablecimiento (1991) de relaciones diplomáticas con Sudáfrica fueron tomados en la cúspide del proceso decisorio.

El primer antecedente que mostró el interés por una aproximación al África fue el envío en 1960 del entonces embajador argentino ante las Naciones Unidas, Mario Amadeo, al festejo de las independencias de Zaire y de Somalia. De este modo se comenzó a gestar el primer impulso africano, el cual conllevó la elaboración del “Plan de presencia argentina en África”, que aconsejaba ya en 1961 (cuando solo 27 Estados africanos eran independientes) orientar la mirada argentina hacia ese continente. Este plan es fundacional, pues sus objetivos, presentados tan temprano, pueden considerarse subyacentes en casi todos los impulsos de esta relación errática. Estos mismos objetivos inspiraron en 1962 la misión de Juan Llamazares, que por entonces recorrió ocho países africanos.

El segundo impulso se produjo en 1965, durante el gobierno de Arturo Illia, cuando el embajador Carlos Alberto Leguizamón presidió otra misión especial al continente africano. En esta década se crearon varias embajadas: Sudáfrica, Marruecos, Nigeria, Ghana, Argelia, Senegal, Liberia y Etiopía. El tercer impulso fue la misión comercial a cargo de los consejeros Ramiro Arias y Rodolfo Potente, en 1974, durante la presidencia de Juan Domingo Perón.

Durante el gobierno militar autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) se produjo el cuarto impulso, con varias misiones comerciales que firmaron los primeros acuerdos de cooperación con países del África Negra, en el marco de una preocupación dominante en la política exterior argentina de la época: el cierre de los mercados tradicionales por las políticas proteccionistas de subsidios de la Comunidad Económica Europea. África fue así percibida como un mercado alternativo.

En 1982, con la crisis de Malvinas, los Estados africanos que hasta entonces habían sido considerados marginales en la política exterior argentina, recibieron varias misiones políticas de buena voluntad e invitaciones a los jefes de Estado para visitar Buenos Aires, para conseguir su apoyo en la Asamblea General de las Naciones Unidas cuando se tratara el asunto Malvinas. Este quinto impulso convirtió a los Estados africanos en objeto de “uso diplomático”.

Así como la práctica diplomática regular muestra que votos africanos y mercados aparecen subyacentes a los impulsos, existe otro tema que podría ser considerado una constante hasta la década de los ochenta, referido a la república blanca y racista

África es un continente heterogéneo y múltiple que la Argentina debe descubrir e invitar al diálogo y la cooperación, pues sus múltiples aristas complementan y enriquecen la diversidad.

Los modos en que los diferentes y sucesivos gobiernos diseñaron la política exterior, y la poca y variable relevancia otorgada a las relaciones Sur-Sur, moldearon el bajo perfil de las relaciones argentino-africanas tanto a nivel del discurso como de las acciones.

de Sudáfrica. Buenos Aires mantuvo una política dual para Sudáfrica y una política ambigua para con los países africanos en relación al régimen del *apartheid*. La política dual consistió en mantener un discurso y una acción multilateral condenatorios del *apartheid* y buenas relaciones bilaterales con el gobierno blanco sudafricano. La política ambigua procuraba evitar tomar actitudes radicales con Pretoria por su política racista.

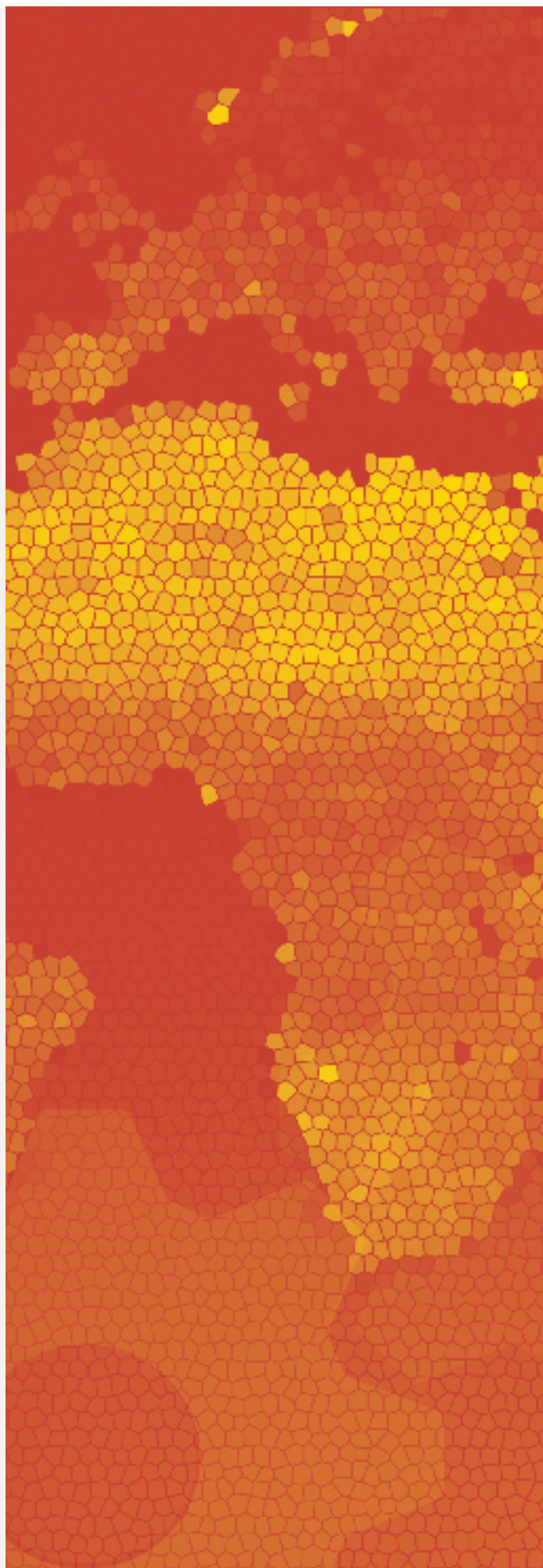
Pero durante el gobierno de Raúl Alfonsín la ruptura de relaciones diplomáticas con Sudáfrica, el 22 de mayo de 1986, marcó el fin de las ambigüedades entre los países de la llamada África Negra y Sudáfrica. Constituyó el sexto impulso, que apuntaba a consolidarse como política, al desarrollar una serie de acciones que se enmarcaban en un diseño de política exterior donde los No Alineados y el tercer mundo tenían un lugar.

Entre los gestos se destacan los viajes argentinos a nivel presidencial y ministerial, tal el de Alfonsín a Argelia en octubre de 1984 –que se constituyó en la primera visita oficial de un jefe de Estado argentino al África– y su asistencia a la cumbre de los No Alineados, en Zimbabue, en septiembre de 1986. También se enviaron y se recibieron misiones de cooperación científica y tecnológica y se incrementó la relación comercial. El gobierno

consideraba a la cooperación técnica entre países en desarrollo una parte integral de la política exterior del Estado y por ello en 1986 se dirigieron a los Estados africanos dos misiones de cooperación, cinco en 1987 y dos en 1988. Asimismo, en 1987 y 1988 se realizaron en la Argentina cuatro seminarios argentino-africanos vinculados a temas agrícolas, contando con el apoyo de organismos nacionales altamente capacitados como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI).

De este modo, durante la administración alfonsinista tuvo lugar el impulso más intenso, con objetivos político-diplomáticos y comerciales, elaborándose esta vez un diseño que comenzó a implementarse, pero que se desvaneció por la falta de continuidad durante la administración que lo sucedió.

Durante la gestión de Carlos Menem, a lo largo de los noventa, no hubo estrategias para África: fue el momento más alto de la “política de la no política”. La relación diplomática se restringió a aquellos países con los cuales la Argentina mantenía una vinculación comercial constante y montos importantes, o a Estados con potencialidades, como Nigeria o Sudáfrica. Así, se mantuvo una vinculación directa entre el perfil político-diplomático y el



enfoque pragmático de las relaciones externas, con una balanza comercial favorable a la Argentina. Se cerraron las embajadas en Etiopía, Costa de Marfil, Gabón, Senegal y Zaire.

Pero a este declive del perfil político en los países del África Negra debe contraponerse un dato no menor: el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Sudáfrica, el 8 de agosto de 1991, y la consiguiente reapertura de la embajada argentina. Este séptimo impulso se reafirmó con el viaje de Menem a Sudáfrica el 24 de febrero de 1995, que lo constituyó en el primer mandatario americano en visitar oficialmente la flamante democracia. Una misión comercial multisectorial presidida por el embajador Eduardo Sadous, en mayo de 1999, a Angola, Mozambique y Costa de Marfil, cerró la gestión.

La profunda crisis política y económica que vivió la Argentina a principios del nuevo siglo llevó a descuidar tanto el diseño como la implementación de la política exterior, que en el mejor de los casos fue reactiva. En ese contexto, se continuó con el enfoque pragmático-comercialista, manteniendo las relaciones con los Estados del norte de África y Sudáfrica, con una balanza comercial altamente favorable a la Argentina.

El dato nuevo lo constituyó el avance conjunto en las relaciones de la Argentina y Brasil con los Estados del área, pudiendo hablarse ahora de un “impulso multilateral” en el sentido de las negociaciones entre Mercosur y SACU (la Unión Aduanera del África Austral, integrada por Sudáfrica, Namibia, Lesoto, Suazilandia y Botsuana) que tuvieron un hito en Florianópolis en 2000 y avanzaron con la firma, el 16 de diciembre de 2004 en Belo Horizonte, Brasil, de un Acuerdo Preferencial de Comercio, un Protocolo para la Solución de Controversias y un Memorandum de Entendimiento.

Durante la primera década del siglo XXI parece comenzar a gestarse un nuevo impulso con iniciativas tendientes a facilitar la relación bilateral, tales como la apertura o reapertura de embajadas (en Angola, Mozambique y Etiopía) y la firma de acuerdos. Aquí es importante subrayar que mientras en el período 1960-2003 se firmaron 88 actos internacionales, entre 2003 y 2011 se suscribieron 70 acuerdos, lo cual es un indicador de la mayor institucionalización de los vínculos y de los intereses.

Sin embargo y a pesar de los acuerdos y de la visita de los ministros de Relaciones Exteriores y funcionarios de nivel en el continente, entre 2003 y 2012 solamente hubo dos viajes presi-



denciales por África. En 2008 la presidenta Cristina Fernández visitó África Norsahariana (Argelia, Túnez, Libia y Egipto) en una misión comercial multisectorial en el marco de la cual se organizaron reuniones políticas bilaterales y se firmaron acuerdos de cooperación en agricultura, tecnología, comercio e inversiones, desarrollo social, ganadería y pesca. En 2012, la primera mandataria llegó a Luanda, Angola, acompañada de una nutrida comitiva de empresarios, para participar de la Feria Empresaria Argentina. Por otra parte, se recibió en Buenos Aires a los presidentes de Angola y Guinea Ecuatorial, y autoridades de alto rango como ministros y cancilleres.

En cada uno de estos encuentros bilaterales, al igual que en los ámbitos multilaterales, se destacó en el discurso la adscripción a la Cooperación Sur-Sur. También la Argentina participó en las cumbres entre los países de América del Sur y África (ASA, en 2006, 2009 y 2013) y entre América del Sur y los Países Árabes (ASPA, en 2005, 2009 y 2012), que cuentan con varios países africanos.

También se ha avanzado en la cooperación técnica horizontal a través del Fondo Argentino de Cooperación Sur-Sur y Triangular (FO.AR), creado en 1992, que desarrolla sus acciones principalmente sobre tres temas: administración y gobernabilidad, derechos humanos, y desarrollo sustentable. Las acciones con los países africanos giraron en torno al apoyo al desarrollo productivo de los sectores agrícolas y de servicios que promuevan

la preservación de los recursos naturales. Esta actividad pudo desenvolverse gracias a las fortalezas argentinas, a la expansión de la frontera agrícola africana y a la revaluación de los precios de los alimentos. Cabe señalar que en muchas de las iniciativas de cooperación horizontal intervienen también otros organismos nacionales especializados, tales como el INTI, el INTA y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva.

En efecto, la organización por parte del Ministerio de Agricultura de la visita de ministros de agricultura africanos y funcionarios de organizaciones internacionales africanas en 2011 y 2013 dejó de manifiesto el interés argentino por estrechar vínculos con África en materia de agricultura y agroindustria que impliquen el traspaso de tecnología para incrementar la producción y la apertura de mercados para las empresas de maquinaria argentinas. Ambas reuniones se enmarcaron en la necesidad de establecer las líneas de cooperación estratégicas para el sector agroalimentario en vistas del futuro rol de África como proveedor de alimentos.

No es un dato menor la satisfactoria balanza comercial para la Argentina que se mantiene a lo largo de los años. Si bien los flujos de intercambio representan una baja porción del comercio de la Argentina con el mundo, en promedio un 6% en la última década, lo importante es el salto que el mismo tuvo: de 1.275,566 millones de dólares en 2001 a 4.022,152 millones de dólares en 2010. En el período 2005-2010 el intercambio comercial se dupli-

Generalmente las iniciativas de aproximación bilateral o multilateral (en el marco de los No Alineados y de las Naciones Unidas) se debieron a la buena voluntad e imaginación de los funcionarios a cargo del área, quienes lograban un espacio de maniobra para promocionar una acción u organizar una misión.

có, reportándose en 2010 un fuerte superávit: se exportaron al continente 4.000 millones de dólares y se importaron 337 millones de dólares.

Los principales socios han sido Angola, Egipto, Marruecos, Libia, Túnez, Sudáfrica, Argelia, Nigeria, Kenia y Mozambique, donde se exportan principalmente materias primas, pero cada vez con un mayor componente de productos con valor agregado, tanto en productos de consumo terminados como maquinarias y equipos de transporte. En este sentido, los analistas destacan que es interesante el caso argentino porque a pesar de la supremacía de los productos oleaginosos, agropecuarios, cereales y lácteos, los productos industriales y los combustibles también están presentes, lo cual implica un cierto potencial para insertarse en el mercado africano. En cuanto a las importaciones desde África, se centran en combustibles minerales y productos químicos.

Si bien es cierto que los efectos negativos de la crisis financiera internacional han llegado a las costas de los países del Atlántico Sur provocando serias restricciones económicas, es también importante no bajar los brazos y avanzar con iniciativas de cooperación Sur-Sur que puedan resultar mutuamente beneficiosas. Este es el caso del Plan argentino para África (2016-2019) que se ha diseñado desde la Cancillería argentina, con el fin de contribuir desde la cooperación internacional en sus distintas modalidades, a fortalecer los vínculos bilaterales y regionales con los

países africanos a través de acciones de cooperación en áreas estratégicas como agroindustria y ciencia y tecnología.

África es un continente heterogéneo y múltiple que la Argentina debe descubrir e invitar al diálogo y la cooperación, pues sus múltiples aristas complementan y enriquecen la diversidad. Si bien los obstáculos a superar son numerosos, destacándose entre ellos los ligados a situaciones internas a ambos lados del Atlántico, a la fuerte persistencia de vinculaciones verticales con los centros de poder del norte y al histórico desconocimiento mutuo, la continuidad de los vínculos será esencial para la consolidación de la cooperación Sur-Sur argentino-africana bajo modalidades endógenas de trabajo conjunto y perspectivas que incluyan los intereses de ambas partes.



NUESTRO PAÍS REGISTRÓ EN LOS ÚLTIMOS AÑOS UN NOTABLE INCREMENTO DE MIGRANTES ORIGINARIOS DE PAÍSES AFRICANOS, PERO SU INTEGRACIÓN A LA SOCIEDAD RIOPLATENSE SE VE DIFICULTADA POR EL DESCONOCIMIENTO SOCIAL SOBRE ÁFRICA Y SUS HABITANTES. EN ESTE TIEMPO SE HA PASADO DE LA INVISIBILIDAD A UNA HIPERVISIBILIDAD DE ESTE COLECTIVO, GENERANDO EN MUCHOS CASOS EL AUTOAISLAMIENTO DE LOS MIGRANTES, LO QUE NO HACE MÁS QUE IMPOSIBILITAR EL GOCE EFECTIVO DEL DERECHO A UN TRABAJO DIGNO, SITUACIÓN DE EXCLUSIÓN QUE SE EXTIENDE AL ÁMBITO EDUCATIVO Y DE LA SALUD.

ÁFRICA Y LOS MIGRANTES AFRICANOS EN EL IMAGINARIO Y EL TERRITORIO ARGENTINO

por **ORLANDO GABRIEL MORALES**. *Doctor en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Licenciado y Profesor en Comunicación Social. Becario Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales del Centro Científico Tecnológico, CONICET Mendoza*

por **MARTA M. MAFFIA**. *Doctora en Ciencias Naturales (orientación Antropología) por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Licenciada en Antropología y Profesora de Filosofía (UNLP). Profesora de Métodos y Técnicas de la Investigación Sociocultural (FCs.NyMuseo-UNLP) e Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*

La presencia de africanos en el territorio rioplatense se remonta al siglo XVI, cuando los colonos españoles ingresaron africanos esclavizados. La esclavitud fue abolida en forma definitiva con la Constitución nacional del año 1853, y en adelante los africanos de distintas procedencias nacionales ingresaron a territorio argentino como ciudadanos migrantes libres.

Asimismo, desde aquellos tiempos, afroamericanos y afrodescendientes de nacionalidades diversas contribuyen a la historia migratoria del país. Parte importante de la población migrante de origen africano provino desde las islas de Cabo Verde, con distintas corrientes que se iniciaron entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Por otra parte, hacia fines de este último siglo adquirió protagonismo una nueva migración originaria de diversos países del África Subsahariana (Senegal, Mali, Costa de Marfil, Nigeria, entre otros).

El Censo Nacional del año 2010 registró un total de 2.738 migrantes originarios de países africanos, no solo subsaharianos. Esa cifra representó un crecimiento del 50 por ciento en relación con el censo del año 2001. Estos datos por sí mismos son significativos, pero se supone que el contingente de africanos en la Argentina es aún mayor, pues parte de los mismos ingresan en forma irregular o quedan en esa situación una vez que se vencen los plazos de estadía previstos por la normativa migratoria.

El colectivo nacional más numeroso dentro de los inmigrantes referidos es el senegalés, el cual está compuesto por una población predominantemente joven, masculina y ocupada en trabajos no calificados (en general el comercio informal y ambulante). Se trata de un grupo que muestra preferencia por la movilidad e inserción con base en redes religiosas y por la circulación sobre el afincamiento.

La presencia de estos migrantes se destaca en la ciudad de Buenos Aires y alrededores, con menor densidad en el interior del país, pero con singular visibilidad a nivel nacional, en parte, por su circulación permanente (estacional y por criterio de oportu-

nidad, atada a la actividad comercial ambulante). También son migrantes particularmente visibles por factores que hacen a su construcción social como Otros, mediante representaciones que se ponen en juego tanto en los medios masivos de comunicación como en interacciones personales (sobre lo que volvemos más adelante).

Paralelamente a este nuevo fenómeno migratorio africano, la sociedad rioplatense viene presenciando una "emergencia" de los afroargentinos, que comenzó a hacerse visible hacia la década de 1980 como un proceso de identificación étnica que se ligaba a la militancia política contra el racismo y por el reconocimiento histórico, social y cultural de los descendientes argentinos de africanos esclavizados en el período colonial e independiente temprano.

Hacia el año 2010, la aparición de los afroargentinos, sobre todo de forma institucional a través de varias organizaciones concentradas en la ciudad de Buenos Aires y otras dispersas en el interior del país, alcanzó su mayor expresividad y cristalización en la arena pública con el registro censal de los afrodescendientes, nativos y extranjeros. En esa oportunidad, el Censo Nacional contabilizó 149.493 personas que se reconocieron como afrodescendientes, lo que representó el 0,4% de la población del país. Uno y otro fenómeno parecen articularse en algunas coyunturas, pero no se funden definitivamente en la medida en que se trata de grupos sociales distintos. Por este motivo, aunque en este artículo solo tratamos algunos de los asuntos que atañen al ima-



ginario local sobre África y la migración africana (que venimos investigando desde hace varios años), muchos aspectos involucran o afectan por igual a los grupos africanos y afrodescendientes. Nótese aquí la referencia en plural, pues distinguir solo dos grupos es en algún aspecto una generalización. De hecho, al interior del colectivo de africanos la diversidad es mucha y lo mismo ocurre con aquellos que clasificamos como afrodescendientes. Ahora bien, vamos al punto, hay que comenzar diciendo que la integración en la sociedad rioplatense de los africanos recientemente arribados se enfrenta con un escollo fundamental, que posiblemente se sostiene a cuenta de la sistemática e histórica negación de los afroargentinos: el desconocimiento social sobre África y sus habitantes. Ha sido necesario que en América y en Europa algunos militantes sociales y críticos del imaginario occidental eurocentrado adviertan que “África no es un país”. En efecto, en nuestro entorno social no pocos se sorprenderían con esa aclaración, pues “un país sin negros” parece ser también, necesariamente, un país donde reina lo que algunos han llamado “ignorancia blanca” (*white ignorance*). El desconocimiento social, apoyado en el olvido y en la desinformación, adquiere en nuestro medio un carácter colectivo, compartido y co-construido. Por esta vía, la ignorancia facilita tanto la reproducción de imágenes estereotipadas como la construcción exotista de las alteridades africanas. Otredades que, por otra parte, también por desconocimiento y estereotipación, siempre son concebidas como negras.

La mediación de esas construcciones imaginarias en las interacciones cotidianas entre nativos (autoconcebidos como blancos) y migrantes africanos desencadena los primeros desencuentros, decepciones y conflictos interculturales. La experiencia directa podría ser, sin embargo, si se concreta en un esfuerzo de comprensión genuina, la vía para deconstruir los imaginarios viciados por la ignorancia. Seguramente desde el inicio del arribo de la nueva corriente migratoria africana a esta parte muchas imágenes tergiversadas de África y de los africanos se han puesto en cuestión a partir de la incidencia de las relaciones interpersonales.

Entre tanto, desde mediados de la década de 2000, la visibilidad social y mediática de los migrantes africanos arribados a la Argentina creció exponencialmente, podríamos hablar incluso de hipervisibilidad. Muchos medios de comunicación nacionales y extranjeros se hicieron eco del fenómeno africano en una sociedad “sin negros”. Más todavía, un indicador singular de esa visibilidad fue la multiplicación de las investigaciones académicas, con financiación local y foránea, que se abocaron al tema en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores.

Es probable que a la visibilidad de estos migrantes aporte lo suyo, junto con la gran exposición mediática y la presencia social de estos en los espacios públicos, la coyuntura de visibilidad/reconocimiento de las diversidades étnico-nacionales promovida por discursos y políticas de actores globales y supraestatales (entre ellos la Organización de las Naciones Unidas).



También las iniciativas políticas y los “gestos” de reconocimiento de los afroargentinos que se sucedieron en la década pasada en nuestro país (inclusión de los afrodescendientes en el Censo de 2010, incorporación del Día Nacional de los/as afroargentinos/as y de la Cultura Afro, entre otros hechos).

Incluso puede haber incidido en esa visibilidad social y mediática la creciente intervención en la arena pública durante los últimos años de asociaciones de afroargentinos, afrodescendientes de otras nacionalidades y africanos, en ocasiones mediante una articulación con otras organizaciones de la sociedad civil y agentes políticos de diversa adscripción para reclamar al Estado argentino por el cumplimiento de sus derechos y para manifestarse contra el racismo.

Pero, en definitiva, lo que nos interesa señalar aquí es que, en lo sustancial, esa visibilidad (o hipervisibilidad) es resultado de una construcción social etnocentrada, configurada por apelación a múltiples aspectos identificados como ajenos y vinculados a la religión, vestimenta, lengua y fenotipo (o “raza”, en los términos del sentido común). Además, la visibilidad de los migrantes africanos es una construcción elaborada sobre la idea de la “extinción” de los afroargentinos de la sociedad rioplatense, y, consecuentemente, con base en la idea de “extranjería” y “extrañeza” de las personas afro que ahora son visibles en el contexto local. En la experiencia concreta, la hipervisibilidad de los Otros puede ser tan opresiva como la invisibilidad social, en tanto aquellos se transforman en objeto de un señalamiento diferenciador-excluyente.

Por otra parte, a los ojos del que observa, el extraño es siempre exótico (es decir, no es exótico *per se*, sino por efecto de una construcción del observador). Si asociamos este fenómeno al caso que tratamos se obtiene que: bajo la mirada nativa, los africanos son sujetos exóticos. Los relatos recogidos entre los migrantes africanos que entrevistamos, y nuestra observación participante en el marco de las investigaciones, dejan ver el exotismo en el medio social local.

El exotismo aporta en este caso tanto a la visibilidad como a la percepción social de “lejanía”, no solo geográfica sino también cultural. Pero hay una operación discursiva, que detectamos sobre todo al estudiar el discurso mediático, que trastoca el exotismo de los migrantes africanos por medio de una hipérbole: su extrañeza se exagera y es convertida en su esencia.

En vez de distinguir la unidad en la diversidad –el carácter de humano del prójimo–, el exotista hace hincapié en las diferencias que lo separan del Otro. Estas representaciones sustentan

múltiples creencias sobre los negros descendientes de africanos, en general, y sobre los migrantes recientes, en particular, que obstaculizan su conocimiento genuino. No importa si las imágenes creadas pueden ser valoradas de modo positivo o negativo por el propio exotista, el problema es que el Otro no se reconoce en ese imaginario alterado por el exotismo.

En nuestra región el término exotismo suena menos familiar que la palabra racismo, aunque en el discurso social este último es negado en la medida en que existe la idea común, con carácter de certeza, de que aquí “no hay negros”. Si no hay negros, ¿cómo podría haber racismo? Pese a que el sentido común exculpa, los estudios que realizamos evidencian que africanos y afrodescendientes vivencian prácticas racistas.

El racismo con base en las diferencias culturales es acaso uno de los males de estos tiempos. Aportan en este sentido los mecanismos de representación, especialmente en el discurso mediático, que amplifican las diferencias al punto de un exotismo exacerbado. Los migrantes africanos en nuestro medio soportan las consecuencias del exotismo que focaliza en sus rasgos culturales, pero no únicamente. El señalamiento de sus rasgos somáticos (racialidad) también los vuelve objeto tanto de un esencialismo pintoresco, en la prensa, como de una contemplación incómoda o hasta de agresiones verbales, en la calle.

En este contexto, la percepción de una exposición extrema lleva a algunos migrantes a un autoaislamiento defensivo que los mantiene segregados. Esto en el marco de una sociedad cuyo primer indicador de desigualdad para ellos es la imposibilidad del goce efectivo del derecho a un trabajo digno, situación de exclusión que se extiende al ámbito educativo y de la salud. Nuestra aproximación a los migrantes desde sus organizaciones y medios de comunicación institucionales ha registrado también tanto la denuncia de situaciones de discriminación y xenofobia (abusos policiales, manifestaciones de segregación en ámbitos laborales y de residencia) como un profuso trabajo de militancia de este grupo, muchas veces en articulación con los afrodescendientes, contra el racismo y la exclusión social.

Por todo lo dicho, no se puede cerrar esta exposición sin aclarar que las construcciones de lo que es y significa ser africano o afrodescendiente y negro en la sociedad argentina y rioplatense cambian en cada coyuntura histórica, a la vez que diversas representaciones coexisten en un mismo momento. Además, es posible que convivan representaciones divergentes entre sectores antagónicos e incluso en un mismo grupo en un contexto espacio-temporal específico.

La percepción de una exposición extrema lleva a algunos migrantes a un autoaislamiento defensivo que los mantiene segregados. Esto en el marco de una sociedad cuyo primer indicador de desigualdad para ellos es la imposibilidad del goce efectivo del derecho a un trabajo digno, situación de exclusión que se extiende al ámbito educativo y de la salud.

Los migrantes africanos en nuestro medio soportan las consecuencias del exotismo que focaliza en sus rasgos culturales, pero no únicamente. El señalamiento de sus rasgos somáticos (racialidad) también los vuelve objeto tanto de un esencialismo pintoresco, en la prensa, como de una contemplación incómoda o hasta de agresiones verbales, en la calle.



por JOSÉ FLÁVIO SOMBRA SARAIVA. *Profesor de Relaciones Internacionales e Historia de África. Director del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Brasilia*

UN ÁFRICA RENOVADA

EL RENACIMIENTO AFRICANO ES EL MOVIMIENTO DE REFORMULACIÓN DE LOS ESTEREOTIPOS ACERCA DE LA VIDA EN ÁFRICA. SU CENTRO ES EL RECHAZO AL TRATAMIENTO DE LA REALIDAD AFRICANA COMO ETERNAMENTE PRIMITIVA Y TRADICIONAL. EL DESEO DE MUCHAS DE LAS SOCIEDADES AFRICANAS ES LA PAZ Y LA RENOVACIÓN DE LAS ANTIGUAS ELITES DEPREDADORAS QUE AÚN PENETRAN EN PARTE DEL GRAN CONTINENTE. EL CAMINO ES ROMPER MITOS Y POSIBILITAR LA INCLUSIÓN PLENA DEL CONTINENTE EN LA SOCIEDAD INTERNACIONAL.

A cudieron a Adís Abeba gobernantes de casi todos los países del continente africano. El día 25 de mayo de 2013 era una fiesta en la capital de Etiopía. En ella desembarcaron casi todos los 54 jefes de Estados de África. También llegaron hasta allí intelectuales de las Américas, del Caribe y profesores de historia africana de todos los rincones del mundo. El deseo de muchas de las sociedades africanas es la paz y la renovación de las antiguas elites depredadoras que aún penetran en parte del gran continente. Eso quedó claro en los debates del gran seminario acerca del panafricanismo renovado. De los nuevos gobernantes del norte africano que había sufrido la Primavera Árabe a los empresarios e intelectuales del África austral, animados por las nuevas fuerzas de impulso del continente para un nuevo nivel histórico, una vasta y diversa comunidad de interesados acompañaron debates y discursos acerca de la nueva África en la capital de Etiopía. Seminarios internacionales enfocados en temas como el panafricanismo y las nuevas formas de inserción internacional del continente africano marcaron el mes de mayo en aquella parte norte y oriental de África. Esos esfuerzos siguen hoy en día, como lo es el tratar las heridas de los crímenes de guerra y la valorización del movimiento global para recomponer los derechos humanos en vastas poblaciones empobrecidas y violentadas todos los días. Acompañé de cerca esa gran fiesta en Adís Abeba. Los jefes de Estado africanos estuvieron en la nueva y bella sede de la Unión Africana (UA) para celebrar el renacer africano. Renacer o renacimiento, en pocas palabras, significa para las nuevas generaciones de africanos su acceso a una vida material y social saludable, a desarrollar sus posibilidades educativas y de ingresos, en Estados capaces de garantizar un proceso de democratización y respeto a la diversidad cultural que marca el presente africano.

De la OUA a la UA

Fue en Adís Abeba que nació formalmente, hace 53 años, la Organización de la Unidad Africana (OUA), transformada en la actual Unión Africana. Nació ya con la condición de representar a las primeras instituciones internacionales encaminadas, ante el brillo de las independencias del colonialismo, a la búsqueda de la paz del desarrollo. Su proyecto común original era la unidad y la coordinación política de los nuevos Estados en el sistema internacional. De aquellos actos heroicos de los grandes líderes de las luchas contra la colonización, los africanos de hoy heredan una nueva inclusión, más altruista, la de África en el mundo.

La foto oficial de los líderes del continente africano en la renovada Adís Abeba, y de algunos líderes mundiales invitados, causa fascinación ante la elevación gradual que se observa en el continente más atrasado económicamente del mundo contemporáneo. Hay un aire de esperanza, de posibilidades que se dibujaron en los últimos años, después de innumerables guerras, desinteligencias domésticas, hambre, crisis alimentarias y enfermedades epidémicas que devastaron poblaciones a lo largo de esos 53 años.

La renovada África quiere ser del mundo. Ese es el espíritu que emana de las delegaciones que participaron de las fiestas y celebraciones en la capital de Etiopía. Los cambios aún no son visibles para todo el mundo, pero los discursos de Adís Abeba sugieren un ciclo nuevo, que se inició ya en el pasaje del siglo XX al siglo XXI. A esa transformación apunta el concepto de renacimiento africano. Y significa, en pocas palabras, erguirse en el mundo, normalizando los derechos elementales de la persona humana, mejorando el modelo de la economía y de la gobernabilidad política.

Un renacimiento africano postergado

Aunque parezca un fenómeno del momento, una creación política pasional, una voluntad de hoy, la idea del renacimiento africano tiene una larga maduración. Se inició casi al mismo tiempo que las independencias, a fines de la década de los '50 y comienzos de los años '60. Emergió gradualmente con un movimiento profundo de valorización de la realidad africana propia y la búsqueda de una nueva identidad poscolonial.

Algunos autores, africanos y fuera de África, ya en el contexto del *soleil des indépendences*, llamaban la atención hacia la cultura africana, su diversidad cultural y sus posibilidades civilizatorias. El renacimiento africano es el movimiento de reformulación de los estereotipos acerca de la vida en África. Su centro es el rechazo al tratamiento de la realidad africana como eternamente primitiva y tradicional.

La idea de la elevación y el renacimiento africano ya fue reconocida por la proposición inquietante del famoso artículo en el *Correo de la Unesco* del año 1961, cuando el antropólogo, filósofo y profesor francés Lévi-Strauss comentaba la crisis de la antropología moderna. Provocada por la reacción activa y autónoma incitada por las grandes sociedades africanas en su movimiento hacia las independencias políticas, el gran maestro reconocía los límites de la vieja antropología para entender las voces de los que reaccionaban a ser objetos de investigaciones antropológicas. Ellos querían hacer historia propia y política de liberación anticolonial.

Los africanos presentaron, en aquellos años de la descolonización, rechazo a ser apenas objetos de investigaciones hechas por los cánones científicos eurocéntricos. Varios panafricanistas, en África y fuera de ella, dirigían sus armas intelectuales y políticas contra las llamadas tradiciones hegelianas que negaban la historia de las sociedades sin escritura y de las narrativas traducidas en documentos no formales de memoria, como la tradición oral. La crítica fue dura en los años '60. Y siguió hasta la década de las independencias de los países de lengua portuguesa en África, aproximadamente en la década de los '70. Las luchas por el acceso a las independencias de espíritu, de libre albedrío, oprimidas en el concepto de autonomía decisoria, trajeron nuevas propuestas. Se destacaron las propuestas de nuevas visiones del mundo y del lugar de los africanos en la llamada civilización contemporánea. Insistieron, tanto los panafricanistas caribeños como Aimé Césaire, en las formas múltiples de cultura y formas infinitas de verse a sí mismos como aquellos que descendían de las raíces africanas, fuera y dentro de África.

La idea del renacimiento emerge de la necesidad de reconstrucción de la memoria colectiva en la cual los africanos fueron actores de los procesos y no solamente agentes pasivos de alistamientos externos de ocupación. No era, sin embargo, simplemente expulsar al colonizador, sino también el esfuerzo de reformular el conocimiento sobre África. El camino sería romper mitos erguidos contra su proceso histórico y posibilidades de inclusión en la sociedad internacional.

La renovada África quiere ser del mundo. Ese es el espíritu que emana de las delegaciones que participaron de las fiestas y celebraciones en la capital de Etiopía. Los cambios aún no son visibles para todo el mundo, pero los discursos de Adís Abeba sugieren un ciclo nuevo, que se inició ya en el pasaje del siglo XX al siglo XXI.

La fuerza de la historia

El recurso de la historia como instrumento de esa afirmación de identidad colectiva fue particularmente desarrollado por los primeros y grandes historiadores africanos del primer alistamiento de las independencias. Muchos eran los discípulos de Ki-Zerbo o Akê en esas líneas de las primeras generaciones del África independiente. Los estudios arqueológicos y paleontológicos de Ifê, Nok y el Valle de Rift confirmaron la primacía africana en la génesis de la humanidad. El estudio de las clásicas prácticas agrícolas, la domesticación de animales, entre otros procesos espectaculares de redefinición del Egipto antiguo como parte de una civilización de origen africano, fueron fundamentales en el desarrollo de la confianza historiográfica que sedimenta cierto sentido de futuro.

Un elemento crucial del renacimiento africano está en el rescate de las tradiciones africanas con el compromiso de la transformación del presente. Allí reside la contemporaneidad de las corrientes de pensamiento de África contemporánea. La idea es buscar resoluciones a problemas, en la práctica, en la escuela, en la formación de la juventud africana, cuando todavía se siguen perpetuando en el continente africano crisis culturales surgidas de intercomunicaciones con los métodos y medidas impuestas por la educación del colonizador.

No es la reproducción de las antiguas realidades del mundo contemporáneo lo que busca el renacimiento africano. Intenta, por el contrario, dibujar el eslabón creativo del pasado poco conocido a favor de la transformación del presente. La interlocución entre esos dos tiempos es particularmente notoria en la obra del ganador del Premio Nobel de Literatura nigeriano Soyinka. Su obra trata de los desafíos de las nuevas culturas y religiones que, en la cultura nigeriana, ya dialogaron más en la historia que en el hoy, cuando parte de esas mismas regiones están tomadas por cierto "terrorismo religioso" importado de las tradiciones africanas, históricamente más tolerantes y cooperativas en esos campos. Temas e intereses de esos nuevos autores africanos del siglo XXI conversan con los anteriores. Unen la generación de los años '60 con la renovación de los autores del nuevo siglo, a 50 años de la creación formal de una institución de liberación como fue la idea de la Organización de la Unidad Africana. Los africanos se preguntan sobre el significado de la búsqueda de la especificación cultural ante el multiculturalismo consumista del nuevo siglo. Indagan sobre el patrimonio cultural y las nuevas formas de expresión, inclusive en la educación tradicional africana con base familiar y tribal ante las nuevas tecnologías que dominan cierta sociedad cultural común en el mundo que se inicia en las primeras décadas del siglo XXI.



Las raíces del baobab y el renacimiento africano

En las sabanas africanas, el árbol de mayor longevidad del planeta es el baobab africano, que puede llegar a los 5 mil años de edad. El abrazo al tronco de un viejo baobab puede exigir 20 hombres tocándose las puntas de los dedos. Así como en una metáfora, las raíces del renacimiento africano, a pesar de su contemporaneidad y movimiento dinámico activado políticamente desde los movimientos de las independencias, son tan profundas como los troncos de los viejos baobabs.

Ya en el siglo XIX, o a comienzos del siglo XX, emergieron los primeros brotes fructíferos del renacimiento africano. Y desde aquellas décadas se postulan corrientes de pensamiento en la búsqueda de preguntas postuladas acerca de la cultura y de la vida social e inmaterial del continente con 54 países en la actualidad. Las primeras respuestas, en aquel período histórico, seguían las intuiciones de las corrientes de *personalidad africana* y *la negritud*, pasando por el afecto hasta hoy al concepto de *panafricanismo*. Todos ellos conceptos positivos de la presencia de la cultura y de la vida material de los africanos en África y en el mundo.


La primera proposición teórica acerca del renacimiento africano fue propuesta por Edward Blyden, ya hace un siglo, a través de su propio proyecto alternativo y coherente de explicación de la riqueza cosmopolita de las culturas africanas. Por intermedio de su libro titulado *Christianity, Islam and the Negro Race*, Blyden elaboró una teoría del humanismo africano. Su teoría estaba sustentada en la idea de que los africanos deberían asimilar el saber moderno, las transformaciones del tiempo, las nuevas culturas que perfilaban en África en el paso del siglo XIX al siglo XX. Esa asimilación, sin embargo, no significaba la negación de los diferentes matices culturales e históricos de la experiencia de los pueblos africanos. De allí su articulación inicial del cristianismo con el islamismo con los orígenes africanos.

Blyden fue revolucionario, un verdadero baobab. Sugería un re-

nacimiento africano en el cual el color de la piel no era objeto de análisis. Su proposición era el cosmopolitismo cultural y la convivencia de contrarios en consonancia. Su tema central fue la confrontación positiva de los discursos humanistas, cada uno de ellos válido para África, pero que no podrían ser concebidos en la imposición de una única forma de pensar y de construir instituciones y normas sociales y políticas en el continente africano. Bajo la perspectiva política, Blyden ya anunciaba la buena gobernabilidad democrática en África, al observar las condiciones dramáticas de la sociedad liberiana, donde él se estableció luego de la diáspora americana, a comienzos del siglo XX. En especial criticó y luchó contra el concepto desdeñoso y opresivo sobre las masas campesinas por la elite afroamericana. Anunció, lamentó y criticó aspectos negativos de la futura formación de los Estados modernos africanos, en especial la manipulación y la explotación de las masas de trabajadores por estructuras económicas y políticas enfocadas en la explotación.

La crítica de Blyden a la introducción de importaciones de modelos para África sigue en parte vigente hasta la actualidad. Él argumentó que las construcciones culturales provenientes de fuera del continente africano pueden y deben ser acogidas, pero internalizadas con razón crítica. Al mismo tiempo que se incluyó a África en el mundo, se desea que también los africanos forjen sus propias teorías y conceptos.

Aunque las ideas de Blyden fueron avanzadas, con el tiempo terminaron perdiendo fuerza. La colonización, las elecciones de las elites locales, las condiciones económicas y políticas del continente confluyeron hacia otras posiciones. Los discursos cosmopolitas y humanistas fueron enterrados a favor de la politización de las formas de la descolonización, de las formas propias de gran parte de las luchas de la independencia en el continente, más allá de los temas del discurso de una existencia autónoma y separada de aquellos que nacen con la piel negra. Era el inicio de la etapa *pannegrista*.



Los discursos cosmopolitas y humanistas fueron enterrados a favor de la politización de las formas de la descolonización, de las formas propias de gran parte de las luchas de la independencia en el continente, más allá de los temas del discurso de una existencia autónoma y separada de aquellos que nacen con la piel negra.

El color de la piel

Las teorías acerca de la cultura africana se orientaron más hacia el campo del color de la piel y de la confrontación con el colonizador definido como blanco. En parte fue esa la matriz, aunque renovada en los últimos años, del movimiento panafricanista. Y, en otras perspectivas más liberales, y posteriores al surgimiento del panafricanismo, emergió el movimiento y la filosofía de la negritud.

Aparecieron dos aspectos en el panafricanismo y en el movimiento de la negritud. Representaron el pensamiento de clases ya educadas en el sistema poscolonial. Algunos dedicaron parte de sus ideas y obras de defensa del renacimiento africano a través de la noción de retorno a las raíces, discurso con poca llegada sobre las masas de africanos colonizados. En segundo lugar, esos movimientos, aunque africanos, tuvieron fuerte influencia de las Américas. Fueron en parte intelectuales afrocaribeños y afroamericanos, por medio de iniciativas como la de Du Bois, que formaron la idea de un frente racial, lo que llevaría a la noción de movimiento *pannegro*.

En la convocatoria de la primera conferencia panafricana, en 1900, convocada y dirigida por Silvester Williams, no figuraba ningún africano nacido en África. El panafricanismo, en gran medida, fue llevado hacia Europa y de allí hacia África, y lo com-

pone parte del ideario político de las luchas de descolonización de los años '50 y de comienzos de los años '60. En los congresos panafricanistas siguientes –en 1919, 1921, 1923 y 1927– se observaron efusivos debates en torno a la cuestión racial, identidades, más allá de la propuesta del odio como instrumento de lucha y alternativa cultural y lucha en favor de la emancipación de los negros, ya sea en América o en África.

Nombres y propuestas de esas formas anteriores de renacimientos africanos son conocidos en la literatura. Du Bois sugería la formación de un frente de lucha único de “hombres de color”. Pero Marcos Garvey prefería un frente fragmentado, para diferentes áreas y geografías, sin una dirección general. Padmore glorificaba el “genio negro”, que más tarde fue a tomar cuerpo en líderes africanos en el campo político e intelectual, de una forma más moderna y liberal en Senghor y Césaire.

Ese conjunto de ideas originales, gestadas de este lado de las Américas, en parte en Europa, pero también en África, pueden considerarse como las bases del concepto del renacimiento africano. El panafricanismo trajo, en aquellos años, un conjunto de puntos fundamentales que pueden ser considerados, en lectura contemporánea, elementos que aún animan parte del léxico de los debates en curso a comienzos del siglo XXI.



Una relectura de esa intelectualidad anterior, así como de los temas y discursos políticos de los actores de las luchas de independencia en África, permite afirmar que hay conceptos y proposiciones que alimentan una línea de pensamiento de surgimiento cultural y político del continente africano. Algunas pueden sintetizarse en pocos puntos, como uniones que vinculan la herencia de los primeros renacentistas africanos con el nuevo renacimiento africano a comienzos del siglo XXI. Son, a saber:

- ▶ Libertad completa a los pueblos de África y a los pueblos de descendencia africana.
- ▶ Igualdad de la raza negra con todas las razas.
- ▶ Control y administración de las tierras africanas por los africanos.
- ▶ Abolición de los trabajos forzados y de los impuestos excesivos.
- ▶ Abolición, en el sentido político y económico, de todas las distinciones raciales y de clase.
- ▶ Libertad de comunicación en el interior de África y a lo largo de sus costas.
- ▶ Libertad de asociación, de prensa y de expresión.
- ▶ Reconocimiento del derecho a la educación.
- ▶ Reconocimiento a los derechos sindicales.

La nueva África en la globalización

La evolución histórica de África nos enseña que el gran continente, pleno y tan diferenciado, tiene su unidad. Desde el baobab al renacimiento cultural, de la OUA a la UA, del aislamiento a la integración en los flujos de la globalización, toda África camina junta. Justamente en estos días observamos a los grandes Estados africanos moverse hacia la normalización de los derechos de sus poblaciones. Las transformaciones hacia sistemas políticos más tolerantes y democráticos están siendo reconocidas por los estudiosos.

Con buen clima, economías avanzadas de todo el mundo, como las europeas y china, pero también de aquí, de América del Sur, buscamos participar de la nueva África. Países ya enraizados en el continente africano, como es el caso de los europeos y más recientemente de China, avanzan en el campo económico, particularmente, en las articulaciones con los nuevos nichos de desarrollo.

En esos pasos autónomos de los africanos, al desear participar con fuerza propia, con los ojos puestos en la ciudadanía africana, hay una oportunidad de seguir a África en fiestas, como las de Adís Abeba, en forma de surgimiento del proyecto democrático-republicano. En el caso de Brasil, de donde vengo, tenemos muchos descendientes de las antiguas caravanas de la esclavitud venidos del continente africano, que también avanzan, cada día, en la ciudadanía. Vamos a caminar con los africanos de allá y con los de acá. Y de esta forma las fiestas como la de Adís Abeba no ocurrirán solamente cada 50 años sino todos los días con la perspectiva de la elevación social, económica y ciudadana de los africanos y sus descendientes, estén donde estén.

SEGÚN DATOS DEL FMI, ÁFRICA ES HOY LA REGIÓN CON LA TASA DE CRECIMIENTO MÁS ALTA DEL MUNDO. SIN EMBARGO, ESTE CRECIMIENTO NO SE REFLEJA EN MEJORES NIVELES DE DESARROLLO. LA ESTRATEGIA ACTUAL DE INSERCIÓN DE ÁFRICA EN EL MUNDO SE BASA EN LA EXPORTACIÓN DE MATERIAS PRIMAS MINERALES Y ENERGÉTICAS. YA ES MOMENTO DE ABANDONAR EL MODELO DE DESARROLLO RENTISTA Y APOSTAR POR UNO ORIENTADO A LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS Y AL FOMENTO DE LA INTEGRACIÓN REGIONAL, ÚNICO MECANISMO PARA TERMINAR CON EL AUMENTO DE LA DESIGUALDAD Y LA EXCLUSIÓN DE VASTOS SECTORES DE LA SOCIEDAD.

ÁFRICA: CRECIMIENTO SIN DESARROLLO

por **MBUYI KABUNDA BADI**. *Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración, y en Relaciones Internacionales por la Universidad de Lubumbashi, República Democrática del Congo. Profesor del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo. Profesor de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid y de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. Presidente de la Asociación Española de Africanistas*



T

ras décadas de desarrollo perdido o de tendencias negativas, los países africanos crecieron desde el año 2000 a una tasa promedio del 5%.

La misma cayó a 2,5% en 2009 como consecuencia de la crisis financiera mundial, la cual ha tenido efectos negativos en el turismo, las remesas y las inversiones directas extranjeras. Sin embargo, según los datos del Fondo Monetario Internacional (FMI), hoy África es la región con la tasa de crecimiento más alta del mundo, pasando del 5,1% en 2013 al 6,1 en 2014; es decir, una cifra próxima a la de los países emergentes asiáticos. Se prevé que siete países podrían alcanzar a lo largo de 2016 tasas de crecimiento superior o igual al 7 por ciento.

De este modo, asistimos en los últimos años a lo que algunos autores tachan como el “despertar de África”, con las consiguientes rivalidades entre países como Estados Unidos, Inglaterra, Francia, China y Japón para fortalecer su presencia en este continente y extender sus zonas de influencia. Todo el mundo se interesa a África, que ha vuelto a recuperar su

importancia geoestratégica para el siglo XXI, principalmente por los importantes recursos naturales (petróleo, oro, estaño, diamantes, uranio, coltán, madera, entre otros) que Occidente y los países emergentes necesitan para mantener sus procesos de industrialización.

Sin embargo, es preciso subrayar que aquellas tasas de crecimiento han sido conseguidas no por la mejora de las capacidades productivas o la diversificación de la economía, sino por factores coyunturales tales como la fuerte demanda de materias primas por parte los países emergentes, los recortes drásticos en los aspectos sociales o de desarrollo humano en el marco de las reformas de liberalización, el fin de las guerras en algunas regiones, la lucha contra la corrupción, el dinamismo de la economía popular y las destrucciones medioambientales. Es de sobra conocido que los indicios de pobreza en África se han multiplicado por tres desde 1960 y que las tasas de crecimiento se acompañan con la agudización de las desigualdades y el retroceso en los aspectos de justicia social y de desarrollo humano.

Las teorías y estrategias de desarrollo erróneas experimentadas en África en las últimas décadas han conseguido resultados insignificantes, por factores internos y externos combinados, y fundamentalmente por excluir a la idiosincrasia de los pueblos (sus creencias y tradiciones), tanto en su concepción como en su ejecución, por estar autocentradas a favor del economicismo occidental y por descuidar los aspectos de desarrollo humano.

Desarrollo y crecimiento: una relación ambigua

La mayoría de las teorías del desarrollo suele equiparar el desarrollo con el aumento del Producto Bruto Interno (PBI) y del ingreso per cápita o el crecimiento de ingresos individuales y nacionales. Es decir, una concepción que equipara el desarrollo con el crecimiento y que se fundamenta exclusivamente en la desigualdad de oportunidades. Se pierde de vista, con este planteamiento basado en el crecimiento cuantitativo, que no existe un modelo universal de desarrollo o que ningún pueblo o Estado puede pretender tener el monopolio o el liderazgo del desarrollo. Existe, pues, la crisis de la ideología del desarrollo, por reducirse el concepto de desarrollo a la única dimensión economicista.

El desarrollo de las sociedades abarca o incluye otras actividades sociales, culturales, convivenciales y simbólicas, además de la salvaguarda de la libertad de los individuos y de las colectividades para su equilibrio y expansión, sobre todo en África, donde las sociedades son más fuertes que los Estados superficiales y frágiles.

De este modo, el desarrollo se fundamenta esencialmente sobre la movilización de su potencial humano, sobre la afirmación de su identidad cultural y sobre su posibilidad de poner orden en su propia casa. El desarrollo no es un producto de importación o exportación. Se fundamenta en la fuerza endógena de transformación y depende, en primer lugar, de la capacidad de realizar cambios en cada país. Es decir, el desarrollo debe concebirse como un fenómeno total en el que la tradición y la modernidad no se excluyen, sino se complementan. El desarrollo tiene un carácter multidimensional vinculado con el progreso de las sociedades.

En cuanto al crecimiento, es una condición necesaria para el desarrollo y un elemento importante del progreso y de las estrategias de desarrollo. Sin embargo, no es la condición ineludible y suficiente para alcanzarlo. Es preciso incorporar otros indicadores y no solo la tasa de crecimiento del PIB como medida y criterio del desarrollo. En fin, el desarrollo no puede definirse en referencia exclusiva al crecimiento, pero tampoco se puede excluir totalmente el primero.

Las teorías y estrategias de desarrollo erróneas experimentadas en África en las últimas décadas han conseguido resultados insignificantes, por factores internos y externos combinados, y fundamentalmente por excluir a la idiosincrasia de los pueblos (sus creencias y tradiciones), tanto en su concepción como en su ejecución, por estar autocentradas a favor del economicismo occidental y por descuidar los aspectos de desarrollo humano. Es hora de acabar con el modelo económico occidentalocéntrico, o el etnocentrismo económico, supuestamente universal.

El caso del crecimiento africano

El crecimiento en muchos países africanos se está consiguiendo con la reproducción de desigualdades y exclusiones. Es decir, el crecimiento no se manifiesta a través de la reducción de las desigualdades, sino por un nuevo aumento de estas y de las injusticias sociales, que son características del subdesarrollo.

Los países con las altas tasas de crecimiento o ricos en recursos naturales (Nigeria, Angola, Guinea Ecuatorial, República Democrática del Congo, Chad) ocupan curiosamente los últimos lugares en el ranking mundial del Índice de Desarrollo Humano.

Estamos ante un crecimiento inestable por las contradicciones internas, en particular por las desigualdades de desarrollo entre el sector público y el sector privado, por no tener los países africanos ninguna influencia sobre los precios de las materias primas en los mercados internacionales, controlados por las multinacionales en la mayoría de los casos, y por estar sometidos al deterioro de los términos de intercambio.

Según los autores neoliberales, África experimenta importantes dinámicas de crecimiento económico fuerte, base de su futuro desarrollo, consolidado por la emergencia de una clase media, convertida en motor de la democracia y del desarrollo. Los propios africanos hablan del “renacimiento africano”. Según este planteo, la fase de crecimiento es fundamental para satisfacer después las necesidades esenciales y erradicar la pobreza. Pero en realidad se trata de un crecimiento frágil, por no conseguir la mejora de la calidad de vida de cada persona, por depender ampliamente del precio de las materias primas, en particular del petróleo y de los recursos minerales. Sin lugar a dudas, la estrategia consiste en la inserción de África en la globalización a partir de las materias primas minerales y energéticas en detrimento de otras potencialidades del continente, es decir, es una inserción rentista. La integración a la economía mundial es una condición necesaria para el crecimiento, pero no suficiente.

Varios factores explican el bloqueo del desarrollo en muchos países africanos, e incluso el retroceso, a pesar del aumento de tasas de crecimiento: la especialización del continente en la exportación de los *commodities* con un débil valor añadido y sometidos a la fluctuación de precios en los mercados internacionales con la consiguiente vulnerabilidad a los choques externos; la débil industrialización del continente, resultado de la ausencia de políticas de diversificación económica en las estrategias nacionales de desarrollo poscoloniales y de la desindustrialización nacida de los Programas de Ajuste Estructural (PAE), que dieron prioridad a los

equilibrios macroeconómicos y al reembolso de la deuda externa; el proteccionismo de los países del Norte con las subvenciones de sus productos que han invadido los mercados locales, impidiendo a los países africanos utilizar el comercio internacional o las ventajas comparativas como instrumento de desarrollo.

Así, estamos ante un crecimiento que no se acompaña con la transformación de las estructuras de producción y la diversificación de las economías africanas, y que en el contexto neoliberal en el que se está produciendo, tiende a la marginación de los sectores productivos modernos y al fortalecimiento de las industrias extractivas, a costa de la producción agrícola y la mejora de la producción en los sectores de bienes manufacturados.

El crecimiento actual de las economías africanas, que es un modelo de crecimiento elitista por la exclusión de la población de

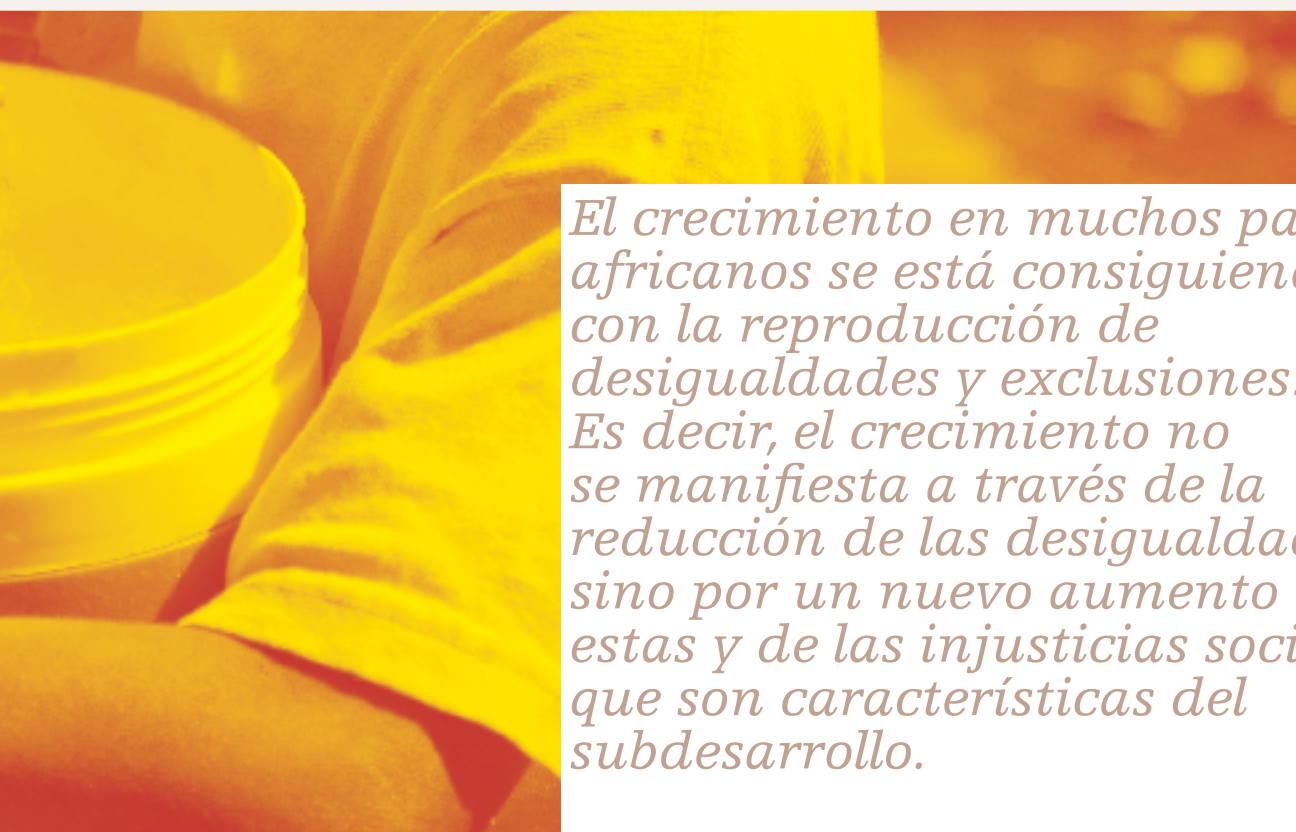


los beneficios, no consigue resolver los problemas estructurales: el desempleo de la juventud, el avance de la economía popular para la supervivencia, la marginación social de amplias capas de la población, la criminalización de la economía, la extensión de la violencia y de la inseguridad, que sirven de caldo de cultivo a las actividades ilícitas y delictivas de las redes internacionales. La miseria y la exclusión siguen alimentando los conflictos, junto a la llamada “maldición de las materias primas”.

Expresando la opinión prevaeciente en el Foro Económico Mundial celebrado en Kigali en mayo de 2016, el profesor Patrick Bond –en un artículo reproducido por la revista digital africana de la Fundación Sur de Madrid el 1 de agosto siguiente– abunda en el mismo sentido que el presente análisis. En el Foro se consideró el supuesto crecimiento económico africano y la

emergencia de la clase media en África como “fascinaciones” y “mitos”, pues la recuperación económica de África es función de una economía extractiva, ampliamente dependiente de las extracciones y exportaciones de recursos naturales, con el consiguiente aumento de la emisión de carbono, que amenaza la salud de millones de personas.

Desde comienzos de la presente década, las protestas de los movimientos sociales contra el deterioro de las condiciones económicas y sociales en muchos países africanos ponen de manifiesto que el crecimiento africano es una falsedad. No solo se ha profundizado el desempleo, sobre todo juvenil, sino que además la deuda de los países subsaharianos se ha casi quintuplicado, pasando de 32 billones a 140 billones de dólares desde el año 2000 hasta la actualidad.



El crecimiento en muchos países africanos se está consiguiendo con la reproducción de desigualdades y exclusiones. Es decir, el crecimiento no se manifiesta a través de la reducción de las desigualdades, sino por un nuevo aumento de estas y de las injusticias sociales, que son características del subdesarrollo.



El abandono de la agricultura y la venta de las tierras: la otra cara del crecimiento africano

La mala gestión y la corrupción de los gobiernos, que suelen dar la prioridad a las infraestructuras elitistas, improductivas y de prestigio –los llamados “elefantes blancos”–, en detrimento del sector agrícola, han bloqueado completamente la agricultura. A la misma se le ha dedicado sólo el 9% del gasto público, pese al hecho de ser la base de las economías africanas al representar entre el 50 y el 75% de las riquezas nacionales y la principal actividad de la mayoría de la población.

Se puede decir lo mismo de las políticas de industrialización de las décadas anteriores impulsadas desde el exterior, políticas orientadas hacia la satisfacción de la demanda de los mercados externos y no internos, y que son responsables del excesivo endeudamiento de los países africanos.

La agricultura familiar ha sido el aspecto más descuidado. Ello viene ilustrado por el movimiento actual de acaparamiento de las tierras africanas por las multinacionales del Norte y los países emergentes, con la complicidad de los gobiernos locales que, de este modo, contribuyen a la expoliación de sus pueblos, gobiernos que repriman cualquier tipo de resistencia por tener una importante coalición o intereses convergentes con las empresas del Norte. En total unos 134 millones de hectáreas de tierras africanas (de los 203 millones en el mundo) han sido vendidas o alquiladas a las empresas y latifundistas extranjeros entre los años 2000 y 2010, con el objetivo de conseguir las divisas necesarias o los

Para conseguir el crecimiento duradero de los países africanos debe procederse a la diversificación de las actividades económicas o de sus bases productivas más allá de la producción petrolera o minera, el fomento de la integración regional endógena, y no la actual abierta, para crear nuevos mercados internos y construir las infraestructuras rentables. No puede haber un crecimiento sólido sin la diversificación de las exportaciones.

capitales para hacer frente a la falta de ahorro interno, y supelementalmente para luchar contra el subdesarrollo y la pobreza, conforme al planteamiento neoliberal que considera, siguiendo la lógica de la prioridad al mercado, que estas tierras no fueron aprovechadas y deberían ser sometidas a las nuevas técnicas de producción, pasando de la agricultura familiar “improductiva” a la agricultura industrial o comercial, a menudo en contra de los equilibrios medioambientales.

El resultado, según denuncian varias ONGs, es la expropiación y el empobrecimiento de las comunidades locales a las cuales se les quita el principal medio de supervivencia, dando prioridad los nuevos inquilinos o dueños a los cultivos de exportación, sin ninguna preocupación por la soberanía y la autosuficiencia alimentaria de dichas comunidades. El caso más indignante es el de Etiopía, donde a pesar de las hambrunas que padece el país, el gobierno ha procedido a la venta y alquiler de unos 3,66 millones de hectáreas.

Con estas prácticas, existe una clara contradicción entre el desarrollo agrícola, fundamental para los países africanos, la lucha contra el éxodo rural y la venta de las tierras agrícolas. Pertenece a los Estados proceder a la recuperación de estas tierras suministrando a los pequeños agricultores los medios necesarios para rentabilizarlas siguiendo sus propias dinámicas con el objetivo de resolver el problema de las hambrunas, de la autosuficiencia colectiva y de la lucha contra la pobreza. Ello se convierte en una prioridad, máxime cuando se sabe que en 2012, en el Sahel, un millón de niños sufrieron de desnutrición. No se puede luchar contra

el hambre y la pobreza sin atacarse a las causas que los generan. En definitiva, en el problema del acaparamiento de las tierras, unos insisten en las aportaciones de capitales, técnicas y conocimientos, la creación de empleos y de infraestructuras sociales (escuelas, dispensarios, etcétera) que aportarían la venta o el alquiler de las tierras, junto a la modernización de la agricultura africana con un impacto positivo en la reducción de la pobreza. Otros ponen de manifiesto la competencia desleal y desigual generada por los nuevos cultivos frente a la agricultura familiar de autoconsumo, las expoliaciones de las comunidades locales, la reducción de la autosuficiencia alimentaria, el descuido de los aspectos medioambientales y la opacidad que rodea todo el proceso, por la complicidad que mantienen los gobiernos con los compradores extranjeros, excluyendo cualquier tipo de consulta de los dueños de estas tierras étnicas o de las comunidades locales.

Es inadmisibles que los países africanos alquilen o vendan sus tierras para la producción o la exportación de alimentos, incluso de alimentos de animales y de flores, en lugar de asegurarse su propia alimentación y supervivencia. Es preciso traer a colación el caso de la multinacional Feronia, con sede en Canadá, financiada con fondos públicos procedentes de las agencias de cooperación al desarrollo europeas y estadounidenses, que ha expropiado las tierras a las comunidades del distrito de Yahuma, República Democrática de Congo, en marzo de 2016, para las plantaciones de aceite de palma, con el apoyo del gobierno de este país.

El futuro de África: la diversificación económica y la promoción de saberes y prácticas domésticos

Ya es el momento de abandonar el modelo de desarrollo rentista, o basado en los *commodities*, y apostar por un modelo internamente orientado, fundamentado en la articulación agricultura-industria, sector público-sector privado, dando lugar a lo que la profesora Sylvie Brunel llama “el *made in Africa*” y “el *made for Africa*”, transformando *in situ* los recursos naturales para el autoconsumo de las poblaciones africanas, o la apuesta por la economía del saber poniendo fin al robo de cerebros africanos por el Norte y a su expulsión por los gobiernos establecidos. El abandono de la educación, en el marco de las políticas neoliberales a las que se han adherido los países africanos, explica que muchas universidades no pueden mantener su nivel científico, y los mejores profesores e investigadores se marchan al extranjero (huida y expulsión de cerebros). El resultado es no solo la “desculturación”, sino además la “desafricanización” de la investigación, nacidas de la privatización y de la comercialización de la educación, sometida a los valores externos o de la globalización en detrimento de valores africanos. En suma, para conseguir el crecimiento duradero de los países africanos debe procederse a la diversificación de las actividades

económicas o de sus bases productivas más allá de la producción petrolera o minera, el fomento de la integración regional endógena, y no la actual abierta, para crear nuevos mercados internos y construir las infraestructuras rentables. No puede haber un crecimiento sólido sin la diversificación de las exportaciones. Se impone también un “proceso endógeno de legitimación de los dirigentes”, empezando por el fin del “fenómeno de extraversión intelectual” a favor de los saberes domésticos.

En definitiva, los ejes de la recuperación de África son los siguientes: la prioridad a la educación; la seguridad alimentaria; la creación del Estado federal o federalismo interno (descentralización a partir de los Estados actuales); la unidad africana o la creación de espacios africanos de desarrollo endógeno; la recuperación y promoción de la economía popular (mal llamada sector informal); la puesta del desarrollo económico al servicio del desarrollo social, y la recuperación de la cultura africana del desarrollo. Desgraciadamente, la mayoría de los dirigentes africanos están convencidos de que no tienen nada que sacar de positivo de la cultura africana con la consiguiente autoentrega a los valores occidentales mal dominados. Se impone en este continente “la descolonización de las mentes y del saber” o el cuestionamiento de la universalidad del desarrollo y de la occidentalización.



El crecimiento actual de las economías africanas, que es un modelo de crecimiento elitista por la exclusión de la población de los beneficios, no consigue resolver los problemas estructurales: el desempleo de la juventud, el avance de la economía popular para la supervivencia, la marginación social de amplias capas de la población, la criminalización de la economía, la extensión de la violencia y de la inseguridad, que sirven de caldo de cultivo a las actividades ilícitas y delictivas de las redes internacionales.

Conclusión

África debe seguir su propia vía, al margen del mimetismo del modelo occidental, que nunca había tenido éxito en el continente, para conseguir un crecimiento humano, más fuerte y más inclusivo, pues las realidades de los países del Norte no son las mismas que las de los países africanos. Proceder a la difusión de la cultura del progreso social, económico y medioambiental, al margen del sistema liberal productivista, que les obliga a priorizar las economías rentistas con el fin de pagar sus deudas y hacer frente a la reducción de sus actividades agrícolas e industriales.

El caso africano pone de manifiesto que las únicas fuerzas del mercado, basadas en las soluciones técnicas o la racionalidad de las matemáticas, no constituyen la panacea y no pueden asegurar un desarrollo humano y un crecimiento económico equilibrados y resolver todos los problemas económicos de África. Es preciso el cambio del pensamiento del desarrollo a favor del paradigma de desarrollo humano. Se ha de incorporar en el análisis del desarrollo la racionalidad de las hipótesis, que permite la concepción del desarrollo en sus distintas facetas. No se debe considerar la economía como la única solución a los problemas de pobreza y del subdesarrollo en este continente. Es preciso incluir los aspectos de desarrollo social y humano, en particular la educación y la salud.

En muchos casos, el planteamiento economicista y comercialista del desarrollo genera los problemas de pobreza. El Consenso de Washington, que va de la mano con los PAE, convirtió a los años ochenta y noventa en las décadas perdidas en el continente, por sus altos costos sociales nacidos de las privatizaciones y las consecuencias desastrosas de sus políticas de austeridad sobre las poblaciones ya empobrecidas.

El fracaso de las políticas de desarrollo impuestas desde el exterior, y en particular de los PAE, en un gran número de los países africanos, tiene el mérito de dar a los “desarrollistas” del Norte una lección de modestia en sus diagnósticos y terapias: las únicas fuerzas del mercado basadas en soluciones técnicas no pueden asegurar un desarrollo humano y un crecimiento económico equilibrados. No se debe considerar la economía como la única solución a los problemas de pobreza. En muchos casos los genera.

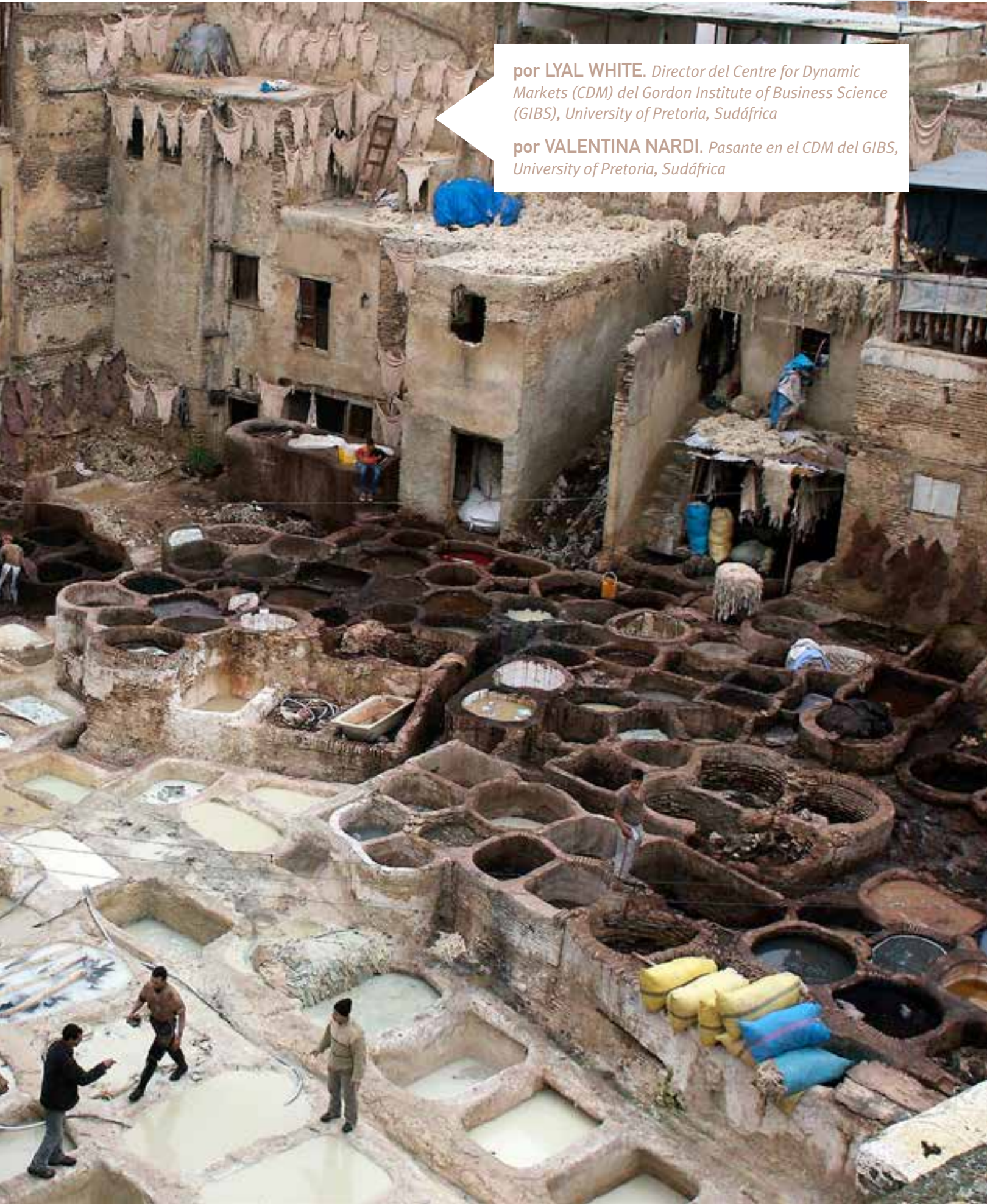
EN LOS ÚLTIMOS AÑOS EL CONTINENTE AFRICANO ES VISTO, CADA VEZ MÁS, COMO UN DESTINO DONDE INVERTIR Y OBTENER REALES GANANCIAS. SIN EMBARGO, MUCHOS PAÍSES SIGUEN SIENDO MUY POCO COMPETITIVOS DEBIDO A LAS BRECHAS EXISTENTES EN EL DESARROLLO INSTITUCIONAL. SI LA ASPIRACIÓN ES EXPLOTAR EL MÁXIMO DE SU POTENCIAL ECONÓMICO, ES CRUCIAL SEGUIR TRABAJANDO EN MEJORAR EL NIVEL DE LA GOBERNANZA, DE LOS CONTROLES DEMOCRÁTICOS Y ALCANZAR UN AMBIENTE ECONÓMICO CARACTERIZADO POR UNA MAYOR SEGURIDAD.

ÁFRICA: ¿REMONTANDO O EN DESCENSO? LA NECESIDAD DE REFORZAR LAS INSTITUCIONES PARA IMPULSAR UN CAMBIO GRADUAL



por **LYAL WHITE**. *Director del Centre for Dynamic Markets (CDM) del Gordon Institute of Business Science (GIBS), University of Pretoria, Sudáfrica*

por **VALENTINA NARDI**. *Pasante en el CDM del GIBS, University of Pretoria, Sudáfrica*



Los autores agradecen especialmente los comentarios de Adrian Kitimbo, investigador senior del CDM, de gran valor para la realización del presente artículo.

A lo largo de los últimos diez años, África ha concentrado una creciente atención. Atrás quedaron los días en los que el continente era considerado como un caso perdido, un lugar sin esperanza al que solo se lo asociaba con la pobreza extrema, la dependencia *vis-à-vis* de la ayuda externa y las guerras. La percepción de África está cambiando y el continente es visto, cada vez más, como un destino donde invertir y obtener reales ganancias. Sin embargo, a pesar de este cambio de mirada hacia África, ciertos desafíos relacionados con la gobernanza, los negocios y el desarrollo quedan aún pendientes. Las enormes expectativas gestadas alrededor del tan esperado crecimiento de África, sobre todo a partir del 2010, experimentan hoy un baño de realidad. La caída en el precio de los *commodities* en 2014 fue mitigando el entusiasmo a la hora de analizar la situación económica actual de África así como también sus perspectivas a futuro. Este cambio de percepción se debe, en parte, al progreso hecho por el continente en cuanto a la reforma de sus estructuras institucionales, fundamentalmente a partir del año 2000. Además, cabe destacar que durante ese período el Producto Bruto Interno (PBI) de África creció exponencialmente, transformándose en un continente cada vez más competitivo. África conoció su período de mayor crecimiento entre los años 2003 y 2013, durante los cuales creció a un promedio anual de 5%, cifra al menos 2% por encima del promedio global. Asimismo, durante esa misma década las 11 economías más grandes del continente, consideradas en su conjunto, se han expandido más de un 50%: el doble del crecimiento del PBI global que fue de 23%. Esto fue posible aun en el contexto de la crisis global de 2008-2009, momento en el que muchas economías alrededor del mundo comenzaban a tambalear.

Indudablemente, el *boom* de los *commodities* en la primera década del siglo XXI fue en gran medida responsable del impactante crecimiento de África. China y su insaciable sed de materias primas, necesarias para sostener su expansión económica, provocaron un incremento en la demanda de recursos naturales. Combinada con la subida de los precios de las materias primas, el resultado fue la aceleración del crecimiento económico de África. A título de ejemplo, en julio de 2008 el barril de petróleo alcanzó un precio récord de 145 dólares, notablemente superior a los 70 dólares que costaba en 2007.

En este contexto, la reciente caída en los precios de los *commodities* ha tenido un impacto directo en el crecimiento del continente. Varios países están experimentando dificultades para mantener sus economías a flote. El precio del petróleo es actualmente inferior a 50 dólares por barril, tocando su nivel más bajo desde el año 2010. Esta situación es particularmente dañina para un país como Nigeria, la economía más grande de África, donde el petróleo contribuye en más del 70% al presupuesto público.

La caída en los precios trajo malestar social que se tradujo en numerosas protestas contra la eliminación de los subsidios a los combustibles y el aumento de los precios de los mismos. A pesar de contar con una de las mayores reservas de petróleo del mundo, la falta de capacidad de refinación obliga a importar la mayor parte de los combustibles que se consumen en Nigeria. El ejemplo de Nigeria y su industria petrolera deja en evidencia cuán expuestas están muchas de las economías africanas, cuáles de ellas han fallado en diversificarse durante el período de crecimiento exponencial, y aquellas que no han sabido implementar las reformas estructurales e institucionales necesarias para sostener el crecimiento en el largo plazo e impulsar el desarrollo del continente.

La relevancia de las instituciones y el Dynamic Market Index

Las instituciones juegan un rol central a la hora de reforzar la competitividad de los países. Sin fuertes capacidades institucionales, las dificultades son mayores a la hora de crear un ambiente propicio para lograr el éxito económico, social y político. Las brechas existentes en el desarrollo institucional, especialmente en África, explican parcialmente por qué muchos países siguen siendo marcadamente poco competitivos. A pesar del amplio consenso que existe acerca de la importancia de promover instituciones sólidas, históricamente muy poco esfuerzo se ha realizado para diseñar herramientas suficientemente abarcadoras que permitan entender el progreso de África y los retos pendientes en términos del desarrollo institucional del continente. Reconociendo la necesidad de contar con una herramienta que permita medir y comparar el recorrido institucional de los países a lo largo del tiempo, el Centre for Dynamic Markets (CDM) del Gordon Institute of Business Science (GIBS) desarrolló el

GIBS Dynamic Markets Index (DMI). Esta publicación bianual constituye una herramienta extensa y robusta. El índice se apoya en resultados empíricos obtenidos a través de la recolección de datos objetivos para medir la evolución institucional de los países alrededor del mundo. La edición 2016 del DMI abarca 144 países en un período de siete años comprendidos entre 2007 y 2014. Con el objetivo de estudiar el dinamismo de los mercados, dicho índice descansa en el análisis exhaustivo de los siguientes seis pilares: apertura y conectividad; sistema de justicia; trámites burocráticos; capital humano; gestión de la macroeconomía; y estabilidad sociopolítica.

El GIBS DMI presenta dos características que marcan su singularidad con respecto a otros índices similares, también con vocación comparativa. En primer lugar, el GIBS DMI se concentra en mensurar el cambio institucional como un proceso a lo largo de un determinado período de tiempo, es decir que trasciende una única medida estática. En segundo lugar, el índice se apoya principalmente en resultados empíricos producto de datos

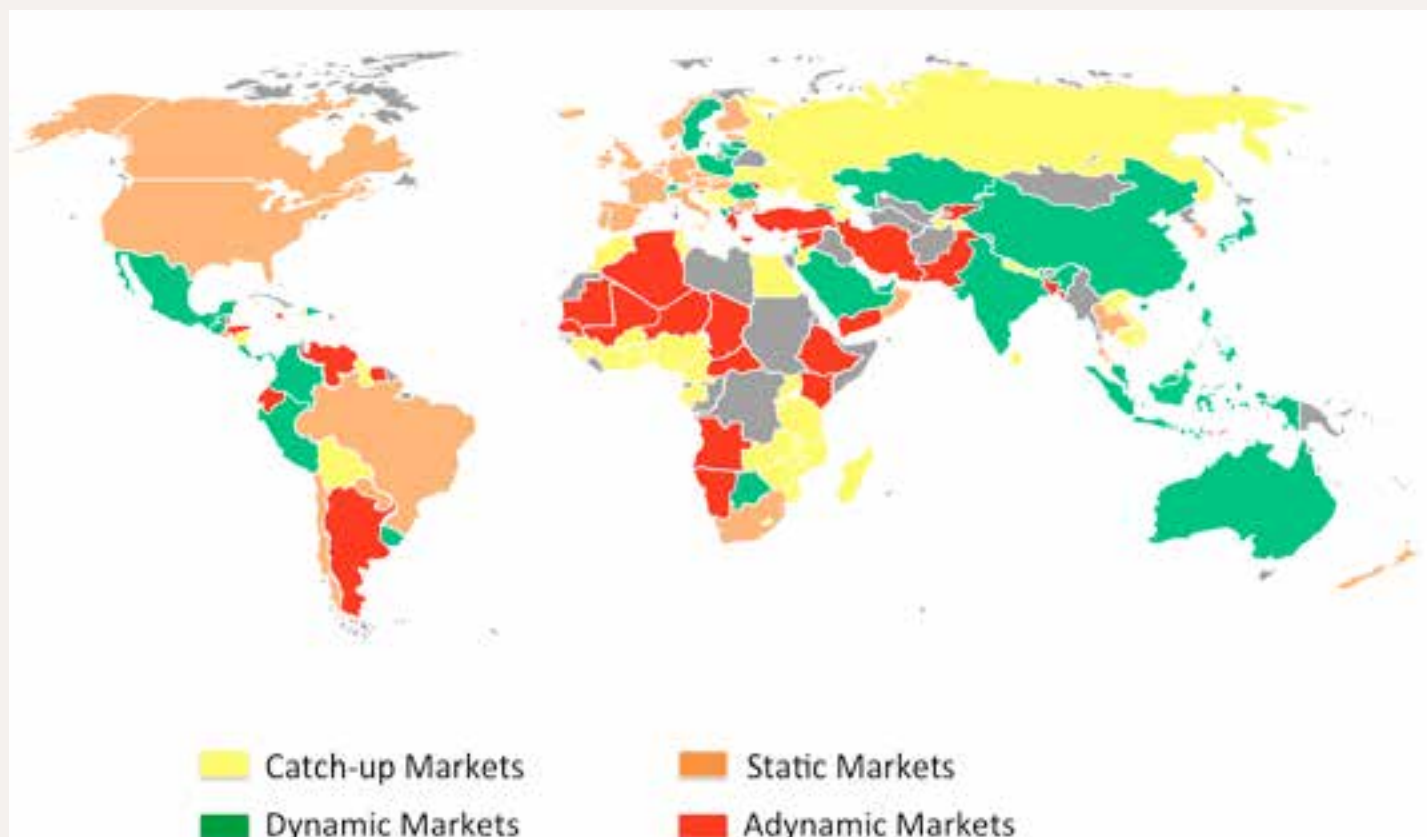
El ejemplo de Nigeria y su industria petrolera deja en evidencia cuán expuestas están muchas de las economías africanas, cuáles de ellas han fallado en diversificarse durante el período de crecimiento exponencial, y aquellas que no han sabido implementar las reformas estructurales e institucionales necesarias para sostener el crecimiento en el largo plazo e impulsar el desarrollo del continente.

objetivos, priorizándolos por sobre opiniones, sentimientos o encuestas.

En lugares como África, donde las estructuras institucionales y sus niveles de crecimiento son extremadamente dispares, herramientas como el GIBS DMI ofrecen un entendimiento de gran valor para comprender dónde se encuentran ciertos países con respecto a su desarrollo institucional y a su trayectoria de desarrollo. Esto es especialmente importante a la hora de diseñar políticas tendientes a impulsar la competitividad. También es vital para entender la coyuntura, fundamentalmente a la hora de pensar estrategias de negocios para aquellos que buscan expandirse a nivel internacional.

Los resultados del GIBS DMI permiten clasificar a los diferentes países en cuatro categorías, en base a en qué medida mejoraron o retrocedieron en sus *performances* institucionales. En primer

lugar, la categoría “Mercados en alza” (*Catch-up Markets*) agrupa a aquellos países cuya situación de partida en el año 2007 presentaba un magro nivel de desarrollo institucional pero que han logrado un considerable progreso en sus estructuras institucionales. En segundo lugar, el rubro “Mercados dinámicos” (*Dynamic Markets*) comprende los países que ya contaban con instituciones sofisticadas en el año 2007 y continuaron progresando a lo largo de todo el período de evaluación. En tercer lugar, bajo la etiqueta de “Mercados adinámicos” (*Adynamic Markets*) se encuentran los países que se han estancado o que incluso deterioraron su situación institucional entre 2007 y 2014. Finalmente, fueron catalogados como “Mercados estáticos” (*Static Markets*) aquellos países que ostentaban un importante nivel de dinamismo en 2007 pero se han estancado o mostrado muy poco o incluso ningún avance hacia el 2014.



Fuente: GIBS DMI, 2016.

Los resultados de África en el DMI

El DMI incluye 39 de los 54 países que integran el continente africano. La exclusión de los 15 restantes se debe a la ausencia de información disponible. En África, obtener información completa y extensa puede resultar especialmente problemático, ya que la escasez de información constituye la regla antes que la excepción. Casos como los de Libia o Somalia no pudieron ser analizados debido a las extendidas guerras que los azotan haciendo que sea casi imposible encontrar información completa y, sobre todo, confiable.

El período de análisis del GIBS DMI (2007-2014) ha sido un período tumultuoso. Los países africanos no estuvieron exentos de las consecuencias de varios eventos globales. Por ejemplo, la crisis financiera mundial de 2008/09 encontró a varios países del mundo revirtiendo los progresos realizados desde los años '90, tambaleando en las reformas pro-mercado que se estaban llevando a cabo en ese momento. Si bien la crisis financiera tuvo menos impacto en África que en otras partes del mundo, parcialmente debido al bajo nivel de conectividad del continente con respecto a la economía mundial, algunos países sufrieron la pérdida de capitales provenientes de Occidente, ya que la escasez de créditos empujó a los inversores a reducir el flujo de los fondos destinados a los mercados africanos.

Los levantamientos acontecidos en el contexto de la Primavera Árabe, afectando al norte de África y a Medio Oriente en 2011, sumergieron a dichos países en una ola de cambios políticos dramáticos, exponiéndolos a una situación marcada por la violencia prolongada y la inestabilidad en la que se encuentran aún hoy y también conmovió a varios países de la región y todo a lo largo de África. Por ejemplo, Libia, uno de los países que ha estado en el epicentro de la Primavera Árabe, enfrenta aún hoy dificultades para restaurar la estabilidad en el país desde la caída del coronel Muamar Gadafi, quien gobernó el país con mano dura por 42 años. Las luchas por el poder entre las diferentes facciones junto con la aparición de varios grupos rebeldes, por no mencionar la presencia de militantes del Estado Islámico que intentan aprovechar el vacío de poder y la situación de inestabilidad, han dejado la economía libia sumida en un verdadero caos.

En los últimos años es innegable que el terror ha aumentado, especialmente en África. Durante el período bajo análisis, varios ataques con objetivos específicos golpearon los aparatos de seguridad en diferentes países y azotaron algunos sectores

Las enormes expectativas gestadas alrededor del tan esperando crecimiento de África, sobre todo a partir del 2010, experimentan hoy un baño de realidad. La caída en el precio de los commodities en 2014 fue mitigando el entusiasmo a la hora de analizar la situación económica actual de África así como también sus perspectivas a futuro.

clave de la economía. A modo de ejemplo, la industria turística de Kenia ha estado paralizada como resultado de los ataques llevados a cabo por al-Shabab en África del Este, dejando cientos de muertos y una nación sumida en el miedo y la paranoia. En el 2013 Kenia sufrió uno de los ataques más feroces que haya conocido el país cuando 67 personas fueron asesinadas en el centro comercial Westgate en Nairobi. En Somalia, al-Shabab protagoniza una guerra civil con el gobierno, cometiendo reiterados ataques suicidas en Mogadiscio, la capital, pero también en otras zonas de país. Al mismo tiempo, Boko Haram, en África del Oeste, continúa aterrorizando a Nigeria, provocando el desplazamiento forzado de miles de personas en el noreste del país y entorpeciendo el comercio regional.

La desaceleración que la economía china experimenta desde el 2013, más profunda de lo previsto, ha tenido un impacto negativo en aquellos países que se beneficiaron de la creciente demanda de recursos naturales promovida por los poderes emergentes, especialmente en África. En 2015 y 2016 China alcanzó la menor tasa de crecimiento económico de los últimos 30 años.

Los levantamientos acontecidos en el contexto de la Primavera Árabe, afectando al norte de África y a Medio Oriente en 2011, sumergieron a dichos países en una ola de cambios políticos dramáticos, exponiéndolos a una situación marcada por la violencia prolongada y la inestabilidad en la que se encuentran aún hoy y también conmovió a varios países de la región y todo a lo largo de África.

Los países africanos ricos en recursos, incluyendo Angola, Zambia y Sudáfrica, han sido duramente golpeados por esta desaceleración económica de China, que implicó una menor demanda de *commodities*. En 2015, las importaciones chinas provenientes de África cayeron cerca de 40% y muchos de los proyectos de inversiones de gran escala anunciados quedaron inconclusos. La disminución de la demanda china y la subsecuente caída en los precios de los *commodities* han tenido un profundo impacto en la *performance* económica de África, dejando en evidencia la falta de progreso realizado en diversificar la economía durante lo que fue el ciclo de crecimiento.

A pesar de las alteraciones globales y regionales y del magro desarrollo de algunos mercados clave, el gran crecimiento económico que experimentaron varios países de África les permitió llevar a cabo ciertas reformas estructurales. Estas trajeron consigo mejoras a nivel de la gobernanza, de los controles democráticos y un ambiente económico caracterizado por una mayor seguridad.

En líneas generales, los resultados del GIBS DMI sugieren que los

gobiernos están cosechando la voluntad política necesaria para impulsar las reformas que mejoren el ambiente de negocios a través del tratamiento de aspectos centrales como el sistema legal y las regulaciones, acompañado de la reducción de impuestos para las empresas y la privatización de algunas compañías nacionales buscando una mayor eficiencia en su funcionamiento.

Botsuana e Islas Mauricio son los únicos países africanos que integran la categoría de “Mercados dinámicos” del GIBS DMI. Ambos países han mantenido sus esfuerzos para construir instituciones sólidas, logrando un desempeño competitivo a lo largo de los años estudiados. Botsuana e Islas Mauricio han obtenido una puntuación comparativamente elevada a lo largo de todos los pilares institucionales, especialmente sobrepasando a otros países africanos en cuanto a la reducción de la burocracia, la implementación de un sistema de justicia funcional y la promoción de mercados cada vez más abiertos y conectados. Ambos países son relativamente pequeños, tanto en términos de su población como del tamaño del PBI. Sin embargo, han logrado situarse entre las economías más competitivas y exitosas del continente, en gran medida como resultado de haberse concentrado en mejorar sus estructuras e instituciones.

La mayoría de los países africanos, 23 de los 39 estudiados en el índice, fueron incluidos en la categoría de “Mercados en alza”. Dentro de este grupo se encuentran, por ejemplo, Sierra Leona y Ruanda. Ambos países alcanzaron mejoras significativas en sus instituciones, especialmente en lo que concierne la orientación de la macroeconomía y la estabilidad sociopolítica. El caso de Ruanda es particularmente asombroso. Solo veinte años después del genocidio que terminó con más de 800 mil vidas y diezmó la economía, el país ha recorrido un largo camino. Además de haber alcanzado un crecimiento económico de un promedio de 8% entre 2011 y 2014, este pequeño país de África del Este ha logrado un gran progreso hacia la apertura de su economía, encabezando la remoción de las barreras al comercio en el seno de la Comunidad de Estados Africanos (EAC, por sus siglas en inglés) y logrando reducir los niveles de pobreza y desigualdad. Si bien el futuro político de Ruanda y la violación de los derechos humanos continúan siendo una preocupación, el progreso realizado a nivel socioeconómico durante las dos últimas décadas es innegable.

Sudáfrica es el único país africano categorizado como “Mercado estático”, compartiendo dicha etiqueta con algunas economías avanzadas como Canadá y Francia, las cuales se han estancado

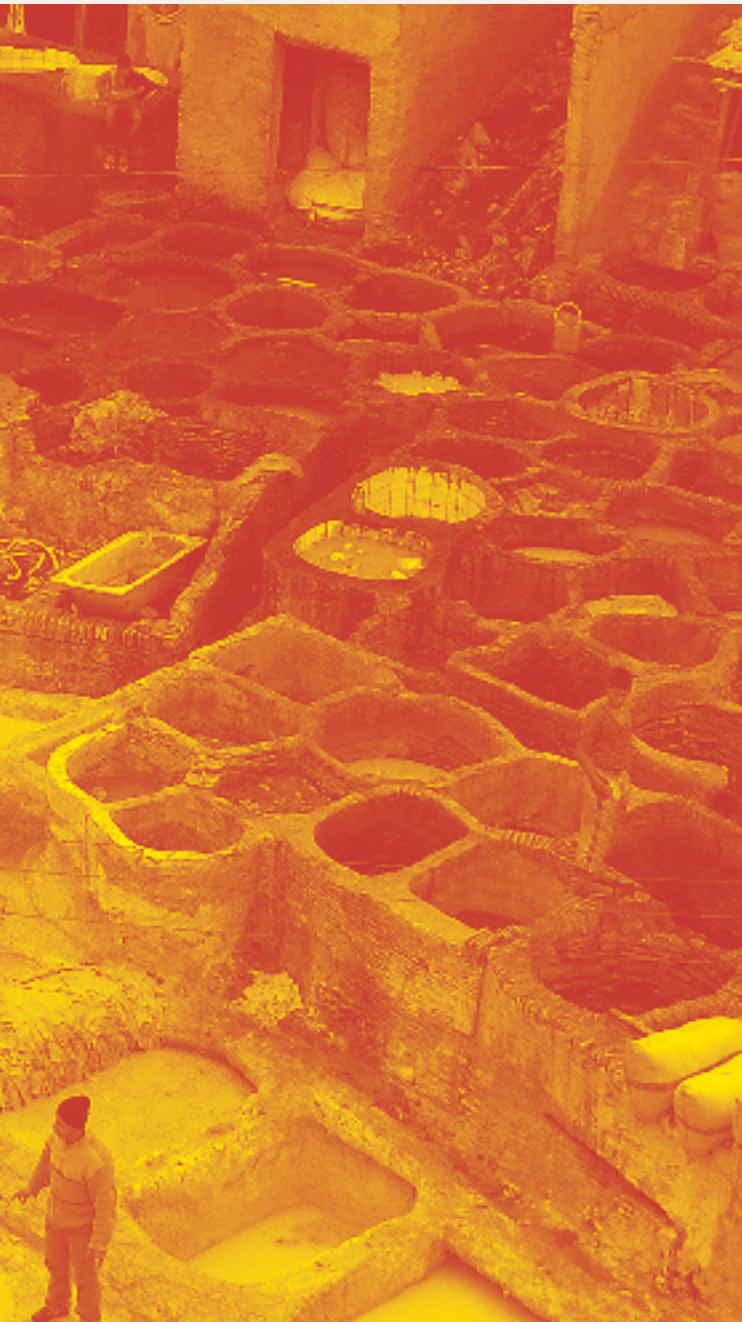
o realizado muy poco o incluso ningún progreso institucional entre 2007 y 2014. En los últimos años el gobierno de Sudáfrica ha tomado decisiones cuestionables que han obstaculizado la implementación de los cambios estructurales necesarios para mejorar la competitividad del país. La segunda economía de África se ha vuelto menos abierta y conectada durante el período bajo análisis, acrecentando aún más los niveles de burocracia. El resultado es una destinación menos atractiva a la hora de realizar inversiones.

Finalmente, 12 economías africanas, entre ellas Etiopía, Senegal, Kenia y Angola, fueron incluidas en el rubro “Adinámicas”, evidenciando un pobre y, en la mayoría de los casos, declinante desempeño a lo largo de todos los pilares durante el período analizado. Estos países se han típicamente estancado o retrocedido con respecto a la base institucional que detentaban en el 2007, justo en el momento en el que mejorar era crucial para lograr un desarrollo significativo.

Mientras que algunas economías importantes de África del Este, como Kenia y Etiopía, han gozado de un sorprendente crecimiento del PBI en los últimos años, esto no necesariamente se ha traducido en mejoras estructurales significativas y sostenidas. Kenia, a pesar de haber realizado progresos en varias áreas, sufrió serios traspies hacia fines del 2007 y comienzos del 2008 ligados a la inestabilidad política, la erosión de sus instituciones y la violencia. Actualmente, Kenia está inmersa en un proceso de reformas constitucionales con el objetivo de revertir estos contratiempos reforzando sus instituciones por medio de la llamada “descentralización” (*devolution*). Este paquete de reformas buscar mejorar el rendimiento presupuestario a nivel municipal a lo largo de todo el país. Al mismo tiempo, durante el período bajo análisis del DMI, Etiopía ha realizado importantes avances en áreas como la dirección de la macroeconomía, que le han permitido estimular su desarrollo económico. Sin embargo, el país ha tenido una pobre *performance* en áreas críticas como el sistema de justicia, apertura y conectividad y la percepción de la seguridad.

En general, a pesar de que los resultados del DMI puedan parecer decepcionantes, muchos países africanos han logrado





importantes avances institucionales perceptibles mayormente a través de mejoras en la estabilidad sociopolítica y la orientación macroeconómica. El ritmo de estas mejoras, especialmente comparado con competidores globales en otras regiones alrededor del mundo, es donde se necesita trabajar con mayor urgencia. Si el continente aspira a explotar el máximo de su potencial económico, seguir trabajando en estas áreas es crucial para alcanzar el desarrollo de África.

Esta necesidad es aún más urgente si se tienen en cuenta las tasas a las que la población africana está creciendo y a las que se está urbanizando. Según el Banco Mundial, para el año 2060 África albergará alrededor de 2.800 millones de personas. Además, será un continente urbano con más del 50% de la población viviendo en ciudades hacia el 2050, representando la tasa de urbanización más alta del mundo para ese período de tiempo. La población en aumento y la rápida urbanización representan nuevas oportunidades para el consumo y la competitividad de la industria. No obstante, también pueden acarrear enormes desafíos, especialmente por la amenaza que representa la creciente desigualdad. El déficit en educación, formación, trabajos y de instituciones más robustas y funcionales que puedan mejorar la competitividad, puede transformar el tan promovido dividendo demográfico en una pesadilla demográfica.

Los resultados del DMI 2016 no solo revelan el progreso y la mejora en el dinamismo de varios países africanos, muchos de los cuales son "Mercados en alza", sino que también dejan en evidencia aquellos mercados que se han estancado o retrocedido en términos de su relativo dinamismo institucional. Los países africanos "Adinámicos", como Chad y la República Centroafricana, en los cuales las estructuras institucionales se han estado deteriorando en los últimos años, tendrán que trabajar doblemente duro para poner en marcha las reformas necesarias que permitan reforzar su competitividad. Además, comprender la urgencia junto con una mayor voluntad política para mejorar las instituciones sociopolíticas y económicas en los 54 países africanos resulta un paso inevitable si el continente pretende seguir el ritmo del resto del mundo y ser verdaderamente competitivo en el escenario global.

SI BIEN ÁFRICA PUEDE FÁCILMENTE DEFINIRSE COMO CONTINENTE, SU DIVISIÓN INTERNA ES MÁS COMPLEJA. ESTO HACE QUE EL REGIONALISMO SE CARACTERICE POR UNA FRAGMENTACIÓN DE SUBREGIONES. SI A ESTO SUMAMOS QUE LOS PROYECTOS DE INTEGRACIÓN PADECEN CRÓNICAMENTE LA ESCASEZ DE FINANCIAMIENTO, LA EXISTENCIA DE ORGANIZACIONES SUPERPUESTAS, DISPARIDAD ENTRE LAS INSTITUCIONES Y PROCESOS DE REGIONALIZACIÓN INFORMAL, EL PANORAMA ES POR DEMÁS COMPLEJO. LA INTEGRACIÓN SIGUE SIENDO UN DESAFÍO.

INTEGRACIÓN Y REGIONALISMOS AFRICANOS



por **FRANK MATTHEIS**. *Investigador Superior en el Centro de Estudios de la Innovación Gubernamental (GOVINN) de la Universidad de Pretoria, Sudáfrica. Coordinador del área de investigación sobre regionalismo comparativo, inter-regionalismo y seguridad marítima mediante una beca de investigación posdoctoral del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD). Ex becario de investigación superior en el Centro para Estudios Regionales (Centre for Area Studies) de la Universidad de Leipzig, Alemania. Magister en Bellas Artes (MA) de las universidades de Leipzig y Viena. Doctor en Germanística (Dr. phil.) de la Universidad de Leipzig*



Una breve historia de la integración africana

La ideología política más importante para la construcción de África como región ha sido el panafricanismo. El panafricanismo se originó a comienzos del siglo XX como un movimiento para crear un sentido de unidad entre los descendientes de esclavos. Este sentido se basó en idioma, cultura o religión, pero principalmente en el racismo encontrado diariamente y la referencia a un origen común en África. La esclavitud significó desarraigar mientras que la colonización en curso formó más adelante una causa común. Luego de la finalización de la esclavitud, la constante discriminación en América del Norte, Brasil, el Caribe y Europa continuó y llevó a los descendientes a idealizar a su “tierra natal”, África. Los centros del movimiento, por lo tanto, estuvieron inicialmente lejos de África. En los Estados Unidos, Londres y París, las elites intelectuales definieron a África como un punto de referencia. El panafricanismo por consiguiente apuntó a reconciliar la asimilación americana y europea con la independencia cultural. Sin embargo, la identificación con África en la práctica colisionó con la alienación de una generación que solo hablaba lenguas coloniales y adoptó los valores occidentales de democracia y modernización. En la misma África colonial los movimientos panafricanos fueron inicialmente escasos y principalmente limitados a África occidental.

Los objetivos del panafricanismo fueron dirigidos tanto hacia África como a los descendientes de esclavos en las Américas y en Europa. Encarnó una modernización económica y social de África y una emancipación cultural y una autodeterminación política en el exterior. Detrás de esos valores sobrecargados, diferentes variaciones del panafricanismo representaron diferentes intereses. Bajo el concepto de “África Tierra Natal”, los afroamericanos visualizaron lazos más cercanos con los africanos. La frase “África por africanos” representó la anticolonial búsqueda de la unidad cultural y la independencia política. La “negritud” fue principalmente la lucha por la igualdad de los habitantes coloniales y su cultura dentro del sistema colonial francés. El panafricanismo hablaba a las identidades raciales como por ejemplo

Aunque la Unión Africana (UA) es un proyecto completo, el continente está marcado por numerosas fragmentaciones. Las zonas de fractura se extienden a lo largo de organizaciones superpuestas, la disparidad entre las instituciones y la regionalización informal, el dogma de la soberanía nacional y el rol ambivalente de los potenciales poderes regionales.

el pannegritismo, así como también a los límites territoriales del continente. Este trazado excluía parcialmente a África del Norte, donde las características culturales y religiosas dieron lugar al panarabismo. Finalmente, una solidaridad global con Asia y América latina creó los movimientos pancoloniales y “de color” que en 1955 encontraron su expresión política en el espíritu de Bandung.

En las décadas de 1950 y 1960, el orden mundial cambió en esencia y la ideología del panafricanismo se convirtió repentinamente en realidades políticas. Luego de la Segunda Guerra Mundial, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) estableció el antirracismo y la autodeterminación como normas mundiales mientras que las potencias coloniales se ocupaban de la reconstrucción de Europa. Por consiguiente, la autodeterminación arrasó la mayoría de las colonias africanas durante los sesenta. Pero uno de los principales objetivos del panafricanismo –la independencia política– estaba por lograrse, y aparecieron nuevas líneas divisorias. Al desaparecer el enemigo colonial común, los intereses de las elites locales pasaron al frente. Aunque la lucha por la libertad estuvo marcada por la solidaridad transnacional, los límites coloniales arbitrarios permanecieron intactos en la mayoría de los casos. La estructura del poder político se basó en los Estados nacionales independientes, en tanto las federaciones o la reorganización territorial representaban amenazas a la estabilidad y lo particular. Las primeras organizaciones regionales poscoloniales en el norte y oeste de África no consiguieron frenar el nacionalismo renaciente. Incluso las estructuras regionales coloniales, como por ejemplo África Ecuatorial Francesa, cedieron ante la conformación de los Estados actuales. Otra línea divisoria que se fortaleció fue la que corre entre África Subsahariana y el norte africano, con El Cairo y Accra como centros intelectuales de proyectos regionales. Esto llevó, por un lado, a la breve unión de Siria y Egipto como un Estado panárabe y por

otro lado la constante pertenencia de las excolonias británicas a la Commonwealth.

Además, la división entre los principales actores se incrementó. Las elites europeizadas con discursos de liberalismo y modernidad chocaron contra los defensores de la cultura tradicional africana. Las interpretaciones africanas del socialismo, nacionalismo, y por último regionalismo fueron imaginadas. El socialismo africano equiparó el imperialismo y el capitalismo mientras que descartó la lucha de clases y el ateísmo. El nacionalismo africano adoptó partidos políticos y el simbolismo nacional pero no contrarrestó el tribalismo y las divisiones étnicas. En ese mismo sentido, el regionalismo africano fue modelado institucionalmente sobre el concepto de integración regional desde la posguerra europea, que fue cambiado a los objetivos de políticas locales. Se basó en ambos, socialismo africano y nacionalismo. Desde que el libre comercio y la división de trabajo neocolonial consolidaron la posición marginal en la economía mundial, se fomentó un desarrollo industrial regional mediante el proteccionismo y la sustitución de importaciones. Además, el regionalismo africano respaldó la creación de Estados soberanos. Durante la Guerra Fría se formó en África un panorama complejo de los regionalismos políticos. En 1963 la Organización para la Unidad Africana (OUA) fue creada para respaldar los movimientos de liberación en las colonias restantes. Bajo el paradigma de unificación del anticolonialismo, todos los Estados independientes del continente participaron de la OUA desde el principio. Esta delimitación cubrió todas las fragmentaciones entre África sub-Sahara y del Norte, entre los países angloparlantes y franco-parlantes, y entre los federalistas y los nacionalistas. Sin embargo, el progreso de la integración estuvo sometido al principio básico del consenso. El marcado énfasis en la no-interferencia y la soberanía nacional benefició principalmente a los gobernantes autoritarios y por lo tanto se opuso a la real idea

de unidad. Bajo la OUA se crearon organizaciones subregionales, como por ejemplo la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) y la Comunidad de África Oriental (CAO). El proteccionismo y la industrialización suponían promover la independencia de los centros coloniales y el *apartheid* de Sudáfrica. Al mismo tiempo, los regionalismos coloniales persistieron, principalmente en la zona del franco de la Comunidad Financiera Africana (CFA), cuya moneda compartida era todavía controlada y garantizada por Francia. En África Meridional, el regionalismo imperial también fue afianzado por la Unión Aduanera de África Austral (SACU), que fue utilizada por Sudáfrica para dominar a sus vecinos.

Como en América latina, muchos países africanos atravesaron una crisis de endeudamiento en la década de los '80 y se sometieron a un cambio en el paradigma económico hacia un amplio libre comercio. A nivel político, el final de la Guerra Fría le cedió el paso a la ola de democratización, que se vio reflejada en el final de numerosos Estados unipartidistas y el *apartheid*. Por consiguiente, en los '90 las organizaciones regionales sufrieron cambios paradigmáticos e institucionales.

La ambición económica fue crear tratados de libre comercio que convergieran en un mercado africano común. Sin embargo, esta ambición aún no se ha concretado. Hasta hoy, la mayoría de los proyectos están muy por detrás de sus objetivos. Lo mismo ocurre con las instituciones participativas, como los parlamentos regionales o tribunales. A cambio, muchos regionalismos en África se han orientado hacia temas de paz y seguridad, a menudo en respuesta a guerras y agitación. Se han desarrollado sistemas regionales de alerta temprana, unidades de respuesta regionales y mecanismos de control, aunque muchas misiones aún son dirigidas por Estados occidentales. El ideal panafricano de encontrar soluciones africanas a los problemas africanos ha sido observado más de cerca por organizaciones regionales exclusivas. Los países de la Comunidad de Desarrollo de África Meridional (SADC) reclamaron el monopolio sobre las crisis políticas en Lesoto, Madagascar y Zimbabue en las décadas de los '90 y del 2000 y por lo tanto minimizaron la influencia de actores externos.

Por el contrario, el regionalismo no estatal se marginaliza en la mayor parte de África. Los grupos de interés generalmente permanecen confinados al plano nacional mientras que la mayoría de las actividades transnacionales, desde migraciones hasta el comercio, se llevan a cabo informalmente. Los principales socios de las organizaciones sociales civiles a menudo se encuentran ubicados en Europa y América del Norte, de manera tal que la conexión regional a menudo tiene que ser inducida externamente. Sin embargo, la integración no estatal ha crecido, ya sea a nivel intelectual así como también mediante movimientos po-

líticos. Estas conexiones pueden jugar un papel importante en el desarrollo de nuevos regionalismos a futuro.

El desarrollo diverso del regionalismo sugiere que África puede distinguirse como una parte separada del mundo. Sin embargo, existen otras numerosas interpretaciones más allá de la simple categoría topográfica de África, como ser identidades, ideas políticas o interrelaciones. Aunque la Unión Africana (UA) es un proyecto completo, el continente está marcado por numerosas fragmentaciones. Las zonas de fractura se extienden a lo largo de organizaciones superpuestas, la disparidad entre las instituciones y la regionalización informal, el dogma de la soberanía nacional y el rol ambivalente de los potenciales poderes regionales.



Luego de la Segunda Guerra Mundial, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) estableció el antirracismo y la autodeterminación como normas mundiales mientras que las potencias coloniales se ocupaban de la reconstrucción de Europa. Por consiguiente, la autodeterminación arrasó la mayoría de las colonias africanas durante los sesenta.

Instituciones y actores

Mientras que África puede fácilmente definirse como continente, su división interna es más compleja. El regionalismo en África se caracteriza por una fragmentación de subregiones, aunque muchas fronteras permanecen vulnerables. El proyecto panafricano y continental está representado por la UA, que surgió de la OUA de 2002. La UA tiene una amplia estructura institucional con base en Adís Abeba (Etiopía), que incluye una comisión, un consejo y una asamblea general. La organización es intergubernamental ya que los Estados miembros apenas confieren poderes.

La UA es la superestructura para las Comunidades Económicas Regionales (CER), que surgieron principalmente en las décadas de 1980 y 1990 con metas ambiciosas de integración. Incluyen versiones reformadas de CEDEAO, CAO, SADC y la Comunidad Económica de los Estados de África Central (CEEAC). Estas CER se enfocan en el comercio y la economía pero se han expandido gradualmente en otras áreas, por ejemplo, seguridad, paz, y en menor grado migraciones y medioambiente. Como en la UA, los gobiernos de los Estados miembros están a cargo, mientras que al sector privado y a la sociedad civil apenas se les concede poder.

Además de las CER, aún existen instituciones regionales que no están insertas en la visión panafricana. El Banco Central francés y el Ministerio de Finanzas dominan la zona monetaria del franco CFA en África Central y Occidental. La SACU persiste a pesar de una reforma en 2002, que debería dar a los países más pequeños una mayor injerencia, pero todavía el marco institucional depende de las decisiones sudafricanas.

El surgimiento de las potencias regionales es en general un fenómeno ambiguo en África. Líderes históricos como Nkrumah en Ghana y Gadafi en Libia se dedicaron al proyecto de una unión política panafricana bajo su patrocinio, pero no prevalecieron frente a la resistencia de sus pares a compartir la soberanía. Otros Estados que pudieron asumir un rol de liderazgo en la región, debido a su relativo tamaño demográfico o territorial, económico, militar, se encuentran divididos por conflictos internos (por ejemplo Nigeria, Kenia, Congo Kinshasa, Egipto y Zimbabue) o privilegian la cooperación fuera de África (por ejemplo Angola y Marruecos). Sudáfrica, el país con el mayor potencial hegemónico, ha hecho del regionalismo panafricano un elemento clave de sus políticas exteriores luego del *apartheid*. Sin embargo, todavía es observada con suspicacia por otros Estados. Su capacidad de proyectar poder al continente es por lo tanto limitada. Aunque las compañías sudafricanas juegan un papel predominante en muchas economías y las operaciones multilaterales reciben un apoyo militar concreto, el liderazgo político ha sido esquivo.

Regionalismos superpuestos

Debido a numerosas superposiciones, el regionalismo en África recibió el nombre de *spaghetti bowl*. En realidad, muchos países africanos son miembros de dos o más organizaciones regionales que son activas en las mismas áreas de políticas. La creación de algo nuevo o la expansión de proyectos existentes habitualmente llevan a superposiciones. En algunos casos, existe una relación competitiva (por ejemplo, entre la panafricana CEEAC y la Comunidad Económica y Monetaria de África Central –CEMAC– que está dirigida hacia Francia). En otros casos se ha perseguido a la cooperación y armonización (por ejemplo, el deseado y planificado acuerdo tripartito entre CAO, SADC y el Mercado Común del África Austral y Oriental, COMESA). Las superposiciones ocurren en el contexto de normas institucionales laxas, donde la falta de pago de cuotas de membresías, o la falta de implementación del libre comercio o de las uniones aduaneras son hechos raramente sancionados. La formación de una región es entonces marcada por antagonismos que reflejan coaliciones de intereses transitorios que oscilan entre la intervención militar y los paradigmas económicos. Sin embargo, existe un consenso sobre que todo el continente formará parte de la UA. Solo los territorios europeos y Marruecos (debido a la disputa sobre el Sahara Occidental) están excluidos actualmente de la UA. El criterio fundamental de la membresía se basa por lo tanto más en la topografía fija que en el compromiso con una forma particular de integración.

La superposición de regionalismos ha creado numerosos desafíos. Estados miembros y socios externos necesitan priorizar la asignación de recursos financieros, políticos y humanos. Además, las organizaciones regionales en superposición luchan para ser congruentes con la espacialidad de realidades económicas y sociales. Dado que numerosos regionalismos ya existen en África y dichas instituciones a menudo se rehúsan a desaparecer, las nuevas organizaciones son escasas. En su lugar, las organizaciones existentes se han realineado en un intento por racionalizar

la superposición. Para la integración económica existen negociaciones entre COMESA, CAO y SADC para un Acuerdo Tripartito. A nivel financiero, una Unión Monetaria de África Occidental de países angloparlantes en África Occidental está en proceso, a fin de fusionarse con la zona del franco CFA de África Occidental. Y a nivel institucional, la CEMAC y la CEEAC también han estado trabajando en una fusión. Todos estos movimientos indican que los límites regionales existentes no reflejan las realidades transaccionales económicas y sociales territoriales. Además, los cambios en la asistencia del desarrollo de la Unión Europea presionan a las instituciones que no reciben los fondos suficientes por parte de sus miembros. Sin embargo, estos intentos de racionalización son muy tediosos. A pesar de los numerosos intentos y los anuncios, una reorganización seria sigue siendo difícil de alcanzar. Los regionalismos reflejan una realidad política y un equilibrio de poder, y sus burocracias se caracterizan por la supervivencia.

Los proyectos de integración africanos padecen crónicamente la escasez de financiamiento. Pocas organizaciones pueden asumir sus gastos. La UA y la SADC dependen de fondos externos, especialmente de la Unión Europea. Los Estados miembros son reacios a contribuir financieramente y en algunos casos no pueden hacerlo. Los presupuestos públicos de muchos países solamente son suficientes para cumplir con una fracción de los compromisos internacionales, y las instituciones regionales generalmente clasifican detrás de los compromisos multilaterales, como por ejemplo las contribuciones a la ONU. Dado que las organizaciones regionales africanas rara vez imponen sanciones por la falta de pago de las contribuciones y dado que han podido relacionarse con contribuyentes extranjeros para asumir una gran parte del presupuesto, la tentación de aprovecharse es considerable. Muchos países acumulan atrasos en los pagos, especialmente cuando son miembros de organizaciones superpuestas. La UA está al tanto de esta situación y hay un debate en curso sobre cómo asegurar el financiamiento del regionalismo africano.

El panafricanismo se originó a comienzos del siglo XX como un movimiento para crear un sentido de unidad entre los descendientes de esclavos. Este sentido se basó en idioma, cultura o religión, pero principalmente en el racismo encontrado diariamente y la referencia a un origen común en África.



Tendencias políticas

El vertiginoso aumento mundial del regionalismo ha llevado a un nuevo tipo de relaciones internacionales, especialmente entre dichos proyectos. En África, el interregionalismo está dominado por la relación con la Unión Europea. Existe una sociedad establecida y sofisticada en la cual la Unión Europea juega un papel institucional modelo debido a sus amplias contribuciones financieras y de personal a la UA. Esto también aplica a otras organizaciones tales como SADC, CEDEAO, CAO y CEEAC, cuyas conexiones con Europa son generalmente más fuertes que las relaciones entre ellas mismas.

Las crisis actuales de la integración europea han puesto en cuestionamiento tanto la percepción de la Unión Europea como un modelo a seguir como también sus contribuciones financieras para con el regionalismo africano. El crecimiento relativo de los países de Asia y América latina en el orden mundial ha abierto la posibilidad de nuevos lazos interregionales dentro del hemisferio sur. Estos entrelazamientos son principalmente políticos y sirven como un diálogo no vinculante para identificar los intereses comunes, pero rara vez se crean instituciones autónomas, ya que la mayoría de las interacciones tienen lugar en foros flexibles, por ejemplo la Cumbre América del Sur-África (ASA).

En muchos casos, el entusiasmo inicial referente a la posibilidad del regionalismo ha dado lugar a una fase de desilusión. Numerosas ambiciones como la liberalización del mercado y las migraciones no se han implementado en muchas partes de África. Instituciones como el Parlamento de la CEEAC o el Tribunal de la SADC, que prometieron una mayor participación del pueblo, solo existen en los papeles o han sido abolidas. Asimismo, muchas organizaciones regionales permanecieron inactivas durante las violaciones a los derechos humanos en los Estados miembros. La decepción resultante ha dado lugar al retiro de varios actores. La sociedad civil y las alianzas del sector privado en África Central y Meridional se han centrado en sus actividades a nivel nacional o internacional de acuerdo con sus intereses, mientras que los donantes occidentales como Estados Unidos se han distanciado de la SADC como socio.

Las potencias mundiales emergentes, como China o Brasil, han reforzado sus relaciones con África y aunque la mayor parte de esto suceda en canales tradicionales bilaterales y multilaterales, también se ha perseguido la cooperación con organizaciones regionales. En principio, los regionalismos ofrecen economías de escala para nuevos actores en la exploración de objetivos económicos y políticos, como ser las negociaciones para acceso a mercados y el respaldo para las propias posiciones en Naciones Unidas. No obstante, estas asociaciones no han sido institucionalizadas y consisten principalmente en acuerdos marco, expresiones de solidaridad y apoyo selectivo a proyectos temáticos.



EGIPTO: ¿AUGE Y CAÍDA DEL ISLAM POLÍTICO?

LA PRIMAVERA ÁRABE DEMOSTRÓ EN EGIPTO CÓMO EN LAS SOCIEDADES EN LAS CUALES EL ISLAM POLÍTICO SE ENCUENTRA ARRAIGADO, CUANDO SE PRODUCE UNA APERTURA DEL SISTEMA CON ELECCIONES LIBRES, EL MISMO LLEGA AL PODER. SIN EMBARGO, SI BIEN LA EXPERIENCIA FINALMENTE FRACASÓ DEBIDO A LA REPRODUCCIÓN DE PRÁCTICAS AUTORITARIAS Y UN ALEJAMIENTO DE LAS VERDADERAS DEMANDAS DE LA SOCIEDAD, NO DEBE SUPONERSE SU EVENTUAL DESAPARICIÓN; SOBRE TODO SI SE TIENE EN CUENTA QUE LAS MISMAS CONDICIONES QUE HICIERON POSIBLE EL DESPERTAR DE LOS PUEBLOS ÁRABES NO HAN DESAPARECIDO.

por **RUBÉN PAREDES RODRÍGUEZ**. *Magíster en Integración y Cooperación Internacional por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Licenciado en Relaciones Internacionales (UNR). Director Adjunto del Instituto Rosario de Estudios del Mundo Árabe e Islámico (IREMAI /UNR). Docente e investigador de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR)*



La Primavera Árabe se convirtió en un proceso de cambios políticos nunca antes visto en los países diseminados en las regiones que se extienden desde el norte de África hasta Medio Oriente. Por primera vez, el mundo árabe que compartía una lengua, una religión y una historia moderna común desde la finalización de la I Guerra Mundial con la conformación de los Estados nacionales, parecía dejar atrás una ley de hierro que durante años lo identificó. Así, en el siglo XXI la “excepcionalidad árabe” entendida como la ausencia de regímenes democráticos perdía todo tipo de justificación ideológica y política ante el despertar de los pueblos. En 2011, las revueltas devenidas en revoluciones dieron cuenta del profundo malestar de las sociedades aquejadas por la recesión, el desempleo, la inflación y la pobreza como consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales y de la crisis económica internacional desatada en 2008. Pero también, de la falta de respuestas por parte de los regímenes autoritarios anquilosados en el poder, acusados de corrupción y cada vez más alejados de la realidad. La utilización de los aparatos de inteligencia y de seguridad para reprimir todo atisbo de disidencia, el control estatal de los medios de comunicación para generar un pensamiento único y de propaganda, y la ausencia de las verdaderas libertades individuales y políticas contribuyeron a crear una olla de presión a punto de estallar.

Por un lado, el miedo en el árabe de a pie se perdió con la toma del espacio público –las plazas– demandando cambios políticos tangibles. Y por el otro, se trasladó hacia las elites gobernantes que intentaron hacer concesiones –como ensayar una apertura política administrada pero sin éxitos– al recurrir a la tradicional represión en lo que se percibió como una combinación del palo y la zanahoria.

Esta situación revelaba la inadecuación de un “pacto implícito” donde los gobiernos durante décadas se encargaron de satisfacer las necesidades económicas y brindar los servicios necesarios para la reproducción de las bases materiales de la sociedad, a cambio de no cuestionar el funcionamiento del poder político. Mientras dicho pacto funcionó como una suerte de mantra de estabilidad, no solo hacia adentro sino también en todo el mundo árabe, la “excepcionalidad democrática” era incuestionable en términos estratégicos y geopolíticos por considerarla sinónimo de estabilidad regional.

Sin embargo, el 17 de diciembre de 2010, la decisión de Mohamed Bouazizi de inmolarse protestando ante la incautación del carro de frutas que servía como el único medio de sustento para su familia, fue la mecha que encendió la Primavera Árabe. Jamás este joven profesional y desempleado de la localidad tunecina de Sidi Boudid habría imaginado que el acto individual de suicidarse –altamente condenado en la sociedad en términos religiosos– se convertiría en el símbolo y catalizador de la indignación social, la cual atravesó las fronteras impugnando en términos políticos a los longevos regímenes gubernamentales. A la *Revolución de los Jazmines* en Túnez le siguió la *Revolución del Lotus* en Egipto y de allí los vientos de cambios se propagaron a Libia, Siria, Yemen y Bahrein.

Por un lado, el miedo en el árabe de a pie se perdió con la toma

del espacio público –las plazas– demandando cambios políticos tangibles. Y por el otro, se trasladó hacia las elites gobernantes que intentaron hacer concesiones –como ensayar una apertura política administrada pero sin éxitos– al recurrir a la tradicional represión en lo que se percibió como una combinación del palo y la zanahoria. Las protestas incluían a los desposeídos de zonas rurales y urbanas, junto a las clases medias, los sindicatos y los jóvenes que solamente conocieron el rostro de un único gobernante, todos unidos al grito de *Kefaya* (basta) y *Karama* (dignidad).

Las revoluciones árabes ingresaron en la historia moderna por ser las primeras que se produjeron de manera simultánea en un contexto de globalización, en donde el medio para la convocatoria fueron las redes sociales –como Facebook, Twitter y YouTube– que escaparon a la censura y al apagón informático oficial. Asimismo, alcanzaron su objetivo político en el mundo árabe en los países que tenían “regímenes presidencialistas hereditarios”, quedando exceptuadas las petromonarquías del Golfo. Claramente esta era una categoría de régimen de gobierno innovadora que solo se podía encontrar en el mundo árabe, la cual se inspiraba en el ejemplo de Siria. El carácter “hereditario” de dichos regímenes se inspiró en la decisión del presidente Hafez Al Asad, que contaba con 30 años en el poder cuando modificó la Constitución para que su hijo Bashar Al Asad asumiera en el año 2000. En Túnez, Ben Ali, con 23 años en el poder, se preparaba para cederle el cargo (previas elecciones manipuladas) a su hijo Mohamed. En Egipto, Hosni Mubarak, con 30 años en el gobierno, proponía a su hijo Gamal (el cual era resistido por el ejército). En Yemen, Ali Abdullah Saleh, con 33 años gobernando, intentaba una nueva reelección o ceder el puesto a su hijo Ahmed. Y en Libia, el coronel Muamar Gadafi, con casi 42 años rigiendo los destinos del país, postulaba a Saif el Islam como su sucesor.

Por tal motivo, la combinación de factores económicos y sociales adversos junto a la ausencia de expectativas de cambio con regímenes políticos cada vez más cerrados, desencadenó la ola de protestas en el mundo árabe. En el transcurso de las mismas, el pedido de la gente era en pos de una apertura política y a favor de una verdadera democracia; por eso, no se detectaron consignas antiimperialistas –para no granjearse el rechazo de la comunidad internacional– ni referencias religiosas como *Allah Akbar* (Dios es el más grande). Sin embargo, no se debe perder de vista la aparición de un actor silenciado durante años, que cobraría visibilidad en el nuevo escenario –dada su arraigada trayectoria en la sociedad– como el *Islam político*.

Egipto y el Islam político

En el contexto de la Primavera Árabe, la caída del *rais* en tan solo 18 días en Egipto concitó la atención de los medios de comunicación pero también de la comunidad internacional. No solo por ser el país más poblado del mundo árabe, con un peso geopolítico en la ruta del crudo que transita por el Canal de Suez y por haber firmado la paz con Israel en 1978, sino también por ser la cuna del *Islam político* con la presencia de la Hermandad Musulmana.

Si bien la religión es una pauta identitaria presente en el mundo árabe, no hay que confundirla con el *Islam político*, el cual busca “instrumentarla” en un proyecto de cambio en la dimensión pública como fuente del ordenamiento político, jurídico y social. De esa manera, no reconoce la división entre política y religión ni tampoco la reduce a un conjunto de normas y creencias que se practican en el ámbito privado, como sí ocurre en el mundo occidental. Por eso, no es un fenómeno monolítico y presenta varios rostros.

Por un lado, se encuentra el *Islam político* en la versión salafista que plantea el regreso a los años de esplendor de la civilización islámica y el empleo de la *Yihad* (esfuerzo) entendida como “guerra santa” contra los agresores e infieles en el que se legitima el recurso de la violencia (Al Qaeda y el Estado Islámico). Pero por el otro, se encuentra un *Islam político* moderado y más extendido geográficamente (en Egipto, Túnez, Siria, Jordania y Kuwait) que renunció a la violencia como medio para alcanzar sus objetivos políticos y se abocó a denunciar e impugnar a los regímenes autoritarios.

Este es el caso de la Hermandad Musulmana, creada en 1928 por Hasan Al-Banna, quien denunció la injerencia extranjera en Egipto llamando a poner fin a la injusticia social, la frustración y la Modernidad excluyente con una consigna: “*El Islam es la solución*”. Para ello, consideraba necesario recuperar los valores religiosos emprendiendo una estrategia doble de *reislamización*. De abajo hacia arriba, recuperando las costumbres y las prácticas islámicas bajo los preceptos de la justicia social en la



sociedad, para lo cual la educación era el medio más propicio para desarrollarla. Y de arriba hacia abajo, una vez alcanzado el poder, donde se debía emprender la reislamización mediante la aplicación de la *Sharia* (ley islámica) como fuente del orden político del Estado.

Durante 83 años, la Hermandad Musulmana y sus seguidores atravesaron instancias de exilio, persecuciones, encarcelamiento de sus líderes, tortura, prohibición política y relativa aceptación a su trabajo social hasta que se produjo la Primavera Árabe. Ello explica el auge de la misma como el grupo mejor organizado, y que gracias a su acción social fuera considerado como el Estado dentro del Estado con hospitales, centros recreativos, colegios de profesionales y escuelas. En el marco de la apertura política, crearon el partido de la Justicia y la Libertad, presentándose en las primeras elecciones libres y democráticas en la historia de Egipto. La victoria electoral de Mohamed Morsi en julio de 2012 fue para muchos la coronación de años de una labor social y política soterrada, que finalmente le devolvería a Egipto la identidad

islámica perdida. Pero para los sectores liberales y de izquierda, los jóvenes sin adscripción religiosa que participaron en las protestas en la Plaza Tahrir y las fuerzas armadas que gobernaron el país por décadas, el gobierno de la Hermandad Musulmana era una amenaza que escondía sus verdaderos objetivos: *reislamizar* el Estado.

A pesar de las constantes señales hacia afuera sobre las credenciales democráticas de los hermanos musulmanes en un intento de emular el modelo de Turquía –donde gobierna desde 2003 un partido islámico moderado combinando democracia, Islam y economía de mercado–, la oposición denunciaba, ni más ni menos, la concentración del poder y el regreso a las prácticas autoritarias de parte de la cofradía. Con el control de la Asamblea Constituyente encargada de redactar la nueva Constitución y la mayoría en el poder legislativo, se temía el secuestro de la revolución en manos del Corán, y el deslizamiento de Egipto hacia la primera democracia con el adjetivo de “islámica” en el mundo árabe.

La Primavera Árabe sacudió al mosaico de países que se encuentran diseminados por el norte de África y la región del Medio Oriente iniciando un proceso de cambios que aún se dejan sentir en la región. Las revoluciones árabes presentaron como el dios mitológico Jano dos caras. Una idílica en la que se cifraron todas las esperanzas de cambio, y otra de desazón cuando se tuvo que enfrentar la realidad.

En la dimensión interna, dos medidas políticas generaron las críticas más duras al nuevo gobierno. La primera fue el decreto presidencial del mes de noviembre en el que ninguna decisión del presidente podía ser revocada por autoridad alguna y se destituía al fiscal general acusado de ser afín al antiguo régimen. Claramente la misma buscaba controlar al poder judicial que le era ajeno, en una jugada arriesgada que ni siquiera los gobiernos anteriores osaron realizar. La segunda fue el proyecto de Constitución que se sometió a referéndum en diciembre de 2012. En ella se consagraba en el artículo 2 al Islam como la religión del Estado y a los principios de la *Sharia* como la fuente de toda legislación, para lo cual se introducía la figura de la “consulta” a la Universidad de al-Azhar –la más antigua de la región– integrada por clérigos de reconocida trayectoria. Para los detractores políticos, ello significaba abandonar el pluralismo democrático y el intento de someter el futuro del país a la tutela religiosa.

En la dimensión externa, Turquía, Qatar y Túnez –que atravesaban por un proceso similar con el partido islámico *Ennahda*– fueron los países que explícitamente apoyaron la transición egipcia. Sin embargo, las monarquías árabes mostraron recelos por el efecto contagio que se podía generar en sus respectivos países. El regreso de Egipto como potencia líder regional con un modelo democrático islámico era percibido como una amenaza al *statu quo* y de continuidad de la Primavera al resto del mundo árabe. Ello explica la falta de ayuda económica al gobierno de Morsi y la crítica al gobierno norteamericano por haber permitido la caída de Hosni Mubarak, sinónimo de estabilidad autoritaria.

Las protestas en diferentes ciudades del país estuvieron a la orden día así como también la represión con los mismos aparatos de seguridad que alguna vez persiguieron a la Hermandad Musulmana. A ello se sumó la *reislamización* social cada vez más notoria con el uso de la barba larga en los hombres, la prohibición de consumir alcohol en los centros turísticos, el control de los medios de comunicación y los *test* de virginidad a las mujeres jóvenes en plena calle en manos de la policía y adeptos al gobierno.

No se puede perder de vista que la Hermandad era fiel al proyecto político de sus fundadores de *reislamizar* la sociedad, pero carecía de un programa y de un modelo de desarrollo económico alternativo que pudiera revertir la situación de malestar y satisfacer la demanda de la gente al inicio de la Primavera. La continuidad de las políticas neoliberales se vio reflejada en la

aplicación de los planes de ajuste bajo los lineamientos del Fondo Monetario Internacional (FMI), alejados de la justicia social que teóricamente pregonaban. El costo de vida con la inflación se disparó, bajaron las remesas de los ciudadanos radicados en el exterior, cayeron las inversiones externas y los ingresos de uno de los principales sectores de la economía como el turismo.

A un año de haber llegado al poder, el primer gobierno democrático egipcio atravesaba una encerrona difícil de gestionar. Una parte de la población –sobre todo los jóvenes– lo acusaba de haber traicionado la revolución y los ideales democráticos; la oposición variopinta criticaba el uso de la religión con fines políticos para perpetuarse en el poder y los demás países de la región desconfiaban sobre la posibilidad de que Egipto exportara el modelo de democracia islámica al resto del mundo árabe. En ese contexto, a principios de julio de 2013, el ruido de las botas se hizo cada vez más audible. Las mismas fuerzas armadas que dos años antes dejaron solo al *rais* para ponerse del lado del pueblo en la Plaza Tahrir y garantizar así la transición, hicieron suyas las protestas asistiendo a la caída del primer gobierno democrático y legítimo de Egipto. No bastaron las señales de concordia que la Hermandad Musulmana le brindó a la institución castrense: constitucionalmente se reconocía que el ministro de Defensa debía ser un miembro de las fuerzas armadas, el presupuesto militar no tenía que pasar por el Parlamento para su aprobación, y se las autorizaba a hacer uso discrecional de los 1.300 millones de dólares que anualmente recibía del gobierno de los Estados Unidos.

Por tal motivo, el general Aldelfatah Al-sisi revocó la nueva Constitución, proscribió al partido de la Justicia y la Libertad, encarceló a sus principales figuras y declaró a la Hermandad Musulmana como una organización terrorista –en consonancia con la posición adoptada por las monarquías del Golfo–. Esto último le permitió a El Cairo recobrar la ayuda económica internacional de las mismas, acercarse nuevamente a Israel y presentarse como baluarte de la lucha contra el terrorismo internacional en un escenario regional de mayor inestabilidad.

Una vez más, Occidente mostró su doble rasero para con el mundo árabe desde el momento que no condenó el golpe de Estado en Egipto, al cual ni siquiera lo definió en esos términos, prefiriendo la estabilidad regional –el retorno autoritario– antes que el modelo de democracia islámica de la Hermandad Musulmana.



Reflexiones finales

La Primavera Árabe sacudió al mosaico de países que se encuentran diseminados por el norte de África y la región del Medio Oriente iniciando un proceso de cambios que aún se dejan sentir en la región. Las revoluciones árabes presentaron como el dios mitológico Jano dos caras. Una idílica en la que se cifraron todas las esperanzas de cambio, y otra de desazón cuando se tuvo que enfrentar la realidad.

En las sociedades en las cuales el *Islam político* se encuentra arraigado, cuando se produce una apertura del sistema con elecciones libres, el mismo llega al poder pero generando temores para propios y ajenos. Este fue el caso de la Hermandad Musulmana en Egipto que por primera vez lograba instrumentalizar la religión en una estrategia de reislamización como salida a todos los males que atravesaba la sociedad.

Claramente los acontecimientos desatados en 2011 le permitieron adquirir un papel importante en la dimensión política aunque reprodujeron prácticas autoritarias que en su momento criticaron, acercándola más al antiguo régimen que a un verdadero cambio. Las nuevas obligaciones que tuvieron que enfrentar en el juego político demostraron la inexperiencia para afrontar las presiones del denominado “Estado profundo” –las fuerzas armadas, el poder judicial y la burocracia estatal– embarcándose en una lucha en los intersticios del poder y alejándose de las verdaderas demandas de la sociedad. En otras palabras, con la religión no se mataba el hambre.

La ausencia de cultura democrática en la historia del país fue el reflejo de la falta de *timing* que la Hermandad Musulmana tuvo para hacer confluir democracia con Islam, en donde las libertades civiles y políticas fueran una realidad, y no la excusa para conquistar el poder del Estado y luego transformarlo. Sin el apoyo internacional, el gobierno de Morsi despertaba dudas acerca de la nueva identidad islámica de Egipto así como también de las implicancias del mismo sobre la reconfiguración del equilibrio de poder regional. En ese contexto, la Hermandad Musulmana y su modelo eran una amenaza “a futuro” del *statu quo* perdido. Más aún si se tenía en cuenta la profunda inestabilidad en la que se sumergieron países como Libia, Siria y Yemen, sumado a la sombra del *Islam salafista* con la aparición del Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés) en el sistema internacional.

Si bien el *Islam político* que encarnaba en su versión moderada la Hermandad Musulmana no contó con el apoyo ni con el tiempo necesarios para madurar durante la transición, no debe conducir a equívocos acerca de su eventual desaparición. Para ellos, la caída del poder es considerada como un nuevo tiempo de reflexión, en las sombras, como ocurrió durante muchos años, a la espera de un nuevo momento de auge... Más aún si se tiene en cuenta que las mismas condiciones que hicieron posible el despertar de los pueblos árabes no han desaparecido.



LIBIA: EL ESTADO FALLIDO QUE OCCIDENTE AYUDÓ A CONSTRUIR

DESDE LA CAÍDA DEL RÉGIMEN DE GADAFI, LIBIA PARECE HABER QUEDADO DETENIDA EN EL TIEMPO. JAQUEADA POR LAS DISPUTAS DE PODER ENTRE ACTORES LOCALES Y UNA PUJA DE INTERESES GEOESTRATÉGICOS Y ECONÓMICOS QUE TRASCIENDEN LAS FRONTERAS DEL PAÍS, LA PROFUNDIZACIÓN DEL VACÍO DE LIDERAZGO REGIONAL DISPARÓ UNA OLA MIGRATORIA Y DE ACTIVIDADES ILÍCITAS QUE CONVIERTEN AL PAÍS EN UN VERDADERO ESTADO FALLIDO. UNA DERROTA DE NACIONES UNIDAS, Y UNA AMENAZA LATENTE PARA EUROPA.

por **NOEMÍ RABBIA**. *Magíster en Diplomacia y Asuntos Internacionales, ADA University, Azerbaiyán. Licenciada en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario (UNR). Investigadora del Programa de Estudios América Latina-África (PEALA) /Programa de Estudios de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (UNR). Analista del Centro de Estudios Políticos Internacionales de la Fundación para la Integración Federal de Rosario*



Cuestiones preliminares

La caída del régimen autocrático conducido por Muammar Gaddafi por más de cuarenta años en Libia significó el comienzo de una nueva etapa en el país del Magreb, tanto por las esperanzas y promesas que arrojó en sus inicios como por los sinsabores en los que resultó, los cuales no se han detenido a ya casi cinco años de la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Pero también fue, en aquel entonces, un alivio para aquellos gobernantes y grupos de poder extranjeros con intereses puntuales en Libia, que estimaron que la intervención les resultaría funcional para desviar la atención de las dificultades domésticas que las principales economías europeas sorteaban por aquel entonces. Si bien con el paso del tiempo los escenarios domésticos a uno y otro lado del mar han cambiado, lo hicieron no para volverse más estables, sino todo lo contrario. En el contexto de las revueltas árabes, Libia fue el claro reflejo de cómo los intereses extrarregionales pesan en torno al destino de ciertas áreas del mundo, especialmente aquellas donde se concentran los recursos naturales estratégicos tan caros a la “seguridad energética” –un término que, si bien no es nuevo, se ha puesto particularmente en boga en los últimos años debido a la utilización de los recursos naturales estratégicos como palancas para ejercer dominio en los juegos de poder internacional–.

A casi un quinquenio de lo que se anunciara como un hito en la historia de aquel país y de la escena política internacional, en el cual la democracia se abriría paso en el corazón de esta “primavera”, Libia parece haber quedado detenida en el tiempo de cara a un panorama aún poco prometedor. El gobierno de unidad, surgido en diciembre de 2015, todavía lucha –no sin pocas dificultades– por consolidar su posición, lo cual llevará, de acuerdo con las estimaciones de las propias autoridades libias, no menos de tres años.

Más allá de cualquier deseo bienintencionado sobre el futuro libio, lo cierto es que durante el 2015 Libia ganó la denominación de “Estado fallido” debido a la convulsión social, política y económica generada por la violencia interna reinante y la incapacidad del Estado para proveer bienes públicos esenciales a sus habitantes, siendo la seguridad física uno de los fundamentales, sino el más importante.

Podere en pugna

Las razones que desembocaron en el panorama reinante son múltiples, se entremezclan y presentan una complejidad que hace confundir muchas veces las causas con las consecuencias. Intentando poner un poco de orden a los hechos, podríamos afirmar que la primera razón funcional a la situación de violencia actual fue la lucha entre dos gobiernos rivales reinante desde la culminación de las primeras elecciones nacionales libres realizadas en junio de 2014.

En dicha oportunidad, un cuerpo legislativo de transición fue electo a través de las urnas (la denominada Casa de los Representantes (HoR, por sus siglas en inglés) para que la misma reemplazara al Congreso General Nacional (GNC, por sus siglas en inglés) en el poder hasta entonces. En consecuencia, la HoR se constituyó en Tobruk –1.400 kilómetros al este de la ciudad capital, Trípoli– con la meta de impulsar un nuevo gobierno que alcanzaría acuerdos con las milicias rebeldes para empezar a poner en orden el país y así reabrir y relanzar la producción de petróleo, vital para la reconstrucción post guerra. No obstante, la Asamblea General saliente nombró por su cuenta otro gobierno a comienzos de septiembre del mismo año. Desde entonces, ambos gobiernos se disputaron el poder del país, situación que no sería “resuelta” sino hasta mediados de este año.

También consecuencia de la situación de caos reinante, en agosto de 2014 la Organización de las Naciones Unidas (ONU) nombró a un ex diplomático español, Bernardino de León, como enviado especial de la organización para Libia. Pero lejos de alivianar la situación, su mediación en las negociaciones terminó revelando otros intereses no libios detrás de escena.

En lo que ahora se ve como una prueba más del entonces creciente optimismo reinante, en dicha ocasión De León se apresuró a afirmar que “la somalización de Libia estaba muy lejos”. La realidad terminó diezmando dichas palabras. De León culminó sus funciones como enviado de la ONU en medio de un escenario de creciente violencia doméstica, dominado por la transnacionalización de los problemas internos libios, e inmerso en un escándalo político de corrupción. De León fue acusado de haber favorecido a una de las partes involucradas en las negociaciones de paz a instancias de intereses de los Emiratos Árabes Unidos,

En el contexto de las revueltas árabes, Libia fue el claro reflejo de cómo los intereses extrarregionales pesan en torno al destino de ciertas áreas del mundo, especialmente aquellas donde se concentran los recursos naturales estratégicos tan caros a la "seguridad energética".



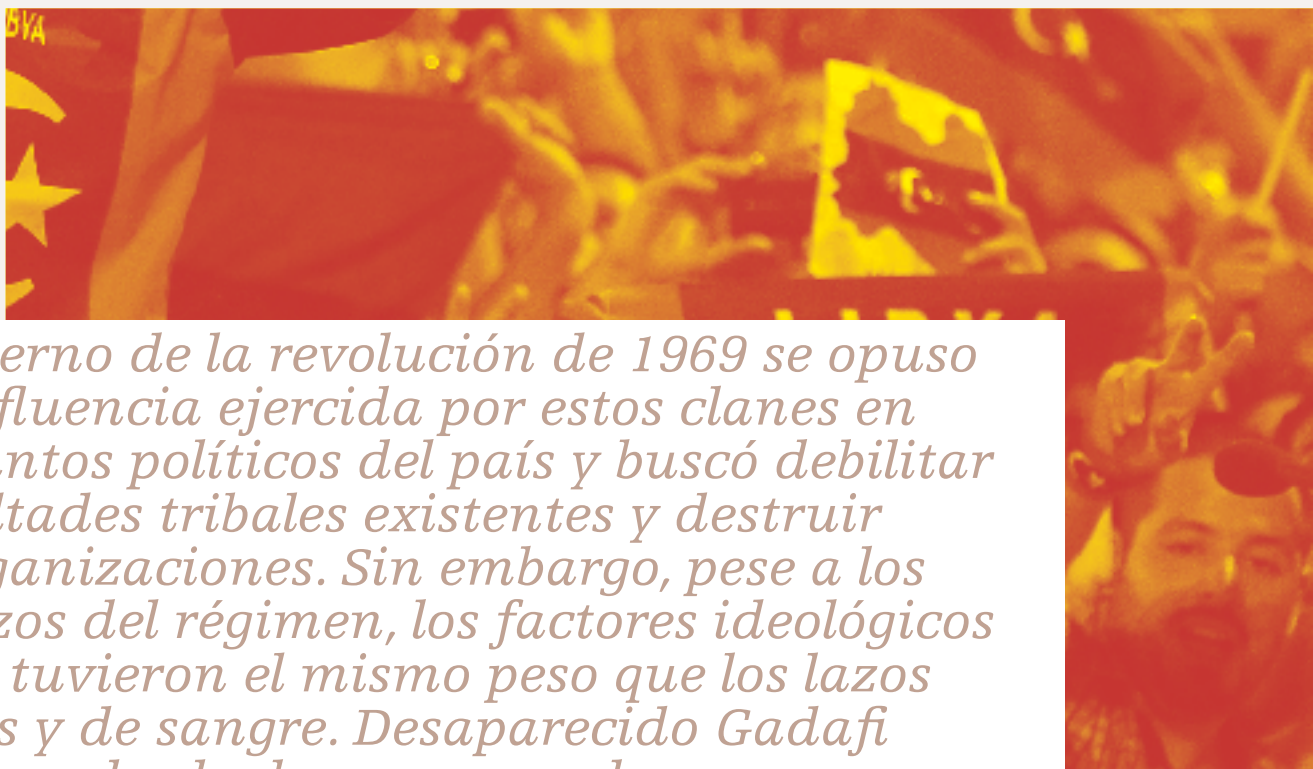
cuyo interés era volcar la balanza de las negociaciones de paz hacia la HoR, en detrimento de los intereses del GNC, situación que no solo dilató las tratativas iniciadas, sino que además recrudesció la rivalidad y desconfianza mutua entre los dos gobiernos en pugna.

La segunda razón para el actual caos en Libia, aunque a la vez consecuencia del punto anterior, fue la ausencia de un poder centralizado que permitiese, en primera instancia, obtener resultados en la reconstrucción del país y, en segunda, la reactivación de su economía, más allá del tercio de la producción petrolera recuperada. Cabe señalar que la misma solo alcanza para cubrir la cuota de interés de las empresas extranjeras allí instaladas, pero no para financiar los planes de reconstrucción necesarios para cimentar el proceso de paz.

La consecuencia más preocupante de esta acefalía de poder ha sido el avance del Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés),

que contó con una ventana estratégica de más de un año para ganar posiciones en el terreno libio. En cierto modo, podríamos afirmar que de todos los bienes públicos que se esperaría que un Estado moderno provea, la seguridad (en su concepción más amplia) es el más crítico de todos. La seguridad como bien público difícilmente pueda ser superada por la seguridad como bien privado, a nivel individual y grupal. En consecuencia, y siguiendo esta línea argumental, podríamos afirmar que esta es una de las principales razones por la cual Libia se ha convertido en merecedora del título de Estado fallido.

No obstante, la situación libia no es solamente consecuencia de la inoperancia de sus actores domésticos para dirimir sus diferencias y asegurar una transición ordenada, sino que también existe una puja de intereses que trascienden las fronteras del país y han sido funcionales a la dilatación de la agonía libia y su agudización.



El gobierno de la revolución de 1969 se opuso a la influencia ejercida por estos clanes en los asuntos políticos del país y buscó debilitar las lealtades tribales existentes y destruir sus organizaciones. Sin embargo, pese a los esfuerzos del régimen, los factores ideológicos nunca tuvieron el mismo peso que los lazos tribales y de sangre. Desaparecido Gadafi de escena, las luchas se reanudaron e intensificaron.

Spaghetti bowl of interests

Los medios de habla inglesa suelen referirse a la situación en Libia como un *spaghetti bowl of interests*, es decir, un “tazón de espaguetis de intereses”. La metáfora no podría ser más precisa, dado que los intereses que Libia ha conjugado desde el comienzo de la revolución en febrero de 2011 no solo han sido variados y numerosos, sino que además están tan entrelazados entre sí que en general no se sabe a ciencia cierta dónde comienzan y/o terminan. Cualquier explicación se torna viable.

En Libia es posible hablar tanto de intereses regionales como extrarregionales, los cuales a su vez pueden subdividirse en políticos, económicos y geoestratégicos. Hasta la firma del acuerdo en marzo de este año, los apoyos externos también estuvieron divididos: por un lado, Estados Unidos y Europa Occidental apoyaron al gobierno de Tobruk debido al temor a la consolidación de un gobierno de corte islamista como el GNC (compuesto por miembros de la Hermandad Musulmana, salafistas, grupos islámicos menores y el Grupo Libio de Lucha Islámica). A nivel regional, Egipto, Chad y Níger, de igual modo que Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos, también le dieron su apoyo por similares razones y por el malestar generado porque la inestabilidad libia se propagó hacia sus fronteras. En tanto, Sudán apuntaló al GNC, mientras que Túnez y Argelia intentaron funcionar como mediadores con un pobre éxito.

No es posible dejar de mencionar a Rusia también en este punto, sin la cual, paradójicamente, la intervención en Libia no habría sido posible: el 17 de marzo de 2011 el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución número 1973 que autorizaba a los miembros de la organización a actuar como actores individuales o a través de organizaciones regionales para tomar todas las medidas necesarias en pos de proteger civiles y áreas civiles en Libia. En esta oportunidad, la abstención de Rusia (y no su veto) posibilitó legitimar la intervención occidental. Por ese entonces, la actual situación de Siria había comenzado a gestarse y las potencias occidentales intentaron pasar una resolución de similares características, pero sus intentos fueron diezmados por los vetos de Rusia y China. ¿Por qué Rusia actuó diferente en dos situaciones similares? Porque Rusia tenía y aún tiene en Siria un interés estratégico que Libia no revestía. En última instancia, la penosa actuación occidental en Libia no ha hecho más que fortalecer la posición rusa en los últimos años.

Finalmente, debemos tener en cuenta que cuando hablamos de Libia ni siquiera nos referimos meramente a actores estatales sino también a actores no estatales, como sería el caso de las tribus y clanes. Libia posee una realidad política distinta de

otros países, ya que su composición es eminentemente clánica: está compuesta por al menos 150 clanes diferentes. La vida y estructura tribales en Libia fueron un patrón predominante en la historia del país desde mucho antes de su independencia. Durante la monarquía de Idris I –quien había delegado parte de su autoridad en poderosas familias locales, las cuales consolidaron esta base de poder a través de lazos matrimoniales–, el “tribalismo” fue un elemento central del Reino Unido de Libia. La pertenencia a diferentes tribus produjo un alto nivel de fragmentación que acompañó las diferencias sociales vinculadas a la educación y la calidad de vida.

El gobierno de la revolución de 1969 se opuso a la influencia ejercida por estos clanes en los asuntos políticos del país y buscó debilitar las lealtades tribales existentes y destruir sus organizaciones. Sin embargo, pese a los esfuerzos del régimen, los factores ideológicos nunca tuvieron el mismo peso que los lazos tribales y de sangre. Desaparecido Gadaffi de escena, las luchas se reanudaron e intensificaron. Y peor aún, dichos actores han sido prácticamente piezas marginales de las negociaciones internacionales, en parte porque desde el comienzo de la intervención en Libia se ha buscado la implantación de algún tipo de democracia liberal, sin tener en cuenta las particularidades propias del país.

Finalmente, no podemos dejar de hacer algún tipo de observación en relación a los intereses geoestratégicos y económicos en torno al oro negro libio. El argumento de la guerra y la intervención por el petróleo y el uso del discurso de los derechos humanos para encubrir otros intereses, han sido utilizados en tantas ocasiones, en este como en otros casos, que terminamos por naturalizarlos o simplemente los consideramos como algo demasiado “rebuscado” para ser real.

No obstante, y pese al esfuerzo que podríamos invertir intentando descartar esta línea argumental, existen cada vez más razones/pruebas para confirmarla. No solo hablamos de hechos tales como la vertiginosa manera en que la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad fue aprobada, o el doble estándar ruso en su crítica a tal situación –el cual se vio claramente reflejado primero en Siria y luego en Crimea–. Hacemos también referencia a los cientos de correos electrónicos recientemente revelados de una cuenta personal de la ex secretaria de Estado norteamericana y ex candidata a la presidencia, Hillary Clinton, donde se pone de manifiesto que las intenciones de la mencionada resolución lejos están de fines nobles (para acceder a algunos de dichos e-mails, véase el artículo “Hillary Emails Reveal True Motive for Libya Intervention” disponible en la web).

Consideraciones finales: Libia, el karma de Europa

La situación antes descrita desembocó a lo largo del último año en el deterioro de la seguridad, que a su vez contribuyó al avance del ISIS bajo “las narices” de los dos gobiernos en pugna y más allá de las fronteras libias. Lo que en enero del 2015 comenzó siendo una advertencia sobre la creciente presencia de ISIS en el país se convirtió en un hecho fehaciente para finales del mismo año, en el cual la agrupación terrorista consolidó su presencia, aprovechando el vacío de poder dejado por los dos gobiernos rivales libios y sus milicias aliadas. Para fines de junio de 2016 se estima que la agrupación extremista cuenta con al menos cinco mil miembros en todo el país.

De hecho, ya en 2014 los yihadistas habían tomado el control, total o parcial, de varias ciudades costeras del Mediterráneo, como Derna y Sirte, creando provincias (*wilayats*) en torno al modelo que ISIS adoptó en Irak y Siria, donde introdujeron el terror.

Apenas dos ejemplos de los muchos que podrían mencionarse son las decapitaciones de cristianos, como las que les costaron la vida a dos decenas de cristianos coptos y a unos treinta hombres provenientes de Etiopía y Eritrea, la mayoría refugiados.

Como se sabe, el avance de ISIS puede verse en los dos arcos contiguos a Libia. Por un lado, en Europa Occidental, en especial Francia y el Reino Unido, los dos principales involucrados en la intervención en Libia (que cuentan además con antecedentes de participación en la guerra de Irak). Por otro lado, en la región del Sahel (que de oeste a este, cubre el norte de Senegal, el sur de Mauritania, Malí, el extremo sur de Argelia, Níger, Chad, el sur de Sudán y Eritrea, y al norte está delimitado por el Sahara y al sur por la sabana), que es una frontera cultural y política entre el mundo árabe-islámico y la heterogénea África Subsahariana,

razón por la cual su crítica situación es materia de importancia tanto para gran parte de los Estados subsaharianos como para los países vecinos del Magreb.

Desde la caída del régimen de Gadafi la atención sobre la región del Sahel se renovó, debido al aumento de hechos desestabilizadores cuyos coletazos se hicieron sentir en Europa, siendo los ejemplos más cabales de esto la crisis de refugiados y la multiplicación de los ataques terroristas. Lejos del discurso occidental, cargado de optimismo los primeros meses posteriores a la caída de Gadafi, la profundización del vacío de liderazgo regional disparó una ola migratoria y de actividades ilícitas, como el tráfico de armamentos, entre otras, que fluctúan hacia la región en un contexto que mezcla necesidades básicas, oportunidades de negocios y la ausencia o debilidad del Estado.

Es cierto que la relación de Libia con sus vecinos no fue siempre pacífica. Sin embargo, durante décadas, Gadafi invirtió grandes cantidades de dinero en la región del Sahel, convirtiéndose en uno de los sostenedores económicos más importantes de países como Malí y Níger, con el consecuente efecto estabilizador que esta situación acarreó. Asimismo, la economía libia absorbía una considerable cantidad de fuerza laboral proveniente del Sahel, la cual comenzó a ser expelida tras el estallido del conflicto.

Con gobiernos no preparados para recibir a estas personas debido a falencias de infraestructura, muchos de los migrantes se vieron forzados a reinsertarse económicamente de maneras alternativas para sobrevivir, incluyendo actividades ilícitas, incluso la incorporación a grupos terroristas, y otros tantos siguen intentando llegar hasta Europa ilegalmente. Pese a los esfuerzos de la comunidad internacional por ejercer un control sobre el flujo de armas y de personas, la situación no ha sido corregida desde entonces.

Cabe señalar entonces por qué Libia es importante para el ISIS. En términos geopolíticos, aunque Libia no se encuentre en el corazón de Medio Oriente y entre las prioridades de esta agrupación extremista, el caos en que se encuentra inmersa ofrece una puerta de fácil acceso a Europa y a la concreción de los planes de la agrupación terrorista.

La proliferación de olas de migrantes, mayoritariamente refugiados, que llegan a Europa a través de Libia, dada la debilidad del control policial de las fronteras, ha ofrecido una ventana estratégica de ingreso a través del Mediterráneo. Asimismo, las fuerzas armadas en ambos continentes han demostrado tener poco éxito en la lucha contra el ISIS, debido a que agrupaciones como esta utilizan tácticas irregulares de lucha, como el uso de los llamados “lobos solitarios”, que han sido los ejecutores de los últimos atentados en el viejo continente. Numerosos ejemplos muestran que los ejércitos convencionales son poco efectivos a la hora de combatir a agrupaciones que, como ISIS, funcionan



con un modelo de guerra partisana, de trincheras. Más aún, muchos casos señalan que las guerras iniciadas en pos de intervenciones humanitarias en las últimas décadas no han dejado mayor legado que la desorganización tras su paso, haciendo el trabajo de organizaciones extremistas de diverso tipo mucho más simple.

De acuerdo con el Informe Anual sobre Terrorismo Internacional elaborado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, Libia se convirtió en un “espacio y asilo seguro para grupos terroristas” debido a la inexistencia de instituciones de seguridad, situación que sumada al fácil acceso a armamentos y la porosidad de las fronteras dan suficientes recursos a los grupos extremistas para planificar y ejecutar operaciones. De cara a esta situación, desde entonces Estados Unidos ha demandado una nueva intervención en Libia y el accionar de Naciones Unidas al respecto ha quedado paralizado, debido a una mezcla de intereses y opiniones opuestos, principalmente entre Estados Unidos y Rusia.

En 2016 se cumplirán no solo cinco años de la caída y muerte de Muammar Gadafi, sino que además Libia habrá consolidado su tristemente célebre nuevo estatus a nivel internacional: el de Estado fallido. Una derrota para Naciones Unidas, para la Doctrina de la Responsabilidad de Proteger y para los objetivos de la revolución iniciada en 2011 en nombre de la libertad y la democracia. Para Europa tampoco pareciera haber buenas nuevas. Ya la intervención en Libia ha contribuido a propagar el fervor “antioccidental”, no sin justa causa, el cual una vez más ha sido funcional a que agrupaciones extremistas encuentren seguidores, no por simple convicción, sino porque en última instancia actores como ISIS se tornan el mal menor para personas que no tienen nada más que perder, porque ya lo han perdido casi todo. Una vez más, como lo que ocurriera en Irak, el remedio (a la usanza norteamericana) ha sido peor que la enfermedad.

Más allá de cualquier deseo bienintencionado sobre el futuro libio, lo cierto es que durante el año 2015 Libia ganó la denominación de “Estado fallido” debido a la convulsión social, política y económica generada por la violencia interna reinante y la incapacidad del Estado para proveer bienes públicos esenciales a sus habitantes, siendo la seguridad física uno de los fundamentales, sino el más importante.



MARRUECOS, REAJUSTES INTERNOS Y EXTERNOS ANTE UN CONTEXTO REGIONAL CONFLICTIVO

DURANTE LA PRIMERA DÉCADA DEL PRESENTE SIGLO MARRUECOS EXPERIMENTÓ, BAJO EL REINADO DE MOHAMED VI, UNA SERIE DE REFORMAS QUE DESPERTARON LAS ESPERANZAS DE CAMBIOS MÁS SIGNIFICATIVOS QUE NUNCA LLEGARON. HUBO QUE ESPERAR HASTA LA PRIMAVERA ÁRABE PARA QUE ESTO SE PRODUJERA. HOY EN DÍA, EL GOBIERNO BUSCA ESTABILIZARSE EN UN ESCENARIO COMPLEJO, ATRAVESADO POR TENSIONES INTERNAS Y EXTERNAS QUE PUEDEN MARCAR LA SENDA DE LOS PRÓXIMOS AÑOS.

por **JUAN JOSÉ VAGNI**. *Profesor adjunto del área de Estudios Internacionales del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICET), Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad*





A

partir de la asunción de Mohamed VI en 1999, Marruecos ha sido considerado por medios políticos y periodísticos occidentales como una especie de singularidad o excepcionalidad respecto de los países de su entorno árabe y africano. La estabilidad del sistema político, la tibia apertura del régimen hacia formas más democráticas junto a la ortodoxia en materia económica y el compromiso en la lucha contra el terrorismo, hacían del reino norteafricano un aliado excepcional para las cancillerías occidentales. No obstante, el nuevo rey aún siguió gobernando en el marco de la Constitución promulgada por su padre Hassan II en 1996, que consagraba amplias facultades para la monarquía.

Las leves reformas implementadas en los primeros años despertaron las esperanzas de cambios más significativos, que se esperaba llegarían en tiempo y forma en una pacífica progresión. Hasta en los ámbitos de vida social era habitual escuchar las referencias a la “teoría del goteo”: pequeñas filtraciones que permitirían transformar paso a paso el sistema político. Se citaban ejemplos, modelos y contramodelos para este lento proceso de transición. Ejemplo recomendable por su moderación era el caso chino; mientras que en el listado de los que nunca se debería emular aparecían la Perestroika de Gorbachov y la Reforma Blanca del sha de Irán en los años sesenta. Estos últimos representaban el peligro de transformaciones radicales que alterarían la naturaleza misma del sistema: por una apertura descontrolada en el caso de la ex URSS y por una reforma extranjerizante en el caso iraní. Para algunos sectores políticos, en cambio, este lento proceso no hacía más que mostrar la naturaleza gatopardista de la monarquía y del Majzen (tradicional estructura informal de poder que conecta a la monarquía con las fuerzas políticas locales y sectoriales).

Entre los desarrollos políticos más elogiados de la nueva etapa se reconoce la formación de la *Instancia Equidad y Reconciliación* para la revisión de los años de plomo; la fundación del *Instituto Real de Cultura Amazigh* para la gestión de la identidad cultural bereber y la reforma de la *Ley de Familia*. Aunque hubo momentos de mayor cuestionamiento –principalmente durante los atentados de Casablanca en 2003–, este relato de cambios progresivos dominó la escena política durante gran parte de la primera década del siglo XXI.

Al iniciarse los levantamientos en Túnez y Egipto a fines de 2010 se insistió, desde diferentes instancias, que Marruecos estaba a salvo de cualquier conmoción: la singularidad y estabilidad del sistema político lo garantizaban. Sin embargo, poco tiempo después se reveló que este escenario ideal no tendría sustento y que las frustraciones de amplios sectores de la sociedad –expectantes ante una apertura genuina– y el efecto contagio acabarían impactando de alguna manera sobre la evolución social y política en el país.

Inmediatamente el gobierno puso en marcha una serie de cambios preventivos: el aumento de las subvenciones a los hidrocarburos y a los alimentos básicos. Y entre las reformas institucionales, la instalación del Consejo Económico Social, como una instancia de canalización del diálogo entre diferentes sectores sociales y políticos. Mientras tanto, las movilizaciones y protestas, aunque con dispar convocatoria, se extendieron por las principales ciudades del país.

Algunas voces de referencia –intelectuales y figuras de la oposición política– señalaron la necesidad de reformas profundas. La cristalización de estas expectativas se dio a través de la convocatoria de una movilización para el 20 de febrero de 2011, originada a partir de jóvenes independientes. Esta iniciativa promovida a través de Internet y medios electrónicos se denominó Movimiento 20F y comenzó a articular el descontento popular de casi un centenar de organizaciones de variado perfil y espectro ideológico.

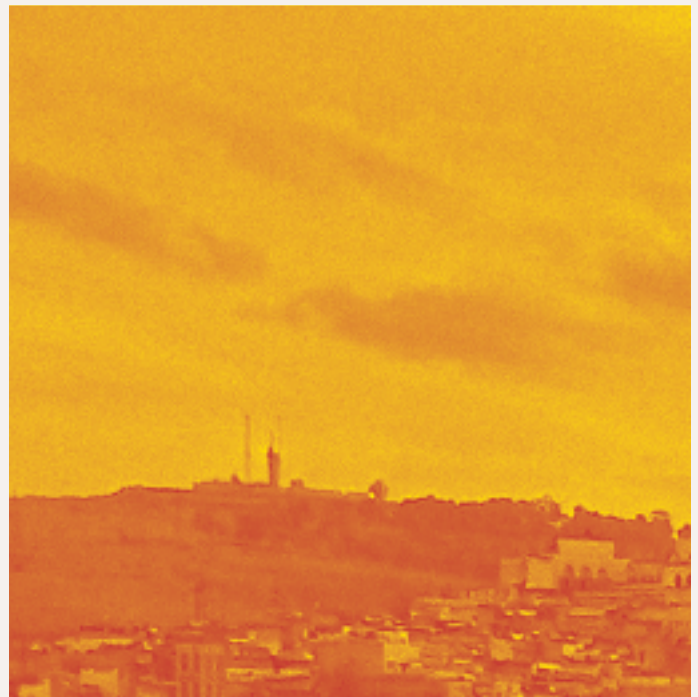
Pocas semanas después, el 9 de marzo, el monarca anunció la realización de una reforma constitucional para lograr un “nuevo pacto histórico entre Trono y Pueblo”. Esta revisión fue encargada a una comisión de expertos, mediante el trabajo en consulta con partidos, sindicatos y organizaciones sociales. Sin embargo, la propuesta recibió inmediatas críticas del Movimiento 20F y de pequeñas fuerzas políticas del país, quienes anhelaban la realización de un verdadero proceso constituyente, soberano en sus decisiones.

Entre los cambios incluidos en la nueva Carta Magna están: a) el reconocimiento de la identidad plural marroquí; b) la constitucionalización de diversos organismos y consejos, y de pactos y compromisos internacionales firmados por el país; c) la separación y equilibrio de poderes, esto incluye la consagración del

Podemos caracterizar entonces al sistema político marroquí como un régimen híbrido, en el que la naturaleza autoritaria convive con la puesta en juego de dispositivos democráticos. Sin duda la gran ventaja es que, a diferencia de otros países del entorno, las fuerzas sociales cuentan con un relativo margen de acción para manifestarse y cuestionar al poder.

jefe de gobierno surgido de los votos conseguidos en la Cámara de Diputados y el reforzamiento de su papel, siendo responsable de un poder ejecutivo efectivo; d) el reconocimiento de la regionalización del país; entre otras. Quizá lo más importante de este proceso es que, por primera vez, las facultades generales del monarca pasaron a ser definidas y reguladas por el texto constitucional. El nuevo documento fue sometido a referéndum el 1 de julio de 2011 y logró un mayoritario respaldo popular.

A pesar de no participar en las movilizaciones, la formación islamista más importante, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD), obtuvo el triunfo en las elecciones generales de fines de 2011. Dicho partido encabezó una coalición junto al Istiqlal (partido nacionalista conservador, que abandonó tiempo después esta alianza), el Movimiento Popular (movimiento bereber de centroderecha), el Partido del Progreso y el Socialismo (ex comunistas) y el partido Rassemblement National des Indépendants (RNI). El dirigente del PJD Abdellah Benkirane fue designado como jefe de gobierno e inició una etapa que ha sido caracterizada como de "cohabitación". La presencia de esta organización en el campo político se ha normalizado y virado



A sesenta años de su vida independiente, el sistema político y la sociedad marroquíes muestran una elevada complejidad, con la interacción de diferentes actores e intereses. El país atraviesa hoy una serie de tensiones y transformaciones de gran calado, un escenario de nuevos desafíos y oportunidades que pueden marcar la senda política y social de los próximos tiempos

hacia un perfil de partido nacionalista-conservador con referentes religiosos, de acuerdo con el especialista Miguel Hernando de Larramendi.

El nuevo gobierno priorizó la imposición de algunas cuestiones habituales de la agenda islamista: la moralización del espacio público, la lucha contra la corrupción y medidas de corte social. Entre las reformas lanzadas mediante diversas leyes orgánicas cabe señalar la del funcionamiento del Legislativo, la de partidos políticos, la del Tribunal Constitucional, la del Consejo Económico Social y la relativa a las comisiones de investigación parlamentaria, así como la reforma de la Justicia y la Regionalización Avanzada. Esta última de gran trascendencia para el futuro del Sahara Occidental: prevé la democratización a nivel local y regional y una organización regional más eficiente, pasando de 16 a 12 el número total de regiones en el país.

En el aspecto económico, el actual ejecutivo se aplicó a la reforma de la Caja de Compensación, el antiguo sistema de subvención de productos básicos y de gran impacto social. Asimismo se encaró el proceso de reforma del sistema de pensiones y la regulación del derecho de huelga. También están en tratamiento otros temas previstos en la nueva Constitución como la figura de la iniciativa popular legislativa, el derecho de petición y el nuevo código de prensa.

Sin embargo el gobierno islamista no ha estado exento de conflictos y diferencias, por lo que el monarca potenció su papel de hecho como árbitro del juego político. Incluso sosteniendo antiguas prácticas como la modificación de decisiones del ejecutivo; el nombramiento de funcionarios, embajadores y asesores reales; la formación de misiones diplomáticas paralelas, entre otras. Estas interferencias, según Larramendi, podrían debilitar

al gobierno y a la formación islamista, repitiendo los mismos errores del gobierno “de la alternancia” a fines de los noventa. En este marco podemos caracterizar entonces al sistema político marroquí como un régimen híbrido, en el que la naturaleza autoritaria convive con la puesta en juego de dispositivos democráticos. Sin duda, la gran ventaja es que, a diferencia de otros países del entorno, las fuerzas sociales cuentan con un relativo margen de acción para manifestarse y cuestionar al poder.

En materia externa, el nuevo monarca se empeñó en diversificar e intensificar la presencia marroquí en el escenario internacional, a través de la ampliación de su actuación y reforzando las relaciones con regiones como América latina o los países asiáticos. Asimismo, procura maximizar su visibilidad y prestigio a través de la organización de grandes eventos internacionales, tales como la Conferencia del Cambio Climático de Naciones Unidas (COP22), que tendrá lugar en Marrakech durante el mes de noviembre de 2016.

El conflicto del Sahara Occidental es desde 1975 el hecho central de la política exterior marroquí. La recuperación de las llamadas “Provincias del Sur” se transformó en una causa nacional, respaldada por todas las fuerzas políticas. La movilización ideológica en torno a la campaña irredentista es una constante que articula tanto la vida política del país como sus relaciones internacionales. El propósito fundamental de la diplomacia marroquí es la aceptación por la comunidad internacional de su postura sobre el Sahara Occidental, traducida en el proyecto de autonomía lanzado en 2007.

En abril de 2007 Marruecos presentó a Naciones Unidas un proyecto de autonomía para dichos territorios. Esta propuesta otorgaría a la población local facultades de autogestión, pero en



el marco de la soberanía marroquí. Para la promoción de esta iniciativa, el reino inició una ofensiva diplomática en múltiples frentes. Al mismo tiempo, a partir de junio de ese año, Marruecos y el Frente Polisario celebraron una serie de negociaciones con el auspicio de Naciones Unidas y la presencia de Argelia y Mauritania. Los encuentros se llevaron adelante en Manhasset, en las cercanías de Nueva York. Sin embargo a lo largo de nueve rondas de negociación no se lograron avances sustantivos ante la intransigencia de las partes: Marruecos insiste en su propuesta de autonomía mientras los saharauis reclaman la celebración de un referéndum que contemple la independencia. Más aún, como se señaló anteriormente, en la reciente reforma del texto constitucional se incorporó un proyecto general de regionalización avanzada, dentro del cual se inserta el proyecto de autonomía del Sahara Occidental.

A principios de este año se elevó nuevamente la tensión entre el reino y Naciones Unidas en torno a la cuestión saharauí, cuando el Secretario General Ban Ki-moon se refirió a la misma como “ocupación” por parte de Marruecos. A continuación, Marruecos expulsó a 73 miembros de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sahara Occidental (MINURSO). A esto se sumó la muerte del líder del Frente Polisario desde 1976, Mohamed Abdelaziz, el 31 de mayo pasado. El 13 de julio fue elegido como sucesor Brahim Ghali, un dirigente de la vieja guardia que combina experiencia militar y diplomática y que deberá definir a fines del mismo mes el futuro de la MINURSO en Naciones Unidas.

Por otra parte, Marruecos encuentra diversas dificultades a la hora de gestionar un contacto sólido, estable y no condicionado con las órbitas regionales árabes, africanas e islámicas, a pesar de los lazos históricos y culturales que lo unen con ellas. La alternancia y la superposición de prioridades en su propia agenda, las relaciones de cercanía con las potencias de Occidente y el tema saharauí como factor perturbador, siguen constituyendo los elementos que actúan en esos terrenos.

En el ámbito magrebí, la normalización de las relaciones con Argelia continúa siendo una tarea pendiente. Esta indefinición lastra el proceso en torno al Sahara Occidental y contamina la política regional, donde aún existen profundas diferencias como la gestión de la crisis de Malí y la seguridad en la zona sahelosahariana. Cabe recordar que la frontera entre los dos países permanece cerrada desde 1994.

Al mismo tiempo, Marruecos ha desempeñado un papel importante en el caótico escenario libio post Gadafi. Con sus buenos oficios, la diplomacia marroquí facilitó el diálogo para la formación de un gobierno de unidad nacional bajo el auspicio de Naciones Unidas, mediante el acuerdo firmado por las diferentes partes en conflicto en el balneario marroquí de Sijrat en diciembre de 2015.

Al iniciarse los levantamientos en Túnez y Egipto a fines de 2010 se insistió, desde diferentes instancias, que Marruecos estaba a salvo de cualquier conmoción: la singularidad y estabilidad del sistema político lo garantizaban. Sin embargo, poco tiempo después se reveló que este escenario ideal no tendría sustento y que las frustraciones de amplios sectores de la sociedad –expectantes ante una apertura genuina– y el efecto contagio acabarían impactando de alguna manera sobre la evolución social y política en el país.



Respecto de Siria, el reino promueve la búsqueda de una solución política negociada, al tiempo que ofrece sus apoyos para los desplazados sirios financiando un hospital de campaña en Jordania. Sin embargo las secuelas del conflicto llegaron a su propio territorio: unos dos mil refugiados sirios entraron sin visado al espacio marroquí desde 2011. Una parte de ellos empezó el proceso de regularización, mientras que unos quinientos fueron reconocidos como refugiados por ACNUR. Aunque cuentan con la protección “oficiosa” de las autoridades, su inserción económica es muy difícil y muchos de ellos optan por tratar de ingresar a la Unión Europea a través de las ciudades españolas de Ceuta y Melilla.

Los vínculos con los países árabes del Golfo Pérsico se incrementaron en los últimos años, destacándose en el plano económico con la recepción de importantes inversiones en materia financiera y de proyectos inmobiliarios y turísticos. En los pri-

meros meses de 2011 el reino recibió la invitación para sumarse al Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), en un intento de las monarquías árabes para hacer frente a los levantamientos populares que comenzaban a desarrollarse en la región. Aunque la propuesta fue rechazada, los contactos con este grupo regional continuaron de manera creciente. En abril de este año se concretó en Riad la primera cumbre entre Marruecos y los cinco países del CCG (Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Bahrén y Kuwait). Cabe señalar que en la misma, Marruecos recibió el respaldo para sus posiciones sobre el Sahara Occidental. Con respecto al ámbito africano, la diplomacia marroquí se empeña en resaltar que el continente se sitúa en los primeros puestos de su agenda externa, dando paso a una etapa de renovación en las vinculaciones. El pasado 17 de julio se dio uno de los giros más significativos cuando Mohamed VI anunció su intención de volver al seno de la Unión Africana (UA) tras 32 años de



alejamiento de la política continental (se retiró de la anterior Organización para la Unidad Africana en 1984, tras el ingreso de la República Árabe Saharaui Democrática). Hasta el momento, el reino exigía la salida de dicha república como condición para volver a la organización. Este cambio supone un giro pragmático, asumiendo el significativo papel que puede ocupar la UA en la resolución del conflicto saharauí.

Esta propuesta aparece como la culminación de un largo proceso de reaceramiento. La acción diplomática marroquí hacia el espacio subsahariano cobró nuevo impulso, sobre todo a partir de las giras diplomáticas que el rey Mohamed VI llevó adelante a los países del África Occidental francófona. En estas misiones se entrecruzaron diversos intereses: la pretensión de reincorporarse a la escena africana con una mayor presencia política y económica, la búsqueda de apoyo renovado en la cuestión del Sahara Occidental, la problemática de la seguridad y la inmigra-


ción, junto a la expansión de los negocios y las inversiones de empresas públicas y privadas marroquíes; todo ello bajo el marco del discurso de la cooperación Sur-Sur.

En las relaciones con las grandes potencias, las dificultades del país no son menores. La doble dependencia con las fuerzas de Occidente –principalmente económica con la Unión Europea y político-militar con Estados Unidos– le exige desarrollar habilidosos movimientos diplomáticos de balanceo.

Con respecto a la Unión Europea, en diciembre de 2015 se puso en cuestionamiento el instrumento comercial principal que rige los intercambios con Marruecos. El Tribunal de Justicia de la Unión Europea anuló el acuerdo comercial agrícola por incluir al Sahara Occidental en su aplicación. La medida fue recientemente recurrida por los países mediterráneos afectados también por la decisión del Alto Tribunal.

Asimismo, los vínculos con Francia estuvieron a lo largo del año 2014 ensombrecidos nuevamente por diversas situaciones. El intento de París de tomar declaración al jefe del contraespionaje marroquí y los decires de un embajador francés en Naciones Unidas dieron pie a una intensa crisis diplomática. En 2015 comenzó el deshielo, con la reanudación del diálogo político y la cooperación en materia de lucha contra el terrorismo, especialmente tras los múltiples atentados en París en noviembre. La relación se normalizó con la visita de François Hollande a Tánger en septiembre y la del rey a París en noviembre de ese año. La nueva fase en el conflicto del Sahara Occidental implicó también la necesidad de diversificar los apoyos del reino y lograr contrapesos a los complejos vínculos con las potencias occidentales. Así, en marzo de 2016 el rey visitó al presidente ruso Vladimir Putin y firmó múltiples acuerdos comerciales y estratégicos. A su vez, en mayo, el monarca viajó a China, donde labró importantes acuerdos financieros, comerciales e industriales que abren la puerta a la inversión de bancos y empresas chinos en el reino o la participación conjunta en proyectos en África. Se destaca un acuerdo *swap* de divisas por tres años y la posible venta de armas por el gigante asiático. El diálogo incluyó un aval implícito a las reclamaciones marroquíes sobre el Sahara y el rechazo al intervencionismo occidental. Estos notables cambios en la orientación exterior de Marruecos son interpretados por algunos analistas como la apuesta hacia un mundo multipolar y el cuestionamiento al tradicional papel de Estados Unidos como un aliado confiable e imprescindible.

En síntesis, a sesenta años de su vida independiente, el sistema político y la sociedad marroquíes muestran una elevada complejidad, con la interacción de diferentes actores e intereses. El país atraviesa hoy una serie de tensiones y transformaciones de gran calado, un escenario de nuevos desafíos y oportunidades que pueden marcar la senda política y social de los próximos tiempos.



DESDE 1963 SAHARA OCCIDENTAL PELEA POR CONSTITUIRSE EN UN ESTADO SOBERANO. MIENTRAS MARRUECOS MANTIENE EL CONTROL DEL TERRITORIO EN BASE AL USO DE LA FUERZA FÍSICA, LA EXPLOTACIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN “OTRO” INFERIOR Y SUBALTERNO, LA REALPOLITIK APLICADA DESDE LOS CENTROS DE PODER MUNDIAL OBSTACULIZA UN PROCESO DE DESCOLONIZACIÓN. ASÍ, MIENTRAS NEGOCIA LA REALIZACIÓN DEL REFERÉNDUM DE AUTODETERMINACIÓN, EL PUEBLO SAHARAUI LUCHA PARA QUE SU SITUACIÓN NO QUEDE INVISIBILIZADA A LA OPINIÓN PÚBLICA INTERNACIONAL.

SAHARA OCCIDENTAL, LA DESCOLONIZACIÓN PENDIENTE Y LA LUCHA POR LA AUTODETERMINACIÓN

por **LUZ MARINA MATEO**. *Magíster en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Licenciada en Comunicación Social (UNLP). Secretaria del Departamento África del Instituto de Relaciones Internacionales de la IRI-UNLP. Secretaria de la Cátedra Libre de Estudios sobre el Sahara Occidental, IRI-UNLP*



La presencia española en el territorio del Sahara Occidental data del siglo XIX y se consumó en 1885, cuando en la Conferencia de Berlín se procedió al “reparto” de África entre las potencias europeas. Esto marcó para el pueblo saharauí –y los pueblos africanos en general– el comienzo de la presencia del *ego conquiro* dusseliano como tal. Ese mismo “yo conquistador” español que se había expandido por gran parte del continente americano se haría presente (aunque con diferencias operativas respecto de América) en el Sahara Occidental, desplegando también allí su poder colonial instrumentado a través de clasificaciones y mecanismos de subalternización, instituyéndose en el centro a partir del cual, en una posición de superioridad, se relacionaría con la nueva periferia africana.

Si bien en este breve trabajo no podemos realizar un recorrido histórico exhaustivo por el contencioso, señalaremos algunos de los hechos más importantes en el seno del mismo, partiendo de que el proceso de descolonización iniciado en el continente en la segunda mitad del siglo XX (Marruecos, limítrofe con el Sahara Occidental, se independizó de Francia en 1956), dio como resultado que el territorio fuera inscripto en 1963 en la lista de Territorios No Autónomos con arreglo al Capítulo XI de la Carta de las Naciones Unidas. Así, se reconoció al pueblo saharauí el derecho inalienable a la autodeterminación y la independencia de conformidad con la Resolución de la Asamblea General 1514 del 14 de diciembre de 1960 y se estableció la responsabilidad de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en la descolonización del Territorio.

En 1980, Marruecos comenzó a construir un muro en el desierto para impedir el avance del Frente Polisario. El mismo tiene alrededor de 2,5 metros de altura y una longitud aproximada de 2.720 kilómetros. En él instaló minas antipersonales, además de dividir en dos al pueblo saharauí, ya que una parte quedó en el territorio sobre el que Marruecos reclama soberanía y la otra se encuentra refugiada en los campamentos emplazados en territorio argelino.

La cuestión saharauí y los primeros pasos dados por la ONU

En 1965, las Naciones Unidas exigieron a España que cumpliera con las resoluciones relativas a abandonar los territorios ocupados. Nuevamente, en diciembre de 1968, la ONU reclamó la descolonización del Sahara Occidental. En 1970, las fuerzas colonizadoras reprimieron una de las más importantes manifestaciones de la época, conocida como el “Levantamiento de Zemla” (barrio de El Aaiún, capital del Sahara Occidental), liderado por Bassiri, intelectual y periodista que en 1967 había fundado el Movimiento para la Liberación Nacional. Sobre la manifestación del 17 de junio disparó el ejército español, dejando varios muertos y heridos y echando mano a la fuerza física en tanto instrumento de dominación sobre los seres subalternizados, la cual hasta entonces pocas veces había utilizado contra los saharauis y nunca con esa magnitud.

Tras el aplastamiento de la protesta de Zemla quedó abierto el camino para la lucha armada. Es entonces cuando se empieza a gestar el movimiento de liberación nacional que tomaría el testigo del liderado por Bassiri: el Frente Polisario (Frente Popular para la Liberación de Saguia El Hamra y Río de Oro). Esto fue el 10 de mayo de 1973 con el fin de alcanzar la independencia y desprenderse del dominio colonial español y tuvo como líder a un joven intelectual llamado El Uali Mustafá Sayed, quien cayó en combate el 9 de junio de 1976.

Paralelamente, la corona marroquí no dejaba de reclamar el territorio, por lo cual había recurrido en 1974 a la Corte Internacional de Justicia, la cual expidió su Opinión Consultiva el 16 de octubre de 1975, reconociendo a España como potencia colonizadora a partir de la proclamación del protectorado sobre el Río de Oro en 1884. En ese documento, la Corte determinó que si bien existían vínculos jurídicos entre el sultán marroquí y ciertas tribus del territorio, no existían vínculos de soberanía territorial entre Marruecos, Mauritania y el Sahara Occidental.

El avance marroquí, los Acuerdos de Madrid y la lucha armada

Hacia finales de octubre de 1975, el rey Hasan II de Marruecos inició una movilización que pasaría a la historia como la “Marcha Verde”, que implicó el traslado de más de 350 mil personas hacia la zona saharauí, para ocuparla. Esto fue acompañado con bombardeos de la aviación marroquí con fósforo blanco y napalm contra los civiles saharauis que emprendían el éxodo forzado hacia el desierto argelino. A esta Marcha Verde, del lado marroquí se la señala como el momento en que Marruecos expulsó al colonizador español de lo que considera su tierra, mientras que los saharauis la denominan “Marcha Negra”, porque significó el abandono compulsivo del territorio y dejó como saldo cientos de muertos, desaparecidos y heridos. A partir de allí, el nuevo colonizador (antes él mismo colonizado) recurriría a los mismos mecanismos que cualquier otro en pos de mantener su poder: uso de la fuerza física, explotación de los recursos naturales y, en el plano simbólico, la construcción de un “otro” inferior y subalterno que debe ser negado o silenciado y que necesita de la protección del colonizador para su supervivencia. Con España acorralada por su propia debilidad política interna y el avance de Marruecos sobre el territorio, el 14 de noviembre de 1975 –pocos días antes de la muerte del dictador Francisco Franco– se firmaron los Acuerdos Tripartitos de Madrid, por los cuales España cedía la administración del Sahara Occidental a Marruecos y Mauritania. Estos acuerdos son considerados ilegales desde el punto de vista del derecho internacional –dado que una potencia colonial no puede “ceder” un territorio colonizado por ella a otros Estados– y desde la perspectiva del derecho interno español, ya que no fueron publicados en el Boletín Oficial del país.

En una carta dirigida al presidente del Consejo de Seguridad de la ONU del 29 de enero de 2002, el secretario general adjunto para Asuntos Jurídicos, Hans Corell, se refería a la condición

jurídica del Sahara Occidental expresando que los Acuerdos de Madrid no transfirieron la soberanía del territorio a Marruecos y Mauritania, ya que España no estaba facultada para realizar ese acto unilateralmente, por lo cual esos acuerdos no afectaron la condición internacional de Territorio No Autónomo que posee hasta hoy el Sahara Occidental.

El pueblo saharauí huyó hacia Argelia, y el 27 de febrero de 1976 el Frente Polisario proclamó la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). En ese período, Marruecos se quedó con dos terceras partes del territorio saharauí, mientras que el otro tercio (en el sur) había quedado en manos de Mauritania. En todo este proceso de retirada de España es necesario tener en cuenta el contexto mundial de Guerra Fría: Argelia había hecho su revolución expulsando a Francia y, a la vez, actuó como soporte del Frente Polisario (de allí que Marruecos sostiene que Argelia es parte en el conflicto, afirmando que el Frente Polisario es un instrumento geoestratégico y político argelino); Marruecos, por su parte, tenía el apoyo de Occidente (sobre todo de Estados Unidos y de Francia, como hasta hoy), que desconfiaba de los movimientos de liberación nacional, por considerarlos potenciales aliados del bloque soviético.

En 1979, Mauritania suscribió un acuerdo de paz con los combatientes del Frente Polisario, y desde entonces es solo Marruecos el que continúa afirmando tener soberanía sobre la zona, que incluye el área a la cual Mauritania había renunciado. Cabe señalar que una vez concluida la guerra con Mauritania, la RASD logró otros apoyos internacionales tanto en África como en América latina y el Caribe. Los grupos latinoamericano y africano impulsaron en las Naciones Unidas lo que más tarde derivaría en el actual proceso de paz de la ONU para el conflicto saharauí-marroquí.

En 1980, Marruecos comenzó a construir un muro en el desierto para impedir el avance del Frente Polisario. El mismo tiene alrededor de 2,5 metros de altura y una longitud aproximada de 2.720 kilómetros. En él instaló minas antipersonales, además de dividir en dos al pueblo saharauí, ya que una parte quedó en el territorio sobre el que Marruecos reclama soberanía y la otra se encuentra refugiada en los campamentos emplazados en territorio argelino.

Las consecuencias de la existencia del muro marroquí se hacen sentir en varios ámbitos que exceden el derecho internacional





humanitario. Se denuncia que esta construcción tiene repercusiones políticas y legales porque aísla a los territorios ocupados y consolida la ocupación. A esto se agrega el impacto económico que implica el muro, ya que la separación física fomenta el desempleo de la población saharauí, el saqueo de los recursos naturales en la parte ocupada y la muerte de ganado por acción de las minas. También se denuncian las consecuencias sobre la seguridad por el minado, la destrucción de bienes culturales, el impacto psicológico y el perjuicio medioambiental por la alteración del suelo. En cuanto a las víctimas (personas muertas, heridas y/o mutiladas), se estima que al menos 2.500 de todas las edades han sido afectadas por las minas y municiones de racimo desde 1975.

El esquema de defensa estática que planteó Marruecos a partir de la construcción del muro no fue suficiente para neutralizar la acción del Frente Polisario, aunque el enorme desgaste no era sufrido solo por Marruecos, sino que también el ejército saharauí se encontraba afectado por los años de guerra. Es así como comenzó a barajarse la posibilidad de resolver la controversia por la vía pacífica.

Hacia finales de octubre de 1975, el rey Hasan II de Marruecos inició una movilización que pasaría a la historia como la "Marcha Verde", que implicó el traslado de más de 350 mil personas hacia la zona saharauí, para ocuparla. Esto fue acompañado con bombardeos de la aviación marroquí con fósforo blanco y napalm contra los civiles saharauís que emprendían el éxodo forzado hacia el desierto argelino.

El plan de paz

En 1979 –al retirarse Mauritania de la guerra–, la Organización para la Unidad Africana (OUA) comenzó su intento de solución del enfrentamiento.

El 27 de junio de 1981 se realizó la XVIII Conferencia en Nairobi, donde el rey de Marruecos se comprometió a la realización de un referéndum de autodeterminación, hecho que quedó plasmado en la Resolución 103 (XVIII). En 1983 se aprobó la Resolución 104 (XIX) en la Cumbre de Adís Abeba, que instó al rey de Marruecos a recordar que se había comprometido a realizar un referéndum, a la vez que fue la primera oportunidad en que la OUA emitió una resolución haciendo referencia al Frente Polisario como una parte del contencioso.

La tarea de la OUA fue acogida por Naciones Unidas, y en 1985 su secretario general inició una misión de buenos oficios que fueron el prelude de las propuestas de arreglo que el 30 agosto de 1988 aceptarían Marruecos y el Frente Polisario.

Ya con la caída del Muro de Berlín se propuso ese plan en el marco del Capítulo VI de la Carta –relativo a la solución pacífica de controversias con el consenso de las partes en conflicto– en donde se determinó que todo lo referido a la organización del referéndum de autodeterminación estaría a cargo del represen-

tante especial del secretario general, con quien colaboraría la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum en el Sahara Occidental (MINURSO), a la vez que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) se encargaría de repatriar a los votantes en el exilio. En ese período transicional se procedería al alto el fuego hasta que estuvieran disponibles los resultados del referéndum que, según el plan de arreglo, debería haberse celebrado en enero de 1992, pero no fue posible seguir el calendario original porque no había acuerdo sobre quiénes participarían con su voto.

En 1997, el secretario general de la ONU Kofi Annan designó a James Baker como enviado especial para el Sahara Occidental, quien abrió un período de negociaciones directas entre las partes, con Argelia y Mauritania como observadores. Al no llegar a un acuerdo sobre el número de votantes en el referéndum, el proceso de estancó. Con el fallecimiento de Hassan II en 1999 y la sucesión de su hijo, Mohamed VI, Baker presentó un proyecto de autonomía para el Sahara Occidental bajo soberanía marroquí. El Consejo de Seguridad rechazó esa iniciativa e instó al enviado especial a continuar las negociaciones.

Así, se presentó en 2003 el conocido como “Plan Baker II”, que determinaba un lapso de cuatro o cinco años en los que el Sa-

Subalternizado en su poder, su saber y su ser, el pueblo saharauí lucha no solo por sus reivindicaciones políticas y económicas sino también por sus derechos culturales y su posibilidad de toma de la palabra, para que su situación no quede invisibilizada en los desvanes de las agencias mediáticas permaneciendo oculta a la opinión pública internacional.



hara Occidental gozaría de autonomía dentro de la soberanía marroquí, para luego realizarse el referéndum de autodeterminación. Esto fue rechazado por Marruecos ante la posibilidad de que, tras esos años de autonomía y gobierno del Frente Polisario, no arrojara un resultado conforme a sus intereses.

En abril de 2007, Marruecos presentó al nuevo secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, la “Iniciativa Marroquí para la Negociación de un Estatuto de Autonomía para el Sahara”. Paralelamente, el Frente Polisario presentó a la ONU su alternativa de solución del contencioso denominada “Propuesta del Frente Polisario para una Solución Política Mutuamente Aceptable que Asegure la Autodeterminación del Pueblo del Sahara Occidental”, cuyo contenido era sustancialmente distinto al de la posición marroquí: incluía el derecho a la autodeterminación completa mediante un referéndum que contemplara la opción de independencia.

A partir de allí comenzaron rondas de negociaciones entre ambas partes bajo los auspicios del secretario general de la ONU, quien designó como enviado especial para el Sahara Occidental a Peter Van Walsum. En el marco de las mismas, se produjo en 2009 la renuncia de Van Walsum, quien fue reemplazado por Christopher Ross, quien hasta hoy cumple esa función. Cabe destacar que mientras Van Walsum fue rechazado por el Frente Polisario por sospechar que favorecía a Marruecos, Ross recibió una acusación similar por parte de la monarquía marroquí, que llegó a “quitarle la confianza” durante algunos meses en 2012, para luego volver a recibirlo en territorio de Marruecos pero sin permitirle visitar el Sahara Occidental.

En marzo de 2016, Ban Ki-moon realizó una gira por la región que incluyó los territorios liberados de la RASD, los campamentos de refugiados de Tinduf, la capital argelina y la capital mauritana, sin haber ido a Rabat ya que el rey de Marruecos manifestó no estar disponible para recibirlo. En su periplo, Ban Ki-moon hizo referencia a la “ocupación” del territorio del Sahara Occidental –una ocupación a la cual hacen mención las resoluciones del Consejo de Seguridad N° 377 (22/10/75), 379 (2/11/75) y 380 (6/11/75) y las resoluciones de la Asamblea General N° 34/37 (1979) y 35/19 (1980)–, lo cual desencadenó en que Marruecos expulsara al componente civil de la MINURSO asentado en El Aaiún. Seguidamente, el Consejo de Seguridad instó en abril de 2016 a Marruecos a restablecer plenamente al personal de la misión y las competencias que esta tiene. Recordemos que si bien una de ellas es supervisar el cumplimiento del alto el fuego, su principal objetivo debe ser la organización del referéndum de autodeterminación. Finalmente, parte de ese componente civil

(25 de 73 personas) regresó a El Aaiún, según informó el Consejo de Seguridad en su reunión del pasado 26 de julio. Entretanto, se produjo el fallecimiento del presidente de la RASD, Mohamed Abdelaziz, el 31 de mayo, por lo que el Frente Polisario realizó su Congreso Extraordinario (entre el 8 y el 9 de julio último) para elegir sucesión. Resultó electo Brahim Ghali, uno de los fundadores del Frente Polisario, que encabezó el primer enfrentamiento armado contra España el 20 de mayo de 1973. En el campo diplomático, integró la comisión negociadora para la descolonización en 1975 y formó parte del grupo de negociación con Hasan II y con su sucesor, Mohamed VI. En su discurso de posesión del cargo, Ghali no descartó la vuelta a las armas, lo que lleva a recordar que el Frente Polisario, en tanto movimiento de liberación nacional, podría volver a recurrir al uso de la fuerza.



Fuente: Sogaps, 2016.



El contexto africano

La RASD formó parte de la OUA desde 1984 –Marruecos se retiró por esa razón del bloque continental– y más tarde fue miembro fundador de la organización sucesora, la actual UA (Unión Africana). Sin embargo, Marruecos continuó manteniendo relaciones con el continente. En el seno de la UA, a partir de 2013 el tema saharauí parece haberse revitalizado tras un período de escaso tratamiento. El 26 de mayo de ese año la UA emitió –coincidiendo con la celebración de su 50º aniversario– una Declaración Final de su XXI Sesión Ordinaria de la Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno, en la que se expresa la necesidad de culminar el proceso de descolonización y proteger el derecho de autodeterminación de los pueblos africanos aún bajo dominio colonial.

El reclamo de la UA se reiteró en la Cumbre de Malabo de 2014, con la particularidad del nombramiento de un representante especial para el Sahara Occidental, cargo que recayó en el ex presidente mozambiqueño Joaquim Chissano, un experimentado dirigente del Frente de Liberación de Mozambique que desarrolló un rol clave en la lucha por la independencia de su país. Una vez conocida la designación de Chissano, rápidamente el Ministerio de Relaciones Exteriores marroquí salió al cruce de la decisión calificándola de unilateral y acusando a la organización africana de alinearse ciegamente con la otra parte y de carecer de base jurídica, política o de legitimidad moral para intervenir. Como última novedad, podemos señalar que en la XXVII Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la UA, llevada a cabo en Kigali (Ruanda) el 17 y 18 de julio de 2016, trascendió la voluntad de Marruecos de incorporarse a la UA, manifestada a través de una carta del rey enviada a la presidencia del organismo. Sin embargo, la Comisión de la UA negó haber recibido una solicitud de admisión, al tiempo que emitió un comunicado en el que recuerda que la UA no contempla la expulsión de un Estado (sí la suspensión, en el caso de interrupción constitucional), haciendo tácita referencia a una posible intención de solicitud de expulsión de la RASD, que no solo es miembro fundador del bloque sino que, además, ha contado con el difunto Mohamed Abdelaziz como vicepresidente y que actualmente la representante saharauí ocupa la vicepresidencia del Parlamento Panafricano.

Algunas reflexiones

La historia de este conflicto inconcluso permite ver de qué manera la *realpolitik* aplicada desde los centros de poder mundial obstaculiza un proceso de descolonización. El pueblo saharauí lleva cuarenta años dividido entre los territorios anexionados por Marruecos, los campamentos de refugiados y la diáspora, sin que se haya podido realizar aún el referéndum de autodeterminación no solo por causa de no haberse arribado a un acuerdo entre las partes, sino también por el rol que históricamente ha jugado la comunidad internacional en este tema (de ignorancia o silencio) y, en especial, las potencias que integran el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas –sobre todo Francia–, junto con España, en su calidad de potencia administradora *de iure* hasta hoy.

Así, las Naciones Unidas proclaman, por un lado, el derecho del pueblo saharauí a la autodeterminación y, por otro, mantienen el contencioso en el marco del Capítulo VI de la Carta en busca de una solución mutuamente aceptable por las partes, aun cuando una de ellas se ha manifestado públicamente sobre el tema negando la posibilidad de una autodeterminación que contemple la opción de independencia, hecho que ameritaría que el Consejo de Seguridad arbitre otros mecanismos que obliguen a la realización de un referéndum con arreglo a ese derecho internacional que las propias potencias elaboraron y declaman y que debería ser cumplido por quienes ellas mismas determinaron como sujetos de ese derecho.

Subalternizado en su poder, su saber y su ser, el pueblo saharauí lucha no solo por sus reivindicaciones políticas y económicas sino también por sus derechos culturales y su posibilidad de toma de la palabra, para que su situación no quede invisibilizada en los desvanes de las agencias mediáticas permaneciendo oculta a la opinión pública internacional.



por **AGUSTINA MARCHETTI**. *Licenciada en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario (UNR). Doctoranda en Relaciones Internacionales (UNR). Docente de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR). Coordinadora del Programa de Estudios América Latina-África (PEALA) / Programa de Estudios de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (UNR)*

TRAS 27 AÑOS DE CONFLICTO ARMADO EL PAÍS SE ENCONTRABA DEVASTADO. EL CAMINO DE LA RECONSTRUCCIÓN NACIONAL SE VIO FAVORECIDO POR UN CRECIMIENTO ECONÓMICO ACELERADO COMO CONSECUENCIA DEL BOOM DEL PETRÓLEO DE LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XXI. SIN EMBARGO, LA CRISIS DE 2008 FRENÓ ESTE PROCESO Y PUSO A ANGOLA ANTE EL DESAFÍO DE DESARROLLAR PLANES INTEGRALES Y EFICIENTES DE POLÍTICAS PÚBLICAS QUE PERMITAN AFRONTAR LA DESACELERACIÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL SIN SUFRIR EXAGERADAS CONSECUENCIAS.

**ANGOLA:
¿RESURGIENDO DE
LAS CENIZAS DE LA
GUERRA?**

La guerra civil angoleña, que transcurrió desde 1975 hasta 2002 entre el MPLA (Movimiento para la Liberación de Angola) y UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), fue uno de los conflictos más complejos del continente, dejando un saldo de más de 1 millón de muertos, 4 millones de desplazados internos y más de 500 mil refugiados.

Tras su finalización, uno de los principales desafíos ha sido la *recuperación post-guerra*. El país estaba devastado tras 27 años de conflicto armado y su reconstrucción debía ser integral. Para iniciar el camino de la reconstrucción nacional, por una parte, Angola debía embarcarse en un camino que apuntara a reformas políticas y a la disminución de la desmedida corrupción política que había posibilitado el enriquecimiento de una reducida elite vinculada al poder durante varias décadas. Por otra parte, debía iniciar una transformación en términos económicos para avanzar hacia el desarrollo sostenible a través de mejoras en áreas como infraestructura, sanidad y educación. Como poseedor de vastos recursos naturales –principalmente petróleo y gas, pero también diamantes, minerales y recursos hídricos, agrícolas y pesqueros–, Angola posee una gran ventaja a la hora de iniciar el camino de la modernización y diversificación de su economía. De allí que un reto central para el país africano descansa en la correcta administración de los ingresos provenientes de los recursos naturales, tarea que hasta el momento no ha sabido

realizar. Como es sabido, la escasez de “recursos naturales estratégicos” es un tema de agenda de gran relevancia para todos los países del sistema internacional en el siglo XXI. Los modelos de crecimiento dependen en gran medida de los recursos naturales estratégicos, los cuales se han convertido en motivo de disputas entre diferentes actores del sistema internacional en sus estrategias de aprovisionamiento.



Los avances en el terreno político fueron acompañados de un crecimiento económico como consecuencia del boom del petróleo de los primeros años del siglo XXI, inducido entre otras causas por la fuerte demanda de petróleo de las economías emergentes, principalmente China e India.

Primeros indicios de cambio político y boom económico: petróleo y ¿algo más?

Los primeros indicios de cambio en el terreno político se registraron en las elecciones legislativas de la posguerra, llevadas a cabo en 2008, en las que el MPLA obtuvo el 81,6% de los votos frente al 10,4% de la UNITA. En el año 2010 una reforma constitucional permitió avanzar en este ámbito cuando se definió al país como una república unitaria, presidencialista y unicameral. Algo que despertó críticas de los sectores de la oposición fue la eliminación de la celebración de elecciones presidenciales propiamente dichas, para otorgar la presidencia de la república al líder del partido más votado. Fue así que en 2012 José Eduardo Dos Santos, del MPLA, renovó su mandato por otros cinco años, tras obtener el 71,84% de los votos frente al 18,66% de la UNITA. Los avances en el terreno político fueron acompañados de un crecimiento económico como consecuencia del *boom* del petróleo de los primeros años del siglo XXI, inducido entre otras causas por la fuerte demanda de petróleo de las economías emergentes, principalmente China e India. De acuerdo con los datos oficiales del Banco Africano de Desarrollo, las tasas de crecimiento económico de Angola entre 2003 y 2008 fueron en promedio de alrededor del 17%, colocándose entre las tres economías de más rápido crecimiento en el mundo. Aun así en el año 2009, tras la crisis financiera internacional, se registró una ralentización en el crecimiento del país africano, rápidamente retomó la senda del crecimiento en 2010, que se fue consolidando entre 2011 y 2012. Angola es uno de los principales países productores de petróleo del continente africano. En el año 2015 la US Energy Informa-

tion Administration publicó que Angola ocupa el lugar número 16 en el ranking de países productores de petróleo con una producción de 1,8 millones de barriles de petróleo por día (b/d). No sorprende entonces que la composición de las exportaciones angoleñas esté dada en un 97% por petróleo crudo, dado que el país tiene una capacidad de refinación limitada. Del total, el 60% se exporta a Asia, donde China es el principal socio, el 22% a Europa, el 14% a América y el 4% a África.

Estados Unidos importa petróleo angoleño desde la década de los setenta. Entre 2005 y 2009 Angola representó el 5% del total de las importaciones de petróleo crudo de Estados Unidos, pero desde entonces han disminuido, teniendo en cuenta por un lado que Angola es considerado como un *rough state*, y por otro que desde 2012 Estados Unidos fue el país que más incrementó su producción total de crudo, con 780 mil barriles por día de incremento. La producción a partir del *fracking* le permitiría a Estados Unidos para el año 2025 ser independiente del petróleo extranjero. En este sentido Angola, como exportador de petróleo, ha sufrido las consecuencias y en 2015 las importaciones angoleñas representaron menos del 2% de las importaciones totales de Estados Unidos.

Parecería imposible pensar que Angola, con una población caracterizada por ser joven, la posesión de semejante variedad de recursos naturales (suelos de elevada aptitud agraria y biodiversidad), una gran cantidad de recursos hídricos, un enorme potencial diamantífero, un elevado potencial hídrico, eólico y solar y la existencia de 47 cuencas hidrográficas, no pueda salir del lugar de exportador de materias primas para desarrollar otras áreas. Ahora bien, ¿de quién depende? Si bien el país dispone de

vastas potencialidades, susceptibles de transformar los puntos débiles en fortalezas, la responsabilidad para cumplir con este enorme desafío está en manos del gobierno nacional.

De allí que es interesante destacar que se observó en la década 2002-2012 cierta movilidad sectorial hacia los sectores no petroleros para la transformación estructural de la economía angoleña, aunque aún se requiere de políticas efectivas que promuevan mayor eficiencia económica, el ascenso del sector privado y la diversificación de la economía.

La creación en el año 2003 de la Agencia Nacional de Inversión Privada (ANIP), con la función principal de desarrollar el sector no petrolero del país, da cuenta de la intención de aprovechar el *boom* petrolero para canalizar esfuerzos y alcanzar la diversificación económica. Asimismo, debe considerarse la puesta en marcha del Programa de Inversiones Públicas (PIP), el cual se gestiona desde el Ministerio de Finanzas con el objetivo de hacer de la reconstrucción de la infraestructura una de las prioridades del gobierno nacional angoleño.

Por su parte, la Estrategia Nacional de Desarrollo a largo plazo, denominada “Angola 2025”, marcó el inicio de una etapa que se profundizó con el primer “Plan Nacional de Desarrollo 2013-2017” (Plano-Nacional de Desenvolvimento –PND–) con objetivos a mediano plazo. En el plan se apunta a alcanzar una estabilidad macroeconómica, la recuperación de las infraestructuras y el desarrollo del sector privado. Además se pretende incrementar las inversiones, el empleo, la productividad y aumentar la competitividad de Angola en el contexto internacional. Sin dudas se trata de un enorme reto para el país africano.

Desaceleración de la economía china, caída del precio del petróleo y las consecuencias para Angola

Desde la década de los noventa el flujo de comercio entre China y los países africanos exportadores de materias primas ha crecido considerablemente. Sin embargo, la explosión del comercio entre China y África se dio entre los años 2000 y 2008, donde creció a un promedio del 40% anual, situándose hacia 2008 en 106 mil millones de dólares.

Este crecimiento inusitado del comercio entre China y África Subsahariana fue parte de la estrategia de política exterior planteada por el país asiático con el objeto de garantizarse el aprovisionamiento de recursos naturales estratégicos. China necesitaba a los socios subsaharianos para alcanzar la seguridad energética y continuar con su modelo económico de crecimiento sostenido que le permite ocupar ese lugar de “fábrica del mundo”. Angola fue uno de los protagonistas en esta relación, ya que es un gran poseedor de recursos naturales estratégicos y a su vez, al tener una economía tan poco diversificada, era un potencial importador de todos los productos que China podía vender.

Los cinco primeros exportadores de África a China –Angola, Sudáfrica, Sudán, República del Congo y Libia– concentran el 88% de las exportaciones con ese destino. No es casual que entre ellos se encuentren los principales países productores de petróleo del continente africano. Por el contrario, las manufacturas dominan las exportaciones chinas hacia los países africanos. Dentro de los principales productos exportados encontramos: maquinarias, productos textiles y prendas de vestir, que juntos constituyen más del 80% de todas las exportaciones del gigante asiático al continente.



A comienzos de siglo XXI, la Inversión Extranjera Directa (IED) china en África no superaba los 916 millones de dólares. En 2008, con la crisis financiera internacional, se produjo una caída del 14% de las IED mundiales, sin embargo las IED chinas en África ese año se incrementaron más del 130% en relación al 2007, superando los 50 mil millones de dólares. En 2010, el 14% de la IED china se dirigió a África, siendo esta 15 veces más que en 2003. Los principales sectores fueron la construcción de obras de infraestructura asociadas a la explotación y aprovisionamiento de combustibles no renovables. Las principales empresas que se radicaron en África fueron: SINOPEC, la China National Offshore Oil Corporation y la China National Petroleum Corporation. Los principales proyectos son para la construcción de carreteras, ferrocarriles, hospitales y demás obras públicas. De acuerdo con los datos oficiales del Ministerio de Finanzas angoleño, en el año 2015 China invirtió alrededor de 10 mil millones de dólares en Angola para el desarrollo de áreas como energía e infraestructura. Ahora bien, luego de la crisis financiera internacional en el 2008, se produjo una desaceleración de la economía mundial y China no estuvo ajena a ella. La desaceleración económica mundial impactó fuertemente en aquellos países exportadores de materias primas. Entre las principales consecuencias para Angola se observó un mayor déficit fiscal, un deterioro de la balanza comercial, una disminución de la inversión, un aumento de la inflación y una depreciación abrupta de la divisa. En 2015 la actividad económica internacional se mantuvo atenuada. A pesar de que las economías de mercados emergentes y en desarrollo aún generan más del 70% del crecimiento mundial, se desaceleraron por quinto año consecutivo. La abrupta caída

de los precios del petróleo a partir de 2014, en una coyuntura de inundación del mercado donde la oferta de petróleo superó a la demanda, también impactó en la economía angoleña. Si consideramos que la exportación de crudo es su principal fuente de ingreso, la inminente caída de los precios tuvo un impacto directo. La Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), de la cual Angola es miembro desde 2007, está dispuesta a seguir produciendo la misma cantidad de barriles para defender su cuota en el mercado, lo cual también contribuyó al desplome del precio.

Entonces, mientras que en el año 2013 el Estado angoleño financiaba alrededor del 70% de su gasto público con los ingresos provenientes del petróleo, en 2015, como consecuencia del marcado descenso de los precios, se redujo al 37%. Como consecuencia, los planes del presidente Dos Santos para la reducción de la pobreza se vieron postergados para más adelante. No obstante, en un discurso en 2015 se afirmó que el número de angoleños que viven con menos de dos dólares al día ha bajado desde el 92% en 2000 al 54% en el 2014.

Frente al escenario descrito, Angola tuvo que salir a pedir préstamos para cubrir los aproximadamente 25 mil millones de dólares que necesita para saldar las deudas que contrajo como consecuencia de la caída en los ingresos a raíz de la caída del precio del petróleo a nivel internacional. Así fue como acudió al Banco Mundial y a prestamistas internacionales, entre los que China se presentó como alternativa otorgando nuevos créditos y una moratoria de dos años en el pago de su deuda. De este modo el país asiático aprovechó esos créditos para aumentar su presencia en el país africano.



Angola: ¿administración (in)eficiente?

La posesión de recursos naturales en el continente africano, y en particular en Angola, se asocia más a una maldición que a una bendición. La abundancia de recursos naturales que posee no se condice con el escaso nivel de desarrollo que muestran sus indicadores socioeconómicos. A pesar de que el *boom* del petróleo de los últimos años fomentó altas tasas de crecimiento sostenido que posicionaron al país africano entre los de mayor crecimiento en el mundo, esto no fue suficiente para consolidar un futuro prometedor. ¿Por qué? Varios pueden ser los factores que influyen en el desarrollo de un país, pero en el caso de Angola hay principalmente una cuestión endógena que obstruye el camino del desarrollo sostenible y está relacionada con la mala administración de la riqueza proveniente de la producción de crudo: durante varias décadas se permitió el enriquecimiento de una reducida elite vinculada al poder, descuidando a la ciudadanía en su conjunto.

Si consideramos que ni aun en épocas doradas, donde el petróleo batió récords en dólares por barril, el dinero proveniente del crudo fue utilizado para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos angoleños, ahora que han bajado los precios de los *commodities* y el petróleo pasó de 110 dólares a 40 dólares en los últimos años, ¿cuáles serán las consecuencias para el país africano?, ¿cómo afrontará el Estado angoleño semejante caída en sus ingresos?

Uno de los principales desafíos a los que se enfrenta Angola es desarrollar planes integrales y eficientes de políticas públicas que permitan afrontar la desaceleración de la economía mundial sin sufrir exageradas consecuencias como ha sucedido hasta el momento. Al respecto puede pensarse que tanto “Angola 2025” como el “Plan Nacional de Crecimiento 2013-2017” son iniciativas que allanan el camino de crecimiento, el desarrollo sostenible y la diversificación económica para lograr un mayor margen de autonomía.

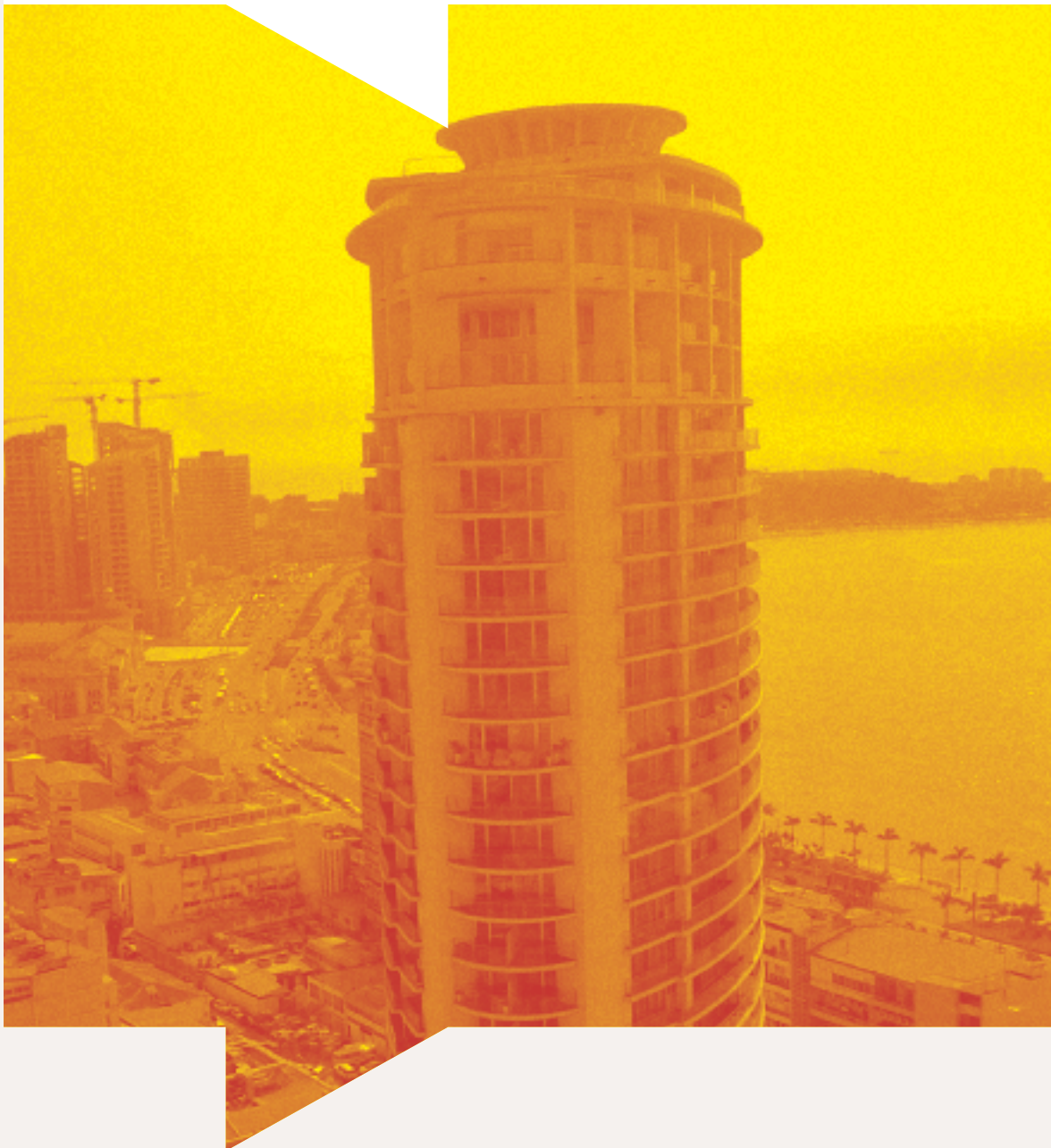
Angola debe además reordenar prioridades, ya que gasta un 3,5% del PIB en educación mientras que países más pobres como Senegal gastan el 5,6%. En materia de salud gasta un 3,8% frente al 5% de Camerún, que se caracteriza por la precariedad de su sistema sanitario. Sin embargo para la defensa se destina un 13,8% del PBI.

En síntesis, es de real importancia el papel que cumplen los gobernantes a la hora de tomar decisiones en torno a los pasos a seguir en materia de planificación a mediano y largo plazo. No obstante y después de 36 años en el poder, en un momento crítico para la economía angoleña, donde las decisiones a tomar condicionarán el futuro del país, en abril del corriente año el actual presidente Dos Santos anunció en la reunión del Comité Central del MPLA que en el 2018 dejará su cargo. ¿Casualidad o causalidad?

A pesar de los anuncios hechos por el presidente, la delicada situación económica en la que se encuentra Angola disminuye las posibilidades de su reemplazo. Los candidatos para la posible sucesión tienen poca experiencia y el pueblo angoleño se aferra más a la experiencia de Dos Santos que a la posibilidad de apoyar a uno de los nuevos candidatos: “Más vale malo conocido que bueno por conocer”.

Existe otra alternativa y es que la ciudadanía vea la salida de Dos Santos como una renovación dentro del mismo MPLA, como una oportunidad para cambiar el destino del país. Que cambie el líder dentro del MPLA no necesariamente implica una pérdida del *statu quo* del poder del partido. Los angoleños deben pensarlo como la apertura de nuevos caminos y oportunidades, para lograr una diversificación de la economía, y más importante todavía, una correcta administración de los fondos para una ulterior redistribución equitativa de la riqueza que le permita frente a futuros escenarios de crisis tener mayores y mejores márgenes de acción.

La desaceleración económica mundial impactó fuertemente en aquellos países exportadores de materias primas. Entre las principales consecuencias para Angola se observó un mayor déficit fiscal, un deterioro de la balanza comercial, una disminución de la inversión, un aumento de la inflación y una depreciación abrupta de la divisa.



EN LO QUE VA DEL SIGLO XXI AMBOS PAÍSES HAN ATRAÍDO LAS MIRADAS EXTRANJERAS POR SUS PERFORMANCES ECONÓMICAS, RECIBIENDO IMPORTANTES MONTOS DE INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA. SIN EMBARGO, LOS CAMBIOS ACAECIDOS EN EL SISTEMA INTERNACIONAL EN LOS ÚLTIMOS AÑOS ESTÁN IMPACTANDO DE LLENO EN EL DEVENIR DE ESTOS ESTADOS. ES FUNCIÓN DE LAS ELITES GOBERNANTES DISTRIBUIR LAS GANANCIAS CON CRITERIOS DE INCLUSIÓN SOCIAL Y DESARROLLO HUMANO, LIMITANDO ASÍ LA POSIBILIDAD DE GENERACIÓN DE ESCENARIOS DE INESTABILIDAD EXTREMA.

NIGERIA Y MOZAMBIQUE: DESAFÍOS EMERGENTES



por **CARLA MORASSO**. *Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Docente e Investigadora de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR). Coordinadora del Programa de Estudios América Latina-África (PEALA) / Programa de Estudios de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (UNR). Analista del Centro de Estudios Políticos Internacionales de la Fundación para la Integración Federal de Rosario*



Las agencias financieras internacionales han señalado a África Subsahariana como una región en crecimiento en el primer cuarto del siglo XXI. Entre sus “emergentes”, Nigeria y Mozambique son dos países clave que han atraído las miradas extranjeras por sus *performances* económicas. En el caso nigeriano, el país petrolero experimentó una importante evolución positiva del producto bruto interno (PBI), promediada en un 5% anual, que alcanzó el billón de dólares, superando así a Sudáfrica como la mayor economía de la región. Mozambique, con un PBI más modesto, de 33 mil millones de dólares, tuvo tasas de crecimiento sostenidas cercanas al 7%, que lo ubicaron entre los destinos más deseados por los capitales financieros. Es por ello que, a pesar sus diferentes escalas, los dos países recibieron en el período 2010-2014 similares montos de inversión extranjera directa (IED), que promediaron los 5 mil millones de dólares anuales.

En ambos casos, la explotación y exportación de recursos naturales contribuyeron fuertemente al crecimiento, pero también deben ser ponderados otros factores. Por una parte, debe tenerse en cuenta la profundización de las relaciones con socios emergentes del Sur, como China, Brasil, India y Turquía, con los cuales se dinamizaron el comercio y las inversiones. Los vínculos con estos países, con particular mención a China, permitieron a los países subsaharianos posicionarse de manera diferente en las negociaciones internacionales, sobre todo para obtener mejores contratos de exportación y explotación, comenzar procesos de reconstrucción y construcción de obras de infraestructura y crear empresas con fuerte participación estatal.

En Nigeria, a pesar de la gran dependencia de los ingresos del petróleo, se iniciaron en el nuevo siglo planes para diversificar la economía, teniendo resultados visibles pero incipientes en los sectores industrial y agrícola. En el caso mozambiqueño, en tanto, gran parte de los flujos de dinero arribados y generados fue destinado a la generación y mejoramiento de infraestructuras –rutas, puertos, centrales eléctricas y redes de distribución

de energía– dado que era un país devastado por la guerra civil. En gran medida, el financiamiento proveniente de organismos internacionales y empresas extranjeras estuvo motivado por las expectativas en torno a la exportación futura de hidrocarburos. De acuerdo con las estimaciones, las reservas de gas en la cuenca del río Rovuma serían las terceras en importancia en el mundo y podrían convertir al país en uno de los diez primeros productores del globo. Actualmente en ellas están invirtiendo la firma italiana Eni SpA y la estadounidense Anadarko Petroleum Corporation. Además, deben considerarse las mejoras en las situaciones macroeconómicas nacionales, luego de los salvajes ajustes



neoliberales de las décadas previas, tanto como el aumento de la demanda interna. La revitalización del consumo doméstico estuvo vinculada principalmente a la rápida urbanización, la expansión de los servicios, en particular de las comunicaciones, y a la aparición de una incipiente clase media.

No obstante, desde 2015, la retracción de la IED y del comercio mundial, junto con la fuerte caída de los precios de los *commodities* –tanto del petróleo nigeriano como de los minerales mozambiqueños, en particular el carbón–, impactaron fuertemente sobre la realidad socioeconómica y en el nivel de crecimiento, indicando las previsiones para los próximos años que la desaceleración continuará.

Frente a esta coyuntura, aspectos críticos vinculados a las dimensiones política y social quedan en relieve con mayor fuerza, dando cuenta de las problemáticas de desarrollo y gobernabilidad que en Nigeria y Mozambique no pudieron ser resueltas con el solo engrosamiento del PBI y sobre las cuales se dará cuenta de manera sintética en los próximos apartados.

Como nota metodológica, cabe señalar que los datos estadísticos y económicos utilizados en este artículo fueron tomados del “African Economic Outlook 2016: Sustainable Cities and Structural Transformation”, elaborado por el Banco Africano de Desarrollo (AFDB), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

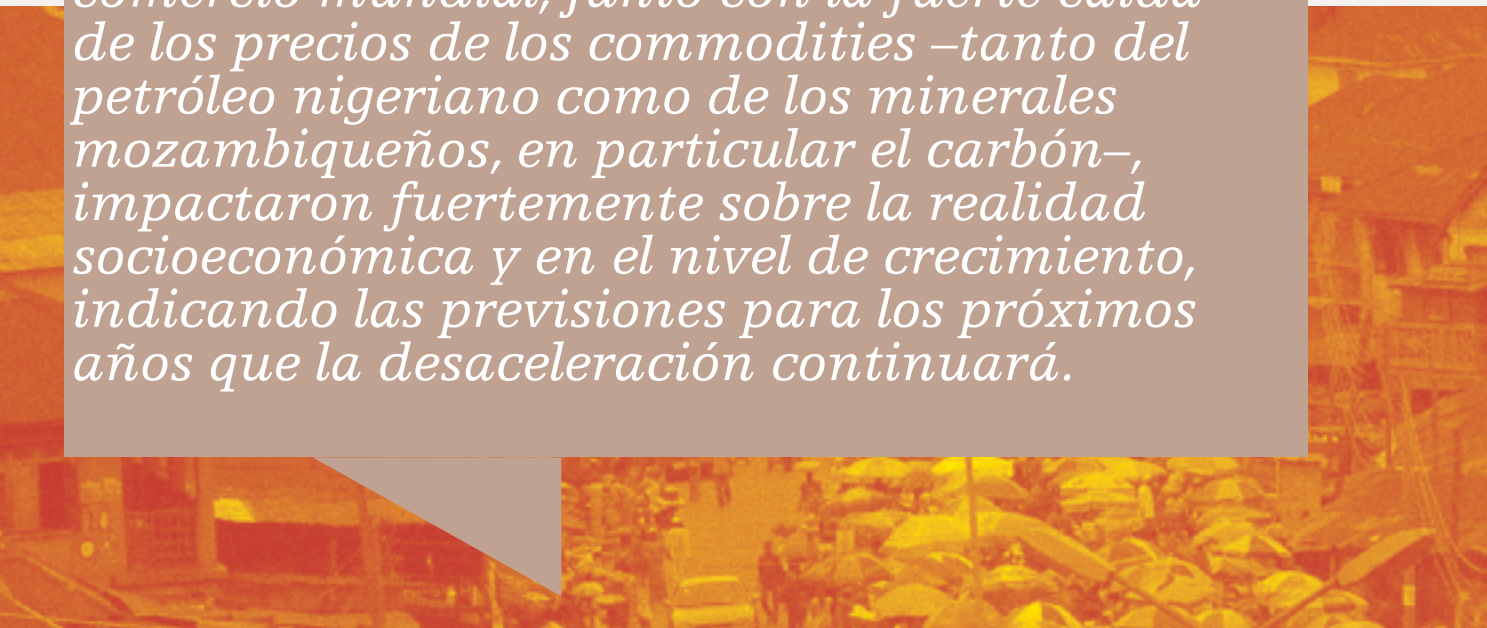
Al otro lado de las agencias calificadoras

No siempre los aumentos del PBI que computan las agencias financieras internacionales en sus calificaciones como orientación para los grandes inversores implican mejoras en las condiciones de vida de los ciudadanos y transformaciones en las estructuras sociales.

A pesar de los positivos datos macroeconómicos, tanto Nigeria, el país más densamente poblado del continente (180 millones de habitantes), como Mozambique (27,5 millones de habitantes) se encuentran entre el grupo de países de bajo desarrollo humano de Naciones Unidas, ubicándose en los puestos 152 y 180, respectivamente. Claramente entonces los números no son positivos al momento de hablar de pobreza, cuyas tasas rondan el 50%; de desigualdad, con coeficientes de Gini de aproximadamente 45 puntos, y de desempleo, que alcanza el 22% en Mozambique y el 7% en Nigeria, afectando especialmente a los jóvenes de ambos países.

La demanda por mejores e inclusivos bienes y servicios públicos, sobre todo en materia de educación y salud, es muy fuerte. La tasa de alfabetización en adultos mayores de 15 años en Mozambique alcanza el 59% y en Nigeria el 60%, siendo la brecha entre hombres y mujeres negativa para la población femenina, que alcanza el 45% en el primer país y el 49% en el segundo. En materia de salud, en tanto, las deudas son por demás impor-

Desde 2015, la retracción de la IED y del comercio mundial, junto con la fuerte caída de los precios de los commodities –tanto del petróleo nigeriano como de los minerales mozambiqueños, en particular el carbón–, impactaron fuertemente sobre la realidad socioeconómica y en el nivel de crecimiento, indicando las previsiones para los próximos años que la desaceleración continuará.



En Nigeria, a pesar de la gran dependencia de los ingresos del petróleo, se iniciaron en el nuevo siglo planes para diversificar la economía, teniendo resultados visibles pero incipientes en los sectores industrial y agrícola. En el caso mozambiqueño, en tanto, gran parte de los flujos de dinero arribados y generados fueron destinados a la generación y mejoramiento de infraestructuras –rutas, puertos, centrales eléctricas y redes de distribución de energía– dado que era un país devastado por la guerra civil.

tantes. El gobierno de Muhammadu Buhari (Nigeria) destinó el pasado año solo el 3,7% del PBI al sector de la salud, siendo más del 70% de la atención brindada por efectores privados, mientras que el encabezado por Filipi Nyusi (Mozambique) invirtió el 6,7%. En ambos casos esta postergación de la salud en los presupuestos nacionales se cristalizó en bajos promedios de esperanza de vida que rondan los 50 años.

De manera contundente, las cifras vinculadas al desarrollo humano cristalizan las situaciones de carencia y subdesarrollo en las cuales se encuentran amplios sectores tanto de las poblaciones urbanas como rurales. En ambos países, si bien la migración del campo a la ciudad fue muy importante, la actividad agrícola de subsistencia continúa siendo central, en particular en lo que respecta a la ocupación laboral. En el caso de Mozambique, más del 70% de la población se dedica a la agricultura. Es esta una de las razones por las cuales muchas de las iniciativas de cooperación Sur-Sur que han desarrollado Brasil y China en este país se centran en el fortalecimiento de este sector.

Cabe señalar en este punto que la discusión sobre el desarrollo agrícola mozambiqueño es reflejo de lo que sucede en la región subsahariana. Muchos gobernantes africanos comparten la idea de que extender la producción extensiva en tierras e intensiva en capital y exportar productos agroalimentarios será la solución a la escasez de alimentos y al desempleo doméstico, tal como plan-

tean algunos organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola. En tanto, desde otras perspectivas, como la del PNUD, se remarca que para alcanzar la seguridad alimentaria es imprescindible apoyar a los pequeños productores para generar condiciones e impactar en las cadenas de producción y consumo alimenticio a nivel nacional. Quienes viven en las ciudades, en tanto, si bien han elevado sus niveles de consumo, en particular en lo que refiere a servicios y tecnologías de la comunicación, en su gran mayoría se encuentran en situaciones de habitabilidad precarias, hacinamiento y fragilidad laboral. Esto es particularmente manifiesto en Nigeria, donde la mitad de su población vive en ciudades y megalópolis, como Lagos y Abuja, donde el acceso a infraestructuras básicas de agua potable, desagües y servicios de energía eléctrica forma parte de las principales demandas de los ciudadanos. En Lagos, por ejemplo, son diarios los cortes de electricidad, llegando a haber solamente dos horas por día de suministro en amplias zonas de la ciudad. Fotografías similares podemos ver en Maputo, ciudad que se ha extendido y ha modificado su fisonomía en la última década, modernizándose en muchos aspectos, pero que aún presenta grandes áreas marginales. En cada conglomerado urbano, el tránsito, la polución y la contaminación ambiental son además graves y nuevos problemas en crecimiento frente a reglamentaciones y controles escasos e ineficientes.

La gobernabilidad en jaque

A lo largo del corto camino democrático recorrido por ambas naciones desde la década de los noventa, se profundizaron problemáticas que en la actualidad se presentan particularmente desafiantes: la fragilidad económica, la violencia política, los reclamos secesionistas y la corrupción. En el caso nigeriano, el escenario se complejiza aún más por la actuación terrorista de Boko Haram.

El gobierno de Buhari asumió en el año 2015 rompiendo con la hegemonía que detentaba el Partido Democrático del Pueblo (PDP) desde la instauración de la democracia en 1999 con los gobiernos de los sureños y cristianos Olosejumi Obasanjo y Goodluck Jonathan. El nuevo presidente, musulmán, ex militar y ex presidente de facto entre 1983-1985, llegó al poder representando intereses étnicos y regionales propios del norte nigeriano, de mayoría musulmana y menos desarrollado, y con un discurso antipolítico moralista muy fuerte. Su plataforma de campaña estuvo basada en promesas de “mano dura” para luchar contra el terrorismo y la corrupción característica de la cultura política nigeriana.

Pero a pesar de que Buhari lanzó el Programa contra la Indisciplina (WAI, por sus siglas en inglés) y se comprometió a luchar especialmente contra la corrupción en la Corporación Nacional Nigeriana de Petróleo (NNPC), las prácticas corruptas continúan enraizadas en la administración civil y las fuerzas armadas, siendo además un flagelo en su propio partido de coalición, el All Progressives Congress (APC). Así, las críticas que se erigen desde los sectores opositores se centran en los escasos resultados obtenidos hasta ahora en la lucha por la transparencia, pero también en la continuidad de planes de inversión pública y gastos iniciados por el PDP, a pesar de la retracción de los ingresos nacionales producida por la crisis de los precios del petróleo.

Además, en este contexto de anémicos precios petroleros, resurgieron las demandas de los grupos con tendencias secesionistas del Delta del Níger –que abogan por mayores rentas petroleras y que habían encontrado canales de diálogo con el gobierno previo de Jonathan–, y de los igbos en la zona de Biafra. Las divisiones entre igbos, hausa fulanis y yorubas continúan latentes en este Estado compuesto por 54 etnias, aunque son tal vez solapadas, principalmente en las miradas externas, por las líneas de fractura entre los cristianos que se concentran en el sur y los musulmanes que habitan principalmente el norte del país.

De hecho, entre los motivos que esgrime Boko Haram se combinan cuestiones religiosas y demandas locales, fusionándose en su accionar atentados terroristas con objetivos políticos y religiosos y hechos criminales destinados a la obtención de financiamiento para su causa. Su actuación, cada vez más vio-

lenta y extendida, tanto en Nigeria como en los países limítrofes, arroja cifras espeluznantes de casi 20 mil muertes desde 2009 y 2,5 millones de desplazados. Esto implica la desarticulación social y económica de las zonas afectadas, donde los campos y los poblados son abandonados y se profundiza la pobreza de las poblaciones desplazadas, donde crecen los jóvenes que, sin oportunidades de desarrollo, son blanco fácil para el reclutamiento del grupo terrorista.

Boko Haram ha recrudecido sus ataques desde el pasado año y hasta el momento la voluntad expresa presidencial no ha sido suficiente para avanzar sobre el grupo. Buhari debe apoyarse en esta tarea en unas fuerzas armadas que si bien son las más numerosas del continente, también están atravesadas por los tentáculos de la corrupción, por las limitaciones presupuestarias y por procesos de deslegitimación derivados de acusaciones serias sobre abusos cometidos contra los derechos humanos. Asimismo, dado el carácter regional del accionar terrorista, el presidente debe articular con Camerún, Chad, Níger y Benín, países con los cuales acordó el pasado año la creación de una fuerza multilateral con apoyo de Naciones Unidas, pero entre los cuales aún hay reminiscencias de rivalidades y desconfianzas históricas. Se suma a esto la presión europea y estadounidense, dado que desde el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas se ha advertido sobre los vínculos que está estrechando el grupo con el Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés) para actuar en África Occidental.

En lo que respecta a la realidad mozambiqueña, cabe recordar que tras la firma del acuerdo de paz de 1992 entre el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) y la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), el país fue calificado como un “caso de éxito” de reconstrucción nacional post conflicto civil. No obstante, la vida política transcurrió por un hilo de equilibrios que en diferentes momentos se vio tensado, siendo el actual uno de esos momentos que pueden derivar en una profunda inestabilidad.

A partir de la década de bonanza económica y las expectativas por las ganancias futuras en torno a la explotación gasífera, la RENAMO ha expresado su malestar por haber sido marginada de los beneficios de los cuales se aprovechó el FRELIMO, en el poder desde 1994. De allí que desconocieron en las provincias del norte los resultados de las elecciones presidenciales de 2014, en las cuales Filipi Nyusi fue electo presidente. En estas provincias el RENAMO tiene su base electoral y se encuentran las principales reservas de gas.

Estas tensiones en la arena política cruzaron en varias ocasiones la línea de la violencia, habiéndose contabilizado numerosos ataques y enfrentamientos armados entre el FRELIMO y la RENA-

MO. Si bien no hubo un rebrote de la guerra civil que desangró al país durante quince años, se sucedieron episodios que pusieron en juego a la estabilidad política nacional. La salida que encontraron fue una mediación internacional de la Unión Europea, Sudáfrica y la Iglesia Católica que finalizó en junio de este año con un acuerdo entre el gobierno de Nyusi y el líder del RENAMO, Afonso Dhlakama, en el cual la RENAMO reconoció la legitimidad del gobierno del FRELIMO en las provincias del norte. Pero además de los cimbronazos políticos, el gobierno de Filipi Nyusi debe afrontar una inestable situación económico-financiera que está siendo atravesada por resonantes hechos de corrupción. Justamente en junio de este año se hizo público el caso de la Empresa Mozambiqueña de Atún (EMATUM), que pasó a ser emblemático por sus impactos.

Durante el gobierno del mentor de Nyusi, Armando Guebuza, el gobierno recibió del Credit Suisse y del banco ruso VTB 850 millones de dólares para poner en marcha la EMATUM, principalmente para adquirir botes pesqueros. Sin embargo, dos años y medio después se constató que la mayor parte del dinero fue destinado a la compra de material de seguridad militar marítima y que la empresa apenas está cumpliendo con sus objetivos. Esta situación fue tildada como un “escándalo” internacional y repercutió en los donantes de cooperación occidentales, que junto con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) han suspendido temporalmente la ayuda al desarrollo y los créditos al país.

De este modo, con una acaudalada deuda externa, que representa el 80% del PBI (a diferencia de la nigeriana, que representa el 2% tras los acuerdos de pago con el Club de París y otros acreedores durante el gobierno de Obasanjo), el gobierno del FRELIMO debe afrontar el contexto económico internacional recesivo con medidas de ajuste que repercutirán sobre todo en la vida cotidiana de una gran masa empobrecida que no ha visto los beneficios derivados de la lluvia de inversiones y préstamos de la última década.

De manera contundente, las cifras vinculadas al desarrollo humano cristalizan las situaciones de carencia y subdesarrollo en las cuales se encuentran amplios sectores tanto de las poblaciones urbanas como rurales. En ambos países, si bien la migración del campo a la ciudad fue muy importante, la actividad agrícola de subsistencia continúa siendo central, en particular en lo que respecta a la ocupación laboral.



Los retos pendientes

Una plétora de factores confluye en las bases de las actuales problemáticas africanas, las cuales se reflejan muy claramente en los casos de Nigeria y Mozambique. Los cambios acaecidos en el sistema internacional están impactando de lleno en el devenir de los Estados africanos. Las constricciones sistémicas derivadas de la baja precipitada de los precios de los *commodities* y de la desaceleración y retraimiento de la arena política mundial de



los BRICS, sumado a la creciente amenaza global que representa ISIS, son factores externos ineludibles de considerar al momento de analizar las realidades nigeriana y mozambiqueña.

Asimismo, para comprender mejor por qué en la actualidad estos países, que hasta hace muy poco habían sido calificados como nuevos emergentes, están transitando situaciones críticas, deben ponderarse cuestiones domésticas vinculadas a la propia historia y cultura de las sociedades que los componen. En este sentido, las rivalidades políticas, regionales, étnicas y religiosas en Estados que fueron artificialmente construidos sobre naciones aún inexistentes tras largos períodos de colonización, son un primer factor explicativo siempre presente. En gran medida depende hoy de las elites políticas contribuir al fortalecimiento de las instituciones democráticas y del diálogo político para limitar la generación de escenarios de inestabilidad extrema. Por otra parte, debe también tenerse en cuenta que las actuales estructuras monoproduktivas de estos países tienen sus raíces en los procesos histórico-económicos mundiales en los cuales África ha ocupado un lugar periférico destinado a la producción de materias primas para la exportación. En este lugar subalterno de subdesarrollo siempre han existido islas extractivistas de alta productividad y rentas excepcionales en medio de océanos de pobreza.

Partiendo de la base de que el ingreso de capitales extranjeros no promueve por sí solo la actividad económica ni el desarrollo, es en este punto donde debe reflexionarse sobre las responsabilidades de las elites gobernantes y económicas que han definido las estrategias adoptadas en el contexto “afro-optimista” de la pasada década.

Si bien los gobiernos nacionales, y en particular los de los países en desarrollo, ven limitada su capacidad soberana sobre los movimientos financieros internacionales, sí tienen la posibilidad de implementar controles y ejecutar políticas para orientar la inversión externa hacia ciertos sectores productivos considerados prioritarios para el desarrollo nacional y para distribuir las ganancias con criterios de inclusión social y desarrollo humano, garantizando de este modo la provisión de bienes públicos vinculados a los servicios sanitarios, educativos y comunicacionales para el conjunto de la sociedad.

De los propios gobiernos electos dependerá entonces desarrollar y ejecutar una voluntad autónoma capaz de convertir la “maldición de los recursos naturales” en políticas orientadas a mejorar las condiciones de vida de los millones de nigerianos y mozambiqueños que históricamente han sido marginalizados de las riquezas de sus propios suelos.

por JONUEL GONÇALVES. *Economista, periodista y profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Federal Fluminense (UFF) de Río de Janeiro, Brasil*



DE ECONOMÍA EMERGENTE A LA EMERGENCIA DE LA ECONOMÍA: LOS CASOS DE SUDÁFRICA Y BRASIL



SUDÁFRICA Y BRASIL TIENEN MUCHAS SIMILITUDES EN SU HISTORIA COMO ESTADOS, DOS COYUNTURAS Y DOS HISTORIAS CON FUERTES SEMEJANZAS Y UNA HISTORIA ECONÓMICA MARCADA POR OSCILACIONES CONSTANTES ENTRE PERÍODOS DE ACELERACIÓN EN EL CRECIMIENTO Y PERÍODOS DE ESTANCAMIENTO O INCLUSO UN RETROCESO. CON MERCADOS INTERNOS ESTRECHOS, DONDE LA MISERIA HA SIDO REDUCIDA, PERO NO LA POBREZA, LAS ELITES MUESTRAN SERIAS DIFICULTADES PARA RENOVAR O SUSTITUIR LOS MODELOS ECONÓMICOS VIGENTES Y GARANTIZAR EL CRECIMIENTO Y LA ELEVACIÓN REAL DEL NIVEL DE VIDA.

Luego de algunos años de crecimiento y programas de apoyo social muy elogiados, Sudáfrica y Brasil entraron respectivamente en una etapa de amenaza de recesión inmediata o recesión por segundo año consecutivo. No es novedad, pues ambos países tienen su historia económica marcada por oscilaciones constantes en los desempeños, o sea, el movimiento de los últimos veinte años se sitúa en la continuidad de períodos más o menos cortos de aceleración en el crecimiento, seguidos por una lentitud, estancamiento o incluso un retroceso.

Durante esos períodos de crecimiento nuevos actores entraron en las elites locales, con un discurso nuevo, pero rápidamente adoptaron viejos métodos y objetivos.

Estas observaciones iniciales interrogan la validez de que ambos países incorporen una nueva categoría económica designada como “emergente”, con la hipótesis de tratarse apenas de un brote de crecimiento nuevamente agotado, persistiendo el subdesarrollo y las mismas desigualdades sociales, a pesar del aumento de los PBI y reducción de la pobreza extrema.

La expresión “mercado emergente” surgió en la década de los '90 para clasificar países del antiguo Tercer Mundo que, con una

gran dimensión territorial y demográfica, adecuaron aspectos macroeconómicos importantes, abriendo así perspectivas interesantes a la Inversión Directa Extranjera (IDE). En el 2001, el economista Jim O'Neill, del grupo Goldman Sachs, creó otra expresión –BRIC– para ejemplificar a los países que consideraba más impactantes en aquel sentido, con tasas de crecimiento considerables y capaces de convertirse en grandes potencias en aproximadamente medio siglo: Brasil, Rusia, India y China (BRIC), dos de los cuales (Brasil e India) aplicaron grandes programas de apoyo social. A partir de ahí, la noción de mercado emergente se amplió para categoría de países en la jerarquía económica y financiera mundial, con efectos políticos patentes en la creación de un bloque con pretensiones implícitas de liderazgo en esa nueva franja. La expresión de O'Neill fue adoptada por los países inicialmente por él mencionados (Brasil, Rusia, India y China) que posteriormente sumaron a Sudáfrica, para incorporar a todos los continentes.

El fenómeno ganó terreno en la política internacional, reforzado por las crisis financieras reveladas en los Estados Unidos y en la Unión Europea en el 2008 y 2010, conduciendo a la creación del G-20 –suma del G-7 con trece economías más también conside-



radas “emergentes” por las tradicionales grandes cancillerías en acuerdo con los BRIC-. El nuevo grupo generó en ese momento perspectivas de ensanchamiento del centro del sistema económico-financiero mundial, de tal forma que el ex presidente Lula sugirió la abolición del G-7.

Esta voluntad política tropezaría poco después con tres poderosos obstáculos:

- ▶ Los Estados Unidos se recuperaron de la crisis del 2008, mientras que Japón, Canadá y Alemania mantuvieron su capacidad e influencia económico-financiera dentro de los patrones decisivos para la conducción de los negocios mundiales. Esto fue suficiente para que el G-7 retomara su centralidad, sobre todo porque los tres europeos del grupo se pusieron en una posición de enfrentar la crisis y mostrar poder mundial (por ejemplo, las intervenciones militares francesas en el continente africano y el papel de Italia e incluso del Reino Unido en el Mediterráneo).
- ▶ Los “emergentes” del G-20 revelaron divergencias importantes entre sí, debilidad en su diversificación económica interna, persistiendo en los sectores tradicionales y en los métodos de gestión oscilante entre la incompetencia y la corrupción.
- ▶ Las reivindicaciones de algunos países en ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad encontraron oposición en varios de sus vecinos, preocupados con eventuales proyectos hegemónicos a escala subregional (casos sobre todo de Brasil, India y Sudáfrica). Este mismo motivo llevó al surgimiento de un grupo alternativo a los BRICS, el MIKTA (México, Indonesia, Corea del Sur, Turquía y Australia) y a acuerdos continentales o transcontinentales presentados por los respectivos integrantes como los más sólidos factores de equilibrio.

Sudáfrica y Brasil tienen muchas similitudes en su historia como Estados, creados de la misma manera por las antiguas estructuras coloniales, cuyo perfil económico se prolongó, y crearon contextos donde la discriminación racial aparece como elemento central incluso dentro de las desigualdades, impuesto por ley en Sudáfrica durante décadas y en Brasil a través de la hipocresía disimuladora. Actualmente, veintidós años después de la caída del *apartheid*, los negros se benefician de una representación correcta a nivel político y en puestos de dirección de las empresas estatales, pero aún continúan siendo muy minoritarios en las respectivas tecnoestructuras (consecuencia de siglos de desventajas en la educación) y en las empresas privadas.

El caso de Brasil es peor. Negros, mestizos e indios están casi au-

sentes en las instituciones de representación y totalmente fuera de los grandes centros de decisión. Aunque se hayan anunciado algunos programas correctivos en los últimos años, los efectos son mínimos y, por ejemplo, la creación de una secretaría especial para la desigualdad racial, siempre dirigida por un negro o una negra, nunca pasó de ser una mera fachada sin ningún poder, comparable a funciones atribuidas en el final del imperio colonial portugués a jefes tradicionales africanos.

Estos elementos son económicamente reveladores de una gran cuota de desigualdad, de extrema lentitud de los programas de apoyo social y de la mentalidad imperante en la clase política, incompatible con la modernización del capitalismo.

Así, la gran mayoría del 26% de desempleados en Sudáfrica –número estable desde los tiempos del *apartheid*– son negros sin calificación profesional, trazando aquí la referida lentitud de los programas de acción afirmativa: ni disminuyen el desempleo ni terminan con la presencia del color en la mayor parte de la pobreza. El *Black Economic Empowerment* (BEE) produjo apenas resultados a favor de las pequeñas camadas de altos ejecutivos estatales o de detentores de capital, creando una elite negra cada vez más alejada del resto de la población negra.



En Brasil, por lo menos desde el 2014, el desempleo está en aumento y alcanzó en mayo de 2016, según datos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), más del 11% de la fuerza de trabajo, o sea, más de once millones de personas, es decir un aumento del 40% en relación a igual período del año pasado. Hasta el 2013, Brasil creaba un número considerable de empleos formales y situaba el desempleo entre tasas del 5 y 6%. Sin embargo, la situación era frágil dado el gran peso de puestos con salarios bajos que a la menor señal de crisis podrían ser suprimidos (tal y como sucedió).

La situación del mercado de trabajo es indicador de primer plano no solamente de los niveles de distribución de recursos o de crisis económica sino también de la naturaleza de los regímenes. Hoy él aparece como criterio base para la toma de decisiones en instituciones como la Reserva Federal de los Estados Unidos (Banco Central) cuya presidente, Janet Yellen, coloca la creación sustancial de empleos como la condición para elevar la tasa de interés.

En Brasil se observa la misma lentitud de los programas sociales sudafricanos. El programa “Bolsa Familia” permanece con volúmenes inalterados de beneficiarios necesitados, esto quiere decir que no hubo en todo este período expansión del mercado de trabajo capaz de absorber las grandes camadas de pobres con ingresos promotores de autonomía y elevación real del nivel de vida.

Más allá de la injusticia social surgida de tales contextos, tanto Sudáfrica como Brasil sufren, por esa razón, estrechez de sus mercados internos, donde la miseria ha sido reducida, pero no la pobreza, generándose un aumento en el consumo de los bienes de primera necesidad pero muy alejado del poder adquisitivo suficiente para garantizar el crecimiento de la producción industrial o de servicios, generadores decisivos de empleo.

La cuestión del poder adquisitivo en los mercados internos apunta también a la dimensión de las clases medias formadas a lo largo del período post *apartheid* y post Plan Real. En Sudáfri-

ca, al final del *apartheid*, la clase media negra era habitualmente cuantificada en 4 millones de personas y el número de hoy puede ser de 6 millones, un incremento ligeramente superior al crecimiento demográfico general. Existe gran dificultad en este tipo de cálculo, en todos los países subdesarrollados, en virtud de la variedad de definiciones usadas. Si los rendimientos exigidos para definir un blanco con clase media fueran exigidos a los negros, aquellos números pecarían por exceso. Sin embargo, la mayoría de las definiciones (algunas veces meramente implícitas) refieren un nivel de vida diferenciado en relación a la mayoría de los negros.

De esta forma, una familia negra con empleo formal o informal, de remuneración razonable, que habita una casa con sanitarios, es considerada como de clase media. Algunas veces hasta con menos condiciones, como revela la investigación “Múltiples significados de la clase media en Soweto”, de Mosa Padi y Claire Ceruti (traducida al idioma portugués en el libro colectivo *África en el mundo contemporáneo*, editado en Luanda y en Río de Janeiro), donde las entrevistas dejan la impresión de que la mayor parte de los habitantes en Soweto se considera de clase media. Si usamos métodos más rigurosos, solamente los habitantes del barrio Protea de Soweto tendrían tal posición de clase, gracias a su poder adquisitivo y a la propiedad no solamente de la vivienda y de su respectivo equipamiento doméstico, sino también de vehículo y escolarización de los hijos.

Este debate abarca por completo a África y los efectos sociales de la caída en los precios de las materias primas conducen a más moderación al delimitar las “nuevas clases medias africanas”, mientras que en la definición de pobreza la ya muy vieja línea de los dos dólares por día perdió todo valor.

En Brasil, en los últimos años, los medios cercanos al poder han definido clase media a partir de un ingreso mensual de aproximadamente 1.600 reales (un poco por debajo de 400 reales *per cápita*), o sea, poco más de la mitad de lo juzgado indispensable como base del sustento por el DIEESE (Departamento Intersin-

Los Productos Brutos Internos (PBI) de Sudáfrica y Brasil presentan diferencias a favor de Brasil, en valores absolutos y en la proporción con las respectivas poblaciones. En el 2015, Brasil tenía un PBI de alrededor de los 3,1 trillones de dólares y Sudáfrica de 700 billones, para poblaciones en la franja de los 200 millones y de los 50 millones de personas, respectivamente.

dical de Estadística y Estudios Socioeconómicos). Desde el 2014 circulan otros datos, tanto por deducciones en los estudios del IBGE como de consultoras privadas, que señalan a aproximadamente 3 millones de personas hasta hace poco anotadas como clase D, en caída de estatus para la clase E. Ya antes de eso, el concepto era relativizado en trabajos como *El mito de la gran clase media*, de Marcio Pochmann.

En los dos países hay una tendencia por parte de los poderes en clasificar como clase media a trabajadores en situación más estable, de la misma manera que algunos centavos arriba de los referidos dos dólares son suficientes para decretar una disminución del número de pobres. Comparando la realidad, tenemos datos con efectos disimuladores de la estrechez del mercado interno y de los límites de las conquistas sociales.

Los Productos Brutos Internos (PBI) de Sudáfrica y Brasil presentan diferencias a favor de Brasil, en valores absolutos y en la proporción con las respectivas poblaciones. En el 2015, Brasil tenía un PBI de alrededor de los 3,1 trillones de dólares y Sudáfrica de 700 billones, para poblaciones en la franja de los 200 millones y de los 50 millones de personas, respectivamente. Un punto común a ambos es la gradual reducción del peso de la manufactura, considerado por muchos economistas (hasta de las líneas oficiales) como desindustrialización. Los sectores de servicios han crecido bastante en los dos casos (y en muchos otros), lo que refleja en buena medida la hegemonía del capital financiero, tendencia nada alterada a lo largo del período aquí estudiado. En estas circunstancias, la transferencia de ingresos ha permanecido más elevada para los más ricos que para los más pobres, incluso por la simple comparación de los gastos sociales con las remuneraciones del capital, incluyendo a los préstamos públicos. Desde el comienzo de los años '90, los poderes de ese momento llevaron a cabo una ola de privatizaciones, contestada por fuerzas críticas que, al llegar al poder, mantuvieron la situación y hasta la acentuaron con nuevas iniciativas en la materia, garantizando continuidad a la política de propiedad. En esta misma

política, ambos, sin embargo, han prestado atención a la redistribución de tierras, medida esencial para corregir la desigualdad y reducir la pobreza, consiguiendo avances, aunque lentamente. En efecto, la lentitud es la característica del funcionamiento económico de los dos países, fijando sus bajas productividades y ausencia de reformas en las estructuras, una suma debilitadora, agravada por manifestaciones de incompetencia al más alto nivel. La gran empresa estatal sudafricana de energía eléctrica, Eskom, ha revelado deficiencias graves en la previsión de las necesidades de consumo hasta en el mantenimiento del capital fijo, causando déficits energéticos altamente perjudiciales para la industria. La aerolínea SAA vive de constantes subsidios gubernamentales y contribuye así a la absorción de montos considerables, inhibiendo iniciativas estimulantes a escala macro. El propio presidente de la república en diciembre de 2015 creó una situación de confusión absoluta, al nombrar y despedir en 48 horas a tres ministros de Finanzas, causando la caída de la cotización del rand.

En Brasil, la empresa Petrobras (poseedora durante años del título de mayor empresa de América latina) ha sido escenario de otorgamiento de contratos contra pagos ilegales para sostener maquinarias partidarias o enriquecimientos individuales y realizó inversiones perjudiciales, como la adquisición de una refinería en Pasadena (Estados Unidos) teniendo que declarar entonces la presidente de la república, en ese momento presidente del consejo de administración de la empresa, que solo posteriormente verificó que los estudios técnicos estaban incompletos o con errores.

El nivel de gestión pública aparece de nuevo en la voz de la presidente, en el 2015, al decir que un grave error del gobierno fue no haber dado la debida importancia a la crisis mundial, negligencia inaceptable dada la visibilidad de esa misma crisis por cualquier persona y por ser determinante para el modelo económico brasileño en su totalidad.

Los casos de corrupción colocan, en el 2015, a Sudáfrica y Brasil en las posiciones 61 y 76 del Índice de Transparencia Internacio-

Sudáfrica y Brasil tienen muchas similitudes en su historia como Estados, creados de la misma manera por las antiguas estructuras coloniales, cuyo perfil económico se prolongó, y crearon contextos donde la discriminación racial aparece como elemento central incluso dentro de las desigualdades.

nal, contribuyendo a degradar la imagen internacional de ambos y limitando sus proyectos de influencia mundial. A pesar de eso, hay aquí un poderoso elemento positivo: las Justicias brasileña y sudafricana han mostrado independencia y han llevado adelante procesos judiciales capaces de promover contención del fenómeno pues, por primera vez, esos procesos alcanzan a toda la elite política y económica.

Se trata de elites en crisis, con serias dificultades para renovar o sustituir los modelos en extinción, manteniendo encubrimiento o deformación de información sobre la coyuntura socioeconómica y dividiéndose por el reparto de los cargos con acceso a grandes fuentes de poder y, por lo tanto, de recursos. El resultado es una economía brasileña en recesión superior al 3% durante dos años seguidos, y una economía sudafricana con una previsión provisoria de crecimiento en el orden del 0,5%, pudiendo caer en recesión también.

Sudáfrica tiene el puesto 30 en el ranking mundial de los PBI y está 116º en el Índice de Desarrollo Humano (IDH), mientras

que Brasil oscila entre la 7ª y la 8ª posición según su PBI y figura en el IDH en el 75º lugar. Estas disparidades muestran cómo los volúmenes económicos no producen condiciones sociales compatibles.

Dos coyunturas y dos historias con fuertes semejanzas, confrontadas con la disparidad entre los potenciales y las realizaciones concretas. En este momento, los indicadores validan la hipótesis de que es urgente incorporar a Sudáfrica y a Brasil (así como a otros países en la misma situación) en una nueva categoría, designada como emergente. Es una situación parecida a las definiciones sumarias de clase media. Economía emergente significa continuidad en el crecimiento económico, diversificación más allá de lo tradicional, ensanchamiento significativo del mercado interno, absorción de innovaciones con incidencia en el rigor y en la seriedad de gestión y capacidad autocorrectiva, garantía de durabilidad. De lo contrario será un período más de crecimiento limitado, cuya recuperación obligará a nuevos sacrificios sociales y a una nueva subordinación mundial.



LAS IMÁGENES MÁS FRECUENTES QUE NOS LLEGAN DEL ÁFRICA SUBSAHARIANA SE VINCULAN A CONFLICTOS ARMADOS Y SUS CONSECUENTES SECUELAS DE MUERTE, HAMBRUNAS Y CAMPOS DE REFUGIADOS. EL SIGUIENTE TEXTO INVITA A REFLEXIONAR ACERCA DE NUEVAS NARRATIVAS SURGIDAS DESDE EL FINAL DE LA DISPUTA ESTE-OESTE, DEJANDO DE LADO LA VISIÓN DE ENFRENTAMIENTOS ENTRE ESTADOS E INCORPORANDO LA DIMENSIÓN INTRAESTATAL.

LA NECESIDAD DE ABANDONAR LA MÁSCARA DE LA SIMPLIFICACIÓN. REPRESENTACIONES Y DINÁMICAS DE LOS CONFLICTOS SUBSAHARIANOS DE POSGUERRA FRÍA

por **DIEGO BUFFA**. *Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario. Licenciado en Historia y Magister en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Director del Programa de Estudios Africanos del Centro de Estudios Avanzados (UNC). Investigador y docente de posgrado en el Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y en el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata*





Una de las imágenes que con más frecuencia nos llegan del África Subsahariana es la de sus conflictos armados y sus consecuentes secuelas de muerte, hambrunas, migraciones forzadas, de la miserabilidad de los campos de refugiados, etcétera. Generalmente, descontextualizadas de sus raíces políticas, sociales y económicas gestoras de la violencia; cargadas de dramatismo y estereotipos de raigambre colonial que fortalecen la idea de que las sociedades africanas son por naturaleza violentas y por lo tanto no hace falta explayarse en mayores explicaciones acerca de por qué las guerras, sus causas y su devenir. En tal sentido, el conocimiento de los conflictos africanos por parte de nuestra sociedad se devela al menos como marginal y claramente cargado de clichés que en nada contribuyen a descifrar sus orígenes y dinámicas. Por ello creo que es importante reflexionar acerca de nuevas narrativas, surgidas en los últimos años, para tratar de comprender el carácter de los conflictos en la subregión africana. Abordajes, enfoques y conceptualizaciones que intentan exponer la complejidad y el carácter polimorfo de los conflictos contemporáneos subsaharianos. En concordancia con ello, en estas páginas procuramos introducir al lector en nuevas narrativas que intentan explicar, desde diferentes aristas, los conflictos al sur del Sahara desde los orígenes de la Posguerra Fría hasta el presente.

Los cambios en el sistema internacional desde el final de la disputa Este-Oeste devinieron en una relectura de la manera de interpretar la complejidad de las guerras, que ya no serán solo enfrentamientos entre Estados –entendidos hasta entonces como unidades soberanas y autónomas–, sino que de manera casi excluyente se proyectarán como conflictos bélicos de carácter intraestatales, entre fuerzas regulares nacionales y movimientos rebeldes cuyo objetivo principal no se orientará a la toma del poder estatal. En otras palabras, las *guerras westfalianas*, cuyo objeto era el Estado, sus objetivos la supervivencia y el aumento del poder del mismo, de carácter interestatales y realizadas entre enemigos políticos, ceden el paso a un nuevo tipo de guerras donde la población civil será la principal víctima de estos conflictos, mucho más imbricados y multiformes en su

lógica, de carácter mayoritariamente intraestatal, enfrentando a las fuerzas estatales a enemigos despolitizados o, en otras ocasiones, criminalizados.

El fin de la disputa Este-Oeste ha representado un punto de inflexión en el capital estratégico con que los Estados poscoloniales subsaharianos habían contado hasta aquel momento. Como correlato de ello, asistiremos a una abrupta cancelación de prebendas o “contratos de mantenimientos” –propiciados hasta entonces por las dos superpotencias mundiales en la búsqueda de garantizar lealtades y consolidar sus respectivas áreas de influencia en el África Subsahariana– a lo que se le sumó la paulatina desfinanciación de la subregión desde los años ochenta, producto de la crisis de la deuda y la fatiga de los donantes, las condicionalidades impuestas desde los organismos financieros internacionales, entre otras variables exógenas, contribuyendo a alterar el espacio subregional estimulando el colapso y las tensiones hacia el interior de un número sin precedentes de Estados subsaharianos en las últimas décadas.

Por otra parte, lo que algunos autores han dado en llamar “la maldición de los recursos”, inscrita en un mundo globalizado, afectó a la subregión profundizando la pérdida de soberanía



estatal, la reformulación de redes clientelares, la intromisión de nuevos actores externos e internos y la construcción de un discurso justificador de la violencia, vinculado a la avaricia (*greed*) y el agravio (*grievance*), plasmado en la narrativa de las *nuevas guerras* y la *economía política de la guerra*. Los nuevos conflictos intraestatales surgirán al abrigo de las *emergencias políticas complejas* tipificadas como el desmoronamiento de la economía formal y de las estructuras estatales, la proliferación de hambrunas, crisis sanitarias, el éxodo de la población, entre otras calamidades.

Todas estas transformaciones no han pasado inadvertidas para una cada vez mayor literatura emanada desde las ciencias sociales, que intenta, a través de la construcción de nuevas categorías conceptuales –de manera crítica, complementando a veces y en otras ocasiones poniendo en tela de juicio los relatos predominantes hasta entonces–, comprender los profundos cambios acaecidos, abandonando explicaciones monocausales y reduccionistas, en la búsqueda de reflejar con mayor agudeza el entramado complejo de los procesos, el relacionamiento de sus protagonistas, sus estrategias, discursos, niveles de institucionalización, anclaje social de los actores y sus políticas.

Nuevas voces para pensar los conflictos recientes en el África Subsahariana

En los últimos años, de manera mayoritaria, encontramos las siguientes líneas argumentativas que intentan explicar el nuevo período alumbrado a partir de la Posguerra Fría en los conflictos subsaharianos.

La primera corriente de análisis considera que la causa y perpetuación de los conflictos bélicos en África Subsahariana está fuertemente determinada por el subdesarrollo de los países de la subregión. Es decir, resalta las *condiciones estructurales* de dependencia exterior, deuda externa, su estatus marginal en la economía mundial, el legado del colonialismo, la dependencia exterior, el impacto de los programas de ajuste estructural, entre otras. Dicho discurso nos permite visualizar una parte de nuestro problema: “los condicionantes estructurales que gestan y perpetúan los conflictos armados en la periferia”.

En dicho diagnóstico han coincidido tanto neomarxistas como cooperantes para el desarrollo. No obstante, mientras que los primeros propician una desconexión que suprima las tensiones estructurales a través de un crecimiento autocentrado, los segundos promoverán la ayuda y la cooperación para el desarrollo como herramienta viabilizadora de la pacificación social. Estos últimos –constituidos por organismos intergubernamentales, ONGs, entre otros actores– integran al mismo tiempo en su diagnóstico factores estructurales que consideran de carácter interno, tales como el nepotismo, la corrupción de las elites, el clientelismo, la militarización de las sociedades, entre otros. En tal sentido, sostienen que la conjunción de ambos lastres estructurales etiquetados en lo que denominan como la “patología del subdesarrollo” solo podrá ser sorteada a partir de reformas integrales orientadas a erradicar la pobreza, la corrupción o la mala gobernabilidad que sumadas a las ya mencionadas ayuda y cooperación para el desarrollo conformarán un fuerte antídoto para la gestación y perpetuación de los conflictos subsaharianos. Una segunda corriente dentro de la literatura académica, pero al mismo tiempo fuertemente arraigada en el discurso de los *mass media*, tuvo un marcado impacto estigmatizante, particularmente en los conflictos subsaharianos. Esta literatura, llamada de manera descalificativa por el antropólogo británico Paul Richards como *nuevo barbarismo*, define a los conflictos inscriptos en la subregión africana a partir de la Posguerra Fría como nihilistas, anárquicos, salvajes e irracionales. Esta lectura esencialista de la realidad fija su atención de manera unicausal en torno a identidades que considera monolíticas y sustanciales, a través de un discurso de índole racial, aferrado a determinismos bioculturales o criminalizando toda diferencia cultural o religiosa, como por ejemplo el islam.



El *nuevo barbarismo* tiende a naturalizar las identidades étnicas entendiéndolas como primarias, innatas e irracionales cuando en realidad son construidas social e históricamente. Por otra parte, este discurso explica los conflictos y la violencia por la mera existencia de diferencias irreductibles de carácter étnico, religioso o cultural. Ello oscurece los atributos dinámicos, multifacéticos e interactivos de las identidades étnicas, así como la capacidad de muchos grupos étnico-culturales de convivir pacíficamente en gran parte de África y del mundo. Y, sobre todo, oculta la actuación y responsabilidad de diferentes actores y grupos sociales –africanos e internacionales– que, en su lucha por el poder, recursos estratégicos, etcétera, instrumentalizan las identidades etnoculturales para movilizar a la población en función de sus propios intereses. En concordancia con ello, buscan reconstruir las identidades culturales en términos no de inclusión sino de exclusión de los “otros”.

Esta mirada decimonónica reeditada en las postrimerías del siglo XX presenta a los conflictos africanos bajo un cristal fatalista, asociados a un estado natural prepolítico hobbesiano, presentándonos sociedades movilizadas más por sus pasiones que por la razón. La violencia sin sentido es un rasgo de las culturas de otros pueblos: donde ellos son violentos, pero nosotros somos pacíficos, y donde centrarnos en su degradación fácilmente se convierte en otra forma de celebrar y confirmar nuestro estatus superior, potenciando la necesidad de intervenir en ellos por parte de la comunidad internacional.

Una tercera corriente explicativa es la de las *nuevas guerras*, la cual nos facilita ahondar sobre variables analíticas no abordadas por los primeros planteos. Las *nuevas guerras*, enmarcadas durante el período de la Posguerra Fría, nos posibilitan observar con una nueva lente la lógica de los conflictos armados intraestatales, en la periferia del sistema internacional. Aunque Mary Kaldor, una de las principales referentes y acuñadora del término *nuevas guerras*, las circunscribe al África y a Europa del Este, otros investigadores como Singer las localizan en el antiguo Tercer Mundo; Holsti lo hace en el mundo poscolonial, o Snow en la periferia del sistema internacional.

La caracterización que Kaldor hace de las *nuevas guerras* se basa fundamentalmente en dos aspectos. El primero de ellos lo funda en la percepción de que tras el fin de la Guerra Fría asistimos a una explosión de conflictos armados de carácter interno que vienen a revertir el anterior predominio de las guerras interestatales. En segundo lugar argumenta la apreciación de estos conflictos como radicalmente diferentes a las guerras precedentes, implicando este nuevo escenario un desdibujamiento de las distinciones entre guerra –entendida hasta entonces como la

Los cambios en el sistema internacional desde el final de la disputa Este-Oeste devinieron en una relectura de la manera de interpretar la complejidad de las guerras, que ya no serán solo enfrentamientos entre Estados –entendidos hasta entonces como unidades soberanas y autónomas–, sino que de manera casi excluyente se proyectarán como conflictos bélicos de carácter intraestatales, entre fuerzas regulares nacionales y movimientos rebeldes cuyo objetivo principal no se orientará a la toma del poder estatal.

Las nuevas guerras presentan algunas peculiaridades respecto de las guerras de insurgencia de décadas anteriores. En primer lugar, son guerras con un fuerte componente económico, consistente en una instrumentalización de los recursos en un sistema social patrimonial. En segundo lugar, se manifiestan como esencialmente internas en su carácter y regionales en su dinámica [...]. Por último, dadas las características anteriores, se trata de guerras menos dependientes del patronazgo de actores externos, por lo que estos tendrán más dificultades para incidir en la marcha del conflicto y en su pacificación.

violencia por motivos políticos entre Estados o grupos políticos organizados-, crimen organizado –como la violencia por motivos particulares, en general el beneficio económico, ejercida por grupos organizados privados- y violaciones a gran escala de los derechos humanos –es decir, la violencia contra personas individuales ejercida por Estados o grupos organizados políticamente-.

Circunscrito el análisis de las *nuevas guerras* al interior de los Estados, nos permite visualizar parámetros racionales por los cuales actuaron los principales actores locales de una contienda armada, proporcionándonos de este modo herramientas de comprensión, sin duda más analíticas que las que nos ofrecen otros abordajes. El incremento de la violencia en los conflictos, el gestionamiento del caos tanto por parte del Estado como por parte de los rebeldes, y de la gestación de los discursos de “avaricia” versus “agravio”, constituyen tópicos medulares en la literatura de las *nuevas guerras*. Paul Collier sostiene que la principal variable explicativa de las *nuevas guerras* no radica en los “agravios” políticos o de otra naturaleza provenientes del Estado, sino más bien en la “avaricia” de los insurgentes, es decir, sus deseos de obtención de ganancias por la explotación de recursos naturales allí donde estos son abundantes. No obstante, en opinión de Christopher Cramer, el énfasis excesivo en la “avaricia” oscurece, en primer lugar, la existencia de importantes “agravios” en la génesis de la violencia, vinculada a los procesos de exclusión social y política llevados a cabo durante años por algunos regímenes africanos.

Como señalan diversos autores, no se puede explicar la violencia armada como una mera lucha por recursos naturales, sino que ella está íntimamente conectada a las prácticas depredadoras y excluyentes de muchos regímenes africanos. En efecto, en muchas ocasiones es el propio orden estatal el que genera la violencia, marginando y hostigando a parte de su población, como bien lo ejemplifican los casos de Ruanda o de Burundi. En otras ocasiones, se trata de la respuesta de rechazo de algunos grupos sociales a los “agravios” producidos por un orden estatal considerado injusto y represor. En tal sentido, la mera criminalización de los rebeldes no contribuye a comprender en toda su magnitud las motivaciones de los actores armados, así como tampoco a propender a develar las tensiones que originaron el conflicto. Se torna imprescindible la necesidad de ahondar en los procesos históricos, económicos y culturales de estas sociedades que nos permitan detectar “agravios” pretéritos que se proyectan hacia el presente.

Coincidimos con Jakkie Cilliers –director ejecutivo del Institute for Security Studies de Pretoria, Sudáfrica– en que el auge de las *nuevas guerras* y su perpetuación, en el continente africano,

Los nuevos conflictos intraestatales surgirán al abrigo de las emergencias políticas complejas tipificadas como el desmoronamiento de la economía formal y de las estructuras estatales, la proliferación de hambrunas, crisis sanitarias, el éxodo de la población, entre otras calamidades.

aparece íntimamente vinculado a cuatro factores que las promueven: el creciente peso en África de la economía informal y de la patrimonialización del Estado; el debilitamiento y colapso de numerosos Estados; el recurso a la violencia organizada por los actores subestatales como mecanismo para la explotación de recursos y la acumulación económica, y la globalización y desregulación económica, que facilita a los líderes locales su conexión, al margen del control estatal, con redes globales de compra de armas, transferencia de capitales, etcétera.

Así pues, las *nuevas guerras* presentan algunas peculiaridades respecto de las guerras de insurgencia de décadas anteriores. En primer lugar, son guerras con un fuerte componente económico, consistente en una instrumentalización de los recursos en un sistema social patrimonial. En segundo lugar, se manifiestan como esencialmente internas en su carácter y regionales en su dinámica, pues están mucho más vinculadas que las guerras previas a la economía informal regional e incluso a las redes delictivas de la economía global. Por último, dadas las características anteriores, se trata de guerras menos dependientes del patronazgo de actores externos, por lo que estos tendrán más dificultades para incidir en la marcha del conflicto y en su pacificación. Simultáneamente, la *economía política de la guerra*, concepto íntimamente ligado a las *nuevas guerras*, ayuda a visualizar cómo los actores intraestatales, a partir de cierto mo-

mento del conflicto, reconfiguraron sus motivaciones iniciales. Motivaciones que cada vez más resultan suplidas por el peso que adquiere una agenda impregnada de razones económicas, justificadora de la persistencia de los conflictos.

Frente a la clausura de un financiamiento externo, que supo actuar como principal sostén material de los conflictos armados en el África Subsahariana a lo largo de la Guerra Fría, la *economía política de la guerra* nos allana el camino para centrar nuestra atención en las nuevas estrategias implementadas por parte de los actores en pugna para afrontar la crítica coyuntura. Circunstancia que en algunos casos implicó el ocaso de conflictos intraestatales de larga trayectoria, mientras que otros encontraron en la economía de la guerra la posibilidad de consolidarse y perpetuarse; los ejemplos de Mozambique y Angola, respectivamente, son paradigmáticos al respecto.

Una cuarta corriente que intenta explicar la génesis de los conflictos en el África Subsahariana orienta su enfoque a los Estados frágiles y fallidos. Coincidimos con Mark Dufield en que la principal diferencia entre Estados fallidos y Estados frágiles no se refiere a cómo se entiende la autoridad, o más bien la falta de la misma, sino a las herramientas políticas, y el sentido de prioridad con que la comunidad internacional se dirige a un territorio "sin gobierno". Ambos tienen mucho en común, pues los dos son incapaces de controlar su territorio, exhiben una manifiesta



pérdida de su ejercicio de monopolio del uso legítimo de la fuerza o en otras ocasiones disputan estas cualidades con grupos armados que operan dentro de sus fronteras, y no garantizan la seguridad, los derechos e integridad de sus ciudadanos. Asimismo, no son capaces de resguardar la estabilidad, así como el acceso a bienes para la mayoría de las personas o desempeñarse en la esfera internacional como los demás Estados soberanos. Con el advenimiento de la guerra total contra el terrorismo internacional, los Estados frágiles y fallidos comenzaron a ocupar el centro de las miradas, como usinas de inestabilidad no solo local y regional, sino también de carácter internacional. Autores como Francis Fukuyama consideran que desde entonces estos Estados se han convertido en el problema más importante para el orden internacional. En tal sentido, se los comenzará a analizar como una fuente de conflictividad permanente, generadores de amenazas hacia su interior, pero también proyectándose al escenario regional y global. Tales amenazas –nos advierten Camargo, Guáqueta y Ramírez– incluyen refugiar a terroristas y otros grupos ilegales; causar o exacerbar conflictos violentos; propiciar redes criminales y economías ilícitas; incapacidad para afrontar emergencias humanitarias; propagar enfermedades infecciosas; ser gestores de la degradación del medio ambiente y de la inseguridad energética que amenazan con desbordar sus fronteras; ser fuente continua de flujos de refugiados que huyen de las dinámicas violentas propiciadas en su seno, entre otros. Por último, se señala que los críticos de este abordaje orientado al análisis de los Estados frágiles o fallidos para comprender las tensiones en el subcontinente africano argumentan que el discurso del fracaso estatal entraña consigo una mirada finalmente de carácter intervencionista de parte de la comunidad internacional hacia dichos Estados. Asimismo, ponen en tela de juicio sus propias denominaciones, por considerarlas categoría asumida desde la óptica del deber ser del Estado weberiano, construida a partir de un proceso circunscripto a Occidente y no representativo de las experiencias periféricas.

Conclusión

A lo largo de estas páginas hemos tratado de realizar un análisis historiográfico, exponiendo los principales lineamientos y reparos a un nuevo *corpus teórico* que intenta explicar el origen y la perpetuación de los conflictos intraestatales en el África Subsahariana. Los cambios operados en el sistema internacional a partir de la última década del siglo XX propiciaron el crecimiento y transmutación de los conflictos en la periferia, particularmente en la subregión africana. La clausura de la disputa Este-Oeste y las fuentes de financiamiento vertidas por los dos bloques en pos de garantizar fidelidades y alineamientos, contribuyó a un desequilibrio financiero que redundó en un abrupto achicamiento de las redes clientelares, el colapso operativo de muchos Estados subsaharianos, con el consecuente aumento de los niveles de tensiones y conflictos hacia el interior de los países. Paralelamente, estos conflictos resultan difíciles de comprender si no consideramos su inscripción en un sistema económico global donde, como menciona Jonathan Di John, los imperativos del capital hablan lo suficientemente alto y se valen de las más variadas herramientas en pos de maximizar sus inversiones sin contemplar costos humanos, medioambientales y otros. La desideologización de las contiendas, el incremento cuantitativamente más importante de las bajas civiles –ampliamente mayores a las de los soldados y milicias rebeldes actuantes–, la falta de vocación por parte de los movimientos insurgentes de acometer la toma del poder –sino por el contrario aspirar como su principal objetivo al dominio de parte del territorio, garantizándose el control de cierto recurso estratégico en connivencia con el capital internacional– y la incapacidad por parte del Estado de controlar sus territorios –fronteras adentro–, de revertir inequidades sociales y económicas que excluyen a una parte de la población al acceso de sus derechos, beneficiando escandalosamente en otras ocasiones a los más cercanos al poder, son algunas de las características que moldearon a los conflictos subsaharianos en las últimas décadas.



por **MARÍA DEL PILAR BUENO**. *Doctora en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario (UNR). Magíster en Sistemas Ambientales Humanos (UNR) y Licenciada en Relaciones Internacionales (UNR). Docente de grado y posgrado de la UNR, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de Entre Ríos. Investigadora Asistente de CONICET. Coordinadora del Observatorio de Política Exterior Argentina (UNR). Asesora y negociadora en temas de cambio climático del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina*



EL GRUPO AFRICANO EN LAS NEGOCIACIONES MULTILATERALES CLIMÁTICAS RECIENTES (2009-2016)

L'Afrique à la COP21



LA CONFORMACIÓN DEL GRUPO AFRICANO DE NEGOCIADORES HA PERMITIDO A ÁFRICA MEJORAR Y FORTALECER SUS POSICIONES EN LA NEGOCIACIÓN CLIMÁTICA MULTILATERAL, DEJANDO DE LADO LA HETEROGENEIDAD CARACTERÍSTICA DEL CONTINENTE, QUE DURANTE AÑOS SE EXPRESÓ EN LA DIFICULTAD PARA AUNAR POSICIONES FRENTE A LOS EFECTOS ADVERSOS DEL CAMBIO CLIMÁTICO. EN FUNCIÓN DE LA EXPERIENCIA ACUMULADA, TODO INDICA QUE ESTA SEGUIRÁ SIENDO LA ESTRATEGIA UTILIZADA EN LOS FOROS INTERNACIONALES.



Heterogeneidad multidimensional: crecimiento, emisiones y brechas

La heterogeneidad de África es un fenómeno conocido y multidimensional. En este sentido, las posiciones frente a los efectos adversos del cambio climático son difíciles de aunar. Existen al menos cuatro aspectos –interrelacionados– que dificultaron y aún hoy entorpecen el proceso de alcanzar posiciones comunes. En primer lugar, la brecha entre los países africanos en términos de producto bruto, así como de emisiones totales de gases de efecto invernadero, emisiones per cápita y el acople –o no– de las mismas al crecimiento económico. En segundo lugar, los aspectos pendientes referidos al desarrollo y erradicación de la pobreza. Como tercer aspecto, el alto impacto de los cambios sucedidos en el Sistema Internacional en África. En este último sentido se debe tener en cuenta la condición de productor y exportador de *commodities*, la dependencia de las inversiones extranjeras y la relativamente baja demanda doméstica en algunos países. Este aspecto condiciona que los países africanos estén muy expuestos al *lobby* de los países desarrollados para romper consensos climáticos. Finalmente, el cuarto aspecto refiere a la dificultad para sostener una diplomacia climática activa, compuesta por negociadores con experiencia política y conocimiento técnico que puedan dar cuenta de las necesidades de sus respectivos países.

Cabe destacar que nuestra reflexión se promueve en el contexto de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (CMNUCC), foro primario de tratamiento del cambio

climático a nivel multilateral. La Convención fue negociada en la Cumbre de Río de Janeiro celebrada en 1992 y entró en vigor en 1994. La primera Conferencia de las Partes de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (COP) fue realizada en Berlín en 1995 (COP 1) y a partir de la misma los países han procurado implementar sus principios y compromisos diferenciados. Se entiende por compromisos diferenciados a aquellos establecidos en el artículo 4 de la CMNUCC como producto de la diferenciación entre países desarrollados y en desarrollo, en función del principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas, y su operacionalización a través del sistema de anexos. Esta lógica reproduce una visión binaria del proceso climático internacional que ha sido el foco de todos los debates –y roces– durante estos veinte años de experiencia multilateral climática.

Según los datos del World Resources Institute, África es responsable por el 6,19% al 8,10% de las emisiones totales de 2012, ya sea que se contabilice o no al sector de tierras, cambio en el uso de la tierra y silvicultura (LULUCF, por sus siglas en inglés). No debe perderse de vista que aún no se ha logrado metodologías uniformes de reporte para todas las partes en el sector de tierras. Además, debe considerarse que dicho sector tiene un rol significativo en los países en desarrollo en virtud de su perfil productivo primario.

El Producto Interno Bruto (PIB) africano representa el 5,18% mundial, mientras que el continente reúne al 15% de la población. De igual modo, el PIB africano ha crecido en los últimos

En cuanto a la meta de temperatura, el grupo africano –de acuerdo con el cuarto informe del Panel de Expertos sobre Cambio Climático– sostuvo que los países desarrollados debían reducir sus emisiones en un 40% para el año 2020, a niveles de 1990, así como un 80% para 2050.

quince años del 2% de la década de los ochenta y noventa al 5% de 2001 a 2014, según el African Economic Outlook de 2016.

La relación entre emisiones totales y población evidencia que a pesar del crecimiento las emisiones per cápita regionales se encuentran muy por debajo de la media mundial. Esta no es necesariamente una buena noticia en la medida en que se vincula con los pendientes de África en términos de desarrollo, puesto que las bajas emisiones per cápita no se ligan, en este caso, a una matriz energética basada en renovables ni en una política de mitigación muy activa en otros sectores.

En tal sentido, teniendo en cuenta el Índice de Desarrollo Humano (IDH) de 2015 presentado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, la mayoría de los países africanos presentan un índice bajo, con algunas excepciones de índice alto encabezada por Mauricio, Seychelles, Argelia, Libia y Túnez. Otros países como Botsuana, Egipto, Gabón, Sudáfrica y Cabo Verde presentan un IDH medio.

En cuanto a la cuestión de las brechas, cabe destacar que Sudáfrica, principal potencia media y emergente del continente, integra el grupo BASIC (Brasil, India, China y Sudáfrica) en las negociaciones en la CMNUCC, como correlato climático del grupo BRICS, tanto como constituye el referente regional en el G20.

Sudáfrica es responsable por el 1% de las emisiones totales (sin/con LULUCF), así como integra el 13% del PIB de África, 0,7% del PIB mundial, con una población que representa el 0,75% mundial y 5% de África. Sus emisiones per cápita se encuentran bastante por encima de la media global (8,84/8,86 Mt CO₂-eq.

sin/con LULUCF) y su valor es entre tres y cuatro veces mayor que la media africana.

Respecto de las Contribuciones Previstas y Determinadas a nivel Nacional (INDC por su sigla en inglés) bajo el nuevo sistema *bottom-up* de actuar en el plano climático multilateral, cabe destacar que 53 de los 54 países que componen el Grupo Africano han presentado sus contribuciones, con la excepción de Libia. A su vez, todas ellas incluyen un componente de adaptación, aspecto central para África.

La primera de las contribuciones presentadas fue la de Gabón, cuyas incertezas en términos de emisiones del sector de tierras, que por otro lado representan el 92% de las emisiones proyectadas, dificultan su evaluación. Posteriormente realizó su comunicación Marruecos, que será sede de la COP 22 a realizarse en el mes de noviembre de 2016. La INDC de Marruecos propone una reducción del 13% de sus emisiones basado en un escenario *business as usual* (BAU) a 2030 de modo incondicional y 32% de modo condicionado. Etiopía propuso una reducción del 64% de sus emisiones de acuerdo a un escenario BAU a 2030. En tanto, Ghana estableció un 12% para 2025 y un 15% para 2030 de modo incondicional.

Finalmente, Sudáfrica presentó una reducción basada en el sistema *peak, plateau and decline* (PPD), que oscila entre 398 y 614 Mt CO₂-eq. Las organizaciones internacionales que han analizado la justicia y equidad detrás de las contribuciones, como Ecofys, Climate Analytics, PIK y New Climate Institute, entre otros, han señalado que es insuficiente.

Posición común africana de cambio climático

La Conferencia Africana en Ambiente (AMCEN) es la estructura permanente creada para que los ministros de la región puedan debatir aspectos de relevancia en términos ambientales. La AMCEN se organiza cada dos años y en ella se presenta la posición oficial que luego es negociada y defendida en los foros internacionales por el grupo de negociadores africanos (AGN). Dichos negociadores tienen como mandato alcanzar la denominada posición común, así como representar a sus países y participar en el G77 más China.

La búsqueda de África de tener una posición ambiental común frente a los foros multilaterales fue lograda por primera vez en 1989 y se focalizó en aspectos de pobreza y ambiente. Luego, en 2006, en Kenia, se logró por primera vez un documento que procuraba ser una posición común en cambio climático.

A su vez, en junio de 2008, la AMCEN concentró su trabajo en el cambio climático en su duodécima conferencia celebrada en Sudáfrica, lo cual llevó a un documento titulado "Trabajo del AMCEN sobre cambio climático en África". Esta labor tuvo dos fases. La primera de ellas estuvo dada por la organización de reuniones regionales entre 2008 y 2009, las cuales desembocaron en una posición común. Asimismo, envolvió la organización de reuniones especiales de los negociadores africanos, la provisión de documentos técnicos, resúmenes y otros documentos con base científica. La segunda fase concluyó con un documento titulado "Marco de Programas africano contra el Cambio Climático", que se adoptó en conjunto con una etapa de implementación de políticas nacionales y regionales de cambio climático.

Por consiguiente, el proceso referido desembocó en una posición común titulada "Plataforma Climática Africana", adoptada por la Unión Africana en Libia en julio de 2009 y que logró visibilidad en la COP 15 celebrada en Copenhague, donde se esperaba alcanzar un nuevo acuerdo climático post-2012.

Cabe destacar que este período estuvo, también, acompañado por la creación de nuevas estructuras como el Panel de Expertos africanos en Cambio Climático y el Comité de Jefes de Estado y Gobierno africanos en Cambio Climático (CAHOSCC).

Evolución de la posición común de Copenhague a París

De acuerdo con la Plataforma Climática Africana y con los documentos que emanaron de CAHOSCC previo a Copenhague, la posición común en la COP 15 estaba compuesta por un conjunto de elementos. Un punto neurálgico era la compensación financiera de, al menos, 1,5% del PBI de los países desarrollados, por los recursos perdidos y por las responsabilidades históricas en el desencadenamiento del cambio climático. Asimismo lo fue la inclusión del principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas, interpretado como principio de responsabilidades históricas en contraposición a otras lecturas, como la de la Unión Europea y el grupo Umbrella (compuesto por países desarrollados y especialmente por Estados Unidos), centradas en las capacidades actuales de los países para actuar frente al cambio climático.

Por otra parte, la posición común expresaba la relevancia de sostener la división entre el Protocolo de Kioto y la Convención en términos de negociaciones separadas. Si bien la CMNUCC involucra una diferenciación entre países según la estructura de anexos, no establece compromisos cuantificados para los países desarrollados, como sí lo hace el Protocolo de Kioto. De este modo, la posición común promovía en Copenhague un resultado con dos vías. Una relativo al avance y extensión del Protocolo de Kioto y sus compromisos para los países desarrollados más allá de 2012 y otra para todos los países de la Convención, especialmente enfocada en los Estados Unidos.

El grupo africano hizo un fuerte hincapié en la necesidad de implementar el Plan de Acción de Bali, adoptado en la COP 13 del año 2007. Dicho plan se basaba en los denominados *building blocks*, que incluían mitigación, adaptación, financiamiento y tecnología. África consideraba que los compromisos de los países desarrollados en vistas a la implementación del principio de responsabilidades estaba dado tanto por la acción en materia de mitigación, como el resarcimiento en términos de medios de implementación (financiamiento, tecnología y construcción de capacidades) para quienes no causaron pero sufren en mayor medida los efectos del cambio climático, como África. De este

modo, el Plan de Acción de Bali promovía una mirada más amplia que la de Kioto, centrado en la mitigación.

En cuanto a la meta de temperatura, el grupo africano –de acuerdo con el cuarto informe del Panel de Expertos sobre Cambio Climático– sostuvo que los países desarrollados debían reducir sus emisiones en un 40% para el año 2020, a niveles de 1990, así como un 80% para 2050.

Cabe destacar que la posición de África se ha negociado con otros actores internacionales por fuera de los foros multilaterales, hacemos hincapié en China y en la Unión Europea. China se ha convertido en la mayor fuente de inversión extranjera directa en África en la última década. Además, dado que China integra el G77 más China, existe un interés mutuo en sostener la posición del grupo en aquellos aspectos en los que convienen a ambas partes. China, al igual que el resto de los países del BASIC, necesitaba sostener el principio de responsabilidades y que el nuevo acuerdo climático no implicara compromisos de reducción de emisiones para los países emergentes. África precisaba el apoyo de China en su requerimiento de apoyo o medios de implementación a los países desarrollados. Además, China ha acompañado desde 2006 la posición común prometiendo préstamos concesionales a las naciones africanas. Los acercamientos incluyeron, además, la cancelación de deuda por parte de China a algunos países africanos y la promesa de mayores inversiones en el sector energético para apoyar la reconversión.

Igualmente, este aspecto ha sido incluido en la agenda del G20 durante las presidencias australiana y turca y ha sido reforzado por la actual presidencia china.

Además de la relación con China, la Unión Europea ha negociado con África especialmente como anfitriona de las COP. En forma previa a Copenhague, la declaración conjunta francesa-etíope (Etiopía presidía el grupo africano) incluyó la reducción a la mitad de las emisiones de los países desarrollados para el año 2050 a niveles de 1990, mantener el principio de responsabilidades diferenciadas, transparencia de los compromisos de los países desarrollados y las acciones de los países en desarrollo –aspecto rechazado expresamente por China en Copenhague–, un *fast-start* de financiamiento de 10 mil millones de dólares anuales de 2010 a 2012, un compromiso de financiamiento prolongado post-2012 y una reforma de la gobernanza global del ambiente incluyendo una nueva organización internacional en la materia, principal posición negociadora de Francia en la Cumbre Río + 20.

Ahora bien, con miras a París, la posición común africana estuvo dada por un conjunto de elementos destacables que, en gran parte, compartió con el G77 más China. En primer lugar la importancia de alcanzar un acuerdo vinculante, universal, que incluya todos los elementos establecidos en el Mandato de Durban y que contenga e implemente las responsabilidades comunes pero diferenciadas.

La Conferencia Africana en Ambiente (AMCEN) es la estructura permanente creada para que los ministros de la región puedan debatir aspectos de relevancia en términos ambientales. La AMCEN se organiza cada dos años y en ella se presenta la posición oficial que luego es negociada y defendida en los foros internacionales por el grupo de negociadores africanos (AGN).



Además, África concentró sus estrategias en la prioridad del financiamiento, tanto en mitigación como en adaptación, en la medida en que se avance en la provisión de los 100 mil millones previos a 2020 adoptados en Cancún (COP 16), así como se logre una hoja de ruta de financiamiento para el post-2020. La adaptación es de suma prioridad para África, en tal sentido, promovió el sistema de TEP-A en el período pre-2020, que emula el proceso de la mitigación donde se comparten experiencias con alto potencial de reducción de emisiones, donde participan diversos *stakeholders*. A su vez, y en el post-2020, el grupo africano participó activamente de la posición común del G77 más China que se transformó casi completamente en el hoy artículo 7 del Acuerdo de París. Esto involucra una meta global de adaptación, una relación explícita con la mitigación, el reconocimiento de los esfuerzos en adaptación de los países en desarrollo, la flexibilidad del vehículo para comunicar las acciones de adaptación y los medios de implementación para aceitar el proceso. El G77 también logró una posición común en financiamiento, haciendo especial hincapié en la transparencia del apoyo provisto por los países desarrollados. De este modo, en el artículo 9 del

Acuerdo se logró la presentación de informes bienales por los países desarrollados donde establezcan el financiamiento público otorgado y una previsión sobre el desembolso futuro. Sin embargo, África no logró la prioridad que ya había alcanzado en el Fondo Verde del Clima (GCF, por sus siglas en inglés) para obtener el financiamiento climático. Tampoco obtuvo flexibilidad en la comunicación de las contribuciones, como sí lo hicieron los Países Menos Adelantados (LDCs, por sus siglas en inglés) y los Pequeños Estados Insulares (SIDS, por sus siglas en inglés). Ambos aspectos muy caros a la presidencia sudanesa del grupo africano durante la COP 21 e incluso a la presidencia sudafricana del G77 más China, encabezada por la embajadora Nozipho Mxakato-Diseko, que ejerció un liderazgo muy elocuente y derivado de un fuerte disciplinamiento de los países en desarrollo con miras a una negociación muy dura y cerrada en el interés de unos pocos Estados. A su vez, África promovió junto con otros grupos de países en desarrollo como LDCs y SIDS la inclusión de las pérdidas y daños al Acuerdo de París. Por otra parte, y dadas las diferencias internas respecto de temas como mercados, REDD (Programa de reducción de emisiones de la deforestación y la degradación de bosques) y cuestiones del sector de tierras, entre otros, estos fueron aspectos en los que África no operó como punta de lanza e incluso los países africanos mostraron divergencias. Ahora bien, para que África cerrara filas y aceptara el Acuerdo, Francia, como anfitriona, ofreció otorgarle la preferencia en la COP 22 a realizarse en su propio continente en términos de financiamiento especialmente para la adaptación. En tal sentido, el presidente Hollande prometió el desembolso de 2 mil millones de dólares para 2020 en concepto de energías renovables. A su vez, la Unión Europea reafirmó en París y en las reuniones que se han realizado durante 2016 el apoyo a la Iniciativa Africana en Adaptación. De este modo, procuró lograr cumplir lo pactado en diciembre, a la vez que se bloquean las demandas de África junto con el G77 para que la adaptación sea prioritaria en el proceso de implementación del Acuerdo, junto con la mitigación –cuestión que Estados Unidos afirmó que no sucedería–. En cuanto a China, la declaración conjunta de diciembre de 2015 estableció la vigencia del principio de responsabilidades, el compromiso mutuo de adoptar un documento con fuerza legal bajo la Convención, repitiendo el Mandato de Durban, con medios de implementación para los países en desarrollo. En tal caso, se obtuvo el intercambio, donde África no presionara por una nueva diferenciación donde China se viera expuesta a tener compromisos de reducción obligatorios, a la vez que África lograra los medios de implementación que requiere para mitigación y especialmente para adaptación. Asimismo, en la declaración se reconoce la alta prioridad de la adaptación y de la entrada en vigor de la enmienda de Doha al Protocolo de Kioto, de interés para ambas partes. Finalmente, se reconoció el apoyo chino a través del Fondo de Cooperación Sur-Sur de China.



Algunas conclusiones

A diferencia de otros momentos de la negociación climática multilateral, la posición común del Grupo Africano parece más sólida. En este proceso ha sido clave la unidad del G77 más China para apoyar posiciones comunes en materia de adaptación, financiamiento, tecnología y pérdidas y daños, entre otras. A su vez, la conformación del Grupo Africano de Negociadores ha permitido a África mejorar y fortalecer sus posiciones dándoles continuidad y mayor contenido científico para llegar hasta París. Sin embargo, los desafíos para el grupo son múltiples. Las brechas entre sus miembros, especialmente con países como Sudáfrica con una doble pertenencia a las potencias emergentes, así como países como Libia que prefieren mantenerse al margen del sistema de contribuciones.

A su vez, la presidencia marroquí de la COP 22 genera importantes posibilidades para el continente en términos de poder negociador, sumado a las promesas de Europa para llegar al histórico Acuerdo de París, que incluyen preferencias para África no logradas en el Acuerdo en sí mismo y que se materializarían en Marrakech. Sin embargo, Marruecos también puede volverse más

un aliado de Europa que de África para alcanzar un resultado mutuamente satisfactorio, como se ha visto previamente en el caso de países anfitriones y su necesidad de salvar las conferencias.

Las crecientes discrepancias del BASIC también ofrecen un escenario de perplejidades dado que esto puede acercar más a Sudáfrica a su grupo natural de pertenencia o favorecer su aislamiento en temas como transparencia de la acción y del apoyo. Asimismo, el rol de China cerrando filas a favor de los países en desarrollo o con Estados Unidos, a favor de una pronta entrada en vigor del Acuerdo, también constituyen variables que modificarían el tablero de juego de implementación.

En todo caso, la implementación del Acuerdo recién comienza. La dura negociación de la agenda de trabajo en la primera sesión del Grupo de Trabajo Ad Hoc del Acuerdo de París (APA1), realizada en el mes de mayo pasado en Bonn, demuestra que las partes siguen teniendo posturas tan antagónicas como las que asumieron al momento de adoptar el Acuerdo. Con lo cual, todo indica que los grupos de negociación y las alianzas regionales y de países afines seguirán siendo la estrategia más utilizada en la CMNUCC.



por **MARÍA JOSÉ BECERRA**. *Licenciada en Historia y Magister en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Córdoba. Coordinadora de la Carrera de Especialización en Estudios Afroamericanos, Maestría en Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Co-Directora del Programa de Estudios Africanos del Centro de Estudios Avanzados (UNC). Docente e investigadora de la UNTREF y de la UNC*

SI BIEN HOY LA MUJER ES VISTA EN ÁFRICA COMO UN MOTOR PRIVILEGIADO PARA ALCANZAR EL DESARROLLO ECONÓMICO, PROMOVER LA IGUALDAD SOCIAL Y POLÍTICA Y OBTENER LA PAZ EN AQUELLOS LUGARES DONDE AÚN HAY CONFLICTOS DE ALGÚN TIPO, EN MUCHOS LUGARES CONTINÚA PADECIENDO UNA CONDICIÓN DE SUMISIÓN E INFERIORIDAD LA GRAN MAYORÍA DE LAS VECES INVISIBILIZADA. ALLÍ RESIDE ENTONCES UN GRAN DESAFÍO PARA EL PROGRESO DEL CONTINENTE: HACER VISIBLE EL ROL DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD.

LA SITUACIÓN DE LA MUJER EN ÁFRICA: ENTRE EL ACTIVISMO Y LA DESIGUALDAD

E

ntre los muchos tópicos que existen sobre África quizás el más difundido es el referido a la situación de la mujer. Este trata sobre la condición de sumisión e inferioridad en la que se encuentran las mujeres tanto en la vida pública como en la privada, tanto en las zonas urbanas como en las rurales. En particular, es en el campo donde empeora esta situación debido a todas las tareas que deben realizar (cuidado de la casa y de los hijos, recogida de agua y leña, preparación de alimentos, trabajos agrícolas y atención del ganado doméstico). Este argumento se refuerza con la idea de que los hombres se dedican a tareas más de tipo comunitario, dedicados a discutir todo el tiempo que sea necesario para lograr un acuerdo. En las ciudades, su situación no mejora mucho, pues además de realizar todas las tareas del hogar (por las que no reciben salario alguno), si trabajan fuera del ámbito doméstico reciben una menor remuneración que los hombres por la misma tarea.

Esta visión que se instaló desde la etapa colonial no solo apunta a denigrar a las mujeres, sino que también lo hace con los hombres, a quienes se los ve como poco predispuestos al trabajo, aunque con ciertas capacidades de mando. En este sentido, la normativa colonial europea reforzó esto al negarles derechos legales a las mujeres en favor de los hombres (el derecho a la propiedad privada de la tierra, el derecho a participar políticamente, a la educación, a casarse libremente, etcétera), situación que las primeras constituciones y normativas nacionales de los Estados independientes –que en su mayoría fueron dictadas por las elites masculinas– continuaron y consolidaron.

Sin embargo, y pese a todo este esfuerzo, la situación de la mujer africana no dista demasiado de las condiciones de vida de las mujeres de los otros continentes. Si tenemos en cuenta que las féminas representan casi la mitad de la población mundial (según datos de Naciones Unidas del 2015 son el 49,6% del total), las cifras sobre su situación son alarmantes: representan el 60% de todos los pobres del mundo, dos tercios de los enfermos de HIV en todo el globo y el mismo porcentaje se repite en el grado de analfabetismo, una de cada tres mujeres ha sufrido alguna forma de violencia de género, y solo el 10% de los gobiernos del mundo están en manos de mujeres. Estas circunstancias provocan que muchas mujeres se encuentren en situación de desigualdad, inferioridad y vulnerabilidad, puesto que no pueden desarrollarse como personas con pleno disfrute de sus derechos.

En África, el segundo continente más poblado del mundo, las mujeres constituyen el 51% de la población total, es decir, el 11% de la población femenina mundial. Son un grupo básicamente joven y no homogéneo, ya que se lo puede diferenciar por regiones, clases sociales, características culturales y generacionales. Por ejemplo, si analizamos por regiones, en África Subsahariana predomina la población femenina excepto en Angola, Mozambique, Eritrea, Somalia y Yibutí, mientras que en el norte predomina la población masculina, salvo en Marruecos, Mauritania y Chad. Por otra parte, dentro del ranking de los diez países en donde la situación de la mujer es la peor del mundo, según los datos de World Economic Forum de 2015, cuatro de ellos son africanos, situándose del peor al mejor, primero Marruecos, cuarto Costa de Marfil, sexto Mali y octavo Chad.

No obstante y pese a estas diferencias, es posible analizar globalmente su situación con cierto rigor, ya que las sociedades africanas han pasado por los mismos procesos históricos (esclavización, colonización, proceso de independencia, crisis del Estado independiente, neoliberalismo, globalización). Aunque se debe tener cuidado para no caer en distorsiones al generalizar. Como señala Remei Sipi, lideresa africana: o todas las mujeres son

idealizadas madres fecundas y generosas, o son pobres mujeres sojuzgadas y entregadas al matrimonio en su pubertad. Se las pone así en un lugar de exotismo donde solo son un mero objeto pasivo de las fuerzas sociales y de los imperativos masculinos, enmarcados en un contexto “tradicional” dentro del cual se justifican ciertas prácticas culturales denominadas “folklóricas”, como las ornamentales o ceremonias rituales –por ejemplo el uso del barracano en Libia; el uso de máscaras bundu en la sociedad sandé de Sierra Leona; en Mauritania las niñas y mujeres son engordadas para estar más hermosas– que son explotadas por el turismo; y en otras ocasiones estas prácticas son criticadas –como es el caso de la ablación femenina– desde una posición pasiva en donde priman los “buenos” sentimientos de la sociedad internacional, en especial de los países desarrollados, pero que no se concretan en acciones que modifiquen la situación de la mujer africana.

Estas visiones estáticas sobre la situación de la mujer parten de concebirla fuera de un proceso histórico concreto, discriminándolas al considerar que no pueden tener un papel destacado en el proceso de desarrollo de su localidad, de su nación, de su región o internacionalmente.



En el ámbito urbano las mujeres se dedican mayoritariamente a la economía popular, produciendo todo tipo de bienes que luego comercializan de manera formal o informal. Esto les posibilita obtener una mayor autonomía económica, que se refleja en un mayor y mejor acceso a la sanidad, a la educación, a bienes culturales, a un mejor nivel de vida.

Las mujeres africanas están adquiriendo –a un elevadísimo precio– autonomía en todos los campos de la vida, ganando cada vez más espacios de poder. Aunque son piezas clave en todos los aspectos de la realidad social, económica, política y cultural en cada uno de los países, su participación en el desarrollo del continente ha permanecido históricamente invisibilizado.

La mujer motor del desarrollo

Las mujeres africanas están adquiriendo –a un elevadísimo precio– autonomía en todos los campos de la vida, ganando cada vez más espacios de poder. Aunque son piezas clave en todos los aspectos de la realidad social, económica, política y cultural en cada uno de los países, su participación en el desarrollo del continente ha permanecido históricamente invisibilizado.

Las mujeres son agentes de desarrollo en todo el planeta, y en África no son menos, ya que representan el 40% de la fuerza laboral. Sin embargo resulta sumamente difícil mensurarlo y conocer su situación laboral ya que no están incluidas en las pocas estadísticas oficiales. Esto se debe, en parte, a que no son una variable de interés para la planificación de futuras políticas públicas.

Si diferenciamos la situación de la mujer en el ámbito rural y en el urbano, observamos que en el primero está expuesta a un mayor grado de vulnerabilidad como consecuencia del poco acceso a la salud, a la educación y a la propiedad de la tierra, aunque en numerosos casos es la única fuente de ingresos disponible en la estructura familiar –ya sea por diversas causas como la migración de los varones a la ciudad, o a otras regiones de África o hacia otros continentes en busca de una mejor situación económica; por los conflictos bélicos que provocan desplazamientos internos y externos, o por la merma de la población masculina, por desastres naturales, entre otros–. En las zonas rurales, la división del trabajo por sexo y la desproporción con la población

masculina acentúan la desigualdad.

En el ámbito urbano las mujeres se dedican mayoritariamente a la economía popular, produciendo todo tipo de bienes que luego comercializan de manera formal o informal. Esto les posibilita obtener una mayor autonomía económica, que se refleja en un mayor y mejor acceso a la sanidad, a la educación, a bienes culturales, a un mejor nivel de vida, más aún si la comparamos con las mujeres que viven en el campo.

Las mujeres, tanto en el ámbito rural como en el urbano, están logrando avances sustanciales en mejorar su situación gracias a la obtención de cierto tipo de créditos con menores condiciones para su otorgamiento, al acceso a empleos de calidad en el sistema formal, y a la promoción de cambios en la normativa que posibilita el derecho de propiedad de la tierra para las mujeres. Estos cambios son el resultado de un proceso de lucha por el reconocimiento y la reivindicación de sus derechos. Las mujeres africanas, sobre todo las de las áreas urbanas, se movilizan y tienen una participación activa en diferentes contextos. Esto se debe a que en África la noción de persona está sustentada en la pertenencia, en la relación con el colectivo y también en su vinculación con el tiempo –tanto con los antepasados como con sus contemporáneos y con sus descendientes–. La realidad es vista como una interrelación entre todos los elementos que la forman. La persona es entendida simultáneamente como unidad y como pluralidad. Combinándose así acciones colectivas y liderazgos individuales.



Activismo y liderazgo

Hace ya tiempo que las mujeres comenzaron a participar activamente en espacios considerados tradicionalmente como ámbitos de poder de los hombres. Uno de estos espacios es el financiero, puesto que pueden acceder a préstamos por fuera del circuito bancario. Este sistema permite obtener sumas de dinero a una baja tasa de interés y sin demasiados requisitos previos. Bajo estas condiciones, las que más uso hacen de estos microcréditos son las mujeres, quienes los utilizan para realizar emprendimientos que sostengan o complementen la economía familiar, o para resolver problemas específicos –como la compra de medicamentos, pagar cesáreas, ampliar sus viviendas, pagar la educación de los niños–.

Estos microcréditos son impulsados desde los gobiernos nacionales, desde las organizaciones internacionales, y desde las ONG como una alternativa para solucionar el hambre y la pobreza en África. Sin embargo, las asociaciones de mujeres critican este sistema porque las estafan, las endeudan y las arruinan, ya que los intereses que deben pagar son mucho más de lo que ganan, de manera que deben endeudarse para devolver el préstamo. Es así que se encadenan un préstamo sobre otro, “envolviéndose” en un círculo vicioso de endeudamiento. Las mujeres víctimas de este sistema sufren amenazas constantes –se llega a publicar radialmente el listado de las deudoras– e incluso la cárcel, si no pueden pagar, como en Malí; o han perdido a sus familias o han caído en la prostitución, como en Marruecos; o se han endeu-

dados para no morir por no poder pagar una cesárea, como en Congo.

Para romper con esta cadena de endeudamiento –cuyas ramificaciones vinculan a las empresas locales de préstamo con grandes financistas internacionales, organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y personalidades– se están promocionando acciones concretas organizadas por asociaciones de mujeres. Por ejemplo, la Asociación de Mujeres Rurales de Nigeria (COWAN) creó su propio sistema de créditos en 1982. Comenzó a desarrollarse con 24 mujeres y un fondo de 45 dólares, y hoy cuenta con 8 millones de dólares y 24 mil socias. En Benín sucedió algo similar, basándose en un sistema de colecta tradicional en África, llamado tontina, se creó el Círculo de Autopromoción para un Desarrollo Duradero que funciona como un banco de mujeres. Este banco presta dinero a un bajo interés y sus beneficios son empleados para la capacitación y formación de mujeres.

Además, en las zonas urbanas, las mujeres reclaman por una democracia de género, con igualdad de derechos ya que en la mayoría de los países la discriminación legal es habitual, aunque más acentuada en los del norte del continente. Se han logrado avances en varios países subsaharianos que han desarrollado una legislación igualitaria como es el caso de Kenia –la Constitución keniana plantea la protección igual de derechos y libertades para hombres y mujeres, y posee una normativa de género que prohíbe la mutilación genital, proporciona derecho a la herencia, entre otros puntos–; de la legislación electoral en Burundi, Sudáfrica y Uganda; de la ley de igualdad del gobierno senegalés; o la aprobación de la política de Educación para Todos en la mayoría de los países, por citar solo algunos ejemplos. La adopción de una legislación favorable a la igualdad de derechos económicos, sociales y culturales entre hombres y mujeres, en donde se condena la violencia de género y se garantizan los derechos sexuales y reproductivos, se debe a un cambio sustancial en la situación jurídica de la mujer: el reconocimiento de sus derechos políticos. Además de poder votar –todos los países africanos reconocen el sufragio femenino– las mujeres participan en distintos ámbitos de poder, como por ejemplo en los órganos judiciales nacionales e internacionales; en los parlamentos, asambleas locales y en el poder ejecutivo, como jefas de Estado y de gobierno, ministras, embajadoras, etcétera.

Esto se plasma en un mayor compromiso por parte de los gobiernos de los países africanos con la adopción de marcos políticos capaces de promover la igualdad de género y la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Por ejemplo en el año 2009, durante la Cumbre anual de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Africana, se decidió adoptar al año 2010 como el Año de la Paz, y la década 2010-2020 como la Década de la Mu-

jer. Otros hitos relevantes son que, para la fecha, la mayoría de los países de este continente han ratificado la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer de Naciones Unidas, y más de la mitad ya han ratificado el Protocolo sobre los Derechos de la Mujer en África de la Unión Africana.

La representación femenina en todos los parlamentos de África significa un 16,8% del total de todos los escaños. Pero hay países donde este porcentaje es mayor. Por ejemplo, Ruanda tiene el mayor número de mujeres legisladoras del mundo, con el 48% de sus representantes parlamentarias femeninas, mientras que en Sudáfrica y Mozambique las legisladoras ocupan el 30% de los escaños.

Tal presencia femenina baja notablemente en los cargos ejecutivos. Pero en atención a que solo el 10% de los gobiernos del mundo están en manos de mujeres, la situación en África no es tan mala. En la actualidad Liberia cuenta con una mujer como presidenta, Ellen Johnson-Sirleaf, quien ejerce ese cargo desde el año 2006. También en la República de Mauricio, una mujer, Ameenah Gurib-Fakim, ejerce el cargo desde el 5 de junio de 2015. Hasta hace unos pocos meses (entre el 23 de enero de 2014 y el 30 de marzo de 2016) la presidenta interina de República Centroafricana era Catherine Samba-Panza. Mientras que en la República Centroafricana, Samba-Panza fue la primera mujer en alcanzar ese cargo, en el caso de Liberia y Mauricio no sucedió lo mismo. En Liberia, entre 1996 y 1997, Ruth Perry ya había alcanzado ese cargo, mientras que Monique Ohsan Bellepeau fue presidenta interina de Mauricio en dos ocasiones (31 de marzo de 2012 al 21 de junio del mismo año, y del 29 de mayo al 5 de junio de 2015). Se puede mencionar a otros países cuyos presidentes fueron mujeres, como es el caso de Carmen Pereira en Guinea Bissau (1984), o Sylvie Kinigi en Burundi (entre 1993 y 1994), o Joyce Banda en Malawi (desde 2012 al 2014) y Rose Francine Rogombé como presidenta interina de Gabón (en 2009).

Otras lideresas políticas ocuparon el cargo de primera ministra, como es el caso de Luida Diogo quien entre 2004 y 2010 lo hizo en Mozambique, al tiempo que en Senegal ejercieron esa responsabilidad Mame Madior Boye, entre 2001 y 2002, y Aminata Toure, entre 2013 y 2014, y en Santo Tomé y Príncipe lo hizo María do Carmo Silveira, entre 2005 y 2006. Además, encontramos mujeres en cargos de gobierno como vicepresidencias, ministerios, embajadas, gobernaciones, municipios, etc.; y en puestos importantes de negocios o financieros. Como ejemplo, Phumzile Mlambo-Ngcuka, vicepresidenta de Sudáfrica entre 2005 y 2008 y actualmente directora ejecutiva de ONU Mujeres; o Isabel dos Santos, hija del actual presidente angoleño, que es la mujer más rica de África, dueña de varias empresas telefónicas, entre otros negocios.



A modo de cierre


La mujer en África es vista hoy como un motor privilegiado para alcanzar el desarrollo económico, promover la igualdad social y política, y obtener la paz en aquellos lugares donde aún hay conflictos de algún tipo.

Tres africanas fueron galardonadas con el Premio Nobel, en parte buscando darle visibilidad a la lucha por sus derechos. En 1991, la activista política y escritora sudafricana Nadine Gordimer recibió el de Literatura, mientras que el de la Paz fue otorgado a africanas en dos oportunidades: en 2004 a la activista política y ecologista keniana Wangari Maathal, y en 2011 a la actual presidenta de Liberia, Ellen Johnson Sirleaf. A su vez, otras mujeres han sido reconocidas por instituciones regionales e internacionales por su activismo y por su lucha, como la congoleña Rebeca Masika Katsuva, las ghanesas Amma Asante y Winifred Selby, la etíope Almaz Ayana, las sudafricanas Geraldine Joslyn Fraser-Moleketi y Nkosazana Dlamini-Zuma, las nigerianas Zuriel Oduwole, Obiageli Ezekwesili, Olajumoke Adenowo, Mo Abudu y Arunma Oteh, y la keniana Wanjiru Kamau-Rutenberg. Sin la presencia de la mujer en general, y de las africanas en particular, en los más altos puestos de responsabilidad ya sea a nivel local, nacional y global, no es posible superar los grandes retos de la humanidad como el empobrecimiento de más de media humanidad, la violencia, el abuso de derechos humanos,

el abuso del poder y la injusta gestión de los recursos existentes. La participación de la mujer es imprescindible para “humanizar” y reconciliar la sociedad a todos los niveles.

En África, la reciente historia de Burkina Faso, Malí, RDC, Nigeria, Tanzania, nos muestra claramente que las mujeres han sido las protagonistas y el factor determinante para salvar la democracia, los derechos humanos, la buena gobernanza y la transformación de conflictos, a través de una participación activa en la búsqueda de soluciones.

Sin embargo, muchas mujeres siguen hoy marginadas y oprimidas, ya sea por las “tradiciones” o por las normativas emanadas de los Estados; en situación de dependencia económica de los hombres; siendo víctimas de la violencia sexual y de género, y los actores más vulnerables en cualquier tipo de conflicto. Es por ello que en la actualidad la sociedad civil africana tiene un gran desafío por delante para proteger y cuidar mejor a sus mujeres. Para ello, la sociedad debe preparar campañas de sensibilización, promoción de la cultura de la igualdad, reformas de los libros de texto que perpetúan estereotipos dañinos para los jóvenes, el asesoramiento y la mediación civil para resolver los conflictos familiares sin recurrir a la violencia. Alcanzar esos objetivos es un desafío, tanto para la sociedad civil como para los Estados africanos que son los encargados de implementarlos y así garantizar el desarrollo del continente.



En África, el segundo continente más poblado del mundo, las mujeres constituyen el 51% de la población total, es decir, el 11% de la población femenina mundial. Son un grupo básicamente joven y no homogéneo, ya que se lo puede diferenciar por regiones, clases sociales, características culturales y generacionales.

TRAS AÑOS DE GUERRAS FRATRICIDAS Y ABUSOS GENERALIZADOS CONTRA LOS DERECHOS HUMANOS, LAS MUJERES ANGOLEÑAS SE HAN CONVERTIDO EN UN ACTOR CLAVE EN LOS PROCESOS DE RECONCILIACIÓN Y DE CONSTRUCCIÓN DE PAZ. MIENTRAS LUCHAN POR INCORPORARSE A LA ESFERA DE LA POLÍTICA Y LA TOMA DE DECISIONES, ASUMEN UN MAYOR LIDERAZGO EN LA RECONSTRUCCIÓN COMUNITARIA, CON UNA PERSPECTIVA DISTANCIADA DE LA PATRIARCAL QUE PROMUEVE RELACIONES DESIGUALES DE GÉNERO.

MUJERES ANGOLEÑAS Y CONSTRUCCIÓN DE PAZ



por **ERNMAGUEMATI WABGOU**. *Posdoctorado en Estudios Étnicos, Université de Montreal, Canadá. Doctor en Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Complutense de Madrid. Profesor del Departamento de Ciencias Políticas, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá*



E

l artículo parte del supuesto según el cual en África tanto la guerra como el posconflicto (acuerdos de paz, construcción de paz y demás)

son procesos marcados, en distintos niveles o grados, por relaciones de género. Desde el marco general del acercamiento al lugar y el papel de las mujeres africanas en el conflicto y la construcción de la paz, se busca resaltar las experiencias de las mujeres angoleñas en el posconflicto y sus avances en el camino de la construcción de paz.

Se analizan sectores de las poblaciones femeninas angoleñas como agentes sociales y actores políticos comprometidos con la sociedad para impulsar transformaciones en la misma. Partiendo de una posición política que abre caminos a la esperanza de una paz duradera, estas mujeres, que en pocos casos están presentes en las instancias de toma de decisiones, buscan crear e impulsar actitudes de cambio social y de transformación de mentalidades. Es aquí donde surge la necesidad de considerar a las mujeres en general en el marco del posconflicto y a las angoleñas en particular, desde la categoría de "grupo subordinado y oprimido" que, consciente de la visión dominante, busca desarrollar alternativas de relacionamientos personales y colectivos en un ámbito político y social marcado por el fin del conflicto armado.

En este orden de ideas, el trabajo se centra en presentar algunas iniciativas (presencia y participación) de mujeres angoleñas en el contexto de posconflicto (por ejemplo asociacionismo en escenarios de posacuerdos), señalando que los escenarios de negociación que desembocaron en los Acuerdos de Paz firmados en Angola (2002) apenas mencionaron temas en clave al género. Además, aunque muchas mujeres angoleñas lucharon en ambos bandos, el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) y la Unión para la Independencia Total de Angola (UNITA), voluntaria o forzosamente durante el conflicto armado, ni a unas ni a otras se les reconoció la categoría de excombatientes y por lo tanto, tampoco las compensaciones económicas destinadas a los excombatientes en el marco del Programa de Desmovilización, Desarme y Reintegro (DDR), por lo cual se destaca la significativa ausencia de las mujeres en el mismo.

Angola: características, sucesos bélicos y firma de Acuerdos de Paz

Situada en el África Austral, Angola, con sus 1.246.700 km² de superficie, limita al sur con Namibia, al oeste con Uganda, al norte con la República Democrática del Congo y la República del Congo, al este con Zambia y al oeste con el Océano Atlántico. Cuenta con una población de 24.300.000 habitantes de diversa composición étnica, aunque hombres y mujeres son principalmente bantúes, pertenecientes a los grupos etnolingüísticos de los ovimbundu de habla umbundu (35%), los mbundu de habla kimbundu (25%), los bakongo de habla kikongo (13%), los chokwe, los luanda, los vangangela, los vanyaneka y a otros pequeños grupos no bantúes (mestizos, pueblos san, etcétera). Aunque el portugués es el idioma oficial por su pasado colonial, el umbundu destaca como lengua local mayoritariamente hablada en Angola. Se estima que el 53% de la población es cristiana (72% de católicos y 28% de protestantes y otros pequeños cultos cristianos) y el 47% es practicante de las religiones tradicionales, aunque existen también comunidades islámicas muy



reducidas entre sectores inmigrantes oriundos principalmente del África Occidental.

Tres momentos caracterizan la historia reciente de Angola: primero, la guerra de independencia (1961-1975); segundo, el conflicto interno internacionalizado en un contexto de Guerra Fría (1975-1991), y por último, la lucha interna y fratricida por el control del poder y los recursos (1991-2002).

La guerra de independencia, que inició en el año 1961, finalizó con la declaración de la independencia de Portugal en 1975. No obstante, Angola padeció una profunda fractura social y política, con trasfondo étnico e ideológico, de tal forma que esta independencia no fue acompañada de un ambiente de paz. Así, la guerra de liberación de Angola, que comenzó el mismo año de la independencia, enfrentó en la zona centro-oeste a las tropas gubernamentales con las guerrillas anticomunistas de la UNITA, encabezadas por Jonas Savimbi y apoyadas por Zaire (actual República Democrática del Congo), Sudáfrica y Estados Unidos. En 1989, 18 jefes de Estado africanos firmaron la Declaración de Gbadolite, la cual puso fin a la cruenta guerra civil el 22 de junio

de ese año y posteriormente se retiraron las fuerzas cubanas del territorio angoleño (50 mil soldados) entre noviembre de 1989 y julio de 1991. En 1991 se llegó a la firma del Acuerdo de Paz en Bicesse (Portugal), logrado con la mediación de la troika Estados Unidos, Rusia y Portugal, entre el presidente José Eduardo Dos Santos y Savimbi.

Sin embargo, Savimbi protestó contra los resultados de las elecciones de 1992, reanimando la guerra. No obstante, varios de sus oficiales optaron por quedarse en las Fuerzas Armadas Angoleñas (FAA) y respetar el juramento de "lealtad dado a la patria" realizado, puesto que una de sus cláusulas dispuso y facilitó la integración de unos doscientos oficiales de la guerrilla de UNITA en las FAA. Tras el fracaso de los Acuerdos de Paz de Lusaka (Zambia) de 1994, una serie de iniciativas de paz siguieron llevándose a cabo, entre las cuales se destacan las largas negociaciones que, en abril de 1997, desembocaron en un acuerdo de formación de un Gobierno de Unidad y Reconciliación Nacional para integrar los hombres del movimiento de la UNITA hasta el año 2000. Pero eso no satisfizo a la junta guerrillera, que se resistió a desarmar la totalidad de sus tropas. En este contexto, la paz que parecía haberse establecido en Angola se fue deteriorando y los enfrentamientos continuaron hasta tal punto que era difícil prever el fin de la guerra. A su vez, esas tensiones arruinaron las posibilidades de progreso del país, cuyos recursos agrícolas y mineros son considerables en petróleo, diamante, oro, hierro, cobre y cobalto. Para la paz hubo entonces que esperar hasta febrero de 2002, cuando Savimbi, cercado militarmente en combate, fue asesinado en una emboscada de las FAA (cabe precisar que Savimbi ya se encontraba aislado internacionalmente). En abril, el gobierno y la guerrilla de la UNITA firmaron un alto el fuego en Luanda, poniendo fin a 27 años del conflicto interno que produjo millones de víctimas (personas muertas, violadas, desplazadas).

Tras el fin oficial de la guerra se celebraron elecciones parlamentarias (multipartidistas) en el año 2008. Las siguientes elecciones legislativas fueron celebradas en 2012, después de la aprobación de la nueva Constitución de 2010, que dispuso que el presidente sea elegido como líder del partido con la mayoría de los votos en las elecciones parlamentarias. En realidad, esto fue una maniobra política del MPLA que, gozando de una amplia mayoría en el Parlamento, aprobó esta nueva Constitución con el fin de permitir a su líder político, José Eduardo Dos Santos (en el poder desde 1979), permanecer en el poder sin necesidad de presentarse a unas elecciones directas. En estas elecciones, la UNITA se constituyó en la segunda fuerza política del país al obtener 32 escaños en el Parlamento.



Algunas experiencias de participación de las mujeres angoleñas en la construcción de paz

Tras años de abusos generalizados contra los derechos humanos, surgen iniciativas desde algunos sectores femeninos de la población angoleña que buscan contribuir a la reconstrucción de los tejidos sociales rotos. El fin del conflicto armado les ofrece la oportunidad de desarrollar una cultura de derechos humanos en Angola y quieren colocar sus experiencias de activistas, víctimas y/o excombatientes al servicio de la construcción de paz. Entre ellas, en primer lugar se destacan iniciativas, asociaciones y grupos de mujeres angoleñas que, desde lo local, actúan en articulación con otras redes o instancias internacionales de defensa de los derechos de las mujeres. En este sentido, la apuesta se orienta hacia la implicación de la comunidad internacional mediante el compromiso con iniciativas de mujeres angoleñas para la paz. En segundo lugar, registran organizaciones de mujeres asociadas con los partidos políticos o las tendencias políticas principales.

En el primer caso, donde la presencia internacional apoya iniciativas locales, sobresalen, en primera instancia, las acciones del Fórum de Mujeres Periodistas por la Igualdad de Género de Angola y “Lola Mora”, un colectivo de periodistas españolas, para la lucha contra la violencia doméstica en Angola, siendo esta una práctica que ha sido generalizada en la sociedad tras varios años de guerra y de cultura de violencia. Sería más exacto hablar de violencias ejercidas por individuos y/o sectores de la población con total impunidad dentro del sistema social angoleño: se trata de la violencia ejercida por los policías contra la población; la de algunos soldados de las FAA contra los civiles –especialmente en las zonas rurales–; la de los gobernantes para imponer sus medidas; la de los adultos contra los niños; la de las personas contra las empleadas domésticas y contra el ladrón callejero sorprendido en algún hurto, y la del marido contra su mujer. El Fórum considera que la violencia contra las mujeres representa una amenaza para cualquier país en un proceso de construcción de paz y de reconciliación nacional como Angola. Asimismo, con el apoyo de agencias de cooperación internacional, el Fórum impulsa la producción de videos, fotos, documentos, debates de radio, entre otras, con el liderazgo de mujeres angoleñas comprometidas con la paz, con el fin de ayudar a las mujeres víctimas a superar sus miedos y “desafiar el silencio” con/ mediante narrativas, testimonios y entrevistas.

Desde la perspectiva de las relaciones de género, hombres y mujeres implicados en escenarios de violencia física participan de estas iniciativas, con el acompañamiento de especialistas e intervencionistas (trabajadores sociales, psiquiatras, médicos,

periodistas) involucrados en el campo de la lucha contra este flagelo social que es la violencia contra las mujeres. Sin duda, esta es una de las múltiples iniciativas en Angola que busca contribuir a la lucha contra la violencia a las mujeres y concientizar a sus protagonistas en torno al impacto de este fenómeno social sobre la desestructuración social y la inestabilidad emocional de las familias que son los núcleos sociales de base de la sociedad. En este orden de ideas, se trata también de una iniciativa de prevención del fenómeno de agresión, principalmente física, por medio de una cercanía solidaria a las víctimas y campañas de sensibilización de la sociedad angoleña que está resurgiendo de las cenizas de la guerra y todas sus formas de violencia. De igual forma, esta iniciativa se concibe como una que parte de quienes son ahora excombatientes tras la desmovilización; aun si, como lo mencionamos más arriba, no se reconoció a las mujeres la categoría de excombatientes en el marco del Programa de Desmovilización, Desarme y Reintegro. Pero cabe señalar que, en cierta medida, la reinserción en la sociedad de algunos excombatientes de UNITA, por ejemplo tras su desmovilización, se hizo posible con el apoyo y acompañamiento de otras mujeres comprometidas con el proceso y la construcción de paz. A su vez, el gobierno y otras organizaciones de defensa de derechos de los menores han promovido programas de desmovilización y reinserción de un número indefinido de menores-soldados que han podido acogerse a programas de reinserción.

En segunda instancia, se registra la Red de Mujeres de Angola (*Women's Network Angola*) como uno de los espacios integrados



por mujeres angoleñas implicadas en la construcción de una paz verdadera para su sociedad. Su misión principal consiste en impulsar cambios en las actitudes y la conducta de hombres y mujeres hacia la reconstrucción posbélica y el avance del país. La red nació en 1999 con el fin de promover la reconciliación nacional a través de campañas de información y de asambleas de mujeres en todos los municipios del país, así como también, ampliar las capacidades de lucha de las mujeres para mitigar los efectos negativos de las prácticas de discriminación de las mujeres en el escenario político; empoderar a las mujeres e incrementar su capacidad de influencia en los escenarios locales o comunales de toma de decisión, lo cual ayuda a reforzar su participación en el proceso de construcción de paz en el marco del proceso de paz iniciado en el año 2002.

En última instancia, se destacan las acciones de la Unión Europea y del Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM, por sus siglas en inglés). La Unión Europea financió un proyecto titulado “Las mujeres en la resolución de conflictos y construcción de la paz en Angola” en el año 2000, mediante el cual se admitía la necesidad de información y conocimiento acerca del papel jugado por las mujeres en la construcción de una paz duradera, tanto a nivel nacional, local o internacional. El proyecto jaló a muchas mujeres angoleñas interesadas en el empoderamiento cívico y político de las mujeres a través de su organización colectiva. Todo ello ayudó a elaborar y adoptar estrategias facilitadoras de procesos de reconciliación y reconstrucción. Por su parte, el UNIFEM desarrolló acciones

con el propósito de garantizar la participación de las mujeres en los procesos de paz. Establecido en Angola en 1993, el Fondo es integrado dentro del comité regional africano desde donde sigue apoyando a las mujeres angoleñas comprometidas con la paz y el desarrollo. Busca compartir experiencias de los diferentes procesos de paz florecidos en la región con ellas, resaltando la importancia de las mujeres en todo tipo de proceso de construcción de la paz y de reconciliación nacional.

No cabe duda de que estas y otras iniciativas de grupos de mujeres angoleñas con articulación internacional se insertan en el marco de las dinámicas favorables al *fortalecimiento de una sociedad civil* necesaria para la consolidación del proceso de restauración posbélica. En efecto, esta sociedad civil debe ir posicionándose fuertemente ante el imperante dominio de las elites políticas y militares angoleñas quienes, a lo largo de la historia, han relegado a un papel prácticamente marginal a otros actores políticos y sociales como las mujeres.

No obstante, para poder actuar como grupos de presión que asumen posiciones críticas ante la actuación gubernamental, con el fin de emprender la difícil tarea de rescatar el tejido social, impulsar el perdón y la reconciliación a escala comunitaria nacional en Angola, es ineludible una articulación de estos grupos de mujeres con otras asociaciones existentes, tales como los colectivos de diferente índole, incluyendo las plataformas integradas por las principales iglesias presentes en Angola –católica y protestante– como son la Conferencia Episcopal de Angola y Santo Tomé (CEAST) y el Comité Intereclesiástico para la Paz

La Unión Europea financió un proyecto titulado “Las mujeres en la resolución de conflictos y construcción de la paz en Angola” en el año 2000, mediante el cual se admitía la necesidad de información y conocimiento acerca del papel jugado por las mujeres en la construcción de una paz duradera, tanto a nivel nacional, local o internacional.

(COIEPA). Sin duda, las mismas se convierten en actores clave para contribuir a la capacitación de la sociedad civil, hacer denuncias y ejercer presiones sobre la actuación del gobierno, que también no deja de expresar su defensa de la participación de las mujeres en la prevención y resolución de conflictos, tal como lo declaró Filomena Delgado, ministra de la Familia y Promoción de la Mujer, el 28 de marzo de 2016 ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

En definitiva, estos grupos de mujeres buscan incorporarse a la esfera de la política y la toma de decisiones, asumiendo un mayor liderazgo en la reconstrucción comunitaria y en la reinserción social, y proporcionando una visión distanciada de la patriarcal (masculinidad y patriarcado) que promueve relaciones desiguales de género.

En el caso donde las organizaciones de mujeres comprometidas con la paz son asociadas a los partidos o movimientos políticos principales de Angola, cabe precisar que su presencia en el escenario político angolés es anterior a las organizaciones e iniciativas locales con dimensión internacional. En efecto, desde la lucha por la independencia hasta la actualidad, han existido y siguen existiendo en Angola organizaciones de mujeres ligadas a los partidos políticos principales de las cuales destacan la Organización de la Mujer Angoleña (OMA), el Comité de las Mujeres Rurales o Comité Nacional para la Promoción de la Mujer Rural (COMUR) y la Liga Independiente de la Mujer Angoleña (LIMA). Creada en 1962, la OMA se concibió como el único canal de representación de las mujeres en el marco de los procesos políticos impulsados bajo el amparo de MLPA. En las primeras etapas del proceso de paz, quiso liderar la participación de las mujeres en las negociaciones y los procesos de reconciliación nacional, recalando la feminización de la pobreza y advirtiendo en el carácter excluyente de un proceso de paz que no tendría en cuenta la participación de las mujeres. Sin embargo, su pretensión de liderazgo femenino en el proceso de paz no ha sido exitosa en la medida que su credibilidad pública fue minada por su relación tradicional con el partido oficialista (MPLA), por lo cual no logró incluir en sus órganos colegiados a mujeres de influencia de UNITA, organizadas en la LIMA. Aun así, sigue organizando actividades a favor del incremento de la participación de la mujer en la construcción de paz con el apoyo de MPLA. Prueba de ello es que en el mes de junio de 2015 la secretaria general de la OMA insistió en que su organización seguirá inspirando a las mujeres para ser verdaderas promotoras de la paz, y en marzo de 2016 la OMA definió un conjunto de acciones cuyo objetivo es impulsar la participación real de la mujer rural en el proceso de desarrollo y de paz.

Por otro lado, y de igual manera, el COMUR, presidido por la primera dama de la República de Angola, Ana Paula dos Santos, fue creado en el año 1992. El COMUR parte del planteamiento según el cual las mujeres angoleñas no tienen pleno acceso a ventajas ligadas a escenarios de la política, la economía, la educación y la salud, por lo cual centra sus acciones en las zonas rurales donde promueve el acceso de las mujeres a la escuela básica (alfabetización), los microcréditos, la salud sexual, reproductiva y materna en las áreas rurales y la capacitación en nuevas tecnologías. Considera que se requiere el fortalecimiento de competencias de las mujeres rurales en materia de asociacionismo, cultura y cuestiones de género, sobre todo en un país que viene de un largo período de guerra. Lo anterior es para que puedan participar en distintos procesos políticos, culturales, sociales desde sus territorios rurales, desocupados por los grupos beligerantes y llamados a ser transformados en espacios apacibles para vivir. Asimismo, busca potenciar las capacidades de las mujeres angoleñas para su participación en la construcción de la paz ya que durante la guerra fueron tanto las principales víctimas de la violencia como el principal pilar de la comunidad y el motor de la golpeada economía de subsistencia.

Por último, siendo el ala femenina de la UNITA, se señala a la LIMA, creada en 1973. Inicialmente tenía funciones y responsabilidades que eran muy similares a las de OMA en todo aquello que tenía que ver con la lucha por la libertad como organización femenina de UNITA: tenía el papel de difundir su ideología y luchar junto con los hombres, ayudando en el soporte de los combatientes en tiempos de guerra contra el colonialismo. Actualmente, teniendo en cuenta que la lucha contra la violencia doméstica es crucial para la construcción de paz, la LIMA se ha interesado en participar en la elaboración y la puesta en marcha de mecanismos de lucha contra este flagelo social. Prueba de ello es que ha participado activamente en las labores que desembocaron en la elaboración y la defensa de la Ley contra la Violencia Doméstica de 2011. Por otra parte, su presidenta, Miraldina Jamba, expresó en 2014 su satisfacción con el aumento del número de mujeres en el interior del partido de la UNITA, que se reflejó por el paso de 4 a 9 mujeres en el Parlamento tras las elecciones legislativas de 2012.

Ambas categorías de organizaciones de mujeres (de corte local-internacionalizada y con dimensión partidista oficialista y opositora) son, muchas veces, vinculadas a organizaciones de base de las *iglesias* y tienen la difícil tarea de rescatar el tejido asociativo existente y de articular y vertebrar nuevas propuestas, en sus roles de actores clave en los procesos de reconciliación y de construcción de paz, a escala territorial y nacional.

En definitiva, estos grupos de mujeres buscan incorporarse a la esfera de la política y la toma de decisiones, asumiendo un mayor liderazgo en la reconstrucción comunitaria y en la reinserción social, y proporcionando una visión distanciada de la patriarcal (masculinidad y patriarcado) que promueve relaciones desiguales de género.

Conclusión

Aunque se observa que en los Acuerdos de Paz de 2002 en Angola los temas relacionados con las mujeres en el conflicto y el posconflicto han sido obviados, las mujeres han ido tomando iniciativas propias para participar en diversos procesos de construcción de paz, los cuales van desde las reivindicaciones con perspectiva local para la emancipación de la mujer hasta la lucha a favor de los derechos de las mujeres víctimas de la guerra y contra la violencia doméstica, pasando por demandas de una mayor inclusión de las mujeres en espacios de toma de decisión. Cuando se sabe que los acuerdos derivados de las negociaciones de paz son la base del futuro de las sociedades en el posconflicto, no cabe duda de que los temas relacionados con las relaciones de género son tan importantes como los temas más políticos (participación política), económicos y territoriales. Sin embargo, al igual que en otras partes de África, donde suele prevalecer la idea según la cual la promoción de la participación de las mujeres en las mesas de negociación puede alienar algunos líderes y poner en riesgo el proceso de paz, los espacios de negociación de los acuerdos de paz en Angola excluyeron temas de igualdad y relaciones de género al considerar la mesa de negociación como un espacio de búsqueda de concreción del fin de las hostilidades.

A pesar de que los movimientos de las mujeres han acumulado avances significativos, sobre todo a partir del año 2002, todavía muestran limitaciones de acción e incidencia política por intereses politiqueros ajenos a la causa común y por carecer de capacidad de influencia, incidencia, coordinación y

recursos. Además, la gran diferenciación estructural existente entre ellas como colectivo es también una de las razones por las cuales no hay un fuerte movimiento (o coalición de organizaciones) de mujeres angoleñas con gran capacidad de incidencia política en la construcción de paz. Esto también se explica por el hecho de que la realidad social de las mujeres pobres en las zonas rurales o urbanas difiere mucho de la de las mujeres más “privilegiadas”, cercanas al oficialismo y a los poderosos grupos financieros afincados principalmente en el sector de producción petrolífera. Además, el gobierno de Dos Santos suele tener mayor influencia sobre estas asociaciones por su imposibilidad de independencia económica y política ante el gobierno.

Pero a pesar de estas limitaciones, son notables el interés, la implicación, las iniciativas y el activismo de sectores de la población femenina angoleña en los procesos de construcción de una paz duradera en esta etapa de posconflicto en la que se encuentra el país. Sin duda, esta etapa de la historia nacional está impregnada del deseo y la voluntad real de las mujeres de escribir una nueva historia para Angola, sin importar los déficits del fin de la guerra así como la existencia de numerosos y exigentes retos relacionados con ciertas amenazas a la seguridad ciudadana. En definitiva, Angola se encuentra ante la oportunidad de seguir cambiando el rumbo de su historia, marcada por el dolor y las secuelas de la guerra, y de continuar las luchas para un futuro esperanzador con mayor audacia, agilidad, compromiso y coordinación de las mujeres implicadas en el proceso de reconstrucción posbélico en el país.

EL CINE EN ÁFRICA. LA IMPORTANCIA DE LA COOPERACIÓN SUR-SUR

EL CINE EN ÁFRICA DATA DE LOS AÑOS CINCUENTA, PERO COMO EN EL RESTO DEL MUNDO, LA DIGITALIZACIÓN TAMBIÉN PRODUJO UNA DEMOCRATIZACIÓN, PERMITIENDO QUE MUCHOS PAÍSES COMENZARAN UN PROCESO DE VALORIZACIÓN Y AMPLIACIÓN DE SUS PRODUCCIONES. EL AUTOR, DIRECTOR DE VARIAS PELÍCULAS COPRODUCIDAS CON DISTINTOS PAÍSES DEL CONTINENTE, NOS NARRA LA IMPORTANCIA DE LA COOPERACIÓN SUR-SUR EN EL SÉPTIMO ARTE.

por PABLO CÉSAR. *Cineasta. Profesor en la Universidad del Cine de Buenos Aires*





Mi encuentro con el cine africano se remonta a los años ochenta, precisamente a 1986, cuando asistí por primera vez al Festival Internacional de Cine de Amiens (Francia). Este evento tiene su mirada puesta en la producción de películas en los países del Sur, América del Sur, África y Asia. Allí descubrí cineastas brillantes como Djibril Diop Mambéty (1945-1998), cineasta senegalés que dejó una breve pero creativa obra cinematográfica. Tuve acceso a una vasta información sobre películas dirigidas por cineastas africanos y empecé a conocer sus obras y sus búsquedas, así como también la estructura de producción de los países a los que pertenecían.

El cine en África data de los años cincuenta. La primera película dirigida por un cineasta africano se atribuye al sudanés Gadalla Gubara y fue un documental titulado *Song of Khartoum*. Posteriormente, en 1963 hace su aparición la película *Borom Sarret*, dirigida por uno de los precursores y casi *padre* del cine africano, Ousmane Sembène (1923-2007), quien fuera cineasta, escritor y activista político senegalés. Con sus obras, el cine del oeste africano hizo su ingreso por la puerta grande, tanto en los festivales de cine europeos como en salas comerciales.

Se puede decir que en sus comienzos al cine africano le resultaba un doble esfuerzo conseguir la financiación para la producción de las películas y su posterior difusión y estreno comercial. Pero a partir del año 2010, la tecnología digital colapsó la industria audiovisual y prácticamente en todo el planeta se ha dejado de utilizar el formato analógico, es decir el negativo de 35 mm. Esta digitalización del cine también produjo una *democratización* del mismo y, hoy por hoy, en todos los países los directores de cine gozan de las ventajas, rapidez y sencillez del cine numérico o digital. Esto ha permitido que países como Nigeria se subieran al podio en los últimos años. Nigeria, en el plano cinematográfico, es conocida como "Nollywood" por sus más de 1.200 largometrajes anuales, siguiendo en el podio de la producción audiovisual a la inalcanzable India, con 2.500 películas al año, mientras que Hollywood ocupa, por el momento, el tercer lugar, con menos de 500 largometrajes.

En cuanto a los festivales de cine, se desarrollan importantes encuentros en el continente africano. El Festival Internacional

de Cine Amateur de Kelibia (Túnez) nació en 1969 y es el festival más antiguo del continente africano. Los festivales de cine de Cartago (Túnez), Marrakech (Marruecos) y Durban (Sudáfrica), por mencionar algunos, se encuentran en lo más alto a nivel convocatoria de público así como también de producción general, mostrando las novedades y variedades del cine africano.

En este marco cabe destacar el festival de Burkina Faso, conocido como FESPACO, que cada dos años se realiza en Ouagadougou y cuyo acto de apertura se hace en el gran estadio de fútbol de la ciudad capital con la asistencia de más de veinticinco mil espectadores. Para la próxima edición, en febrero de 2017, se estima que estará finalizado el complejo Ciné-Guimbi, que contará con dos hermosas salas cinematográficas. El mismo se está construyendo, con apoyo de los productores, directores y fundaciones de cine de todo el mundo, 310 kilómetros al sudeste de Ouagadougou, en la ciudad de Bobo-Dioulasso. Por cierto, entre los orígenes de las palabras atribuidas casi siempre al latín, es mi deber informar que Bobo es una de las etnias más sabias del oeste africano junto con los Mandinga y los Dogón. Cuando en tiempo de las colonias los hombres fueron secuestrados de sus casas en sus tierras africanas, trasladados en barcos a América, se los identificó como si fueran una sola cultura "los africanos", pero no es así, todos los saben.

En África hay más de 2.500 etnias y los Bobo son una etnia con conocimientos muy precisos de las matemáticas y astronomía. Cuando el colonizador jugaba con ellos burlándose de sus orígenes, se destinó la expresión de "bobo" a alguien que tenía sus capacidades mentales disminuidas o que comete varias torpezas. Lo mismo sucedió con la etnia Mandinga, pero su maldición fue ser portadores de energías negativas: "Cosa de mandinga", atribuyendo esto a un supuesto ser endemoniado, simplemente porque las prácticas de las creencias de los Mandinga, Mandingue o Mandé eran totalmente diferentes a las de los colonizadores. En las próximas líneas compartiré mis experiencias de realización de películas en África, las cuales me llevaron a recorrer las culturas, historias y realidades de Túnez, Cabo Verde, Malí, Benín, Etiopía, Angola y Namibia y a trabajar en las primeras coproducciones argentino-africanas.



Túnez

Mi experiencia concreta con la realización de películas en África comienza en el año 1989 cuando fui invitado a ser jurado del Festival Internacional de Cine Amateur de Kelibia (Túnez) y fuera de competición se exhibió mi opera prima en 35 mm *La Sagrada Familia*. Este fue el inicio concreto de algo que yo mismo no me imaginaría que luego se fuera a desarrollar hasta mi presente.

Caí como dentro de un sueño cuando el primer llamado a la oración salía desde diversas mezquitas al mismo tiempo y yo estaba en un bungalow de hotel. Corrí a la recepción y desperté a un empleado para preguntarle qué eran esos sonidos tan penetrantes. Temía que fuera el anuncio de algún conflicto. Cuando me explicaron que se trataba del primer llamado a la oración no lo podía creer y allí vi el mar Mediterráneo transparente y en el borde unas mujeres bañándose con sus túnicas y luego unos muchachos jugando en la arena portando jazmines en sus orejas. Así fue como un despertar de algo que poco a poco se fue materializando en una idea. Tomé los libros de poetas vinculados al sufismo, como Saadi, Hafiz, Rumi, Khayyam y empecé a delinear una historia. Cinco relatos unidos de la mano de un ángel que se transformaba en demonio. Así nació *Equinoccio (el jardín de las rosas)*, que fue la primera coproducción entre la Argentina y Túnez y la primera hecha entre nuestro país y una nación africana. En 1990 filmamos la película y en 1991 se estrenó en ambos países.

Para su realización estudié durante un año la lengua árabe y trabajamos en francés. Fuimos cinco argentinos para filmar la película. Formalmente se hizo un contrato de coproducción entre mi empresa y la Federación Tunecina de Cine Amateur (FTCA). El concepto *amateur* lo defienden muchos para separar lo comercial de lo independiente. Pero en el seno de la FTCA plantean que el cine independiente es una utopía, pues siempre se depende de algo proveniente de la industria del cine. Que el cine independiente se separe del otro cine, para decir que no depende de un sistema, es una ilusión, dado que siempre se depende de algo en el marco del cine que, indefectiblemente, está atado al plano industrial. Se fabrican cámaras para vender millones y no un par, todo es parte de la industria.

Cabo Verde

Al concebir la película que hice en Túnez, también concebí, al mismo tiempo, una trilogía, pero la segunda y tercera partes tuvieron que esperar porque en el medio dirigí otra película que también tuvo un vínculo inesperado con una nación africana.

Así, en 1992 junto a mi amigo Gustavo Viau escribimos el guión de *Fuego gris*. Sin diálogos, el personaje de Marita iba corriendo por los túneles pluviales de la ciudad de Buenos Aires en busca de la luz hacia su centro interior. Escribimos el guión pensando que Luis Alberto Spinetta aceptaría participar en la película y aunque cabía la posibilidad de que dijera que no, nos recibió y aceptó componer todas las canciones del film.

Había dos escenas en el guión donde el personaje tenía contacto con la naturaleza y había que filmar en muchos espacios naturales como montañas de diversos colores, aguas transparentes, arenas blancas, arenas negras, bosques... En esos años, recorrer el país con un equipo de rodaje era muy caro y el productor de la película me dijo que tenía un contacto con una aerolínea rusa y una empresa en unas islas donde el avión hacía escala antes de tocar Moscú: la República de Cabo Verde. Así fue como filmamos escenas de la película en ese lugar tan especial.

En 1996 continué la trilogía con la segunda parte, *Unicornio (el jardín de las frutas)*, la cual fue rodada en India, siendo también la primera coproducción de la Argentina con este país.

Malí

En 1998 retomé el camino con África y filmé la tercera parte de la trilogía, *Afrodita (el jardín de los perfumes)*. Esta experiencia fue una de las más impactantes. Quería filmar en el corazón del África Subsahariana. El lugar elegido fue la República de Malí. Realicé dos viajes previos para definir locaciones, casting y, por sobre todas las cosas, obtener el interés de las autoridades locales para participar en la coproducción. Firmé con el Centro Nacional de Cine de Malí un contrato de coproducción con aportes del 70% argentino y 30% malí.

La historia transcurría en dos lugares. El comienzo y el final de la película transcurrían en el norte de Malí, en Gao, a pocos kilómetros de la mítica y milenaria ciudad de Tombuctú, y la parte central se rodaría en lo que se conoce como País Dogón. Las aldeas dogón son construidas a modo de espejo, pues ellos consideran la gemeliparidad de la conciencia, la dualidad del ser humano como la esencia fundamental desde la que todo parte. A un costado del camino es una aldea, al otro es una igual en espejo. Este sorprendente mundo llegó a mí desde el primer día, cuando uno de los habitantes nos ofreció la cabeza de un corde-ro para comer, considerada la parte más sagrada del animal en caso de ofrenda.

Mi asistente de dirección, Assane Kouyaté (diplomado en cinematografía en la escuela de Moscú), me dijo que lo que se plan-

Esta digitalización del cine también produjo una democratización del mismo y, hoy por hoy, en todos los países los directores de cine gozan de las ventajas, rapidez y sencillez del cine numérico o digital. Esto ha permitido que países como Nigeria se subieran al podio en los últimos años.

teaba en el guión de la película, esa convivencia entre la realidad tangible, la del sueño y la de lo imaginario, está expresado en la cosmogonía dogón. Para ellos el comienzo de todo es una sucesión de planos vibrantes, descrita en cuatro etapas. Primero el sonido, representado en la unidad de Amma, el creador. Amma o Amén, Amón o el Aúmm, Omm, es la primera vibración, el origen de toda imagen creada en el universo. La física cuántica, la teoría de las cuerdas, explica de modo más tecnológico y moderno lo que está descrito en el fascinante libro *Le Renard Pâle (El Zorro Pálido)* de los etnólogos franceses Marcel Griaule y Germaine Dieterlen y también en *Dios de Agua*, de Griaule. El primer viaje que hice a Malí fue en enero de 1997. Llegué a Bamako, y todo el equipo del Centro Nacional de Cine estaba en pleno rodaje de la película *El Génesis*, dirigida por Cheick Oumar Sissoko, un gran cineasta de Malí. Allí conversé con todos contándoles mi plan de hacer la tercera parte de la trilogía y estuvieron de acuerdo. El segundo viaje lo hice en agosto de 1997, cuando firmamos el contrato de coproducción. Luego hice los trámites en el INCAA, del cual obtuve un magro apoyo para realizar la película.

El rodaje de *Afrodita (el jardín de los perfumes)* fue difícil. El dinero del INCAA llegó con retraso y viajamos en abril de 1998 en pleno verano del Sahara. La temperatura no bajaba de los 52 grados centígrados, salvo por las noches que llegaba a 43 grados. Estuvimos en una aldea típica del pueblo dogón. En esa región no había hoteles, así que dormimos en las propias chozas de los dogón. Luego de 25 días de variadas experiencias fuimos a Gao con el objeto de filmar una caravana de tuaregs. No era sencillo y teníamos la inquietud de si habría o no tuaregs para proponerles participar en la película. Encontramos un grupo que había parado para hacer trueques de alimentos y el personal del Centro Nacional de Cine de Malí se dispuso a hablar con los jefes tuaregs con un intérprete que traducía de la lengua *bambara* al *tamaché*. Mientras, yo esperaba junto con tres tuaregs que me miraban detrás de sus paños que cubrían el rostro. Solo les veía los ojos brillantes y la piel aceitunada que apenas asomaba. Se me ocurrió recitarles la primera Sura del Corán, dado que yo lo había leído cuando había hecho la película en Túnez y lo escribí en la arena. Al finalizar, los tres tuaregs se fueron corriendo a informarles de este hecho a sus compañeros que aún discutían el precio de alquiler de la caravana para la película. Temí haber cometido alguna imprudencia, pero vinieron todos corriendo y me dijeron que no iban a cobrarnos porque yo era un verdadero hermano. Les intenté explicar que solo lo había hecho desde el fondo de mi corazón para compartir un momento, pero que yo no era practicante

de ninguna religión. No hubo caso, ellos nos brindaron una atención propia de las Mil y Una Noches, nos ofrecieron deliciosos dátiles y arroz con cordero. Actuaron brillantemente para la secuencia final de la película sin cobrar un solo centavo.

La película se rodó pero con sorpresas al final. Al regresar a la Argentina, una valija que contenía 30 latas de 35 mm, la mitad con material filmado, justamente de la caravana, no llegó nunca. Tuvimos que regresar a Gao y filmar nuevamente la secuencia del final. Buscamos en todas partes y esa valija nunca apareció. Fue la retoma más cara de mi vida y la más complicada. Realmente todavía no sé cómo fue que encontramos algunos integrantes de la caravana original, quienes accedieron a repetir la secuencia. La recepción fue increíble. Nos dijeron que nos estaban extrañando.

Entre 1998 y 2010 hice dos películas en la Argentina. Con la crisis del año 2001, no era sencillo salir con grupos de actores y técnicos a filmar al exterior. La devaluación y la hiperinflación hicieron imposible planear otro proyecto en el corazón africano. Había estado en octubre del año 2000 en Sudán realizando una selección de lugares y de gente con la idea de hacer una película, incluso llegué a firmar un contrato de coproducción con la empresa Mahdi Art Film, cuya base se encuentra en Khartoum, pero la crisis hizo que tuviera que echar atrás el proyecto.



Benín

El tema de la invisibilización de los afroargentinos fue algo que me impactó desde que había hecho *Afrodita (el jardín de los perfumes)* pues, de acuerdo con la reglamentación del INCAA, para que aprueben una coproducción tiene que haber un mínimo de dos actores argentinos en roles principales o secundarios. Como esa historia transcurría en un territorio dogón en el corazón del desierto, tuve que buscar un actor argentino negro. No fue fácil. En esa búsqueda conocí la historia de la Argentina negra invisibilizada, descubriendo día a día la importancia que tuvo en nuestra formación educativa el sello de los pueblos del África. Investigando llegué a la conclusión de que se podía hacer una película de ficción que tocara este tema.

Hablé con Jerónimo Toubes, elaboramos una idea y él escribió un primer guión titulado *Orillas*. En mayo de 2008 viajamos a Benín. Estuvimos haciendo un recorrido sin haber contactado a las autoridades oficiales, a las que no se las veía muy amigables para invertir dinero en una coproducción cinematográfica. Allí el Centro Cinematográfico de Benín, que depende directamente del Ministerio de Cultura, tiene un magro presupuesto. Cada proyecto debe ser preaprobado por el director de la Cinematografía de Benín y luego aprobado por el ministro de Cultura. No era nada sencillo. Con Jerónimo hicimos un primer viaje y exploramos algunos lugares. Nos llamó la atención la ciudad de Ouidah, antiguo puerto de donde salían los barcos cargados de personas secuestradas que serían los futuros esclavos en América. Aún hoy existen restos de los árboles a los que denominaban "El Árbol del Olvido": allí los hacían dar siete vueltas, y en la séptima, debían haberse olvidado de toda su historia. Luego los pasaban debajo de un arco, antes de subir a los barcos. En ese arco estaba escrito: "La Puerta del No Retorno".

Otro lugar que nos gustó mucho para filmar era la ciudad flotante de Ganvié, la Venecia africana. Sus habitantes vivían en la tierra antiguamente pero tuvieron problemas con una aldea vecina. Los conflictos llegaron a las armas. Entonces, como la aldea beligerante tenía un tabú con el agua, los otros construyeron sus casas sobre el agua y dejaron de existir los problemas. El hecho es que hoy Ganvié es un mundo de casas flotantes muy pintorescas, incluso tienen almacenes y restaurantes, todo disponible para ellos y eventuales viajeros ocasionales.

En febrero de 2009 viajé a Benín con el productor ejecutivo Pablo Ballester. Tuvimos un excelente encuentro con Akalá Akambi, director de la Cinematografía de Benín. El encuentro fue en Cotonou y realizamos un viaje de exploración a Sakété, una aldea completamente Yoruba en medio de la selva. Era muy importante conseguir una aldea Yoruba pues en la película se pretendía mostrar las raíces de lo que luego fue la religión Umbanda, Kimbanda, Santería, Candomblé. Yoruba no es una religión sino un culto y una cosmogonía. En este culto se habla de energías cósmicas que existen en el universo, cuya combinación permite la creación de todo lo que vemos (y lo que no vemos) a nuestro alrededor. La película era básicamente dos historias, una transcurría en la Argentina y otra en Benín y en algún momento se cruzaban. En la Argentina el lugar elegido fue la Isla Maciel, frente a La Boca. Este lugar es paradigmático de la cultura negra en nuestro país.

Costó mucho armar la producción de esta película y finalmente firmamos el contrato de coproducción con la Dirección de la Cinematografía de Benín. El 26 de febrero de 2010 iniciamos el rodaje en la localidad de Ouidah, con dos ceremonias del culto Yoruba que tenían que ver con la historia del personaje de Babarimissá, su enfermedad de nacimiento y la desesperación de su madre en salvar su vida a toda costa, a pesar de que ella no creía en los Orishás, las energías vibrantes del culto Yoruba. El rodaje en Sakété también tuvo su color especialmente en la ceremonia del Egungún, que supuestamente es un maestro espiritual que encarna un espíritu. Si durante el ritual el Egungún (cuyo rostro no se ve) se acerca a alguien, es porque esa persona tiene algo que revisar de su vida. Akalá convocó a cuatro Egungunes de diferentes regiones de Benín. Son como pastores pero de creencias animistas. En un momento le pedimos a uno de ellos que pasara cerca de una casilla, una choza muy pintoresca, y casi lo matan los aldeanos porque, supuestamente, en el interior de la choza había un tabú y el Egungún no podía acercarse.

El rodaje continuó en Ganvié y luego en la Argentina, donde rodamos durante un mes las escenas de la otra historia, la de Shantas y su entorno. La película *Orillas* se estrenó a fines de 2011 en los cines en la Argentina. Luego se presentó en Benín, en el Festival Internacional de Cine de Ouidah, donde obtuvo el Premio del Público y Premio Especial del Jurado.

Angola y Etiopía

A principios de 2012 me llamaron del INCAA solicitándome la película *Orillas*, debido a que se realizaría una muestra de películas argentinas en Angola y que iban a subtitarlas al portugués en el marco de la Feria de las Industrias Argentinas, cuya apertura estaría a cargo de la presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner.

En mayo fue el evento oficial en Luanda y fui invitado por el INCAA para integrar la delegación oficial del organismo. Mi película se exhibió en la feria y allí conocí a Pedro Ramalho, director del Instituto Angolano de Cinema, con quien conversamos acerca de la posibilidad de realizar una coproducción entre ambos países.

En septiembre de 2012 Ramalho me invitó a presentar *Orillas* al V Festival Internacional de Cine de Luanda y le acerqué la primera versión de un guión que escribimos con Liliana Nadal titulado *Los Dioses de Agua*. En el tiempo que había transcurrido, estuve investigando cierta proximidad con el pueblo Dogón que podía llegar a tener la etnia Tchokwe que habita en el norte de Angola y en el sur de la República Democrática del Congo. Los sabios Tchokwe, los Soba, son personas que conocen los secretos de la Geometría Sona. Esta geometría es milenaria, no se conoce un origen preciso. Fue el etnomatemático mozambiqueño Paulus Gerdes quien, en una veintena de libros, logró descifrar algunos de los misterios de estos dibujos entre los que está el Teorema de Pitágoras. El dibujo de los Tchokwe se realiza en la arena y una vez que se inicia no se puede detener ni tampoco ir hacia atrás. Debe ser perfectamente simétrico, tener un carácter de enigma, de laberinto y, al mismo tiempo, representar una forma que puede tener apariencia de animal. Gerdes fue descubriendo los patrones que guiaban estas imágenes. Estuve en contacto con él y habíamos quedado en mostrarle mi película

una vez que la terminara, pero lamentablemente falleció.

También desgraciadamente los sabios Tchokwe han desaparecido. La guerra fratricida de Angola, de casi 30 años, diezmó la población. Los Tchokwe, conocedores de los verdaderos significados de la cosmogonía en cuestión, fueron asesinados y otros huyeron del país. Hasta ahora no se ha podido obtener otra información de lo descubierto por Gerdes, que es un verdadero legado para la humanidad que pone en tela de juicio la evolución de nuestra actual civilización y hace entrar en la duda de si hubo una sociedad mucho más avanzada hace miles de años. Justamente este es el tema de *Los Dioses de Agua*. Entre los aportes valiosos hechos por Griaule y su equipo de etnólogos y la obra de Gerdes, concebí una historia que pudiera unir los universos escondidos en lenguajes de dibujos. Así fue como también llegué a los telares de los Qôm y los Wichi en el norte argentino.

En febrero de 2013 el guión había evolucionado notablemente y teníamos un tercer país participante: Etiopía. La película concluía con la desesperada búsqueda de la más mínima información del personaje principal, Hermes, un antropólogo argentino, que pudiera dar respuesta al enigma de las avanzadas civilizaciones que existieron en el planeta hace miles de años. Axum, la ciudad de los obeliscos, y Lalibela, la ciudad de los templos escondidos bajo tierra, con formas de cruces (vistas únicamente desde el cielo) serían el escenario final de *Los Dioses de Agua*. A mediados de febrero de 2013 fui a Angola a intentar ver a la ministra de Cultura, Rosa Cruz e Silva, y en este tercer intento tuve una luz en el camino, ya que nos comunicó que tenía mucho interés en estudiar el proyecto y que comenzáramos a trabajar con el ministerio el borrador del contrato de coproducción y el presupuesto. Finalmente, el aporte argentino estaría en el orden de los 700 mil y el angoleño 300 mil euros. De Angola fui a Etiopía para ver la posibilidad de rodar allí. Tuve una reunión

Nigeria, en el plano cinematográfico, es conocida como "Nollywood" por sus más de 1.200 largometrajes anuales, siguiendo en el podio de la producción audiovisual a la inalcanzable India, con sus 2.500 películas al año, mientras que Hollywood ocupa, por el momento, el tercer lugar, con menos de 500 largometrajes.

con Abraham Haile Biru, presidente de una pequeña empresa de realización audiovisual y también director de una escuela de cine en Adís Abeba y firmamos un contrato de coproducción. En septiembre llegamos con un equipo de diez técnicos y actores argentinos a Angola para filmar la película. El día previo al rodaje firmamos el contrato de coproducción ante unos cincuenta periodistas que asistieron al acto donde la ministra de Cultura y el embajador argentino estuvieron presentes. El rodaje fue de lo más colorido en todos los sentidos. Los colores del África nos acompañaron en todo momento. La inexperiencia de muchos angoleños en el cine profesional sirvió tanto para ellos como para nosotros de una lección importante de vida y de intercambio donde el aporte realizado por el Ministerio de Cultura de Angola sirvió tan solo como una capacitación profesional. Llevamos casi una tonelada de equipos de rodaje, dado que la brillante sugerencia del director de Fotografía, Carlos Ferro, de utilizar lentes anamórficos, hizo que el peso se multiplicara. Y por supuesto, fue rodada en 35 mm.

La artista formoseña Charo Bogarin, integrante del hermoso grupo Tonolec, viajó con nosotros. El actor Juan Palomino representó una escena de rescate cultural y de integración y fusión única en una escena de un sueño de Hermes. En este sueño aparece Charo cantando en lengua Qôm, rodeada de percusionistas tradicionales de la cultura Tchokwe ejecutando sus *tamtanes*, los ritmos tchokwe destinados a la iluminación interior. El resultado fue muy bello.

Tuvimos un episodio desgraciado en un avión que nos ofreció la fuerza aérea de Angola para llevarnos desde Malanje hasta Dundo y desde Dundo hacia Luanda. En el último trayecto, los pilotos ucranianos hicieron una escala no prevista en el recorrido a los 20 minutos de haber despegado de Dundo. Allí hicieron subir a unas 15 personas que no tenían nada que ver con nosotros, encerraron a tres habitantes de Malí en el baño del avión y pretendían hacer despegar ese bimotor con nosotros que éramos unos 30 (entre argentinos y angoleños). El resultado fue que no permitimos que el avión despegara. Lamentablemente esto fue lo único que los medios de comunicación del *establishment* publicaron. Nada de todo lo que describí previamente les interesó para hacer una nota. Ni siquiera resaltar la actividad industrial, comercial y cultural del cine y la cooperación Sur-Sur.

Una vez finalizado el rodaje en Angola nos trasladamos a Etiopía, donde tuvimos una suerte de luna de miel con las culturas ancestrales. Cada día de rodaje fue vivido por todo el equipo como un regocijo del alma en el plano estructural.

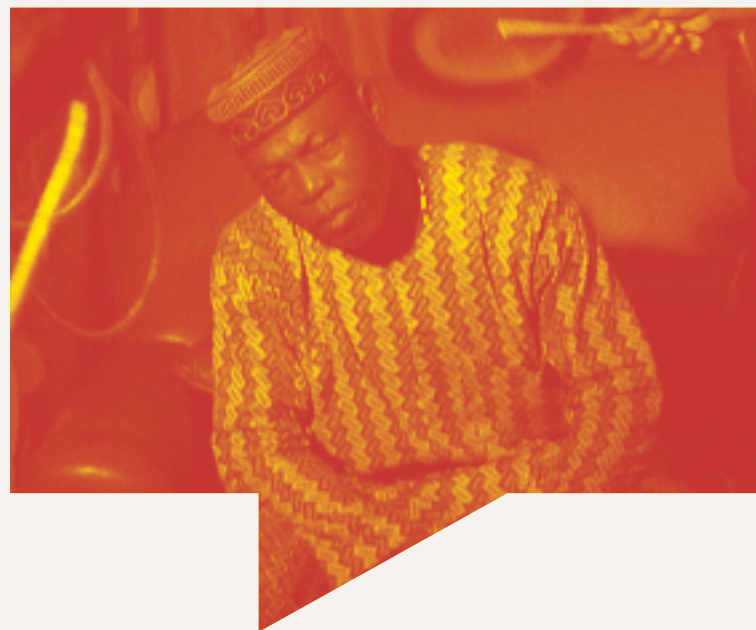
En octubre de 2015 *Los Dioses de Agua* obtuvo el Premio a la Mejor Película Extranjera y Premio Mejor Director en el Festival Internacional de Cine de Houston. Un año antes la película había abierto la Sección Panorama Mundial en el Festival Internacional de Cine de India (IFFI) que se realiza en el estado de Goa.

Namibia

En cuanto terminé de rodar *Los Dioses de Agua* pensé que la película necesitaría una segunda parte. La ubiqué también en la región del sur de África. Estuve observando la antigüedad de la lengua de los Damara, una casi extinguida etnia que se encuentra en lo que hoy es Namibia, y encontré la particularidad del sonido que se caracteriza por una sucesión de “clics” que se expresan en determinados momentos. Son cuatro sonidos diferentes, cuatro formas de clics que expresan y redondean una idea. Esta lengua es una de las más antiguas del planeta. Necesitaba mostrar al personaje principal habituado en algún lugar de África con los sonidos, dado que *El Cielo Escondido* estaría localizado en esta idea de los planos vibrantes como origen de la creación del mundo.

A través de una red social ubiqué al organismo oficial de cine de Namibia, la Namibia Film Commission (NFC) y les transmití mi idea de trabajar en una coproducción para poder rescatar culturalmente ciertos valores de ambos territorios a través de una película de ficción. Los del NFC me explicaron que podían recibirme pero que lo ideal sería que yo encontrara un productor de cine namibio a los efectos de lograr un acuerdo. De la misma manera, me contactó un productor de cine de Namibia, Pedro Mendoza, y coordinamos un encuentro y un viaje de búsqueda de locaciones incluyendo un casting.

En febrero de 2015 viajé a Namibia junto a Pablo Ballester. Llegamos a Windhoek y nos encontramos con el equipo de Pedro Mendoza. Estuvimos buscando barcos encallados en lo que se conoce como “La Costa de los Esqueletos” y visitamos una aldea damara y un museo vivo de los Damara. En dos semanas habíamos encontrado casi todo lo necesario.



En marzo de 2015, una vez en la Argentina, convinimos con Pedro Mendoza en firmar un contrato de coproducción con un aporte argentino del 70% y un aporte namibio del 30% de la producción de la película. En septiembre de 2015 viajamos a Namibia y filmamos durante cuatro semanas parte de *El Cielo Escondido*. También esta vez con una tonelada de equipaje de cámara. Un equipo de 10 argentinos y 20 namibios constituyó el grueso del *staff* permanente durante el rodaje. Hermes fue interpretado por Pablo Padilla, de quien destaco el gran valor de haberse estudiado la fonética de las frases que tuvo que decir en la lengua del pueblo Damara Khoe-Khoe, o también conocida coloquialmente como *la lengua de los clics*. Pablo Padilla tuvo un profesor de la lengua Khoe-Khoe durante todo el rodaje. Además de los decorados que había visto en el viaje de búsqueda de locaciones, estuvimos en Kolmanskuppe, una ciudad abandonada en medio del Desierto del Namib. Entre las dunas se pueden ver caserones hermosos que fueron parte de la invasión de alemanes. Por todas partes, como las flores en primavera, los diamantes *brotaban* en toneladas. Una vez que se acabaron los diamantes, los alemanes dejaron el lugar. Las casas quedaron abandonadas y nadie más las habitó. El broche de oro fue el viaje en globo sobre la Reserva Natural Namib Rand. Nuestra llegada al lugar fue un espectáculo. Probablemente fueron de los cuatro días más hermosos que tuve. Desde el globo se filmó la escena de Hermes junto a Theo, su amigo damara, y junto a Lavinia, una trabajadora de una ONG que buscaba concientizar en las aldeas sobre el grave tema de la extirpación del clítoris, tradición por cierto africana y no musulmana como se malinterpreta muchas veces. *El Cielo Escondido* se estrenó en agosto de 2016 en la Argentina y luego se exhibirá en Namibia.

A modo de cierre

Creo que, con estas experiencias, está claramente demostrado que se pueden realizar coproducciones entre América del Sur, África, Asia. No siempre el dinero está en Europa y en Estados Unidos, digamos el norte ficticio del planeta. También está a los costados. Producir, intercambiar experiencias, rescatar culturalmente los valores, conocimientos ancestrales de los pueblos de nuestros territorios, lograr acuerdos industriales y comerciales, capacitación aquí y allá y encontrarse con uno mismo.

Me despidió con estas últimas frases a los 12 días del mes de agosto de 2016 estando, sorprendentemente, en la ciudad de Kelibia, en Túnez, en el mismo festival de cine donde me invitaron por primera vez en 1989, donde nació todo mi encuentro, o reencuentro, con los hermanos africanos. He sido invitado para dar un coloquio que tuvo lugar en la Escuela de Pesca sobre la temática "El Cine y la Cooperación Sur-Sur". Este coloquio, o seminario, lo he dado el año pasado en Nador (Marruecos), Goa (India), Grahamstown (Sudáfrica) y Ouagadougou (Burkina Faso). Estoy convencido de que estos vínculos tendrán su fruto, su expansión en las mentes y en los actos de nuevas generaciones y que podamos encontrar una manera de hacer fluida la producción entre estos continentes hermanos con quienes tenemos historias y culturas comunes tan aparentemente distintas por la manera como las difunden a través de los grandes medios de comunicación, pero que guardan lazos muy fuertes, ancestrales, imposibles de romper.

Los sabios Tchokwe, los Soba, son personas que conocen los secretos de la Geometría Sona. Esta geometría es milenaria, no se conoce un origen preciso. Fue el etnomatemático mozambiqueño Paulus Gerdes quien, en una veintena de libros, logró descifrar algunos de los misterios de estos dibujos entre los que está el Teorema de Pitágoras.



POR UNA COOPERACIÓN SUR-SUR ENRIQUECEDORA E INCLUSIVA

por **CIPDH**. Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos es un Centro de Categoría II de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) dedicado a los Derechos Humanos a nivel internacional que funciona en el ámbito del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación Argentina como un organismo descentralizado

por **PIERRE SANÉ**. Fundador y presidente del Instituto "Imagine África". Ex director adjunto para Ciencias Sociales y Humanas de UNESCO. M. Sc. in Public Administration and Public Policy, London School of Economic



COMO RESPUESTA AL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN QUE CONDUJO A UNA LÓGICA PROTECCIONISTA EN LOS PAÍSES CENTRALES, CON EFECTOS ALTAMENTE NEGATIVOS PARA NUESTROS PUEBLOS, LOS ESTADOS DEL SUR DIERON MUESTRAS, EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, DE SU DETERMINACIÓN DE UNIR FUERZAS PARA LIBERARSE DE LA DEPENDENCIA DE LAS GRANDES POTENCIAS DEL NORTE Y CONSTRUIR UNA RELACIÓN DEMOCRÁTICA ENTRE IGUALES QUE FACILITE LA CONSTRUCCIÓN DE UN MUNDO MULTIPOLAR. ¿SERÁ POSIBLE MANTENER ESTOS LINEAMIENTOS EN EL NUEVO ESCENARIO MUNDIAL?

E

l Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos (CIPDH) tiene como mandato contribuir a la consolidación del sistema democrático y la vigencia de los derechos humanos, con foco en los valores de la vida, la libertad y la dignidad humana a nivel internacional. Es un organismo que posee un papel innovador de coordinación y vehiculización de redes, especialmente conectando a la sociedad civil con los gobiernos de los Estados miembros y las redes de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), fortaleciendo y difundiendo las experiencias de los distintos sectores e instituciones, grupos de investigadores, organismos internacionales, universidades y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, y considerando que la cooperación internacional constituye un instrumento fundamental para fortalecer y complementar las capacidades institucionales.

De este modo, el CIPDH desarrolla sus actividades promoviendo instancias de diálogo e interacción estratégica con el objetivo de generar sinergias que permitan la promoción y la protección de los derechos humanos atendiendo los nuevos desafíos que el escenario mundial plantea: asegurar la defensa y consagración de la vida y la dignidad humana, en un contexto de paz sostenible y no agresiva con el ambiente. En esta línea de acción y en conmemoración del Día del Patrimonio Mundial Africano, proclamado por la UNESCO el 5 de mayo, y del Día Mundial de África, celebrado el 25 de mayo, el CIPDH llevó adelante “África en movimiento”.

A través de diversas actividades –conferencias, exhibiciones artísticas y charlas debate–, “África en Movimiento” propuso un acercamiento al valor de la cultura, la historia y las riquezas africanas, reconociendo que la preservación y valorización de la diversidad cultural y del patrimonio reafirman la dignidad de los pueblos, enaltecen su historia y los empodera como pueblos soberanos. Más aún, valorizar la cultura nutre las capacidades y contribuye al desarrollo humano de las comunidades, aportando en el camino de la paz, la cohesión social, el respeto mutuo y el entendimiento entre individuos y grupos.

En este marco, Pierre Sané analizó las contribuciones y desafíos de la cooperación Sur-Sur entre América latina y África en el actual contexto internacional y presentó la iniciativa “Afro-Latina”, la cual pretende la conformación de un foro de reflexión permanente entre ambas regiones.

La globalización condujo a una lógica del “cada uno para sí mismo” que tuvo efectos negativos en el comercio con África. Pero paradójicamente, asimismo permitió el desarrollo de nuevas convergencias de intereses y de complementariedades económicas entre África, Asia y América latina que están reconfigurando las relaciones internacionales.



La Cooperación Sur-Sur afro-latinoamericana

Entre los analistas que lamentan la marginación de África en el proceso de globalización, bastante pocos se preocupan por saber por qué y a través de qué trabas políticas y económicas se la excluye de las nuevas oportunidades de prosperidad. Menos frecuentes aún son los defensores de las recetas neoliberales capaces de imaginar para África un futuro diferente del de su dependencia funcional respecto de Occidente.

Sin embargo, el ingreso de Rusia, China, India, los países del Golfo Árabe, Brasil y Argentina, entre otros, a la escena económica mundial, las fluctuaciones del precio del petróleo, la revalorización estratégica de los recursos naturales que África posee y las promesas de los mercados africanos, han cambiado la situación durante los primeros años del presente siglo. La urgencia de las nuevas potencias económicas latinoamericanas y asiáticas por fortalecer sus intercambios con África no ha dejado desde entonces de cuestionar el afro-pesimismo ampliamente extendido en los círculos dirigentes, incluidos los africanos, a partir de los noventa.

Cabe señalar que, al deslegitimar los discursos ideológicos surgidos de la conferencia de Bandung de 1955 sobre la solidaridad del Tercer Mundo, la globalización condujo a una lógica del “cada uno para sí mismo” que tuvo efectos negativos en el comercio con África. Pero paradójicamente, asimismo permitió el desarrollo de nuevas convergencias de intereses y de complementariedades económicas entre África, Asia y América latina que están reconfigurando las relaciones internacionales.

Los éxitos de las tres cumbres África-América del Sur (ASA) –Nigeria (2006), Venezuela (2009) y Guinea Ecuatorial (2013)–, las dificultades que encuentran los africanos para firmar acuerdos de cooperación económica (ACE) con la Unión Europea, y la creciente resistencia a las condiciones impuestas por el Banco Mundial para sus préstamos, son ejemplos significativos de este cambio en las relaciones de fuerza a escala mundial, que marca

un viraje en las relaciones entre África y América latina, focalizándose en el reforzamiento de las cooperaciones socioeconómicas Sur-Sur.

El Sur da muestras de su determinación de unir fuerzas para liberarse de la dependencia de las grandes potencias del Norte, así como de la voluntad de construir una relación democrática entre iguales que facilite la construcción de un mundo multipolar.

La misma globalización impiadosa que había relegado a África al rango de “continente perdido”, hoy le ofrece nuevas perspectivas para salir del coto cerrado de la dominación poscolonial y construir otro tipo de cooperación con América latina y el Caribe. Esta reconexión, facilitada por una muy larga historia de intercambios entre los dos continentes, de ahora en más debe realizarse sobre las sólidas bases de la interdependencia política y económica, ya que el desarrollo del Sur depende de las asociaciones internacionales que lleve adelante.

Tanto África como América latina tienen necesidad de socios que aporten nuevas capacidades, tanto *expertise* como recursos, para hacer frente a los desafíos que los dos continentes enfrentan en la actualidad. La cooperación entre África y América latina es por cierto embrionaria, pero crece a ritmo rápido. En el plano económico, algunos países, como Brasil y Venezuela por un lado, y África del Sur y los países petroleros por el otro, la llevan adelante. Globalmente está caracterizada por un desequilibrio comercial en beneficio de América latina, y si bien las iniciativas son cada vez más numerosas y variadas, a menudo responden ante todo a consideraciones del desarrollo nacional. El ejemplo más patente es el del fortísimo interés de Brasil por los biocombustibles, que se han transformado en prioridad. Por su parte, África puede aprender de la experiencia de los países de América latina en lo que hace al papel que juegan el Estado y las políticas públicas en pos de diversificar la economía, crear empleos, levantar las barreras a la creación de empresas, atraer inversiones, asegurar una transferencia eficaz de tecnología y de *savoir-faire*.



Una cooperación que suscita interrogantes

Si bien la cooperación con América latina genera muchas esperanzas en África, las ambiciones puestas de manifiesto por los países americanos y sus intereses particulares en los recursos naturales no deja de suscitar interrogantes e inquietudes en sus socios africanos. Las enseñanzas del pasado (tráfico de esclavos, reparto colonial, prácticas neocoloniales) llevan a la nueva generación de líderes africanos a plantearse interrogantes que permitan anticiparse al futuro de este acercamiento:

- ▶ ¿El renacimiento de la cooperación afro-latinoamericana podría crear una dinámica favorable para el despegue de África y ayudarla a sacar conclusiones a partir del fracaso de la asistencia para el desarrollo?
- ▶ ¿La cooperación orientada hacia el campo comercial entre África y América latina no se realizará, en el largo plazo, en detrimento del continente africano?
- ▶ ¿El modo como latinoamericanos y brasileños se precipitan sobre los recursos naturales africanos no corre el riesgo de conducir a los mismos resultados que el colonialismo europeo?
- ▶ ¿Cómo hacer para que una verdadera cooperación Sur-Sur, perdurable en el tiempo, se implemente sin reproducir dependencias pasadas?
- ▶ ¿Los acuerdos a nivel bilateral favorecidos por los socios latinoamericanos no pondrían en tela de juicio las políticas de integración regional deseadas por la Unión Africana y los pueblos africanos?
- ▶ La competitividad de los productos latinoamericanos que se apoya en el poderío financiero de sus países de origen, ¿acaso no decretaría la muerte de la pequeña y naciente industria africana?
- ▶ Los colosales préstamos financieros acordados por el momento a tasas ventajosas, ¿no arrastrarían poco a poco a los países africanos a un nuevo círculo vicioso de endeudamiento?

Estas son algunas de las preguntas que surgen a partir de la aceleración del fortalecimiento de los lazos entre América latina y África. Preguntas pertinentes y legítimas que interpelan tanto a quienes toman decisiones políticas y económicas cuanto a los líderes de la sociedad civil. Preguntas a las que deberían prestar atención aquellos que operan en pos de una beneficiosa y sustentable cooperación para todos, entre África y América latina. Aún más, no es posible encarar el contexto internacional actual sin una profunda reflexión acerca de la naturaleza y sobre todo las consecuencias de la crisis económica y fiscal global. ¿Qué repercusiones deben esperarse de una eventual cooperación afro-americana? ¿Debemos temer un debilitamiento sensible de África? ¿En qué aspectos y a partir de cuándo? ¿Cómo tratar de paliar los mayores efectos de la crisis en curso?



La necesidad de un foro de reflexión sobre la cooperación África-América latina

Si bien existen encuentros a muy alto nivel político entre africanos y sudamericanos, como el ASA, los políticos y quienes actúan en el mundo de los negocios, la investigación científica y la sociedad civil en general de los dos continentes no disponen aún de un verdadero foro para intercambiar y reflexionar en conjunto acerca de los desafíos que plantea esta nueva asociación, no solo en sus países y regiones, sino también en el mundo.

Por cierto, tanto aquí como allá hay foros de intercambios y consulta puntuales entre especialistas de las dos regiones, los cuales tienen que ver con cuestiones específicas (finanzas, *import-export*, industrias, infraestructuras, biocombustibles, entre otros), pero que no dan una visión holística y prospectiva de las relaciones afro-americanas. Cierto es que tanto en África como en América latina y en el resto del mundo comienzan a aparecer estudios y revistas especializados que analizan esta cooperación, pero no necesariamente reflejan los resultados de un diálogo entre los principales interesados.

Por este motivo, se propone la creación de un foro permanente África/América latina sobre desarrollo sustentable que se convierta en un lugar propicio para los intercambios y pueda reunir

El Sur da muestras de su determinación de unir fuerzas para liberarse de la dependencia de las grandes potencias del Norte, así como de la voluntad de construir una relación democrática entre iguales que facilite la construcción de un mundo multipolar.

con frecuencia regular a los principales actores de los dos continentes, a saber responsables económicos –hombres de negocios, empresarios, financistas–, dirigentes políticos, intelectuales, líderes de la sociedad civil, representantes locales. Al funcionar según el modelo del Foro de Davos, este foro busca ofrecer un marco privilegiado a los responsables de África y América latina para reflexionar acerca de los medios para ampliar, diversificar y mejorar la cooperación entre los países de los dos continentes en el nuevo contexto mundial.

Es necesario establecer con urgencia una visión compartida del futuro de la cooperación entre África y América latina. Y es posible que estos aportes a esa visión compartida se hagan a través de un diálogo permanente y animado por una voluntad común de crear iniciativas en todos los sectores y para todos los actores. “Afro-Latina” se trata de una iniciativa de espacio para el intercambio y el diálogo, nutrida por una participación inclusiva que asocie, más allá de los círculos de negocios y de los responsables gubernamentales, a la comunidad científica, a las organizaciones de la sociedad civil, a los medios de comunicación masiva, pero también a los responsables políticos locales, a fin de llegar a obtener una asociación mutuamente beneficiosa así como acciones y compromisos claros, transparentes y justos. Cada edición de la Iniciativa “Afro-Latina” será enriquecida por

una evaluación crítica de la cooperación entre África y América latina y recomendaciones en materia de políticas públicas y orientaciones estratégicas.

La Iniciativa “Afro-Latina” brindará una ocasión para identificar y anticipar las implicancias a largo plazo de la cooperación entre África y América latina. A través de sus mecanismos, el foro propuesto pretende informar y acompañar a las partes intervinientes en sus relaciones de cooperación, desde la identificación y definición de políticas o proyectos innovadores hasta su ejecución efectiva y operativa.

Lo que está en juego es permitir que los socios africanos y latinoamericanos se nutran de este *think tank* internacional reactivo y que agrupe a todos los actores involucrados en los intercambios entre las dos regiones (gobiernos, investigadores, sociedades civiles, círculos de negocios, medios masivos, responsables políticos locales, entre otros actores clave) con el fin de evaluar, acompañar y orientar el desarrollo de las relaciones entre los dos continentes. El objetivo último del foro es facilitar reflexiones e intercambios acerca de las oportunidades que ofrece la nueva asociación entre África y América latina, y acerca de los desafíos que plantea el rápido desarrollo de las relaciones afro-americanas a nivel nacional, regional y global.

vocesenelfenix.com